

SERIE RIVERA I

Siempre nos quedará el

divorcio

ANIA ALCARAZ



© **Siempre nos quedará el divorcio**
Serie Rivera I

© Mia Alcaraz

© Ilustración de la portada: È Finita Ediciones

© Maquetación: È Finita Ediciones

Obra registrada en Safe Creative

Código: 1801238801138

Licencia: Todos los derechos reservados

Primera edición: octubre 2018

Queda prohibido reproducir el contenido de este texto, total o parcialmente, por cualquier medio analógico o digital, sin permiso expreso de su autora con la Ley de Derechos de Autor .

El vaivén de las llamas anaranjadas de las velas me aturde los pensamientos, pensaba que sería más fácil celebrar mi cumpleaños, pero ver las caras apenadas de los que me rodean pueden conmigo. Armándome de valor agacho la espalda para quedar a la altura de la mesa, sé que me quedan pocos instantes con ellos y deseo alargarlos al máximo posible. «Ser libre aunque muera en el intento», deseo al tiempo que soplo las velas.

Intento contener las lágrimas, pero ganan la batalla cuando Melania, una niña rubia de ojos azules, se abraza fuerte a mi pierna sin dejar de llorar de manera desconsolada. Se ha criado en el mismo orfanato donde yo me crié y en el que trabajo desde los veinte años. La abandonaron en un contenedor cuando tenía doce meses, su pequeño cuerpo estaba cubierto de sangre debido a la paliza sufrida. Lloré durante una semana. Su caso fue especial, sobre todo para mí, me recordaba tanto a mi infancia que desde el primer día me esforcé porque su vida fuese feliz, que no se sintiese igual de sola que estuve yo.

Durante meses luché por llevarla conmigo, pero el Estado me rechaza su adopción. El informe revela que soy demasiado joven y emocionalmente inestable. Hechos que impiden que pueda ofrecer el hogar y los cuidados que una niña de cuatro años necesita. No saben lo equivocados que están. Soy la persona indicada para ella, puedo brindarle el amor del que carece y que en el orfanato, por muy bien que la cuiden, no pueden darle porque no solo está ella.

Me agacho para quedar a su altura y envuelvo su cuerpo atrayéndola junto al mío para que se sienta querida; protegida. La acuno mientras solloza contra el pecho humedeciéndome la camisa, acaricio su rubia melena infundiéndole valor e intento calmarla.

—Mi niña, no llores —le susurro con ternura junto al oído.

Sus hipidos no cesan, aumentan. Me levanto con sus brazos rodeando mi cuello, no dejo de abrazarla mientras sus cortas piernas envuelven mi cintura.

—Carlos te está mirando —digo sonriéndole al niño con cara de pillo que no deja de observarla. Hace meses que se declaró su novio oficial.

Sonrío al recordar el día que me dijo que cuando fuese mayor se casaría con ella y la trataría como a una princesa. Rezo cada noche porque así sea, que algún día un hombre la trate como una auténtica princesa y le ofrezca todo el amor que se merece, pero lo que más me gustaría sería poder vivirlo junto a ella.

—Melania, cariño. ¿Me escuchas?

Alza sus ojos azules que están enrojecidos debido al llanto.

—No quiero que me abandones.

Se me encoge el corazón al escucharla, es lo que menos deseo, pero no tengo alternativa.

—Mi niña, mírame —pido con suavidad—. Sabes que jamás te abandonaré, pero tengo que marcharme a otro país para trabajar. Otros niños me necesitan tanto como tú.

—Llévame contigo —pido con inocencia.

Le acaricio la mejilla para eliminar todo rastro de tristeza en el proceso.

—Sabes que es lo que más deseo, pero el Estado me lo impide.

Hace un gracioso gesto con sus pequeños labios.

—No me gusta el Estado.

—A mí tampoco —murmuro más para mí que para ella. Por fin me regala una sonrisa mellada—. Carlos no deja de mirarte, está preocupado por ti. Sabes que no le gusta verte llorar.

Se revuelve, comprendo que desea que la deje en el suelo y lo hago, aunque me agacho para quedar a su altura, la risa pícaro que le aparece en el rostro me dice que desea decirme algo privado.

—Es un engreído, le está diciendo a todo el mundo que somos novios.

Un gesto de desagrado le cubre el rostro, contengo la risa.

—¿Y no lo sois?

Niega con la cabeza haciendo que la cola de caballo rubia se balancee de un lado a otro acariciándole las mejillas.

—No.

Miro al niño que no le quita la vista de encima.

—¿No te gusta? —niega rotundamente con su pequeña cabeza—. Pues a mí me parece un niño muy guapo —digo sin dejar de observarlo.

Carlos tiene seis años y es huérfano desde los tres. Tiene unos expresivos ojos color chocolate adornados con unas espesas y largas pestañas y su piel es tostada. Su pelo negro rizado le cubre parte del cuello.

—Diría que es el más guapo de todos. —Bajo el tono de voz haciéndole

entender que voy a desvelarle un secreto—. ¿Sabes? Diana no para de preguntarme por él y si es verdad que eres su novia; pero si no te gusta, siempre puedo decirle que no es cierto.

Arruga el entrecejo, no le agrada nada mi confesión. Escudriña con la mirada a su compañera de cuarto, de esa manera quiere averiguar si lo que digo es verdad o no. Al verla acercarse a Carlos, sale disparada y lo agarra posesivamente de la mano. El chico me guiña un ojo al comprender que acabo de ayudarle en su conquista. No puedo reprimir la risa al verlos alejarse juntos hacia el patio.

—Vamos a echarte de menos y Melania la que más.

Me giro para ver a Fran, el director del orfanato.

—¡Feliz cumpleaños, Dana! Cómo pasa el tiempo. Hace nada tenías la cara llena de pecas y hoy cumples veintiocho años.

Me obsequia con dos besos en las mejillas.

—Gracias, Fran, pero no los cumplo hasta dentro de unos días —digo mientras caminamos hasta el resto de compañeros que nos esperan sentados en una de las largas mesas instaladas en el salón.

—Sé cuándo cumples los años. ¿Te recuerdo que te he visto crecer? — replica sentándose al lado de su mujer; Carmen.

Ambos se desviven por los niños del orfanato, para ellos somos sus hijos, esos hijos que jamás pudieron tener. Para mí son los padres que nunca he tenido, ya que me aferro por olvidar a los míos biológicos. Tanto Fran como Carmen siempre me han tratado con mucho cariño, al igual que a todos los niños que han pasado y pasarán por el centro.

—¡Cómo olvidarlo! Gracias a vosotros tuve una juventud normal; feliz.

Vuelven a empañarseme los ojos al recordar mis primeros días en este lugar. Después, los momentos de felicidad y el amor que ambos me obsequiaron sin pedir nada a cambio disipan la tristeza.

Mis compañeros se interesan por mi nuevo puesto de trabajo en el orfanato de Puerto Rico. Gracias a la ayuda de Fran, he conseguido ser la elegida entre centenares de candidatos. No les hace mucha ilusión que me marche de Málaga, pero saben que esta ciudad me trae malos recuerdos y para dejar atrás mi pasado necesito comenzar una nueva vida lejos del peligro. Será la única forma de despojarme de todo lo que me atormenta para conseguir la custodia de Melania y alejarme de mi pasado. Mi intención es regresar y llevarla conmigo a mi nueva vida y hasta que no lo consiga no cesaré en mi empeño.

Un pitido procedente del móvil hace que deje de prestar atención a la conversación, el aviso de una nueva noticia parpadea en la pantalla. Accedo a ella y tengo que esforzarme para que no se note el pánico que me invade en este momento.

Una noche, estudiando para un examen, descubrí el paradero de mis padres biológicos. Recuerdo estar exhausta, llevaba todo el día sin parar de estudiar y mi cabeza no almacenaba una palabra más. Para desconectar me dediqué a navegar por la red. Llevaba años buscando casos similares al mío, deseaba saber de qué forma poder escapar de las garras del que se hacía llamar mi dueño, pero lo que hallé fueron multitud de noticias referentes a esos monstruos que decían llamarse mis padres.

Desde entonces, sin saber por qué, sigo cada noticia que publican de ellos. Hace tres años, cuando anunciaron la muerte de mi supuesta madre por una sobredosis, descubrí que me sentía bien, que no había ningún rastro de tristeza ni compasión. El psicólogo me comentó que era normal, que no sentir nada por ella no me hacía mala persona, que era una forma de liberarme de la carga del pasado.

Lo peor vino hace un año, cuando él se dejó entrevistar en la cárcel. La periodista lo trató con normalidad, incluso lo felicitó por su pronta libertad y por la intención de recuperar el amor de su hija, todos obviaban lo que en un pasado hizo conmigo. Según los psicólogos del centro penitenciario estaba curado y reinsertado, y no era un peligro para mí. Lo que nadie sabe y nunca se mencionó en el juicio, es que aquel despreciable ser no se conformó con explotarme durante años, también tuvo la desfachatez de venderme al mejor postor y ahora ambos me persiguen.

Por eso he decidido marcharme de España, sé que si se lo proponen me encontrarán y no quiero regresar a las pesadillas, a la adicción y —mucho menos— al miedo de perder mi libertad.

Al escuchar las fuertes carcajadas de Javier, mi compañero de trabajo y amigo, alzo la vista y compruebo que todos me miran sin poder contener la risa.

—¿Puedes dejar de reírte de mí? —sugiero, frunciendo el ceño para eliminar todo rastro de preocupación, es un día especial y pienso disfrutarlo.

Sigo viendo sus blancos dientes mientras él no cesa en reír. Cuando se tranquiliza, responde:

—Eres única. Estamos celebrando tu cumpleaños y tú estás centrada con el móvil ignorándonos. ¿Algún pretendiente que no conozcamos? —lo dice

sonriendo, pero lo conozco tan bien que sé que reza para que lo contradiga.

Saco la lengua burlándome de él e invento una mentira.

—Para saciar tu curiosidad, te diré que sí se trata de un hombre. —Noto los celos que siente—. Pero para tu tranquilidad, te diré que es Gustavo, quiere saber mi hora de llegada para organizarse. Ya sabes que los únicos hombres de mi vida sois Fran, Gustavo, tú y los niños.

Luisa me mira con cara de pena, la pobre mujer no entiende por qué en todos estos años no he sido capaz de mantener una relación. Soy una persona introvertida, desde bien pequeña me cuesta forjar amistades, sobre todo con el género masculino, el simple hecho de que me toquen me pone enferma. Con los años he aprendido a sobrellevarlo; pero, aun así, me cuesta abrirme a los demás.

Fran menea la cabeza en señal de desaprobación, nunca le ha gustado que me encierre en el orfanato, siempre me ha animado a disfrutar de la vida.

—Gustavo te recoge, ¿no?

Afirmo.

—Sí, ya he quedado con él. Estoy deseando verlo.

Gustavo nunca me ha juzgado, cosa que los demás sí hicieron a mis espaldas. Somos amigos hace años, nunca olvidaré el día que hizo de príncipe azul y me rescató de las garras del ogro de mi compañero. Desde ese momento fuimos inseparables hasta hace cinco años que se marchó del país para trabajar en la empresa que su padre fundó en Puerto Rico.

—Aunque le he insistido en que no es necesario que vaya a buscarme.

Fran niega con la cabeza.

—Es lo mínimo que tiene que hacer, ir a recoger a su amiga.

Melania comienza a llamarme a gritos, están ansiosos porque rompa la piñata que cuelga del centro del salón. Con una sonrisa en la cara me disculpo de mis compañeros y me acerco a los niños que pronto me rodean ilusionados. Los encargados de vendarme los ojos son Melania y Carlos con la ayuda de Javier.

Cuando comprueban que no veo nada, Javier me ayuda a incorporarme y me entrega un palo. Me giran una y otra vez hasta que pierdo la noción. Entre gritos, risas y aplausos comienzo a lanzar golpes con el palo hasta que alcanzo la piñata, con dos fuertes golpes consigo romperla dejando caer el contenido al suelo. Los niños se abalanzan sobre las gominolas y abarcan con sus pequeñas manos la máxima cantidad posible.

El estómago se me contrae a la hora de llevarlos a dormir. Pido, por favor,

que me dejen hacerlo a mí ya que será la última vez que pueda arroparlos y desearles buenas noches. Ninguno rebate la idea, a todos les parece lo más lógico.

Media hora después me encuentro sentada en el filo de la cama de Melania terminando de leerle su cuento de princesas favorito. La arropo hasta el cuello y dejo su cabecita libre del peso de las mantas. Beso su frente conteniendo el llanto, ella me abraza sin querer soltarse.

—Melania, mi niña, no quiero que estés triste.

Asiente con los ojos empañados.

—¿Me prometes que no estarás triste y harás todo lo que te diga Javier y Luisa?

Vuelve a asentir sin despegar la vista.

—Yo te prometo que volveré a por ti.

Sus ojos azules se agrandan ante mi promesa.

—¿Me lo prometes?

Contengo el llanto de nuevo, no quiero que me vea triste.

—Te lo prometo, mi vida —aseguro con un nudo en el garganta—. Te quiero mucho, mi niña.

En el pasillo no contengo más tiempo las lágrimas, separarme de Melania es lo peor que llevo. Recorro el espacio que me separa de la sala común que disponemos los trabajadores del centro, Luisa al verme me abraza sin decir nada, solo deja que me desahogue.

Tras recoger mis pertenencias ambas nos reunimos en la entrada del centro con el resto, de los cuales me despido. Javier se ofrece a acompañarme a casa, no declino su petición, tenemos que decirnos adiós.

Coloco las cosas atrás y me acomodo junto a él en asiento del copiloto. El recorrido hasta mi casa lo hacemos en silencio. Observo cómo conduce de forma sosegada, sin sobrepasar el límite de velocidad para alargar la despedida. Lo miro recordando nuestra época juntos, durante esos meses fui feliz.

Javier es siete años mayor que yo, tiene el pelo oscuro y ojos marrones. Sus facciones no son las de un hombre guapo, pero posee un atractivo que pocos tienen y que hace imposible no fijarse en él.

Estaciona el coche frente al portón del edificio, apaga el motor y se gira para mirarme.

—¿Me invitas a una Coca-Cola?

Compruebo la hora, no son ni las once de la noche. Acepto la petición a la

vez que salgo del coche. En silencio accedemos al interior de la finca, el trayecto del ascensor lo hacemos de igual forma. En el interior de la vivienda se despoja de la chaqueta colocándola sobre uno de los sillones individuales.

—¿Las sacas tú mientras me pongo cómoda? —pido antes de acceder al dormitorio.

—Sí.

En el baño me despojo del maquillaje, sustituyo el jersey y el sujetador por una amplia camiseta de manga corta. Me desprendo de los zapatos y los vaqueros, enfundándome en un cómodo pantalón deportivo. Cambio las medias por unos calcetines y me reúno de nuevo con él en el salón. Se ha quitado la corbata y se ha desabrochado unos botones de la camisa dejando entrever el pecho bronceado.

Brindamos chocando los vasos. Durante horas hablamos de cómo nos conocimos, cómo se forjó nuestra amistad hasta la época en la que estuvimos juntos. Recuerdo con añoranza aquellos meses en los que por primera vez me sentí bien, aunque no libre del todo, entre los brazos de un hombre. Sabe mi pasado y, aun así, supo amarme sin reparos y hacerme sentir mujer.

Gira el cuerpo y dobla la pierna para quedar frente a mí, imito su gesto. Su mirada me dice que quiere algo más que una simple charla entre amigos, ambos sabemos que no debemos cometer el mismo error otra vez, no ahora que me quedan escasas horas en el país.

—Javier, por favor —suplico en un susurro cuando comienza a acariciarme la mejilla—. No podemos permitir que se repita, ahora las cosas te van bien, no lo estropees.

—Siento lo mismo por ti. Nada ha cambiado —dice mirándome los labios entreabiertos—. Debí ser más fuerte.

—Habrías perdido a tu hijo —digo al recordar nuestra pequeña aventura juntos y por qué finalizó.

—Y ahora te pierdo a ti —susurra antes de comenzar un beso suave.

Me dejo llevar por los recuerdos que invaden mi mente al sentir sus cálidos labios posados sobre los míos. El alba nos sorprende cuando nuestros cuerpos desnudos y sudorosos se abrazan por última vez arrastrándonos a un profundo sueño.

Es media mañana cuando nos despedimos en el rellano de casa, nuestras bocas se buscan una última vez. Con la respiración entrecortada apoya la frente en la mía mientras acaricia mi espalda.

—Voy a echarte mucho de menos. —Rompe el silencio ofreciéndome un

beso en la punta de la nariz—. Mi vida no será la misma sin ti. Aunque no podía tenerte como quería al menos te veía todos los días, ahora eso también va a cambiar.

Lo abrazo con fuerza, sé que siente lo mismo que yo.

—Yo también te extrañaré mucho.

Mis palabras son sinceras, aunque mis sentimientos hacia él no son tan intensos como antaño.

Lo veo desaparecer tras las puertas del ascensor con los ojos enrojecidos, me adentro en casa triste al saber que pasará mucho tiempo antes de volver a vernos.

Subo al cuadrilátero anudándome las vendas de las manos. El pecho desnudo deja a la vista el torso cubierto de tatuajes; desde la cintura hasta los dedos de las manos no hay milímetro de piel sin cubrir de tinta. Al otro lado, Max —mi hermano— está listo para comenzar a intercambiar golpes.

Desde jóvenes nos encanta el *kick boxing*, no hay día que no lo practiquemos. Es una forma de liberar tensión sin emprenderla a golpes en mitad de la ciudad, cosa que solía hacer en la juventud. Es lo que tiene unirse a una banda callejera a los doce años, tal como hice en su día, que lo único que te enseñan es a pelear y a huir de la policía. Mi vida no ha sido fácil, cada día he tenido que luchar por mantenerme en pie, por sobrevivir en una jungla de asfalto repleta de adultos guerreando por hacerse con el control de la ciudad.

Con veinte años pisé más veces el calabozo que la Iglesia y fue entonces cuando me prometí no regresar jamás a estar en uno de ellos. Decidí que era el momento de un cambio en mi vida y de ser un miembro activo de una banda callejera, pasé a ser un ferviente detractor de ellas. Llevo diez años luchando, junto a mis hermanos, por eliminarlas del país y liberar a los chicos adolescentes de una vida repleta de delincuencia.

El problema surgió hace cinco años, cuando Gustavo Sousa y su socio, Carlos Ramírez, llegaron al país. Dos niños de papá que carecen de ética moral, no conocen que es la humanidad y —mucho menos— la unidad familiar. Criados entre algodones, piensan que toda persona que no sea millonaria no tiene cabida en el mundo a no ser que sean sus sirvientes. Hasta su aparición, Max, Mateo y yo solo hemos tenido que luchar contra lugartenientes que a lo máximo que aspiran es a tener una casa lujosa o un coche deportivo.

Pero los socios son la escoria de la sociedad puertorriqueña, entre los dos instalaron burdeles con niñas menores de edad y se proveen de jóvenes que residen en el orfanato, de familias pobres o desestructuradas para realizar los trabajos sucios. Cada día tenemos que soportar ver en las noticias las jóvenes puertorriqueñas que desaparecen o los chicos que mueren asesinados en

cualquier calle de la ciudad.

Sabemos quiénes son los responsables de las desgracias que asolan a San Juan, pero al tener medio país amenazado y el otro comprado, no hay forma humana de demostrarlo. Aunque juré acabar con ellos cuando tuvieron la desfachatez de acorralar a Julio.

Dos horas después, sudados y jadeando salimos del cuadrilátero bajo la atenta mirada de los chicos que se congregan alrededor. Hace dos años que decidimos adquirir el viejo gimnasio de la ciudad y lo remodelamos para convertirlo en una escuela de boxeo y de *kick boxing*. Queremos sacar a los jóvenes de las calles para evitar que caigan en las manos de bandas, sabemos que es imposible conseguir que todos ellos se interesen por estos deportes, pero nos contentamos con tener un gran porcentaje de población juvenil en el gimnasio.

Lucas, el entrenador de boxeo, está al fondo de la sala explicándoles a los nuevos el funcionamiento del local. Se crio con nosotros en el orfanato, debutó como boxeador a los diecinueve años, pero un accidente de moto lo alejó del *ring* al romperse la mano y quedar inmovilizada. Cuando hablamos con él del proyecto que teníamos en mente, no dudó en unirse a nosotros.

Max me lanza una botella de agua, la vacío de un trago. Observamos a dos de los chicos nuevos, tienen actitud pasota y lucen orgullosos los tatuajes de la banda a la que pertenecen. No creo que les haga gracia saber que dentro de estas cuatro paredes no existen ni bandas ni disputas por terrenos.

—Sousa intenta hacerse con el control del orfanato de San Juan — comenta Max mirando a los jóvenes—. Ha presentado un proyecto de inversión a la junta. Le faltan dos votos para conseguir su propósito.

Maldigo para mis adentros, si Sousa consigue proclamarse director del centro, los niños estarán bajo su merced.

—Hay que impedirlo. Ya sabes qué pasará si lo consigue.

—No veo la forma de frenarlo. He hablado con Ricardo, está convencido de seguir al frente, pero la situación cada vez es peor y el orfanato necesita ingresos o tendrá que cerrar.

Miro a mi alrededor, los chicos aquí son felices, olvidan por unas horas la crudeza de sus vidas.

—No puedo destinar más dinero al orfanato, todavía me falta reunir parte del dinero para Julio. —Fijo la mirada en el chico delgado moreno que está en uno de los cuadriláteros, cada día se le da mejor el *kick boxing*.

—María y Alejandra están organizando un mercadillo benéfico, quieren

aprovechar que estamos en temporada alta de turistas para llevarlo a cabo. Los aldeanos están colaborando y los artesanos cediendo parte de su trabajo. Lo recaudado no será suficiente, pero nos dará un margen de unos meses.

—Puedo hablar con La Muerte, él es el único que puede frenar a Sousa y que se haga con el control del Viejo San Juan.

—Mi hermano clava su mirada azul en mí.

—Ni lo pienses, Jay. Hace años que no perteneces a ellos.

Es verdad, con veinte años acepté mi destino y me puse frente a los que consideraba mis hermanos para recibir el castigo por querer abandonarlos, aunque si es la única forma de frenar las intenciones de Sousa, estoy dispuesto a correr el riesgo.

—Algo tendremos que hacer. No quiero que más chicos pasen por lo mismo que Julio.

Max se incorpora del banco.

—Ya se nos ocurrirá algo. Vamos a la ducha, Mateo nos espera.

Dos semanas después ponemos punto final al mercadillo artesanal. La recaudación es más elevada de lo esperado. Si Max no falla con las cuentas, el orfanato tendrá liquidez para aguantar tres meses, incluso cuatro si se optimiza bien. Estas semanas entre Mateo y yo, buscamos padrinos para los huérfanos, eso supone que el centro destine menos dinero a las necesidades básicas de los chicos.

Me acomodo al final de la barra de Shumara, el bar que regento. Aprovecho la tranquilidad de las mañanas para poner al día la contabilidad en vez de tener que estar encerrado en el minúsculo despacho. María, mi cuñada y mujer de Max, me ofrece una cerveza. Trabaja aquí desde que heredé el bar y gracias a ella, nos mantenemos a flote. Se sirve su habitual descafeinado matutino y se acomoda a mi lado.

—Necesitamos a alguien que se encargue de la limpieza del bar a diario, Alejandra solo puede ayudar los fines de semana.

No puedo permitirme pagar otro sueldo más, aunque entiendo que María en meses no podrá trabajar de camarera conforme avance el embarazo. Sin pretenderlo desvió la mirada al vientre de mi cuñada, sigue plano, pero una vida humana se forma en su interior. Me alegro mucho por ella y por mi hermano, siempre quisieron formar una familia. No los envidio, aunque en cierto modo me encantaría tener mi propia familia en un futuro y cada vez

veo más difícil poder adoptar a Julio. El Estado me está poniendo muchas trabas por mi pasado, no creen conveniente que una persona que ha pisado tanto los calabozos sea la ideal para educar a un joven.

—Hablaré con Mateo, seguro que conoce a alguien —comento mirándola. Sorbe de la taza sin dejar de mirarme.

—Bájame el sueldo para que puedas hacer frente al de la nueva limpiadora.

—Ni hablar, necesitáis el dinero para el bebé.

—Jay, no es negociable. No puedes mantener dos sueldos. Además, Max tiene un salario estable, con eso vivimos sobrados.

Miro a la mujer morena que me sonrío con cariño. Recuerdo la primera vez que la vi, su primer día en el orfanato. Estaba tan asustada que nadie, excepto Max, se atrevió a acercarse a ella, queríamos dejarla para que se aclimatase a su nueva vida. Con las semanas todos nos convertimos en amigos y con los años en una gran familia: mi familia.

—¿Cómo llevas el tema de Julio? —se interesa

Dejo el botellín vacío en la barra, llevo meses sin poder dormir pensando qué será del chico si no consigo reunir el dinero a tiempo.

—Mal, todavía me falta la mitad y el plazo se agota.

María regresa al interior de la barra al ver acceder a clientes, sin decir nada más, me sirve otra cerveza. La agarro junto a la documentación y me encierro en el despacho, lo que menos deseo es que alguien se entere de mis problemas.

Reviso la petición de documentación que el abogado me solicitó hace días, no entiendo para qué vuelve a pedírmela si ya se la entregué hace casi dos años, el mismo tiempo que intento adoptar a Julio. Con resignación y pensando que es lo mejor para los dos, me paso el resto del día sumido en ello hasta obtener el último papel.

«Nuevo comienzo, nueva vida», con este pensamiento pongo rumbo a lo desconocido.

En el aeropuerto de Málaga-Costa del Sol me despido de Fran y Carmen, no se marchan hasta que no traspaso la puerta de embarque. Les digo adiós agitando la mano en el aire y observo cómo ninguno de los tres somos capaces de mantener a raya las lágrimas. El tiempo de espera lo dedico a leer mientras escucho música, nunca antes he volado y no sé qué será de mí durante las dieciséis horas que dura el trayecto.

La amable azafata me ayuda a localizar mi asiento al verme perdida por los pasillos del avión, coloca la maleta de mano en el compartimento superior y me dedica una bonita sonrisa. Me froto las manos ansiosa, todavía no hemos despegado y ya tengo los nervios a flor de piel. Intento tranquilizarme con la lectura mientras el resto de pasajeros toman asiento. Al ver que no funciona, vuelvo a poner música.

Veinte minutos después el pájaro de hierro comienza a moverse por la pista, me agarro al asiento con tanta fuerza que los nudillos se quedan blancos por la presión ejercida, mientras que aprieto la mandíbula y hago crujir los dientes.

La señora de pelo canoso —acomodada en el asiento contiguo— se percata de mis nervios. Coloca su arrugada mano sobre la mía para infundirme valor. Le dedico una mirada de agradecimiento.

—¿Tu primera vez? —pregunta bajito para que solo yo pueda escucharla.

Asiento.

—¿Tanto se nota?

Me dedica una sonrisa sincera sin soltarme la mano.

—Un poco. Si no dejas de ejercer presión te lastimarás las manos.

Suelto el asiento poco a poco aunque sin estar del todo convencida, sigo sintiendo una sensación rara en el estómago.

—Pronto pasará ese efecto, solamente se siente en el despegue, después el vuelo suele ser tranquilo y es igual que ir en autobús.

Intento sonreír en señal de agradecimiento, aunque solo consigo que los

labios formen una mueca.

—Gracias —atino a decir.

Sacude la mano dando a entender que no son necesarias.

—¿Trabajo o placer?

La miro sin entender a qué se refiere. Lo aclara:

—Si viajas a Puerto Rico por trabajo o por placer.

—Por trabajo.

Niega al escucharme.

—Una lástima que el Estado español permita que los jóvenes emigren para buscarse la vida. Mi hijo se marchó hace más de cinco años, de ahí mi viaje. Voy a visitarlo y a ver a mis queridos nietos.

Manuela —mi compañera de viaje— comienza a recordar tiempos mejores, cuando su familia vivía en la misma ciudad. Me conmueve escucharla, se nota que la mujer se desvive por sus hijos. No puedo evitar sentir envidia de ellos, no saben la suerte que tienen al poseer una madre que se preocupa tanto por su bienestar. La gente que, como yo, nos criamos en orfanatos, es lo que más añoramos; el cariño de unos padres y el calor de una familia.

Sin querer pienso en Melania y no puedo evitar que se me empañen los ojos, Manuela repara en mi pésimo estado e intenta animarme. Al final le cuento parte de mi historia; le relato que desde los doce años me he criado en el centro de acogida Vidas Unidas de Málaga. Le hablo del cariño incondicional que desde el primer día me dieron Fran y Carmen, de cuánto quiero a mis compañeros de trabajo; Luisa y Javier. Durante un buen rato hablo de los niños, del trabajo que realizamos en el centro y de la poca ayuda que recibe del Estado y de la Comunidad Autónoma. Cómo nos las arreglamos para que a los niños no les falte de nada; ni comida, ni libros, ni ropa, pero sobre todo cariño. Ambas finalizamos derramando alguna lágrima tras la triste historia.

—¿No te marchaste del orfanato? —desea saber.

Los recuerdos de mi veinte cumpleaños se proyectan de inmediato. Fran estaba que no cabía en sí, se sentía orgulloso por haber conseguido sacarme de la oscuridad. Fue uno de los días más felices de mi vida.

—Pude marcharme al cumplir los dieciocho años, pero preferí quedarme para ayudarlos con los niños y a los veinte ya me integré oficialmente en la plantilla. En un principio el centro no era público, toda la inversión e instalaciones las hicieron ellos con la ayuda de amigos y ceremonias

benéficas. Durante años intentaron tener hijos, cuando les confirmaron los médicos que iba a ser imposible, gastaron sus ahorros en hacer felices a niños, que al igual que yo, nos encontrábamos solos en el mundo.

Se queda dubitativa un rato, supongo que escuchar una historia tan agria no es del agrado de nadie.

—¿Sabes? Cuando regrese a Málaga iré a visitar el centro, económicamente no puedo aportar mucho, pero cuando se lo cuente a mis amigas del centro de la mujer algo se nos ocurrirá para colaborar. Más vale poco que nada.

—Siempre viene bien una ayuda por pequeña que sea.

Parte del viaje se interesa por lo que hacemos en el centro. Se impresiona al saber que no percibo salario alguno por el trabajo que realizo. Que las sonrisas y ver crecer felices a los niños es mi máspreciado bien. Por el interés que demuestra, estoy segura de que cuando regrese a nuestra ciudad irá a visitar Vidas Unidas y se presentará voluntaria para ayudar en lo que pueda. El resto de horas de vuelo las empleamos en seguir hablando de otros temas menos peliagudos y en dormir.

Abro los ojos al escuchar la voz de la azafata a través de los altavoces, solicita que nos abrochemos los cinturones de seguridad puesto que en breve aterrizaremos. Observo por la ventanilla las espectaculares vistas que ofrece la altitud.

A las diez de la noche, hora local, el tren de aterrizaje comienza a acariciar el asfalto de la pista hasta que se detiene. Manuela y yo permanecemos sentadas, preferimos salir cuando el cubículo se vacíe de impacientes pasajeros deseosos de estar en el exterior.

Antes de abandonar el avión recojo el equipaje de mano y ambas nos dirigimos a la cinta por la que saldrá el resto del equipaje. Solo traigo conmigo dos pequeñas maletas, mis pertenencias son las justas y necesarias, nunca me ha gustado malgastar el dinero en cosas materiales. Nos fundimos en un abrazo antes de traspasar las puertas, ella desea abrazar a su hijo y a sus nietos, y yo estoy ansiosa por ver la sonrisa pícara de Gustavo.

Vestido de traje de chaqueta, mi amigo espera paciente en la puerta de salida de los pasajeros. Lo observo en la lejanía, sus facciones se han endurecido haciéndolo tener un aspecto de hombre duro. Tiene la espalda y los brazos más anchos, salta a la vista que durante estos años ha seguido machacándose en el gimnasio.

Se lanza hacia a mí nada más divisarme. No puedo evitar colgarme de él

como un mono. Me abraza por la cintura y gira dando vueltas mientras no paramos de reír. Me separo un poco para estamparle dos sonoros besos en las mejillas, está tan guapo como siempre.

Me agarra la cara para observarme de cerca, hace una mueca graciosa al comprobar que las pecas casi han desaparecido.

—Me gustaban tus pecas —comenta acariciándome la mejilla.

—Pues yo las odiaba, me hacían parecer más pequeña de lo que era.

Niega con rotundidad.

—Te hacían ver como una muñequita, una muñequita preciosa.

Me revuelvo incómoda, hubo un tiempo en el que Gustavo intentó mantener algo más que una simple amistad.

—No te preocupes Dana, la época de enamoramiento ya ha pasado, pero no puedo negar que aún eres igual de preciosa. Solo es el cumplido de un amigo, nada más.

—Vale, eso puedo soportarlo.

Pasa el brazo rodeándome el hombro en señal de protección, juntos caminamos hasta un coche deportivo que resulta ser suyo. Lo miro incrédula, se encoge de hombros sin dejar de sonreír.

—Me van bien los negocios.

No hace falta que lo jure, salta a la vista. Tanto la ropa como el coche cuesta más de lo que yo he ganado en toda mi vida.

Salimos del *parking* y pronto me impregno de todo lo que me rodea de camino a mi nueva vida. Los verdes que envuelven al país son impresionantes, creo que es el lugar más bonito que jamás han visto mis ojos. Me maravillan las construcciones que observo durante el trayecto y el tránsito de las calles. Málaga es más tranquila, excepto en época alta que se llena de turistas. Gustavo me explica cada cosa que vemos y quedo maravillada. La casa de mi amigo se halla en el Viejo San Juan, me alegra saber que la playa queda cerca.

Una verja metálica aparece frente a nosotros, presiona el botón del mando que lleva en la mano y comienza a deslizarse suavemente hasta abrirse por completo. No puedo despegar la vista de la construcción que se alza en mitad de la parcela verde.

La vivienda consta de dos plantas, la fachada es una mezcla de pizarra negra con amplias cristaleras. Estaciona el vehículo en la zona designada a ello en el lateral izquierdo del jardín. Desciendo del coche sin articular palabra. Sabía por Fran que le iba bien, pero no nunca he imaginado que

fuera para tanto.

Una señora de piel tostada aparece frente a la puerta principal de la mansión, incluso su vestimenta es más cara que los ropajes que llevo puestos. Me siento incómoda entre tanto lujo, acostumbrada a un vida sencilla no sé si seré capaz de vivir en la casa de mi amigo. Gustavo advierte mi inquietud y se acerca hasta quedar frente a mí.

Despego la vista de su casa para centrarla en él.

—De verdad que no me importa buscar una habitación de alquiler —digo bajito para que la señora que se acerca con cara de asco no me escuche—. No quiero ser una molestia para ti.

Vuelve a rodearme los hombros antes de que ella llegue hasta nosotros.

—Ya te dije que no era negociable. Vivirás conmigo, la casa es lo suficientemente grande para los dos.

Es tan grande que los niños de Vidas Unidas podrían tener la privacidad de la que ahora mismo carecen.

—Celines, le presento a mi amiga Dánae.

La señora estira la mano por pura cortesía. Una vez que nos deshacemos del saludo —con disimulo— se frota la palma sobre el delantal blanco que lleva puesto. Me molesta su gesto, seré pobre pero limpia.

—Encantada, señora. El señor lleva semanas hablando de usted.

Lo miro, encoge los hombros ante mi pregunta muda.

—Tenía muchas ganas de verte. —Tira de mí y comienza a caminar—. Vamos, te enseñaré la casa.

Tardamos más de media hora en hacer el *tour* por la vivienda. La decoración es sencilla y los tonos suaves de los muebles la convierten en acogedora. La parte que más me gusta es la amplia biblioteca repleta de libros. Nota mi felicidad, siempre ha sabido mi pasión por la lectura.

—No es necesario que te diga que puedes venir aquí cada vez que quieras. Lo obsequio con un beso en la mejilla en señal de agradecimiento.

La visita finaliza en el que será mi cuarto. Dispone de un enorme vestidor que jamás llenaré y un amplio baño con bañera y ducha. Para mi sorpresa, mi equipaje se halla dentro del vestidor. Coloco una de las maletas sobre el asiento que hay en la estancia, él se acomoda en el diván ubicado al fondo.

—¿Qué haces?

Lo miro por encima del hombro sin llegar a girarme por completo.

—¿Tú qué crees? Deshacer las maletas antes de que se arrugue más la ropa.

—Celines puede encargarse mañana, para eso le pago. Bajemos a cenar, me muero de hambre.

Dejo la prenda que tengo en las manos.

—De acuerdo, pero luego coloco la ropa que no quiero ser una carga para la mujer. Además, creo que no le caigo muy bien.

Se incorpora del asiento y estira las mangas de la chaqueta.

—¿Por qué dices eso?

Le resto importancia al gesto que ha tenido.

—Creo que esperaba a una mujer de tu nivel, no a una pobre huérfana —
comento mientras salimos del vestidor.

Frena en mitad del cuarto.

—¿Dana?

—No te preocupes, esa etapa la tengo superada. Soy una mujer feliz y agradezco cada día que Fran y Carmen se hiciesen cargo de mí. Me dieron cariño y educación, y sobre todo unos valores de los que mucha gente carece.

Deposita un beso en mi frente antes de cogerme la mano, descendemos juntos las escaleras que nos llevarán al salón. La mesa está preparada y dos platos humeantes nos esperan, agradezco ver la comida justa. Degustamos la cena que ha preparado Celines, debo reconocer que tiene buena mano para la cocina, está exquisita. Nos acomodamos en el sofá al finalizar, durante horas hablamos de nuestras cosas, cinco años sin vernos dan para mucho.

Pasadas las una de la madrugada comienza a bostezar, entiendo que el pobre está cansado y nos dirigimos a nuestros respectivos dormitorios. Se despide de mí besándome la mejilla. Lo observo desaparecer tras la puerta al final del pasillo.

Me adentro en el cuarto, aunque no está recargado, se palpa la elegancia en la estancia. Sin lugar a dudas es el sitio más bonito que he visto en toda mi vida. El dormitorio que ocupaba en el orfanato era simple; sus únicos enseres eran una cama, un armario empotrado y un escritorio.

Antes de acostarme en la enorme cama me adentro en el baño, necesito una ducha urgente tras dieciséis horas encerrada en el avión, cuando lo habitual es que lo haga unas tres veces al día y hoy solo me he dado una. Desde los doce años hasta los dieciocho me duchaba cada hora, con el paso del tiempo esa manía se redujo. Con la sensación de limpieza rebusco por las maletas hasta dar con ropa interior y mi camiseta de dormir.

La suave tela de las sábanas me acaricia las piernas desnudas, cierro los ojos e intento dormir. Estoy cansada, pero las retinas se niegan a estar en la

penumbra demasiado tiempo. Aburrida de dar vueltas, me dirijo al vestidor, una hora después estoy bajo el chorro de agua tibia, antes de meterme de nuevo en la cama tengo que despojarme de la sensación de suciedad que me crea colocar mis pertenencias. Por fin consigo mantener los ojos cerrados el tiempo suficiente. Al abrirlos los rayos del sol me dan la bienvenida.

Estiro el cuerpo antes de apearme del cómodo colchón, los pies descalzos tocan la suave madera. Dirijo mis pasos a la ventana donde me maravilla la vista que tengo del océano. Tras una ducha rápida salgo del dormitorio no sin antes besar las fotografías de Melania y las personas que considero mi familia. Bajo las escaleras y deambulo por la vivienda hasta que hallo la inmensa cocina. Celines está frente al fregadero.

La saludo amablemente.

—Buenos días, Celines.

La señora se seca las manos en un paño antes de girarse.

—Buenos días, señora Dánae.

—Dana. —Corrijo, al ver su cara le explico—: Todo el mundo me llama Dana y me gustaría que usted también me llamase así.

Sacude la cabeza en señal de desaprobación, sigo pensando que no le gusta mi presencia en la casa.

—Al señor le gusta que respete a sus invitadas —lo dice insinuando algo, tardo poco en averiguar a qué se refiere, antes de que pueda corregirla prosigue hablando—: Espere en el salón, enseguida le sirvo el desayuno.

Me dirijo a la cafetera que está sobre la encimera negra.

—No se preocupe. Yo misma me preparé el café. ¿Está Gustavo en casa? —pregunto colocando la taza en la cafetera ante la atenta mirada de la mujer.

—El señor se ha marchado a la oficina temprano. —Desaparece de la cocina murmurando algo que no alcanzo a escuchar, al poco regresa con un sobre en las manos—. Me ha pedido que le entregara esto.

—Gracias —digo mientras lo recojo.

Finalizo el café sentada en la cocina, noto su inquietud, no cesa en mirarme como si mi presencia le molestara. Casi se le cae el plato que sostiene en las manos al verme limpiar la taza sucia. No puedo evitar reír para mis adentros. Tendremos que aprender a convivir juntas, ella está educada para servir y yo no estoy acostumbrada a que me sirvan.

Sin otra cosa que hacer, paseo por los amplios jardines de la finca. Saludo a un hombre de pelo canoso que está limpiando la piscina. Llevo el sobre que me ha entregado Celines. Al final de la parcela hay un cómodo balancín con

unas vistas increíbles, me quito los zapatos antes de subir las piernas a la blanca tela. Viendo las olas romper desgarró el sobre encontrándome una nota y una tarjeta en su interior.

Mi amigo me da los buenos días. Se excusa por no poder comer juntos, tiene una reunión de trabajo que le impedirá llegar a tiempo y se despide hasta la noche.

Miro la dorada tarjeta de crédito sin saber para qué me la entrega. Al final la curiosidad puede conmigo y voy en busca de la ama de llaves, estoy segura de que ella tiene su teléfono, me cuesta más de quince minutos sonsacarle la información. Sentada frente al escritorio de la biblioteca marco el número de la oficina de mi amigo. Una chica con voz dulce me comunica que el señor Sousa está reunido, cuelgo sin dejar mensaje alguno.

El resto del día lo dedico a leer, no tengo otra cosa que hacer y no dispongo de coche para acercarme al orfanato. Está oscureciendo cuando Gustavo asoma su negra cabellera por la puerta de la biblioteca, se ríe al verme sentada en posición indio en el sofá que hay debajo de la ventana.

—Buenas noches, preciosa.

Alzo la vista de la lectura para prestarle atención, se quita la chaqueta y afloja la corbata antes de sentarse a mi lado.

—Buenas noches. ¿Qué tal el día?

—Agotador. ¿Y el tuyo?

—Demasiado tranquilo.

Me palmea el muslo.

—Disfruta de los días de tranquilidad, el lunes todo cambiará.

Se recuesta en el sofá, apoya la cabeza en el mullido respaldo y se masajea el puente de la nariz cerrando los ojos.

Nos mantenemos en silencio, mientras él sigue con los ojos cerrados relajándose, yo prosigo con la lectura. Sin previo aviso se incorpora.

—Me pongo cómodo y cenamos. ¿Nos vemos en el salón en diez minutos?

—De acuerdo —respondo antes de que salga de la estancia.

La cena transcurre en silencio, nos dedicamos a escuchar de fondo las voces procedentes del televisor. Se sirve un whisky antes de acomodarse en el sofá, al sentarme a su lado recuerdo el contenido del sobre. Sin decir nada me incorporo y voy hasta la biblioteca, recojo la tarjeta de encima de la mesa y vuelvo junto a él que mantiene los ojos cerrados. Se la enseño.

—¿Qué es esto? —pregunto.

Abre poco a poco los ojos hasta toparse con el dorado plástico.

—Una tarjeta de crédito.

—Hasta ahí llego. Lo que quiero saber es para que me la has dejado.

Sorbe un poco del líquido amarillento.

—Cuando hablé con mi tío me comentó el mísero sueldo que te pagarán en el orfanato, he pensado que te vendrá bien un dinero extra.

Me revuelvo incómoda en el asiento, no quiero caridad de nadie y menos de mi amigo.

—No necesito limosna, Gustavo. —Sueno más fría de lo que debería, pero me siento insultada.

Estira la mano hasta posarla en la mía.

—No es limosna, sabes que jamás haría algo así, te conozco bastante bien.

—Rechaza la tarjeta cuando se la tiendo—. Quédatela, no es necesario que la uses si no quieres.

—No necesito el dinero. —Vuelvo a dársela, al ver que no hace gesto alguno para cogerla, la deposito en el asiento.

Mira la tarjeta y niega con la cabeza.

—Dana, en serio, la cantidad que hay depositada no va a arruinarme. Guárdala, puede que ahora mismo no la necesites, pero no sabes qué pasará dentro de unos meses. Además, el sábado me gustaría llevarte a un restaurante que sé que te gustará y tienen protocolo de vestimenta.

Miro mi atuendo.

—¿Qué le pasa a mi ropa?

Sonríe mirando la camiseta de algodón que llevo puesta, las lavadas han desteñido el intenso negro que tenía cuando la compré.

—Nada, solo que hay que ir de etiqueta.

—Tengo vestidos.

—Me alegro. Voy a dormir, estoy cansado —comenta incorporándose, lo veo caminar hasta las escaleras, antes de perderlo de vista dice—: Me muero por ver otra vez tus largas piernas.

Suspiro al escucharlo. Aunque ayer dijo que todo estaba olvidado, su comentario me da a entender que no es así y todavía siente algo por mí. Rezo porque no sea verdad y solo sean imaginaciones mías. Recuerdo que no tengo cómo llegar al orfanato, me incorporo y corro hasta el inicio de las escaleras, lo pillo finalizando el último escalón.

—Mañana me gustaría ir a visitar el orfanato, aunque no tengo vehículo y no sé llegar.

Se gira hasta mirarme.

—Juan se encargará de llevarte y recogerte, solo tienes que decirle a Celines el horario.

—Gracias.

Desaparece de mi vista con los hombros encorvados, no sé si debido al cansancio o por otras preocupaciones. Durante unos segundos me quedo plantada frente a las escaleras. Compruebo la hora, no es medianoche aún, decido leer un rato más en la biblioteca antes de marcharme a dormir.

Miro la destartalada casa en planta baja que tengo enfrente, hacía años que no la visitaba. Dos chavales que no superan los once años están apostados en la entrada, las camisetas de tirantes dejan al descubierto el tatuaje en la clavícula derecha idéntico al mío. Siento pena por ellos, son demasiado pequeños para entender que están tirando por la borda su futuro uniéndose a la banda. Por mucho esfuerzo que haga, sé que no podré salvarlos a todos. Además, una de las condiciones cuando me desvinculé fue dejarlos hacer, no entrometerme en sus negocios. Condición que nunca he cumplido, intento hacer lo correcto por los niños sin que La Muerte pueda ir en mi contra.

Avanzo hasta ellos y veo cómo se interponen en mi camino. Sonrío para mis adentros, en mi juventud me comportaba de igual modo. A la temprana edad de doce años ya tenía actitud de hombre duro, peligroso, nadie en la ciudad era capaz de acercarse a mí sin temblar. En parte mi éxito con las mujeres fue debido a la fachada de chico malo que proyectaba, todas querían domar al indomable Jayce, conforme maduré solo me trajo inconvenientes.

A día de hoy sigo manteniendo la pose de hombre peligroso, es debido a la musculatura y a los tatuajes que me envuelven el cuerpo y al igual que me ocurría en la juventud, ninguna mujer ha sido capaz de conquistarme.

Abro la chaqueta mostrando el símbolo, ambos abren los ojos al descubrir que soy uno de ellos, aunque sea mentira puesto que no tapar el tatuaje que me une a la banda fue por si en algún momento necesitaba regresar a mi antigua vida. Me saludan uniendo los pulgares e índices, el gesto que usan todos los miembros de pandilla para identificarse.

Llego a la altura del salón, para mi sorpresa todo se mantiene igual que cuando la frecuentaba a diario, nada ha cambiado desde entonces. Diego se halla sentado en el sofá con el mando de la consola en las manos, lo acompañan cinco chicos en edad escolar que no conozco. Camino hasta situarme a sus espaldas para ver cómo conduce el Mustang rojo, fuera de la vida de delincuencia es lo único que se le da bien; los videojuegos. Espero a que finalice la partida, todos conocen su carácter, si deseas mantener los huesos en su sitio, lo mejor es no interrumpirlo cuando echa una partida.

—Sabía que regresarías con tus hermanos. —Saluda una vez que se despoja del mando entregándoselo a un joven de quince años para que prosiga con la partida.

Me tenso al escucharlo, hace ocho años prometí no regresar bajo su mandato y tengo intención de mantener la promesa.

—Diego. —Saludo sin mostrar el símbolo que caracteriza a la banda.

Me palmea la espalda, de esa manera llama la atención de los chicos.

—Este es el mejor hermano que hemos tenido —les dice para impresionarlos—. No es necesario que pases el ritual de iniciación de nuevo, eso lo dejamos para los jóvenes. Con que vuelvas a jurar lealtad es suficiente.

—No estoy aquí para regresar a la banda.

No le agrada que me dirija a ellos como banda callejera, ellos se describen como una familia unida, la realidad es que eres prisionero de las decisiones de Diego una vez aceptas el ritual de iniciación.

—Entonces, ¿a qué has venido?

Le indico con la mirada la puerta del salón, entiende que deseo hablar con él a solas. Me guía por la vivienda hasta un cuarto que usa como despacho. Tomo asiento cuando lo indica, hacerlo antes sería faltarle el respeto, cosa que no pretendo.

—¿Qué quieres? —pregunta encendiéndose un cigarro.

No soy amante de las bandas, de hecho me encantaría poder erradicarlas y evitar así un nefasto futuro a miles de niños, pero la realidad es que tras los últimos movimientos de Sousa no me queda otra salida que acudir a mi antigua familia.

—Sousa está haciéndose con San Juan, necesito que lo frenes.

Durante un rato se dedica a mirarme, sé que le agrada la idea de que regrese con ellos, en varias ocasiones me ha visitado en el bar para ofrecerme un alto cargo dentro de la banda, siempre lo he rechazado. Deseo llevar una vida decente y poder cumplir la promesa que le hice a Julio hace dos años: adoptarlo.

—He escuchado rumores, aunque pensaba que no se atrevería después del último encuentro que tuvimos. Tendré que volver a visitarlo, nadie se entromete en mis negocios.

Hablamos algo más de una hora, prometo no dejar a Sousa salirse con la suya y arrebatarle su terreno. El trapicheo con la droga es un negocio rentable, más cuando él no es quien se ensucia las manos, para ello tiene a los menores de edad. Salgo de la casa lamentándome por mis actos, sé que no es

buena idea acudir a La Muerte, no hay alternativa si no queremos perder más jóvenes en el orfanato y en la ciudad.

Regreso a Shumara y me encierro en el despacho. Necesito hacer cuentas, me falta la mitad del dinero para pagar la libertad de Julio y arrebatárselo a Sousa de las manos. Si no lo consigo en menos de dos meses, que es cuando cumple el plazo, veré como Julio se involucra de pleno en el contrabando.

El martes decido visitar al chico en el orfanato. Aparco la moto en el jardín que hay enfrente y miro la construcción con añoranza. Me viene a la memoria los años que viví aquí en la juventud. Nada ha cambiado después de tanto tiempo, el edificio de dos plantas sigue perenne. Su inmaculada fachada blanca me da la bienvenida a la infancia.

Reconstruyo los primeros meses de estancia en el orfanato y la imagen de mi abuela sonriéndome nubla el despejado día. Por muchos años que transcurran jamás seré capaz de olvidarme de ella y del amor incondicional que me ofreció los años que cuidó de mí. Su amor y sus consejos fueron suficientes para cambiar el estilo de vida que me acompañó en la adolescencia.

Me llama la atención un coche negro aparcado en las inmediaciones de la residencia, me tenso al saber a quién pertenece. Quiero pensar que no está en el centro, un hombre como él no debe acercarse a los niños, les destrozaría la vida al igual que hicieron conmigo. te engatusan con lujos y dinero; cosas materiales de las que careces. Criarse en un orfanato tiene sus inconvenientes.

Inconscientemente llevo la mano a la clavícula derecha, la que me recuerda parte de mi vida; mis años de pandillero, las palizas emitidas y recibidas y las visitas a los calabozos de la ciudad. Cuando salí de la banda juré que ayudaría al orfanato para evitar que decenas de adolescentes terminasen en las garras de esta gente, que envían a los peones a disputarse el terreno mientras ellos observan todo desde sus mansiones de lujo sin mancharse las manos.

Apoyado en la moto enciendo un cigarro. Me quito la chaqueta de cuero y la dejo en el asiento. La camiseta de tirantes deja al descubierto el tatuaje que me vincula a una época de delincuencia. Una etapa en la que creía que los componentes de la banda eran mis hermanos, que siempre cuidarían de mí; la realidad llegó la primera vez que me capturó la policía, hay comprendí que solo era un número más dentro de una red de tráfico. Aunque hace años que estoy inactivo, siempre seré uno de ellos. La paliza recibida solo me ofrece libertad de movimiento, poder dejar a un lado el delinquir.

Del interior del centro emerge Ricardo, me incomoda verlo acompañado por Sousa. El traje negro diseñado a medida deja entrever su poder económico. Una mujer morena de mediana estatura lo acompaña, es bastante llamativa aunque para nada el estilo de mujer que suele lucir a su lado.

Como ninguno repara en mi presencia en el parque, la observo sin ser visto y compruebo que la ropa no parece de firma. Algo dentro de mí se remueve al ver la franca sonrisa que le dedica a Ricardo, es tan natural que es capaz de iluminar un día gris. Aunque siendo amiga de Sousa, no augura nada bueno, seguro que él es el artífice de todo y planea cómo integrarse en la dirección del centro.

Espero a que se marchen para atravesar la calle, cruzarme con él sería peligroso. La última vez terminamos a puñetazos y perdí yo, él tiene media ciudad comprada, por eso no visitó el cuartelillo, cosa que yo sí.

Cruzo la calle hasta llegar a la altura de Ricardo, sigue con la mirada el caminar de la acompañante de Sousa.

—Buenas tardes, Ricardo. —Saludo cuando estoy a su altura.

Gira la cabeza perdiendo de vista el trasero de la mujer y sus viejos ojos grises me miran con alegría. Cuidó de mí durante muchos años.

—Buenas tardes, Jay. —Saluda propinándome unas palmaditas en el hombro. Fija la mirada en el tatuaje de la banda y sacude la cabeza en señal de negación—. No entiendo por qué no lo cubres al igual que hiciste con las cicatrices. Ya no eres aquel chiquillo que se metía en problemas, ahora eres todo un hombre.

Me pongo la chaqueta para tapar los tatuajes.

—Es parte de mí. Borrarlo sería renegar de mi pasado, que no fuese el indicado no significa que no exista. Es como si intentara olvidar a mi familia.

Accedo al interior detrás de él. Me guía hasta su despacho en la planta baja, se acomoda en el sillón y me invita a tomar asiento frente a él.

—No es lo mismo, Jay. Tu abuela te inculcó unos valores, pero la banda no te enseñó nada bueno.

No opino como él. Es verdad que pertenecer a una banda callejera no te hace un hombre de bien, pero si te enseña otras muchas cosas.

—Me enseñaron a sobrevivir y no volver a cometer los mismos errores.

Observo un cheque encima de la mesa, distingue dónde dirijo la mirada y se apresura a recogerlo.

—Gracias a la generosidad de buenas personas como vosotros podemos permitirnos mantener las puertas abiertas y seguir cuidando de los niños

huérfanos. Porque si tenemos que sufragar los gastos con las ayudas del Estado, hace años que hubiese cerrado el orfanato.

Me tenso al escucharlo, Sousa puede ser cualquier cosa menos buena persona.

—¿Qué quería Sousa? —pregunto interesado en saber si el cheque pertenece a él o es de otro donante.

Guarda el talón en el primer cajón de la mesa y lo cierra con llave.

—Ha venido a recoger a la señorita Expósito, empieza a trabajar el lunes. Vive con él. —No me extraña la respuesta, seguro que es mercancía recién adquirida y la tiene en prueba—. También ha dejado un talón.

Lo miro reticente, no me gusta esa parte.

—Sabes que si lo usas estamos perdidos. —Asiente, es consciente del panorama en la ciudad—. ¿Por qué has aceptado que la mujer trabaje aquí? Corremos el mismo riesgo.

Se incorpora del asiento, camina hasta alcanzar la puerta para cerrarla.

—Te aseguro que no tienes que preocuparte por ella. Esa chica defenderá los intereses de los chicos y del orfanato, mejor que ninguno de nosotros.

Soy reacio a creerlo, todo lo que rodea el entorno de Sousa es nocivo para el centro.

—Espero no llevar razón, Ricardo, pero esa chica nos traerá problemas.

Odio llevar razón y más cuando se trata del bienestar de los niños y sé —a ciencia cierta— que la morena que acompañaba a Sousa nos traerá muchos quebraderos de cabeza.

No pasan ni dos días cuando la noticia, de que una nueva chica Sousa trabaja en el orfanato, corre por la ciudad como la velocidad de la luz.

Investigo por mi cuenta, al no descubrir demasiado decido echar mano de conocidos. Al mantener contactos dentro de la banda aprovecho para pedir un par de favores que me deben algunos de los chicos. No consiguen demasiada información, de hecho, la poca que aportan no demuestra que sea la típica mujer que Sousa compraría para sus locales. Es mayor de edad, casi roza la treintena, ellos prefieren que sus chicas no tengan más de diecisiete así pueden explotarlas más años y de ese modo les rentan más dinero.

Sé que mi mayor adversario oculta algo, pero para averiguarlo debo acercarme más sin ser descubierto. Solo se me ocurre una forma. Planeo al detalle cómo actuar y qué hacer a partir de ahora. Cuanto necesito es un

encuentro fugaz, el resto rodará solo. Una vez que muestre mis encantos y el lado oscuro que a toda mujer enamora, obtendré las respuestas y, si juego bien mis cartas, será la destrucción de Sousa y su socio, Ramírez.

Los rayos de sol que se filtran a través del cristal me dan los buenos días. La alegría al saber que voy a visitar el orfanato me colma el corazón, dos días sin estar rodeada de niños es mucho para mí.

Me esmero en tener un aspecto presentable tras mi correspondiente ducha, elijo el pantalón negro de vestir combinado con una camisa azul claro. La ropa informal la dejaré para más adelante, una vez compruebe el protocolo del centro.

Bajo al trote las escaleras para adentrarme en la cocina. Celines me pone frente a la cara una taza de café humeante, deposita un plato en la mesa con un trozo de bizcocho. Estoy a punto de rechazarlo, pero el olor me impregna las fosas nasales. Pellizco un poco y lo llevo a la boca. Lo saboreo maravillada. Está delicioso.

—¿Quiere otro trozo?

Niego masticando lo poco que me queda en la boca.

—No, gracias. No suelo tomar nada sólido por las mañanas, aunque no he podido resistirme a su aroma, está buenísimo.

—Gracias, lo he hecho para el señor.

La miro mientras coloca los platos en la platera del armario que hay encima de su cabeza.

—¿Cuánto tiempo trabaja para Gustavo?

Sitúa la cerámica en su sitio antes de mirarme y responder.

—Cuatro años, el mismo tiempo que tiene la casa. Nos contrató a mi marido, Juan, y a mí.

Al escuchar el nombre de su esposo recuerdo que es él quien debe hacer de chófer hasta que consiga un vehículo para moverme por la ciudad a mi antojo. Celines adivina lo que estoy a punto de decir y se adelanta.

—Juan ya está avisado de que debe llevarla al centro.

Me levanto del taburete a la vez que asiento.

Coloco los platos en el fregadero y antes de abrir el grifo, ella me aparta con suavidad.

—No se preocupe, para mí no es ningún problema hacerlo, estoy

acostumbrada.

—Si hace mi trabajo para qué va a mantenerme el señor.

Entiendo su postura. No obstante, la casa es lo suficiente grande como para tenerla entretenida todo el día.

—Solo pido limpiar lo que ensucie, no me gusta ser una carga para nadie, no me educaron así. Además, deduzco que Gustavo le dará tareas para tenerla entretenida todo el día.

No le agrada lo que pido. Al final acepta.

Me despido de ella hasta la hora de la comida que será cuando regrese.

Juan resulta ser un hombre afable, en el corto trayecto hasta el orfanato me explica lo más importante que vemos de la ciudad; la historia que contienen las calles, las viviendas y la gente que la habita. Detiene el vehículo frente a un edificio de dos plantas de fachada blanca. Frente a él hay un pequeño jardín bien cuidado. Salgo del coche no sin despedirme del hombre.

Observo el edificio desde el jardín cobijada del sol, aunque estamos en primavera hace calor para estar bajo sus abrasadores rayos. No tiene nada que ver con la construcción de Vidas Unidas; los recuerdos y saber qué voy a encontrar en el interior consiguen que se me encharquen los ojos.

Con detenimiento cruzo la calle armándome de valor para llamar al interfono. Dos minutos después, una señora —que roza la cincuentena— me recibe con una sonrisa en la boca, se presenta y hago lo propio. Al saber que soy la nueva incorporación hace que pase al interior cerrando la puerta tras ella.

Recorremos un corto pasillo hasta llegar a un pequeño pero acogedor despacho, me explica que Ricardo —el director del centro— lo usa para las emergencias; el resto se hallan en la planta superior.

Me revela por encima el funcionamiento, dice que tampoco quiere atosigarme el primer día ofreciéndome toda la información del orfanato, que así lo hizo con la última chica que contrataron y solo ha durado un mes. Sonríe al pensar en mis años en el centro de Málaga.

Antes de marcharme recorremos juntas todas las estancias. En la planta baja, además del despacho en el que acabamos de estar; está el patio de recreo donde los niños pueden jugar al aire libre sin riesgo alguno, el amplio comedor repleto de mesas y sillas, las salas de estudios divididas en edades, el salón de recreo interior y los baños. La planta de arriba, el lado oeste contiene tres despachos; uno exclusivo de Ricardo, otro del abogado y uno que compartiré con los que serán mis nuevos compañeros; Mia, que es a

quien sustituyo, Carla y Mateo, y una habitación para uso y disfrute de los trabajadores. En el ala este están los dormitorios y los baños de los niños que habitan el centro.

Cerca del mediodía me despido de Carina, le prometo regresar por la tarde puesto que todos los niños están en el colegio y me es imposible conocerlos. Tampoco tengo suerte de coincidir con mis compañeros. Al salir al exterior reconozco el coche de Juan que se apresura a abrirme la puerta cuando me acerco al vehículo, una vez acomodada le explico que el gesto me desagrada.

—Juan, no es necesario que me abra la puerta, tengo dos manos en perfectas condiciones.

El hombre tamborilea el volante mientras espera poder incorporarse al tráfico.

—No es molestia, señora Dánae.

Resoplo al escuchar lo de señora.

—Por favor, le agradecería que me llamase Dana y me tratase de tú.

—Siempre y cuando usted también lo haga.

No lo pienso, no me gustan las formalidades, solo las justas y necesarias con las instituciones.

—Trato hecho.

Me regala una blanca sonrisa.

Con la inquisidora mirada de Celines, al verme instalada en la cocina dispuesta a comer con ellos, ocupo una de las sillas. Veo innecesario trasladar los platos al salón y comer sola cuando puedo hacerlo con ellos. A Juan le agrada tanto la idea que al final su mujer se rinde ante mi mirada suplicatoria.

El martes por la tarde me sorprende que sea Gustavo el que venga a recogerme. Le entrega a Ricardo un cheque, es igual de generoso que siempre. En Málaga hace lo mismo, cada mes transfiere una cantidad de dinero para que sus tíos puedan proseguir con su labor y también, en algunas ocasiones, ha conseguido que adopten a varios jóvenes. Estos gestos desinteresados son los que me conmovieron el día que lo conocí.

El resto de días tengo la misma rutina; desayuno en la cocina charlando con Celines, que resulta ser un encanto de señora. Juan se encarga de llevarme y recogerme del centro y almorzamos los tres juntos con amenas charlas. Les pregunto si conocen algún lugar donde adquirir un coche económico, no dispongo de mucho dinero para gastar así que debo conformarme con uno de segunda o tercera mano, mientras funcione no me importa.

Celines se extraña ante la pregunta, finalmente no puede contenerse. Río al escucharla, sabía que pensaba que era una de las *amiguitas* especiales de Gustavo. Le relato cómo nos conocimos aunque omito ciertos datos, aún no estoy preparada para que unos desconocidos conozcan mi historia. Al final entiende que simplemente somos amigos y que él solo me ayuda.

El viernes por la tarde, de regreso a casa, Juan me comenta que su sobrino tiene un amigo que vende el coche, es viejo pero está en buen estado. Quedamos en visitar al muchacho el lunes después del trabajo.

Por la noche Gustavo llega más tarde de lo habitual, casi a medianoche. Se disculpa por no avisar y saltarse la cena. Le resto importancia, no quiero que cambie su estilo de vida porque yo este en el país y en su casa. Sentados en el salón y viendo una reposición de *Friends* relata los planes para el sábado noche. Intento hacerle entender que no deseo rodearme de lujos, que ese no es mi mundo, pero su cara de pena hace que acepte la invitación.

Miro el reflejo que me devuelve el espejo del vestidor, el sencillo vestido negro que llevo y los altos zapatos no son de alta costura, lo que me hacen sentir incómoda al saber que me lleva a uno de los restaurantes más caros de la ciudad. Aunque durante el día intenta quitarme la sensación de que no encajaré en su círculo social, presiento que la noche no será tan maravillosa como él la pinta.

Improviso un moño casual. Antes de abandonar la habitación hago el mismo ritual de todos los días, me perfumo y beso las dos fotografías que reposan en la mesita de noche. Al entrar en el salón quedo impresionada al verlo de pie en mitad de la estancia, viste elegante. El traje de chaqueta se adapta a su anatomía como un guante, debo reconocer que está imponente.

Sonríe al verme sonrojarme.

—Estás preciosa, como siempre. —Halaga mi simple atuendo.

Entrelaza el brazo con el mío para guiarme hasta el exterior de la parcela donde un vehículo negro aparece en la entrada. Un señor con gorra se apresura a abrirnos la puerta. Quedo boquiabierta al ver que tiene chófer, es la primera vez que lo veo en los días que llevo instalada.

Los nervios no aflojan cuando llegamos a la entrada del restaurante. Los señores visten todos de traje, las señoras llevan preciosos y caros vestidos recargados con brillantes collares y pendientes. Gustavo nos guía hasta el interior. Saluda al portero en la entrada. Recorremos unos metros hasta

pararnos frente a una mesa donde ya hay instalados unos cuantos comensales.

Pronto observo las ropas de firma que llevan sus amigos, me siento cohibida al ver cómo miran mi simple vestido negro de mercadillo y los zapatos sin marca. Aunque él se esfuerza por borrar la tristeza de la cara, no lo consigue en toda la velada, este no es mi ambiente y lo sabe. Con suavidad le toco el brazo, es un gesto casi imperceptible aunque lo suficiente para que lo advierta. Me mira con sus castaños ojos, posa una mano sobre la mía e intenta calmarme.

—Estoy cansada. ¿Te importa si me marcho a casa?

Comienza a acariciarme la mano a la vez que hace círculos en la ella.

—Dana, te conozco bien y sé que no estás cansada. ¿Dime la verdad?

Me revuelvo en la silla, siento clavadas las miradas de los presentes y me desagrada.

—No me siento cómoda en este lugar. De sobra sabes que no encajo aquí.

Lleva la mano hasta mi mejilla y se entretiene en acariciarla de forma suave. Al ver la expresión que le dedico la retira para dejarla reposar sobre la mesa.

—No son malas personas —susurra bajo mirando a nuestros acompañantes—. Relájate y disfruta, preciosa.

Es imposible que me relaje rodeada de gente superficial, engreída y arrogante que nunca han luchado por sobrevivir y ni conocen el significado de la palabra. La mujer rubia situada frente a mí, habla con disgusto porque su padre le negó comprarse un bolso que costaba dos mil dólares en su último viaje a Nueva York.

Me repugna la gente cuya única preocupación en la vida es tirar de tarjeta de crédito sin importarles que haya gente muriendo de hambre en las calles. Sorbo un poco de agua e intento evadirme de la conversación superficial que se desarrolla a mi alrededor. De vez en cuando, Gustavo me dedica una sonrisa para acto seguido, fundirse en una conversación de negocios con el hombre que está a su derecha.

Los camareros están sirviendo los entrantes cuando una mujer alta, delgada y rubia, enfundada en un ajustado vestido rojo se sienta en la silla libre que queda. Al principio con tanta capa de maquillaje no la reconozco, al final abro los ojos al comprobar que se trata de Mia, la chica que colaboraba en el orfanato. Tengo intención de saludarla, pero al oír la pregunta de la morena que está a su lado y escuchar su voz de niña malcriada quejándose al responder, consigue dejarme petrificada en la silla.

—Una mañana horrible —dice mientras hace aspavientos con las manos enfatizando su malestar—. Rodeada de delincuentes juveniles sin futuro. No entiendo por qué mi padre me ha hecho pasar por ese calvario. Menos mal que ya ha llegado la nueva. Por cierto, me he enterado de que es una perdedora como ellos, sus padres la abandonaron a los doce años.

La otra se lleva la mano al pecho conmocionada por lo mal que lo pasa su amiga. ¡Cuánta hipocresía!

La sangre me bulle al escuchar cómo habla de los niños del centro, lo que dice de mí me trae sin cuidado, me importan más ellos. Intento mantener la boca cerrada y no montar ningún escándalo, no quiero ofender ni avergonzar a Gustavo, pero lo siguiente que sale por su boca operada no da opción a mantenerme callada.

—Mi padre dice que es una lección de moralidad para que entienda que no debo gastar tanto dinero en cosas superficiales como en mi vestuario, ¿te lo puedes creer? Sigue empeñado en que esos chicos tendrán futuro. Está ciego al pensar eso. El futuro más cercano que tienen es pasar sus años en la cárcel o vender su cuerpo en cualquier esquina de la ciudad, no sirven para otra cosa.

Golpeo la mesa con tal furia que derramo varias copas, mi gesto logra que el contenido se esparza por el blanco mantel.

—La única que es capaz de ser una vulgar puta en cualquier esquina de la ciudad, eres tú. Si no tuvieses la tarjeta de crédito de papá no valdrías para otra cosa. Aunque pensándolo bien, no sirves ni para eso, se necesita una clase de la cual tú careces.

Todos mantienen la boca cerrada tras mis palabras, me importa un pepino la asesina mirada que me dedica mi amigo, no pienso consentir que hable así de la gente sin hogar; ni somos unos delincuentes ni unas vulgares prostitutas. La rubia al reconocermme agranda los ojos, aunque la mueca de repulsión que forma con sus siliconados labios dice que me tiene tanto aprecio como yo a ella; ninguno.

Recojo el bolso que cuelga de la silla y salgo del restaurante sin despedirme de nadie, ni siquiera de Gustavo. El cual se apresura a seguirme aunque no escucho nada de lo que dice. Ahora mismo estoy tan cabreada y humillada que no soy capaz de razonar con normalidad.

Intento parar un taxi, pasa de largo. Maldigo para mis adentros, en momentos así me gustaría estar en casa rodeada por los míos y la gente que de verdad me entiende. Comienzo a caminar sin rumbo fijo hasta que la mano

de él me rodea el brazo y me frena.

—Dana, ¿quieres parar y escucharme?

Me trago las lágrimas antes de girarme para encararlo. Sabía que no iba a funcionar y, aun así, se ha negado a dejarme marchar.

—Te he dicho que este —señalo el restaurante— no es mi lugar. Sin embargo, te has empeñado en que me quedara.

Intenta acercarse a mí, lo freno interponiendo una mano entre nuestros cuerpos.

—No dejes que te afecte la opinión de Mia, es una niña que se ha criado en la abundancia y no tiene la percepción de la realidad o de la fantasía del dinero. Te aseguro que no es mala chica, además de cariñosa.

Lo miro incrédula al imaginarlo con una mujer tan superficial. ¿Cuánto ha cambiado mi amigo que apenas puedo reconocerlo?

—¿Has escuchado lo que ha dicho de los niños del orfanato o de mí?

Se frota la cara antes de responder.

—No te enfades por lo que te voy a decir, pero, en parte, Mia tiene razón. La mitad de esos críos no tienen otro futuro que no sea la calle.

No digo nada, si lo hago será para mandarlo de paseo y, por el momento, no hay dormitorios libres en el orfanato y no dispongo de dinero suficiente para independizarme.

—Tengo jaqueca, me marchó a casa. Que tengas una excelente velada —digo sin ánimos algunos.

Le hace un gesto al chófer, se acerca hasta el hombre para comentarle algo tan bajo que no soy capaz de escuchar ni me importa. Al finalizar el chófer asiente y abre la puerta trasera del vehículo. Permito que Gustavo se despida de mí con un beso en la mejilla. Aturdida me dejo caer en el asiento trasero, lo único que deseo es poder salir de la vida rodeada de lujos de mi amigo.

El resto del fin de semana lo dedico a esquivarlo, no estoy lista para hablar con él con normalidad, todavía me duelen sus palabras.

—¿Cuándo ibas a decírnoslo? —pregunta Mateo al entrar, junto a Max, a la oficina de Shumara.

Desvió la vista de los documentos para mirar a mis hermanos. Los ojos castaños de Mateo me observan acusatoriamente.

—¿Decíos qué? —Creo saber a qué se refiere, pero si lo digo de inmediato sería admitir mi error.

—Que te reuniste con La Muerte —asevera Mateo. No niego nada, es evidente que ellos tienen los mismos contactos que yo—. Joder, Jay, se supone que estás fuera de ese mundo.

—Y lo estoy, Mateo, lo estoy —afirmo rotundo.

No quiero que piensen que he regresado a la banda, esos años quedaron atrás. Si aguanté todo ese tiempo dejándome mangonear por La Muerte, solo fue para poder ayudarles con sus estudios universitarios. Los dos eran inteligentes y no quería que desaprovecharan la oportunidad de cursarlos por el mero hecho de no poder permitírselo. Le hice prometer a Ricardo que nunca les diría la verdad de la procedencia del dinero, aún creen que fue el Estado quien se encargó de sus estudios.

—Entonces, ¿por qué te vieron en la casa cuando te dije que no lo hicieras? —inquire Max que habla por primera vez.

No tengo escapatoria, debo decir la verdad, nuestra relación siempre se ha basado en no mentirnos, bastante mal me siento por ocultarle la verdad sobre sus estudios. Sé que en algún momento tendré que aclarar todo, pero hasta ahora no he encontrado el momento idóneo para confesar.

—Escuché una conversación de Acosta. —Miento—. Sousa le consiguió la adopción de un niño de seis años, proviene del mismo orfanato que la mujer que convive con él. ¿No os resulta extraño? —Ninguno de los dos comenta nada, se mantienen pensativos—. La mano derecha de Acosta viajó hace dos días a Miami, ya sabemos qué significa eso. ¿Qué queréis que haga? ¿Que me quede quieto viendo cómo ese cabrón sigue destruyendo las vidas de inocentes?

Ambos callan, imagino que no se han enterado de los últimos movimientos de nuestros enemigos más acérrimos. Desde que los padres de

Sousa y Ramírez se instalaron en el país hace años y la llegada de ellos cinco años atrás, se han hecho los dueños de los negocios más turbulentos de la ciudad. Ambos son iguales; no tienen escrúpulos, les importa poco el bienestar de la gente, sobre todo de la juventud, y lo único que desean es el poder que han impuesto a base de violencia, extorsiones y muertes.

—¿Cuándo?

—El mismo día que visité a La Muerte. Además, Sousa tiene intención de comenzar a reclutar niñas en el orfanato. Sus clientes japoneses les están pidiendo latinas, si no las saca del centro lo hará de la ciudad, no es la primera vez que desaparece una joven.

Max se lleva la mano a la nuca, todavía se siente incompetente por no localizar, junto a la policía, a las cinco desaparecidas de este año. Estoy seguro de que la cifra aumentará conforme ambos socios amplíen sus negocios.

—Hay que frenar esto como sea —se queja Mateo.

—¿Por qué te crees que visité a La Muerte? —admito—. Él es el único que puede contenerlos, de otro modo me veré obligado a regresar. Si lo hago puedo despedirme de la adopción de Julio.

Max se incorpora, no le agrada la idea de que vuelva a pertenecer a la pandilla.

—Ni se te ocurra hacer tal cosa. Julio espera trasladarse a vivir contigo antes de que finalice el año, no le destruyas la única ilusión que tiene en la vida —comenta mesándose el pelo—. Danos algo de tiempo al inspector Cruz y a mí, seguimos recabando información para apresarlos.

—Tiempo es lo que no tenemos —replico incorporándome—. Vi con mis propios ojos el cheque que le entregó a Ricardo hace un mes cuando recogió su nueva mercancía, que por cierto, sigue trabajando en el orfanato. ¿Cuánto tiempo crees que tardará la mujer en convencer a las chicas para que trabajen para Sousa?

Saben de quién hablo; la española que reside con Sousa en su mansión. Imagino que será otra de sus putas, pero por el momento sigo sin poder demostrarlo. Las horas que invierto en seguirla no dan frutos, no hay forma de pillarla desprevenida y crear un encuentro casual. Lo único que he podido apreciar de la chica es que no parece pertenecer al entorno Sousa, pero cuando uno vive en la pobreza es fácil dejarse engañar por los lujos.

—Jay, ella no es como imaginas.

—Mateo tiene razón —reafirma Max dándole la razón a nuestro hermano.

—Otros ilusos que ha engatusado con su belleza —sentencio.

Como ninguno de los dos corrige mi afirmación, les explico los motivos para visitar a mi antiguo dueño, porque eso es lo que era. La conversación que mantuvimos y les aseguro una docena de veces que no estoy interesado en regresar a la banda, aunque si él no consigue echar a los socios del país antes o después me veré obligado a regresar.

Max se marcha cuando se asegura de que digo la verdad. Mateo acepta la invitación de cenar juntos en mi casa, Alejandra está cubriendo a María en el bar y todavía le quedan unas horas para salir.

Preparo una cena rápida y nos acomodamos en la mesa del salón. Sirvo un par de cervezas para acompañar. Hablamos del gimnasio y de los avances de Julio con el *kick boxing*. Para los Rivera, Julio es un miembro más de nuestra extraña familia.

Miro a mi hermano, ninguno de los tres nos parecemos, será porque no somos hermanos de sangre, sino de corazón.

El primero en llegar al orfanato fui yo, después llegó Mateo. Sus constantes llantos me sacaban de quicio. Intercambiamos unos cuantos golpes antes de convertirnos en inseparables. A las semanas llegó Max, también lo ubicaron en la misma habitación que a nosotros. Con los años éramos como hermanos, hasta que ellos decidieron despojarse de sus apellidos para ponerse el mío; desde entonces en la ciudad nos conocen como los hermanos Rivera.

De los tres, mi infancia fue la menos traumática. En mi caso perdí a mis familiares, pero los años que viví con ellos fueron felices. Max es otra historia, su madre drogadicta murió entre rejas sin acordarse de que tenía un hijo de seis años. Su padre se pasaba los días borracho y cada vez que llegaba a casa le propinaba una paliza. Así vivió durante seis largos años, hasta que el hombre murió y Max fue trasladado al orfanato. La historia de Mateo es similar a la de Max, sus padres murieron cuando él solo tenía cuatro años y pasó a cargo de su tío, el cual le pegaba tremendas palizas todos los días, el chico con cuatro años tuvo que aprender a robar si quería alimentarse.

Alejandra ya estaba en el centro para cuando llegamos nosotros, la última en incorporarse fue María. Los cinco nos convertimos en familia, pero solo nosotros tres nos pusimos los mismos apellidos. Tanto Mateo como Max estaban enamorados de ellas y con los años se convirtieron en parejas para después contraer matrimonio. Soy el único de los hermanos que sigue soltero, ninguna mujer decente desea estar con un expandillero y mi tatuaje deja claro de dónde provengo.

—Necesito una chica que se encargue de la limpieza del bar por las mañanas y que después sustituya a María cuando nazca el bebé —le digo a Mateo.

—Si me entero de algo, te aviso —contesta vaciando la botella de cerveza. Se incorpora de la silla y va a la cocina, enseguida regresa con dos botellines más.

—Te he visto merodear mucho las inmediaciones del centro este último mes. ¿Qué ocurre, hermano? —Desea saber.

Tomo un sorbo de cerveza antes de responder.

—No me fio de la nueva, es amiga de Sousa y todos sabemos que él no mueve un dedo si no es por interés propio. ¿Quién nos asegura a nosotros que ella no es una de sus chicas?

Ríe ante mis temores.

—Te vuelvo a repetir que no es ninguna de sus *amiguitas*. ¿Por qué no te acercas un día y te la presento? Estoy seguro de que te caerá bien, es una chica muy agradable y sencilla como nosotros.

—No, gracias.

—¿Desde cuándo juzgas a las personas antes de conocerlas?

Tuerzo el gesto al escucharlo, nunca he sido de ese tipo de personas que juzgan antes de conocer, porque no me gusta que lo hagan conmigo por el hecho de ir tatuado; pero este caso es distinto y sé que no fallo, que ella está tan corrompida como su dueño.

—Desde que no quiero tener nada que ver con el entorno de Sousa. Bastante tengo ya con ellos.

—Max leyó su expediente antes de que la aceptaran. Te aseguro que, por lo poco que dijo, su infancia no fue fácil. Dale una oportunidad y tú también caerás rendido a sus pies cuando descubras la persona que se esconde bajo esa fachada de fragilidad.

Sigo sin entender por qué insisten tanto en que es buena persona.

—Nuestra infancia no fue un camino de rosas.

—En comparación con la suya, sí. —Lo miro extrañado. Decide que es momento de cambiar de conversación y no hablar más de su compañera de trabajo—. ¿Se ha puesto Sousa en contacto?

—No, falta un mes para que cumpla el plazo, aunque imagino que en breve me enviará visita.

—Alejandra y yo podemos aportar tres mil dólares, no tenemos más. Max y María también pueden desprenderse de unos cuantos dólares antes de que

nazca el bebé.

Me niego a que mis hermanos se desprendan de lo poco que tienen.

—Ni lo pienses. No voy a aceptar vuestro dinero, lo necesitáis vosotros.

—Por esa regla de tres, Max y yo deberíamos devolverte todo lo que invertiste en nuestros estudios. —Me quedo boquiabierto al escucharlo—. ¿Te recuerdo que llevo la contabilidad del centro? ¿Por qué no nos lo dijiste?

No tengo palabras, no sé qué decirle para no incomodarlo, jamás nos habíamos ocultado nada.

—No quería que desaprovecharais la oportunidad de estudiar, de crearos un futuro distinto al mío. Sabía que si os lo decía no aceptaríais. Le hice prometer a Ricardo que no os dijera nada. Lo siento, Mateo, solo quería lo mejor para vosotros.

—Tú también eras buen estudiante, Jay. Incluso mejor que nosotros y un gran futbolista, cualquier universidad te habría aceptado. —Algo debe pensar porque su gesto cambia rotundamente—. ¿Entraste en la banda por nosotros?

Me atraganto con el trago de cerveza, no quiero que piense que tiré por la borda mi futuro por ellos, no fue del todo así.

—No y sí.

—Explícate —solicita sacando el paquete de tabaco.

Yo también me enciendo un cigarro.

—Por aquel entonces necesitaba unas zapatillas nuevas para jugar, las mías estaban rotas y sabía que Ricardo no podía comprarme otras. Max y tú solo teníais un par de pantalones y camisetas rotas, aunque nunca os quejasteis, sabía que os daba vergüenza ir al instituto con esos ropajes. Cuando quise dejarlo ambos enviasteis la solicitud a varias universidades y la beca recibida no daba para cubrir vuestros estudios, así que me mantuve unos años más dentro para poder ayudaros económicamente y que no tirarais vuestro sueño por el retrete.

Mateo se queda sin palabras ante mi sinceridad, creo que no esperaba esta explicación.

—Pero dejaste atrás tu sueño de jugar al fútbol por nosotros. ¿Por qué lo hiciste?

—La familia está para ayudarse y si uno debe sacrificar sus sueños por sus seres queridos, lo hace sin pedir nada a cambio. Veros tan felices cuando ambos os licenciasteis fue un gran orgullo.

—Quiero que aceptes el dinero para pagar la libertad de Julio. De algún modo tengo que compensar el esfuerzo que hiciste por mí.

Sacudo la mano en señal de negación, no estoy dispuesto a que se quede sin dinero.

—He dicho que no, Mateo, y no insistas más. Conseguiré el dinero que me falta para Julio.

Como tenía previsto, un hombre de Sousa me visita en Shumara días después, quiere recordarme que quedan pocas semanas para que cumpla el plazo estipulado. Este mes solo he conseguido reunir veinticinco mil dólares, la mitad de lo que debo abonar, no tengo claro de dónde sacaré el resto, el bar no genera tantos ingresos.

Ha transcurrido un mes desde que llegué a Puerto Rico, la relación con Gustavo sigue sin pasar por su mejor momento, desde la fatídica noche del restaurante mantengo las distancias. Sigo obligada a permanecer acoplada en su casa porque en el centro no hay una habitación libre. Ricardo me da una alegría al llegar al trabajo, si todo marcha bien en dos semanas quedará un cuarto libre.

Sigo en el trabajo cuando la noche comienza a caer, miro por la ventana del despacho para contemplar la ciudad al tiempo que recuerdo el día que llevé mi coche a la finca de mi amigo.

Juan me llevó a ver el vehículo del que me había hablado. Ambos lo probamos y me fie de su palabra al decirme que el motor estaba en perfecto estado, el resto, seguía manteniéndose en pie. Lo conduje hasta casa sin dejar de sonreír, aunque fuese viejo y feo, era mi coche y me daba libertad de movimiento. La alegría duró hasta que mi amigo apareció por casa. No puso un pie dentro de la vivienda cuando comenzó a pedir explicaciones a pleno pulmón.

—¡Juan! —gritó en mitad del silencio que reinaba en la casa—. ¿Qué hace esta chatarra aparcada en mi finca?

Los tres nos miramos asombrados por la fuerza de su voz. Antes de que Juan diese la cara por mí, lo hice yo. Salí al exterior donde mi amigo no despegaba la vista de mi maltrecho vehículo.

—A lo que tú llamas chatarra, yo lo llamo mi medio de transporte —informé al llegar a su altura en un tono pausado, no era necesario gritar por algo tan nimio.

Abrió los ojos de manera descomunal.

—Dana, por Dios. Eso no es un coche, es un amasijo de chapa.

Me encogí de hombros.

—No tengo tanto dinero como tú, esto es lo máximo que puedo permitirme.

Me adentré en el interior y lo dejé hablando solo. Antes de marcharme al cuarto para no volver a ver a mi amigo, me despedí del matrimonio.

Sacudo la cabeza para despojarme de los recuerdos, tengo problemas más importantes en los que pensar que en la arrogancia de Gustavo.

Me preocupa Julio, uno de los niños que habita en el orfanato. Tiene catorce años y no cesa en ocasionar problemas. Reconozco que se halla en una etapa difícil de su vida; pero si sigue por ese camino, no le deparará nada bueno en el futuro. Hoy ha vuelto a meterse en líos, aunque en esta ocasión ha ido demasiado lejos; la policía lo ha pillado trapicheando en una esquina y llevaba consigo un arma.

No sé qué hacer para que confié en mí, he intentado explicarle que tras estos muros hay una vida mejor para tirarla por la borda a la corta edad que tiene.

Una figura bajo el amparo de los árboles del jardín que hay frente al orfanato capta mi atención, presto atención al hombre cuando sale de las sombras y la farola ilumina su rostro. Es alto y musculado. Su actitud parece sospechosa y todo él desprende peligro. Mira a ambos lados con inquietud al tiempo que se lleva un cigarro a los labios, al poco una sombra más baja se proyecta frente a él. Ese físico desgarrado, y los pelos rizados revueltos, lo reconozco al instante. El miedo y la rabia se apoderan de mí al comprobar que se trata de Julio y que habla con el hombre.

Salgo disparada del despacho y bajo las escaleras en una carrera, cuando logro alcanzar la puerta de entrada me falta la respiración. Fijo la vista en los dos cuerpos que mantienen una discusión acalorada. Sin esperar la ayuda de Mateo me lanzo hacía ellos.

Un temblor se apodera de mí, no es el conocido, pero sí me hace sentir pánico al recordar los sufridos durante meses, aunque esos iban mezclados con sudores fríos. Intento concentrarme y que no se note el miedo que siento, no solo por la presencia del hombre, sino porque en cualquier momento puedo regresar a mi infancia y tener un episodio de terror que, en ocasiones, me dejaban desorientada.

—Julio, entra ahora mismo en el edificio —digo casi sin aliento mirando con rabia al imponente hombre que me observa con curiosidad.

El chico ni se gira para mirarme.

—Estoy hablando con...

Lo agarro del brazo para obligarlo a mirarme.

—Entra de inmediato en el edificio si no quieres más problemas de los que ya tienes —exijo con firmeza.

Julio agacha la cabeza y comienza a caminar hasta el interior de la residencia. Cuando me aseguro de que no puede escucharme, encaro al desconocido.

De cerca puedo observarlo mejor y sin importarme la mirada asesina que me dedica, lo miro de arriba abajo. Las fotografías que exponen a los hombres más peligrosos del mundo son una minucia en comparación con su apariencia. Su indumentaria dicta mucho de ser un hombre de bien. Los tejanos no admiten un roto más y la camiseta de algodón está arrugada. Desprende una mezcla de humo, alcohol y colonia. Sus ojos almendrados no cesan en mirarme acusatoriamente, lo que logra que mi escuálido cuerpo tiemble aún más. Me dedica una sonrisa torcida, el condenado es atractivo hasta decir basta y esa fachada de tipo duro lo acentúa más.

—Qué sea la última vez que te veo acercarte a uno de los niños — amenaza a la vez que alzo el mentón para poder mirarlo a los ojos.

No responde de inmediato, se dedica a observar con la mirada cada centímetro de mi cuerpo. Un temblor me recorre al sentir su intenso examen.

—Lo que pides no es posible.

Por primera vez me fijo en sus manos. Los dedos los lleva tatuados y la poca piel de los brazos que puedo observar está repleta de tinta. Mi vista se desvía hasta la clavícula desprovista de tela donde reconozco uno de los tatuajes, pertenece a una banda callejera. Si este delincuente de mala muerte piensa que mis niños son sus marionetas, acaba de dar con un hueso duro de roer.

—Si vuelvo a verte en las inmediaciones del orfanato llamo a la policía — advierto antes de regresar al interior del edificio. Lo escucho maldecir aunque no logro entender las amables palabras que me dedica.

Antes de marcharme a casa procuro hablar con Julio, me topo con la puerta cerrada con pestillo. Cansada me despido de Mateo que sigue negando con la cabeza.

El trasto de mi coche se niega arrancar a la primera, al fin cobra vida al rugir el motor, comienzo a pensar que no fue tan buena compra como pensé en su día. Sin rebasar los límites de velocidad conduzco por la solitaria calle, hace semanas descubrí un atajo para llegar a la mansión y no tener que soportar los atascos que se producen a ciertas horas del día.

Voy tan distraída pensando en Julio que no reparo en que el coche comienza a hacer cosas raras hasta que decide morir. De forma desesperada intento ponerlo de nuevo en marcha, no me gusta estar sola y menos en un

lugar tan desértico como este.

Minutos después deduzco que la maldita chatarra no va a arrancar, observo la carreta y avisto unas luces a unos cien metros de dónde me encuentro varada. Reviso el móvil para comprobar, por tercera vez, que sigue sin batería. Con valentía salgo del vehículo y comienzo a caminar de forma rápida hasta las luces.

Encima de una puerta de mala muerte, que me provoca escalofríos, leo Shumara. La música se escucha a través de la madera. Agarro el tirador abriéndola. Olfateo el olor a sudor, tabaco y alcohol antes de decidirme a entrar.

Me alegra comprobar que el interior no tiene tan mala pinta como la fachada. La gente baila en mitad de la pista. Fijo la mirada y me sorprende ver cómo se contonean de forma tan sensual, no despego la vista hasta que soy empujada por una mujer cuando pasa por mi lado oscilando las caderas. La barra se halla a mi izquierda, me dirijo a ella y espero paciente hasta que la camarera repara en mi presencia.

—¿Qué va a ser? —pregunta mientras explota una bola de chicle.

Froto las manos para no ponerme más nerviosa de lo que estoy, necesito un teléfono y si entro en pánico no seré capaz de articular palabra. No soy amiga de lo desconocido y todo lo que me rodea lo es.

—Perdona, mi coche me ha dejado tirada. Me preguntaba si puedo usar el teléfono para que vengan a recogerme.

Me indica con la larga uña, pintada de rojo, el final de la barra.

—Está en el otro extremo, no creo que a Jay le importe que lo uses.

Comienzo a caminar para adentrarme en el bar y evito rozar a las personas, sobre todo a los hombres que me miran con cara hambrienta. Logró alcanzar el final de la barra sin tropezar por el camino. La camarera acerca el viejo teléfono, antes de que pueda preguntarle si hay que marcar algún número especial para realizar la llamada, ya está atendiendo a varios clientes que reclaman su atención a base de gritos.

Voy a marcar el número de casa, pero la vista se desvía a los documentos que hay en la barra. Un garabato capta mi atención, y junto a un nombre — Julio— hay una cifra. Antes de que pueda seguir leyendo para despejar el miedo de que se trate del chico, un escalofrío familiar vuelve a recorrerme el cuerpo, es la misma sensación que he tenido cuando el hombre tatuado me comía con la mirada. Sin saber por qué, cuelgo el teléfono. Al girarme, me encuentro con la misma sonrisa torcida de hace media hora.

Se apresura a cerrar la carpeta para que no pueda seguir leyendo, vuelve a recorrerme con la mirada. Me hormiguea cada centímetro de piel haya donde sus ojos se posan. La camarera comienza a decirle algo lo que logra que despegue los ojos de mí. Considero el momento idóneo para escabullirme. Salgo casi corriendo al exterior, tan ofuscada voy que debo pararme para tomar aliento, sin percatarme de que él me sigue.

—María me ha dicho que estabas usando el teléfono porque se te ha averiado el coche. —Su voz es grave aunque al mismo tiempo suave.

No me molesto en contestarle, comienzo a caminar en dirección a mi estropeado vehículo, me freno al escucharlo de nuevo.

—No voy a dañarte, princesita —ironiza.

Me giro para mirarlo con rabia, odio que me llamen princesita.

—No hablo con desconocidos y menos si estos pertenecen a bandas callejeras. —Antes de alejarme de él vuelvo a encararlo. Sin saber de dónde saco el coraje, hincó el índice en su pecho, aunque no pasa de una leve caricia porque parece de acero—. No vuelvas a llamarme princesita.

No me deja retirar la mano, la sujeta con la suya presionándome la palma contra su pecho donde noto como el corazón le bombea acelerado. La calidez y suavidad de su mano me deja sin palabras, y la sensación que recorre mi cuerpo me asusta.

—¿Papá no te enseñó a no juzgar a la gente por su apariencia?

Sin saber por qué, deseo gritarle que papá no me enseñó nada bueno en esta vida. Lo único que hago es soltarme de su agarre. Giro los talones para dirigirme de nuevo a la oscuridad que envuelve mi precario coche. Siento un hormiguelo en la muñeca que ha inmovilizado con suma suavidad. Más que sujeción ha sido una caricia. Por suerte no me sigue.

Desesperada intento que el dichoso coche arranque, pero el condenado se niega a sacarme de aquí. Escucho el rugido de una moto que estaciona junto a la puerta abierta. Mi cuerpo se encarga de decirme quién es el dueño.

—Sube, te llevo a casa —dice alargando la mano con la que sujeta el casco.

Lo miro incrédula.

—No pienso ir a ningún lado contigo y menos en eso. —Señalo con la mano la motocicleta negra.

Sonríe ante mi comentario mostrando una blanca y perfecta dentadura. Mis ojos se fijan por primera vez en los carnosos labios, me descubro pensando qué se sentirá al besarlos. La tontería se me pasa al ver cómo

ensancha la sonrisa de suficiencia que me dedica. Por encima del ensordecedor rugido de la moto escucho «linda gatita».

—¿Qué has dicho?

Sacude la cabeza como para despejarla.

—Que no tengo toda la noche. Así que decide, o te quedas aquí hasta que alguno de los borrachos que hay en el bar decida salir y hacer de príncipe azul o subes a la moto y te acerco a casa.

La sola idea de que un borracho me ponga una mano encima hace que me encoja, aunque la alternativa no me tranquiliza nada. Miro el maldito coche mal estacionado en mitad de la carretera.

—No puedo dejar el coche aquí. —Intento ganar tiempo por si el móvil decide regresar a la vida.

Antes de bajar de la moto, con cara desesperada, pone el caballete para que no caiga al suelo. Sin mediar palabra me agarra por la cintura y me alza. Hasta que no me posa en el estrecho asiento trasero, de ese vehículo provisto únicamente de dos ruedas, no me suelta. Con cuidado me coloca el casco y se asegura de que la cinta está bien sujeta sin llegar a dañarme. Levanta la pierna derecha pasándola por encima del asiento, se acomoda a la vez que quita el caballete. Antes de agarrar el manillar gira la cabeza y levanta la visera para hablarme.

—Agárrate a mi cintura, prometo ir despacio. —Sus ojos brillan con intensidad mientras lo dice.

Hago lo contrario de lo que pide y me sujeto a la parte trasera de la moto. Sacude la cabeza con movimientos negativos, pero atisbo un rastro de sonrisa en sus labios.

Acelera la motocicleta y por inercia mi cuerpo se bambolea hacia atrás. Si a esto él le llama ir despacio, maldita gracia me hace. Decido que será más seguro seguir sus indicaciones. Reticente le rodeo la cintura con los brazos y su cuerpo vibra, apuesto a que está riendo.

Reduce la velocidad. El aroma a colonia y tabaco me llega gracias al aire. Es un olor agradable, me recuerda a mi hogar y eso me infunde cierta seguridad.

Escondo lo suficiente, para poder ver, la cara. Apoyo la mejilla en la espalda masculina, me siento segura; cómoda. Durante el trayecto le indico hasta que por fin veo el acceso a la urbanización de Gustavo, lo guío por las calles.

—Hemos llegado. —Frena sin prestarme atención siquiera.

Bajo de la moto. Al comprobar cómo mira la casa, me quito con celeridad el casco y se lo entrego. Cuando vuelve a mirarme el brillo que desprendían sus ojos en el bar ha desaparecido. Me avergüenza que piense que vivo en esta casa por dinero cuando la realidad es que no tengo otro sitio al que ir, de ser así me habría marchado hace semanas. Por fin decide hablarme.

—Si quieres, déjame las llaves del coche y mañana te lo acerco cuando termine de repararlo.

Niego con la cabeza.

—No te preocupes, Juan se encargará de él —comienzo a caminar hasta la verja de la entrada, antes de adentrarme al interior vuelvo a mirarlo por última vez—. Gracias.

Camino con el corazón galopándome como si quisiese correr tras él sin reparar en la sombra que me observa desde lo alto del ventanal. Con una estúpida sonrisa en la cara accedo a casa. En la cocina encuentro a Celines y a Juan, ambos suspiran al verme, no están acostumbrados a que llegue tan tarde, los calmo explicándole lo sucedido. Sin tener que pedírselo, Juan se ofrece a llevarme mañana al trabajo y encargarse del coche. Me pide las llaves antes de retirarme al cuarto. Necesito una ducha y no por tocarlo, sino para despojarme de la estúpida felicidad que me abarca.

Troto escaleras arriba sin dejar de pensar en la dureza de sus abdominales, al abrazarlo los he sentido bajo la capa de ropa. En más de una ocasión he estado tentada de meter las manos bajo la chaqueta y palparlos.

La voz de Gustavo me saca de la ensoñación.

—¿Quién te ha traído a casa?

Freno en seco, ¿cómo decirle que es un desconocido? Que me he subido a un vehículo con un completo desconocido cuando por regla general soy la persona más cauta de la tierra. Me invento una historia para no dar muchas explicaciones.

—Uno de los repartidores del centro, mi chatarra me ha dejado tirada en mitad de la calle.

—Habría ido a recogerte si me hubieses llamado.

Asiento, no lo dudo.

—Te hubiese llamado de no ser porque mi móvil ha decidido quedarse sin batería a mitad de tarde, se me ha olvidado el cargador en casa y no sé tu número de memoria.

Acepta la mentira que acabo de ofrecerle como explicación. Estoy a punto de traspasar las puertas del cuarto que ocupo cuando frena mi andadura

sujetándome por el hombro. Lo miro desconcertada, desde la discusión en la puerta del restaurante no había vuelto a tocarme. Advierte mi desconcierto y quita la mano de inmediato.

—Necesito pedirte un favor.

Intuyo lo que va a decir, así que me adelanto.

—No te preocupes, Gustavo. En dos semanas tendré una habitación en el orfanato, solo te pido que dejes que me quede quince días más.

Abre mucho los ojos.

—¿Qué dices? No quiero que te marches de casa, ya te dije que es lo suficiente grande para los dos.

Estoy desconcertada, si no es eso lo que quiere decirme, ¿de qué se trata?

—En dos semanas tengo que viajar a Las Vegas, es un viaje de negocios en el que me veo obligado a llevar compañía, serán dos noches y solo una tendrás que soportar el lujo. Me gustaría que vinieras conmigo. Lo mismo el viaje nos viene bien y recuperamos la confianza perdida.

—¿No puede acompañarte alguna de tus amigas? Sabes que no dispongo de ropa tan elegante como ellas para tus cenas.

Niega con la cabeza, no sé si porque le duele la afirmación o porque sus ricas amigas no desean acompañarlo.

—La ropa es lo de menos, puedo encargarme de ello. Quiero que seas tú quien me acompañe. De verdad que deseo que todo vuelva a la normalidad entre nosotros y creo que el viaje puede ayudarnos.

Estoy a punto de negarme; pero, aunque me duela reconocerlo, no puedo decirle que no. Gracias a él tengo un techo donde dormir y comida que llevarme a la boca. Los ahorros los tengo justos para los gastos que conlleva la adopción de Melania y lo poco que me pagan en el orfanato lo ingreso en la cuenta que cubrirá sus estudios el día de mañana.

—De acuerdo, te acompañaré.

Se le ensancha la boca en una sonrisa, antes de dejarme acceder al cuarto me da un beso en la mejilla. Apoyada contra la puerta pienso que es una mala idea aceptar, pero ya no puedo retractarme.

Mateo sigue empeñado en que me tome la molestia de conocer a su compañera, que es una chica decente y no está vinculada a los socios españoles, soy más reticente que él. Sigo empeñado en que es una de sus chicas y está en el orfanato para reclutar adolescentes. Con esa idea rondándome la cabeza, hablo de mis temores con Alejandra que opina de igual modo que yo, tampoco le agrada la idea de que una de las mujeres de Sousa colabore en el centro.

Intento visitar a Julio en las horas que ella no está, así tengo la ventaja de hablar con el resto de trabajadores. Carina y Carla hablan maravillas de la chica, otras que se han dejado impresionar por su apariencia sencilla.

Empiezo a pensar que estoy equivocado, por mucho que investigo a la española no hallo nada extraño en su comportamiento. Durante días observo cómo cuida de los más pequeños, una mujer adiestrada por Sousa no lloraría cuando un niño se hace una brecha al caer del columpio.

Descubrir su sensibilidad es mi perdición, desde aquel día es como si un imán me atrajera a ella sin poder evitarlo. Sin querer me veo merodeando por las noches el orfanato para verla abandonar el lugar, me digo que es parte del plan trazado para convencerme de que no comienzo a sentir algo por ella.

La sorpresa llega cuando la veo conducir un coche viejo, Sousa nunca permitiría que una de sus mujeres llevase tal chatarra. Empiezo a pensar que Mateo tiene razón y la chica no tiene vínculos con él, pero sigo sin entender por qué vive en su residencia si no tienen conexión. Es algo que por mucho interés que ponga no consigo demostrar.

Los días transcurren con normalidad, si a normalidad se le puede llamar a estar obsesionado de una mujer que no conozco. Las horas en el bar me descubro pensando en ella, me ocurre lo mismo cada noche en la soledad de mi habitación.

El mes de plazo para pagar la liberación de Julio se me escapa de las manos, en dos días cumple y todavía me falta parte del dinero. Como último remedio vuelvo a ir al banco, con suerte me concederán los quince mil dólares necesarios sin que me echen a patadas.

Para causarle buena impresión al director, me visto con la única camisa y

pantalón de pinzas que tengo colgado en el armario, el resto son camisetas y tejanos. Abrocho todos los botones de la camisa para esconder el máximo de tatuajes, los únicos visibles son los de las manos.

Conduzco con tranquilidad por las calles hasta llegar a la oficina, estaciono la moto y me animo mentalmente. Seguro que esta vez no me lo deniega, la cantidad es irrisoria en comparación al valor de la vivienda y del bar.

Accedo al banco y le explico a la cajera el motivo de mi visita. Con amabilidad me guía hasta una mesa ubicada al final de la oficina. Un hombre de pelo canoso me invita a tomar asiento. Espero paciente hasta que el señor se digna a despegar la vista del monitor y fijarla en mí. Al hacerlo tuerce la boca en señal de desagrado, me recuerda de la última vez.

—Buenos días, señor Rivera. ¿Qué desea?

—Buenos días. ¿Quería saber si es posible que me concediera un crédito de quince mil dólares?

El hombre menea la cabeza en señal de negación, comenzamos igual de mal. Teclea mis datos en la computadora, no es necesario que se los dé, soy cliente suyo muchos años. Los minutos pasan y el buen hombre sigue concentrado en los números que tiene en la pantalla.

—Como le dije la otra vez, no podemos concederle ningún crédito.

Debido a los nervios, me acomodo en la orilla del asiento y coloco los codos en la mesa.

—Verá, si no necesitara el dinero, créame que no estaría aquí una segunda vez.

—Lo siento, señor Rivera, pero la política de empresa no permite conceder créditos a personas con antecedentes penales.

Intento calmarme antes de responderle, si me altero será peor.

—Hace años que cambié mi estilo de vida y no me meto en problemas. ¿No es suficiente aval mi casa y mi negocio para concederme el préstamo?

Vuelve a centrarse en la pantalla del ordenador, hace que consulta algo, la verdad es que solo gana tiempo para volver a darme una negativa, la cual no tarda en llegar.

—Como ya le he dicho, la política la empresa lo impide. Lo siento, señor Rivera.

Me despido del hombre y abandono el banco cabizbajo, mi única opción eran ellos y vuelven a denegarme ayuda. Camino hasta la motocicleta sumido en mis pensamientos, no sé cómo explicarle a Julio que no dispongo del

dinero para pagar su libertad. Le prometí cuidar de él y darle una juventud mejor que la mía, ahora mismo lo veo todo negro. Si no consigo un milagro, en dos días veré cómo el chico tendrá que trabajar para Sousa.

La idea de sacarlo del país comienza a tomar forma, con el efectivo del que dispongo nos da para marcharnos y comenzar una nueva vida en otro lugar lejos de las garras de un indeseable. El problema de mi plan es que para salvar a uno abandono a decenas de ellos.

Conduzco hasta Shumara rápido, solo tengo una salida para no huir y dejar atrás mi familia, mi país y los niños. Accedo al despacho sin saludar a María que me mira extrañada, no tengo tiempo para explicarle lo que estoy a punto de hacer. Cuando regrese de mi siguiente reunión, le relataré todo.

Abro la caja fuerte y saco el sobre antes de cerrarla. Regreso al centro de la ciudad hasta llegar a la oficina de Sousa. En el interior pregunto por él a su secretaria. Me obliga a esperar en una silla hasta que su jefe termine la reunión que lo mantiene ocupado.

Veinte minutos después uno de mis mayores enemigos me invita a abandonar las instalaciones, objeta que no es lugar para reunirnos. Me muerdo la lengua ya que necesito que acepte parte del dinero para extender el plazo y que me asegure que no reclutará a Julio hasta que finalice el nuevo plazo. Declino la oferta de montar en su vehículo, lo sigo hasta parar en un descampado alejado de la ciudad. Apago el motor y estaciono al lado de la ventanilla de Sousa puesto que no se digna a bajar del coche.

—¿Tienes mi dinero, Rivera?

—Parte.

Me mira por encima de las gafas de sol. Si su expresión es irritada, la mía es asqueada.

—¿De verdad pensabas que el banco donde está mi imperio, iba a concederte un préstamo para que me arrebatas a uno de mis chicos? — Deseo con toda mi alma matarlo con mis propias manos aunque por ello me encierren de por vida—. Pensaba que eras más listo.

Contengo la ira que sacude como un huracán todo mi cuerpo, me centro en pensar en el futuro de Julio y el resto de niños antes de abordarlo, sacarlo a la fuerza por la ventanilla y deshacerme de un despojo humano. En vez de eso relajo el cuerpo, alcanzo del bolsillo de la cazadora el sobre y se lo entrego de malas formas.

—Treinta y cinco mil, el resto lo tendré en tres semanas.

—Ese no era el trato. Si no tengo mi dinero el chico empezará a trabajar

para mí en dos días.

—Solo te pido tres semanas más para conseguirlo. Si no te lo entrego, puedes quedarte con el bar y la casa.

Me mira con desagrado.

—¿Para qué quiero tus propiedades si poseo medio San Juan? El dinero o el chico, tú decides. —Guarda el sobre en el maletín sin mirarme—. Tienes veintiún día, pero mientras el chico hará unos encargos para cubrir los intereses generados. Rivera, no hay más plazos —advierte.

No puedo contestarle, el vehículo se pone en marcha y lo pierdo de vista.

Llamo a Mateo, necesito que haga todo lo posible para mantener a Julio dentro del orfanato, que se invente una enfermedad o cualquier cosa, lo importante es mantenerlo alejado de las calles tres semanas. Ningún hombre de Sousa puede acceder al centro, si conseguimos mantenerlo oculto el tiempo suficiente para reunir el dinero, no tendrá riesgo de que lo obliguen a trapichear. Me promete hablar con Ricardo.

Estaciono la moto frente a Shumara, miro la Ducati negra que me acompaña desde hace años. Aunque no lo desee, finalmente tendré que desprenderme de ella si deseo conseguir el resto del dinero. Desalentado accedo al bar instalándome al final de la barra, María no tarda en servirme una cerveza. Le agradezco el gesto con una sonrisa.

—¿Una dura mañana?

Asiento con el botellín en los labios.

—Muy dura —respondo tras beber un trago—. El banco ha vuelto a denegarme el crédito y Sousa me concede veintiún día más para pagarle con la condición de que Julio trabaje para él estas semanas para cubrir los intereses. —Evito decirle que tras la negativa del banco está nuestro enemigo.

Mi cuñada se lleva las manos a la boca, le afecta tanto como a mí el futuro del joven.

—Malnacido —musita en un susurro. Odia las palabrotas, pero en ocasiones como esta suele escapársele alguna—. No puede hacerle eso a Julio. Jay, por favor, acepta el dinero que te ofrecemos.

Llevo un mes negándome, ahora no pienso retractarme, podré conseguir el dinero sin ayuda de ellos.

—No, María. Mi sobrino necesitará el dinero cuando nazca. Venderé la moto, no tengo alternativa.

—Aunque la vendas no conseguirás reunir el dinero que falta. Algo más se podrá hacer.

Sí, sí que hay algo más que puedo hacer, mejor dicho, vender. No era mi intención deshacerme del único recuerdo que me queda de ella, pero si deseo una vida mejor para Julio tendré que hacerlo.

Accedo al despacho para abrir de nuevo la caja fuerte. Saco la caja de terciopelo y la coloco encima de la mesa. Le hago un par de fotos antes de depositarla de nuevo en su escondite. En Internet encuentro varias páginas para vender piezas de coleccionista. Con lágrimas en los ojos cuelgo las fotos y pongo en venta el conjunto de oro y diamantes de mi abuela. Con suerte recibiré varias ofertas por él.

Cuatro días después de mi encuentro con Sousa en el descampado, recibo la llamada de Max. Me extraña que sea media mañana, por regla general, a estas horas suele estar en los juzgados. Golpeo la pared de la cocina al escuchar que han detenido a Julio, lo han pillado trapicheando y portaba un arma.

Termino de vestirme rápido y me marcho hasta el juzgado. Al llegar, mi hermano me comunica que ni puedo verlo ni hablar con Julio. A mitad de tarde me aconseja que me marche a casa, que cuando consiga sacarlo del calabozo me avisará. Oscurece cuando recibo la llamada de mi hermano, van de camino al orfanato. Dejo sola a María en el bar y me marcho a ver a Julio, tengo que hablar con él.

Al llegar al centro diviso aparcado el coche de la chica, me extraña que siga aquí a estas horas de la noche, suele marcharse antes a casa. Le envío un mensaje a Julio avisándole de que estoy en el jardín que hay en frente. Dos minutos después lo veo aparecer.

—¿Por qué has salido del centro si te dije que no lo hicieras? —pregunto alzando la voz. Estoy cabreado con él, ahora me costará más desprenderlo de las garras de Sousa, una vez aceptado trabajar para él, el precio de venta encarece—. No entiendes que ahora las cosas se complicarán más todavía.

El chico baja la mirada, no está acostumbrado a que le grite.

—Jay, lo siento. No he tenido alternativa.

Lo miro sin entender.

—Claro que la tenías, Julio. Solo debías permanecer en el orfanato, tampoco creo que sea tan difícil.

—Pero Dá...

No lo dejo seguir.

—Un arma, Julio. Llevabas un arma encima. ¿En qué estabas pensando?

Espero a que me conteste, pero en lugar de él es una voz femenina quien habla.

—Julio, entra ahora mismo en el edificio —exige sin mirarme. Está centrada en el joven.

Cuando el chico intenta decirle que está hablando conmigo, lo interrumpe agarrándolo del brazo y exigiendo que entre en el centro si no quiere más problemas de los que tiene.

Julio me mira con una disculpa en la mirada, si piensa que va a escaparse de la reprimenda porque ella nos interrumpa, todavía no me conoce bien. Lo pierdo de vista cuando traspasa la puerta de acceso. Una figura familiar se apostea en la entrada; Mateo.

—Qué sea la última vez que te veo acercarte a uno de los niños —dice con su acento español.

Durante un mes he procurado provocar un encuentro casual, no he tenido éxito. El desliz de Julio puede ayudarme. Procuero seguir con la estrategia fallida, pero es verla salir y me quedo sin palabras. Es la primera vez que la observo de tan de cerca, puedo incluso absorber su dulce aroma.

Me golpeo la cabeza cabreado conmigo mismo, los problemas que me causa Julio son más importantes que babear por una pequeña morena extranjera con el cuerpo más perfecto que jamás he visto. No debo replantearme estas cuestiones con ella, solo engatusarla para sonsacarle la información que deseo, pero mi mente trabaja por cuenta ajena al tenerla tan cerca.

Tiene que alzar el mentón para fijar la mirada en la mía. La observo de arriba abajo despacio, intentando seducirla. Conozco el aspecto peligroso que proyecta, algo que atrae a las mujeres como un imán, aunque sigo sin entender por qué se empeñan en cambiar lo incambiable.

La chica tiembla de pies a cabeza al sentir la intensidad de mi mirada.

—Lo que pides no es posible —consigo decir recuperando el control de mi mente, sin dejar de observarla con rudeza.

Se centra en mirarme la piel expuesta, se encoge al ver tanto tatuaje. Lo que me sorprende es que reconoce el de la banda, es verlo y cambiar el gesto protector al de hosquedad. No entiendo el porqué, trabajando para quién trabaja no debería afectarle tener frente a ella a un pandillero.

—Si vuelvo a verte en las inmediaciones del orfanato llamo a la policía —amenaza dirigiendo sus pasos al interior del centro.

No repara en la presencia de Mateo que se esconde tras un coche.

Golpeo el árbol al ver la oportunidad que acabo de desaprovechar, solo debía mostrar algo más de interés en conquistarla, en provocar un nuevo encuentro. En cambio, al verla me he olvidado por completo de la misión y tras lanzar la amenaza, enfurezco pensando que proviene de ella, que no debería importarle el futuro de los niños, sin embargo defiende a Julio como una gata salvaje.

—¿Qué te pasa con ella? —murmuro cabreado mirando la puerta del centro.

Lanzo otro puñetazo al aire al verme de nuevo divagar con ella de regreso a la moto. La arranco sin molestarme en ponerme el casco. El viento frío me vendrá bien para despojarme de la estúpida sensación que invade mi cuerpo al sentirla.

—Veo que has conocido a Dana —habla mi hermano a la vez que sale del escondite antes de que me marche—. Parece que tus técnicas de seducción para sonsacar información te han fallado hoy, además me atrevería a decir que Dana comienza a llamar tu atención.

—No digas gilipolleces, Mateo. Para nada estoy interesado en ella.

Evita reír sin éxito.

—Lo que tú digas. Recuerda que nos conocemos muchos años y que Alejandra es mi mujer. Sé el plan maestro que quieres trazar, aunque veo que el primer asalto lo ha ganado ella dejándote *K.O.* Un consejo, hermano. Cuidado como juegas tus cartas porque pueden volverse en tu contra.

—¿Por qué ha salido Julio del centro? —pregunto.

Es lo único que deseo saber y no quiero hablar más de ella. Bastante mal me siento conmigo para que el capullo de mi hermano me restriegue por la cara que me he quedado embobado mirándola, olvidándome por completo de la realidad que la rodea.

Muestra su típica sonrisa, la que indica que tiene razón en algo.

—No sé si decirte la verdad o mentirte. Después de ver cómo la miras, no quiero ser yo quien te aleje de la única mujer que ha llamado tu atención.

Alzo las cejas, a menudo mi hermano puede ser algo insoportable.

—Ha sido ella, ¿verdad?

—No es lo que crees, Jay. No sabe nada, incluso ni conoce realmente a Sousa. Ricardo y yo no le hemos dicho por qué queríamos dejar a Julio sin ir al instituto. Se ha negado en rotundo, ha alegado que si queremos una vida mejor para él debe terminar sus estudios.

Golpeo el manillar.

—¿Y la has creído? Te dije que no era trigo limpio. Está ayudando a su dueño. —Acelero para alejarme del lugar.

Ahora sí tengo claro que puedo jugar a un juego que ella perderá, pienso provocar otro encuentro y esta vez será distinto, manejaré la situación de tal forma que cuando venga a darse cuenta estará enganchada a mis encantos.

Accedo a Shumara malhumorado, ella es la culpable de que Julio haya caído en las garras de Sousa, no sé de qué me sorprende, está instruida para ello. Con total convicción me acoplo al final de la barra, recojo de su escondite la carpeta que contiene todo lo referente al chico. Reviso las anotaciones que hice ayer, por muchas vueltas que le doy, las cuentas no salen. No alzo la vista cuando la puerta se abre, seguro que será alguno de los clientes habituales de los viernes noche.

Tomo el último trago de cerveza cuando comienza a sonar el teléfono, el nombre de Max ilumina la pantalla. Descuelgo y le pido que espere, la música está alta y no me enteraré de lo que quiere decirme.

Cabizbajo accedo de nuevo al local, las noticias no son alentadoras, todo lo contrario, son pésimas. Al final le ha sido imposible convencer al juez para que elimine los antecedentes de Julio y eso nos afecta en la adopción. Estoy a mitad de trayecto para llegar al final de la barra cuando reparo en algo, más bien en alguien, no puedo evitar crisparme al verla, todavía no he olvidado que por su culpa tengo más problemas que antes. Con decisión me planto tras ella, advierto el temblor de su cuerpo al notar la calidez del mío.

La miro con mi descarado habitual, el mismo que he usado en la puerta del orfanato hace media hora. Cuando veo que está leyendo información privada entiendo por qué está en el local, su amo la habrá enviado para sonsacar información, si piensa Sousa que va a distraerme de mi objetivo final enviándola a ella no sabe aún con quien juega. Cierro la carpeta sin dejar de mirarla, noto como su cuerpo cesa de temblar cuando estoy cerca. Sacudo las sensaciones que despierta en mí, no son bien recibidas y menos si pretendo derrocar de una vez a mi enemigo.

Es la primera vez que una mujer se relaja en mi presencia, por regla general salen aterrorizadas cuando ven los tatuajes y la pinta de peligro que desprendo. Una sensación desconocida hace acto de presencia, jamás he tenido interés por conocer a una mujer, solo ratos fugaces sin sentimientos. Sin saber cómo, ella está despertando sentimientos de protección, incluso más fuertes de los que siento por los niños del orfanato. No es buena señal

dejarme engatusar por ella, bastantes aliados ha conseguido ya, solo falta que yo caiga en su trampa mortal, sería la perdición del orfanato y mi enemigo ganaría la batalla.

María, al verme, se apresura a explicar por qué una desconocida —que me ha amenazado con llamar a la policía si vuelve a verme en el orfanato— está usando mi teléfono.

—El coche se le ha estropeado, por eso la he dejado usarlo. Espero que no te importe.

—No pasa nada. —Me giro para ofrecerle ayuda, aunque compruebo que ha desaparecido—. ¿Dónde está?

Mi cuñada indica la puerta.

—Se ha marchado. Las espantas a todas. —Bromea sin dejar de reírse.

Salgo al exterior confuso, he llegado a pensar que la relajación de ella al sentir mi cuerpo era buena señal, parece ser que me equivoco y le provoco la misma sensación que a las demás.

Le ofrezco mi ayuda y lo que recibo es plena ignorancia. Cabreado por estar más pendiente de una mujer que si pudiese me entregaría esposado a la policía, en vez de estar pensando dónde conseguir el dinero restante para Julio, le hablo con desdén.

—No voy a dañarte, princesita —espeto con rabia contenida.

Nunca me han gustado las personas maleducadas y eso es lo que demuestra ahora mismo. Si fuese como ella, la habría echado del bar sin pedir explicaciones. Pero no, no soy de dejar tirada a la gente cuando necesita ayuda y menos a ella que lleva un mes trastocando mi mundo sin saberlo.

Me impacta la mirada asesina que me dedica, el apodo no le sienta bien y se esfuerza por hacérmelo saber. Me enfurezco cuando me recuerda mi vida pasada, ya no soy ese joven, maduré y me reinventé a mí mismo convirtiéndome en lo que soy; un hombre decente tatuado.

El pecho me arde al sentir su dedo. Sin saber bien por qué, sostengo su mano para que note los latidos de mi corazón, quiero hacerla partícipe de lo que su presencia provoca en mí. Intento que vea más allá de la fachada que me envuelve, que sienta que bajo esta capa de tinta se esconde un hombre con sentimientos, un hombre capaz de protegerla como nadie sería capaz de hacerlo.

Dejo a un lado la rudeza que me caracteriza al hablar y le digo con suavidad:

—¿Papá no te enseñó a no juzgar a la gente por su apariencia?

Noto miedo en sus ojos al contestarme, esa expresión la conozco demasiado bien, me he criado con gente como ella, que esconde un pasado, un miedo. Empiezo a pensar que Mateo lleva razón y la chica no es como su dueño, pero no puedo dejarme llevar por sentimientos o estaré perdido. Mi único cometido ahora es cuidar de Julio y cumplir la promesa que le hice. Lo demás solo está de paso en mi vida.

Observo sus movimientos mientras se aleja, la imagen de tenerla entre mis sábanas se proyecta nítida haciéndome jadear. Accedo al bar e intento despojarme de la visión, me hago con las llaves de la moto y me despido de María la cual sonrío, sabe mis intenciones, es lo malo de conocernos tantos años. Arranco la moto sin ponerme el casco, solo tengo uno y es para ella.

El miedo me invade al comprobar que se encuentra en el límite del terreno, los miembros más viejos de la banda de La Muerte no dudarán un segundo en agredirla al verla tan sexy. Tiene una pierna fuera del vehículo y la cara concentrada al intentar arrancar el vehículo, es tan guapa que incluso duele verla. Jamás he imaginado que sería una mujer quien daría luz a mi vida, siempre he pensado que sería la adopción de Julio. Qué equivocado estaba, ha tenido que aparecer ella para hacerme salir de mi error.

Le tiendo el casco y me ofrezco llevarla a casa. Mira con estupor la moto negra que conduzco, no puedo evitar sonreír cuando declina la oferta. No sé si porque le da miedo estar a mi lado, porque su cuerpo se encarga de avisarme de que le afecta mi presencia o porque le asustan los vehículos de dos ruedas.

Mascullo entre dientes «te afecto, linda gatita», pensando que no me escuchará por el ruido de la moto. Me sorprende saber que sí lo oye, ignoro la pregunta para no dar explicaciones. En vez de decirle la verdad, respondo:

—Que no tengo toda la noche. Así que decide, o te quedas aquí hasta que alguno de los borrachos que hay en el bar decida salir y hacer de príncipe azul o subes a la moto y te acerco a casa.

Rezo para que no rechace de nuevo la oferta, ninguno de mis clientes reparará en su presencia ya que este no es el camino que toman para regresar a casa. Si es inteligente subirá sin oponer resistencia, es casi medianoche y los miembros de la banda comenzarán a rondar por la zona. Tiemblo al pensar qué puede ser de ella si la dejo aquí varada.

Al ver que no hace movimiento alguno y pone una excusa tonta, solo me deja una alternativa. Pongo el caballete a la moto e intento parecer aburrido, la realidad es que estoy deseoso por sentir su cuerpo pegado al mío. La alzo

sin esfuerzo y la sitúo en el asiento trasero. Antes de tomar las riendas de la moto, le coloco el casco e intento no dañarla. Le sugiero que se agarre a mí para ir más cómoda y segura, hace lo contrario. Para salirme con la mía acelero la moto, segundos después noto la calidez de sus manos abrazándome.

Me dejo guiar por sus indicaciones, la sensación de tenerla pegada a mi cuerpo es jodidamente agradable. Conduzco más despacio de lo habitual, quiero saborear el contacto que permite viajar en moto.

Pienso que se equivoca con las indicaciones al acceder a la urbanización privada donde viven los ricos y lo peor de la sociedad de Puerto Rico. Las chicas de Sousa no viven en su mansión a no ser que busque favores personales, pero para eso tiene a Mia, la hija de uno de sus clientes.

Estoy a punto de frenar para decirle que nos hemos perdido cuando pide que pare, que hemos llegado. No hace falta que mire la casa, sé a quién pertenece. Me cabreo conmigo, he pensado que solo era una de las trabajadoras de sus club, pero es mucho más que eso; es su puta particular.

Tan absorto estoy en mis cavilaciones que no advierto que me tiende el caso, la miro con otros ojos, la belleza que la envolvía se desvanece. Me da las gracias tímidamente sin apartar la vista de la casa, comprendo que si él la ve a mi lado tendrá problemas. Para ser cortés me ofrezco a repararle el coche y llevárselo al orfanato, como es normal declina la oferta arrugando su pequeña nariz.

Sin nada más que decirnos, decido que es el momento de olvidarme de ella y de hacer mi vida, bastante complicada es de por sí para complicarla más todavía.

Avisto el coche de Max estacionado en el aparcamiento del bar. Lo encuentro detrás de la barra limpiando, todas las noches viene antes del cierre para ayudarnos con la limpieza. Voy directo al almacén y recojo las cajas para rellenar las cámaras. Dentro de la barra y sin que María pueda escucharnos interrogo a mi hermano, necesito cierta información.

—¿Por qué aceptaste que trabajara en el orfanato?

No es necesario que le diga a quién me refiero, su ceja alzada deja entrever que sabe de quién hablo.

Prosigue a lo suyo ignorándome deliberadamente, al ver que no pienso moverme para dejarlo pasar, habla.

—No la conozco personalmente, todavía no he tenido oportunidad de presentarme de manera oficial, pero te aseguro que ella no es quien te

imaginas.

—Explícate. —Me mira confuso—. Eres el único de los tres que tiene acceso completo a su expediente, algo leerías en él para que firmaras su ingreso como trabajadora en el orfanato.

Me mira de tendido, no entiende a qué viene tanta cuestión, yo tampoco me explico el interés que tengo en ella, solo debería ser una moneda de cambio, alguien con quien chantajear a Sousa; pero la vergüenza que su mirada ha mostrado al ver la inmensa casa me hace pensar mil cosas.

Escuchamos los pasos de María, lo apremio con la mirada a que hable antes de que llegue.

Coloca la mano en mi hombro antes de decir:

—Solo te diré que nuestra infancia fue un camino de rosas en comparación con la suya. Eso me da la razón de que no sabe quién es en realidad su amigo, de ser así, no estaría en la misma casa que él, eso puedo asegurarlo.

Lo miro sin entender, es verdad que mi infancia no fue tan traumática como la de mis hermanos.

—¿Tan dura fue?

Asiente al tiempo que agarra a María de la cintura, antes de responderme deposita un tierno beso en los labios de su mujer.

—Jay, no hagas nada que pueda perjudicarla. He hablado con Mateo y me ha dicho tus intenciones. Por favor, aléjate de ella y déjala al margen.

—No la dañaré.

—No intencionadamente; pero si Sousa se entera de que estás interesado ella, por la razón que sea, la dañarás.

Un golpe sordo me sobresalta. Abro los ojos e intento enfocar la vista en el reloj de mesilla. Todavía estoy aturdida por lo ocurrido en el día, montar en la motocicleta de un desconocido me ha alterado bastante, pero la petición de Gustavo ha terminado de desubicarme del todo. Me sorprende la hora, son más de las cuatro de la madrugada. Me mantengo en la cama sin hacer ningún movimiento, ni siquiera soy capaz de respirar. Agudizo el oído para averiguar si el ruido ha sido real o solo lo he soñado.

Pasan los minutos y el silencio envuelve la casa, acomodo el cuerpo otra vez dispuesta a seguir durmiendo cuando vuelvo a escuchar otro golpe, esta vez más estrepitoso. Salgo veloz de la cama y no tardo mucho en alcanzar la puerta. Al asomar la cabeza escucho la voz de Gustavo.

—Lleva más cuidado, vas a despertar al personal —comenta con dureza.

Una quejicosa voz femenina familiar le responde.

—¿Qué quieres que haga? La chica está demasiado atontada y no puedo con ella.

—Trae aquí, ya la llevo yo.

Al escuchar pasos acercarse a las escaleras, escondo el cuerpo tras la puerta para no ser descubierta, lo que menos deseo es ver a Gustavo acaramelado a sus conquistas de la noche. Oigo como cierra la puerta de la biblioteca y al poco todo vuelve a la normalidad, ya no se oye ningún ruido extraño. Decido regresar a la cama y seguir durmiendo, si es que soy capaz de hacerlo sin tener pesadillas.

El domingo no veo a mi amigo en todo el día, tampoco a sus acompañantes, le agradezco el gesto, no estoy de humor para hablar con nadie. Decido pasar las horas en la piscina, aún no me atrevo a ir sola a la playa, los miedos pasados no se han evaporado del todo.

Nada más aparecer por el trabajo lo primero que hago es anunciarle a Ricardo mi inminente viaje a Las Vegas. El gesto extraño que hace al decírselo me deja con otro mar de dudas, creo que no es buena idea que acompañe a Gustavo y él opina lo mismo; pero no dice nada fuera de normal, solo que lo entiende y que agradece que se lo comunique.

La semana pasa sin incidentes, para ser sincera es hasta aburrida. Julio no

vuelve a meterse en problemas; el resto de niños están concentrados en los exámenes y los pequeños deciden que no desean abandonar las paredes del orfanato, así que no me queda más remedio que jugar con ellos en el patio interior.

La siguiente semana no desentona mucho de la anterior, a diferencia de que me paso los días intentando hablar con Ricardo sin éxito y no sé qué les ocurre a los chicos, pero es imposible sacarlos del centro, solo lo hacen para asistir a clase.

A mitad de semana la conversación que escucho entre Carina y Clara me deja sin aliento, una adolescente de catorce años lleva desaparecida semana y media, la última vez que la vieron fue el mismo que el desconocido me acercó a casa. Me extraña no haberme enterado antes del suceso, al preguntarles si es la primera vez que ocurre, la única respuesta que obtengo son llantos por parte de las dos y silencio; un silencio que no alcanzo a comprender.

Viernes a última hora consigo hablar con Ricardo, esta semana tiene más reuniones escolares que en toda su vida. La alegría con la que entro a su despacho se esfuma al comunicarme que no podré disponer de la habitación que se iba a quedar libre. Que lo único que puede hacer es adaptar el viejo cuarto de limpieza para convertirlo en mi dormitorio, pero le llevará un mes finalizarlo.

Cabizbaja recorro el pasillo hasta alcanzar las escaleras que me trasladarán a la planta baja, en mitad del trayecto me cruzo con Mateo. Al verme tan triste se interesa por mi estado, le comento por encima lo que sucede.

—Necesito encontrar un trabajo, a ser posible solo de mañanas para poder estar por las tardes con los niños, pero cada entrevista que hago o les desagrada que sea española o necesitan a alguien todo el día.

Se rasca la frente pensativo, transcurre un siglo antes de que vuelva a emitir palabra.

—Conozco a alguien que necesita una chica un par de horas por la mañana. —Amplio la sonrisa—. No te emociones todavía, sería para trabajar en un bar. No paga una fortuna, pero sí lo suficiente para que te permita independizarte si compartes vivienda.

No es que me agrade la idea de trabajar en un bar, de hecho si puedo evitarlo lo haré.

—Deja que lo piense, te digo algo la semana que viene, me faltan un par de entrevistas por realizar. —Acepta—. Mateo, ¿se sabe algo de la chica desaparecida?

Agacha la cabeza y evita mirarme a los ojos, sigo sin comprender esa actitud protectora que tienen todos conmigo, si se supone que solo el abogado del centro y Ricardo saben mi verdadera historia. Empiezo a dudar de que sea así.

—No. Aún no la han encontrado.

—¿Ha ocurrido más veces? —Me mira sin entender, se lo explico—. ¿Han desaparecido más chicas o este es el único caso?

Piensa la respuesta antes de ofrecerla.

—Este es el quinto caso, pero creemos que habrán muchos más, por eso los adolescentes no quieren salir del orfanato.

Abro la boca asombrada al saber que no es la primera vez que sucede, una lágrima desciende rauda sin poder contenerla.

—Pensaba que era una ciudad tranquila.

—Lo era, Dana, lo era —comenta con tristeza.

—¿Qué ha sucedido para que deje de serlo?

—Dos indeseables.

Me tiembla todo el cuerpo al imaginar el peor destino de esas niñas, un futuro muy parecido a mi pasado, desecho la idea al pensar que no pueden haber más personas igual de malvadas que las que me destrozaron a mí la vida

Salgo al exterior y no tardo en sentir la brisa proveniente del mar. Recorro los metros que me separan del coche reparado. Conduzco por la misma ruta de siempre, al pasar frente al bar se me eriza la piel. Reduzco la velocidad al comprobar que la moto negra está aparcada frente a la puerta. Dudo si parar y tomarme algo. No he dejado de pensar en él y cada día me asomo a la ventana con la idea de volver a verlo. Una voz me advierte de que me aleje del peligro, prosigo mi camino hasta llegar a la vivienda.

El fin de semana lo paso sentada en el balancín que hay al final de la parcela. Observo el mar y pienso en las niñas desaparecidas, también descubro que deseo volver a ver al desconocido, necesito comprobar si mi cuerpo vuelve a reaccionar de igual modo que las otras dos veces.

El buen humor regresa el lunes a primera hora de la mañana, hasta canto bajo el chorro de agua a pleno pulmón. Si la gente supiese que los lunes son mis días preferidos de la semana, me tomarían por loca. Tiene su explicación,

estar dos días sin los niños es un suplicio.

Al llegar al centro convengo a los más pequeños para salir por fin del centro, me da lástima que no puedan tener una vida normal. Los suelo llevar a parques para que jueguen, a museos, obras de teatro para su edad, hasta crear historias sentados en mitad de la biblioteca iluminada únicamente por velas, pero hoy será la primera vez que los lleve a la playa.

Con todo preparado, acomodo a los niños en la furgoneta y les pongo los cinturones de seguridad antes de emprender el viaje hasta la playa. Cantan su canción preferida durante el trayecto, sumándome yo a sus canticos. Clara no deja de reír al escucharnos desafinar, al final, no puede evitar la tentación y se suma a nuestra alegría. Cargadas de toallas, meriendas, protectores solares y juguetes caminamos hasta la orilla de la playa. Nos acomodamos en una amplia zona de arena, lejos de los turistas que toman el sol.

Los chicos se tiran a la arena para construir castillos, nosotras dos nos despojamos con un baño rápido de la arena adherida a nuestros cuerpos al ayudarles, después colocamos las toallas para relajarnos un rato mientras ellos juegan.

—Eso es un cuerpo y no el de bomberos —digo al ver acercarse a un hombre corriendo por la orilla de la playa sin camiseta. Tiene un cuerpo de infarto y una tableta de chocolate que ya querría Nestlé para ellos.

Carla no puede evitar reír a carcajadas al escucharme.

—Sí que es guapo, sí.

—¿Guapo? —inquiero sin dejar de mirar los músculos que se acercan a nosotras—. Con un hombre así dejo el celibato aparcado una temporada.

Lo miro con descaro, conforme se acerca mi cuerpo me avisa de que algo no marcha bien, miro los niños que están a un escaso metro por detrás de nosotras para asegurarme de que terminan de construir sus castillos y no hay peligro alguno. Vuelvo a mirar al hombre que llama tanto mi atención y para mi horror, descubro que esos tatuajes me son familiares. Todas las alarmas, incluida la de nivel nacional, se activan al ver que se trata de él.

Me incorporo con celeridad antes de que note mi presencia, demasiado tarde, me dedica su sonrisa torcida. Giro los talones encaminándome hacia los niños, más me vale prestarle atención a ellos antes de cometer alguna locura.

Miro de reojo y me sorprendo verlo hablando tan normal con Clara, incluso se ríen. Algo dentro de mí se activa, aunque no sé decir el qué. El resto de la tarde ninguna de las dos habla del tema, nos centramos en jugar

con los niños y yo de olvidarme del cuerpo del pecado.

Es jueves y estoy histérica, en parte por el rechazo de las dos entrevistas de trabajo y porque no puedo sacarme de la cabeza cierto cuerpo y ojos almendrados que me persiguen ya dos semanas. Antes de marcharme a casa a mediodía busco a Mateo, aunque no salte de alegría no me queda otra que aceptar el trabajo del bar si deseo ahorrar más dinero. Lo encuentro en la biblioteca.

—Hola, Mateo.

Se gira al escuchar mi voz.

—Hola, Dana. Pensaba que hoy no venías.

El lunes anuncié mi inminente viaje a Las Vegas diciendo que el jueves por la tarde y el viernes no podría venir.

—Me marchó esta tarde. Oye, ¿tu amigo sigue necesitando una chica?

—Que yo sepa, sí.

—Crees que no tendrá inconveniente con que sea española y no tenga ni idea de cómo funciona un bar.

No puede evitar reírse, incluso se le saltan las lágrimas.

—Si se lo pido yo no creo que haya problemas. Por lo menos dos de las cualidades que exige sí las tienes. —Lo miro escéptica—. Responsable y de confianza.

Relajo el cuerpo al comprobar que no pide nada fuera de lo común.

—Gracias, Mateo.

Quedamos el lunes por la mañana en la puerta del centro, comenta que pillá cerca y así aprovechamos para enseñarme el camino más corto para llegar en el menor tiempo posible a ambos lugares.

—¡Dana! —grita para que lo escuche, ya estoy descendiendo las escaleras—. Recuerda que el próximo domingo es el primero del mes y vamos al parque Punto Verde, es el día que los padrinos de los niños disfrutaban con ellos fuera de estas paredes.

Asiento. estoy deseando vivirlo junto a ellos, será al primero que asista. Esta semana los ánimos de todos los niños se han levantado, saben que ya queda menos para pasar el día fuera de los muros del orfanato rodeados de otros adultos que no somos nosotros.

Vuelvo a reunirme con La Muerte el sábado por la noche, aprovecho que mis hermanos están de cena en La Placita, esta vez creo que será imposible que se enteren. Es pasada medianoche cuando llego a la puerta del cementerio, a estas horas el lugar está desierto y es un buen sitio para hablar con tranquilidad sin ser escuchados ni observados.

No veo su coche a mi llegada, decido no bajarme de la moto aunque mantengo el motor parado, pero si tengo que huir será más rápido que si bajo de ella. Enciendo un cigarro para apaciguar la espera, La Muerte no es dado a ser puntual, algo que no alcanzo a comprender, no tiene nada que hacer en todo el día.

Escucho el rugido de un motor acercarse, no giro la cabeza, conozco tan bien ese sonido que no es necesario que desvíe la mirada para saber que mi exdueño llega con un cuarto de hora de retraso.

Espero a que descienda del vehículo antes de hacerlo yo, aunque en su día juró que no me haría daño, nunca puedes fiarte de la palabra de un pandillero, lo sé porque era como él en mis días. Mi palabra no significaba nada, se evaporaba como el agua.

Vuelve a regalarme su sonrisa de autosuficiencia, siempre la misma, ya podría practicar otra.

—Rivera, tanta reunión me da a entender que al final te unirás de nuevo a tus hermanos.

Alzo las cejas en señal de desagrado, odio cuando habla tan convencido, si supiera que lo estoy utilizándolo, las consecuencias serían devastadoras.

—No te ilusiones, ya te dejé claro que no era mi intención regresar.

—Entonces, ¿de qué quieres hablar hoy?

Lo miro con recelo, la última información adquirida me desagrada, si es verdad lo que mi informante me ha dicho, las cosas se complicarán en el Viejo San Juan.

—Ha llegado a mis oídos que estás negociando con Sousa por el terreno.

Sonríe de nuevo, en esta ocasión es una sonrisa nerviosa. Aunque la esconde al segundo, no me pasa inadvertida. La conozco igual de bien que la otra, significa que tengo razón aunque intentará ocultar la verdad por todos

los medios.

—Tu informador te ha mentado. Jamás haría negocios con el enemigo.

Lo miro de reojo, piensa que soy el mismo joven sin cabeza que manejaba a su antojo hace años.

—No, no me ha mentado.

—¿Por qué estás tan seguro? —pregunta a la defensiva.

—La Muerte, nos conocemos bien y tu postura te delata. —Acorto la distancia que nos separa—. Pensaba que eras más listo, de joven te tenía en alta estima, veo que me equivoqué.

Se palpa la cintura del tejano, sé que es una amenaza, hay esconde el arma. No me muevo ni un milímetro, no le tengo miedo.

—Si no vas a regresar a la familia deja de inmiscuirte en mis negocios si no quieres problemas.

—¿Tus negocios son pactar que Sousa se apodere de la libertad de los niños del orfanato? Eres igual de repugnante que él. —Lo miro asqueado, empieza a darme igual si debo luchar con las manos de nuevo en mitad de las calles, no pienso permitirles que se salgan con la suya—. Ten cuidado al pactar con el diablo, puede costarte muy caro el atrevimiento.

Regreso a la motocicleta, la conversación ha finalizado. No deseo seguir hablando con alguien que no atiende a razones y, antes o después, le costará mucho inmiscuirse en los negocios del español.

Antes de arrancar la moto, La Muerte grita para hacerse oír:

—¡Quién debe tener cuidado eres tú, Rivera. Deja de meter las narices donde no te llaman!

Acelero la moto y no freno hasta no estar aparcado en casa. El resto del fin de semana lo paso encerrado en el piso, no me apetece ver a nadie, aún tengo que ver cómo conseguir el dinero que me falta y olvidarme de cierta persona.

Sin saber bien por qué, el lunes me veo conduciendo en dirección al instituto para recoger a Julio, cosa que no hago desde hace meses por petición suya. Bueno, sí que la conozco, es la excusa perfecta para ir al orfanato con la idea de volver a verla. Llevo todo el santo fin de semana pensando en ella. El sábado por la noche me descubrí que no me importaba que viviera con Sousa y me pasé la noche fantaseando con ella, como sería llevarla a mi terreno y que conociera al auténtico Jayce.

Aparco la motocicleta en la puerta del edificio amarillo al tiempo que

suena la campana. Julio se extraña al verme, no es para menos, le prometí no dejarlo en ridículo delante de la chica que le gusta y aquí estoy, esperándolo subido en la moto.

—Te dije que no vinieras a recogerme —refunfuña mientras se coloca el casco, rojo como un tomate, y evita mirar al grupo de chicas que hay a su espalda.

—En mis tiempos, los chicos con moto ligaban mucho —digo para hacerlo sentir mejor.

—Si la moto es tuya, pero que venga un viejo a recogerte te hace parecer débil, pequeño y estúpido.

Alzo las cejas ante el apelativo que me dedica.

—¿Viejo? Solo tengo veintiocho años. —Sube las manos por encima de la cabeza para enfatizar que soy mayor—. Chaval, ya quisieras tú conservarte tan bien como yo cuando alcances mi edad.

Espero a que se sitúe en la parte trasera antes de ponerla en marcha. Ralentizo la marcha una calle antes de llegar al que provisionalmente es su hogar. Estaciono lejos del orfanato, por si ella está en la ventana, creo que es capaz de llamar a la policía si me ve alrededor del centro aunque el viernes por la noche hiciese de salvador, pero no voy a dejar de ver a Julio por mucho que ella se empeñe.

Caminamos cuando el móvil hace un característico sonido, lo saco del bolsillo y accedo a la mensajería.

—¿No eres demasiado mayor para andar con jueguecitos? —Se burla Julio.

Sin mirarlo le propino una colleja.

—Ha picado, tío —se queja.

—Es lo mínimo que te mereces, es la segunda vez que me llamas viejo —quiere replicar, pero mi mirada le advierte que lo deje estar o será peor para él, sigo enfadado por la tontería que cometió el viernes—. No es ningún juego, es el abogado.

Al ver el jardín recuerdo que tenemos algo pendiente.

—No pienses que la conversación ha finalizado, que una de tus cuidadoras nos interrumpiese no significa que acabase contigo —le recuerdo.

—Antes de que Dánae nos interrumpiera te prometí que no volvería a pasar. ¿Qué más quieres que te diga?

Lo agarro por el hombro.

—No me vale una disculpa, quiero hechos, Julio. Sabes de sobra que si

uno de los dos mete la pata, nuestro sueño se va al garete.

—De verdad, no volverá a pasar. Sabes que estoy deseando irme a vivir contigo.

Freno al inicio de la calle y miro intranquilo la puerta del orfanato.

—¿Qué pasa? Te estás comportando raro —comenta el chico.

—Nada. No pasa nada. —Lo abrazo para despedirme de él—. Recuérdalo, sin tonterías o no lo conseguiremos nunca.

—¿No vienes? —pregunta escéptico—. Necesito que me ayudes con unos ejercicios de química.

—Lo siento, debo regresar de inmediato al bar. Dile a tío Mateo que te ayude.

Comienza a reírse a carcajadas, no entiendo el motivo de tal ataque. Le cuesta un rato calmarse.

—Le tienes miedo a la amenaza de Dánae. La escuché. —Sigue riéndose mientras lo fulmino con la mirada—. ¡Tu mirada me da la razón! —grita mientras corre hasta la puerta de acceso.

Ganas no me quedan de ir tras él y demostrarle que no le tengo miedo a una mujer. El miedo es dejarme embaucar otra vez por ella, pero Julio es demasiado joven para entenderlo. Antes de regresar al bar paso por el gimnasio, unos golpes me vendrán bien para olvidarme de cierta morena.

Horas después conecto el ordenador de casa, es hora del almuerzo y hoy me apetece realizarlo solo. Compruebo que tengo varios interesados en el conjunto de mi abuela, les escribo para solicitarles la cantidad deseada. Interiormente rezo para que la rechacen, en parte no quiero deshacerme del único recuerdo de una infancia feliz, pero sé que antes o después tendré que hacerlo.

Al ver que ni las horas sudando en el gimnasio hacen efecto para olvidarme de ella, a media tarde decido salir a correr, si eso no funciona, nada no lo hará. Desde joven, cuando deseaba evadirme de los problemas, corría durante horas por la playa. El relajante sonido de las olas al romper y la brisa del mar, eran más que suficientes para escapar de la realidad y centrarme solo en las sensaciones que crea el correr.

El sol es tan abrasador que decido ir solo en pantalón corto, dejo al descubierto el torso tatuado. Funciona bastante bien para que ninguna extranjera intente frenar la carrera, les aterra ver a alguien con tanta tinta en el cuerpo, hasta que una conocida cabellera morena rizada aparece en mi campo de visión.

Desde la distancia que nos separa puedo sentir la intensidad con la que mira mi torso desnudo, también el gesto desagradable que hace al reconocermé. Maldigo para mis adentros, la española está empezando a ser peor que una pesadilla, está en todas partes. Solo por fastidiar freno la carrera y hablo animadamente con Clara sin desviar la mirada ni una vez en dirección a Dánae.

El resto de semana, bajo las insistentes quejas de Julio, lo recojo a diario en la puerta del instituto para acompañarlo al centro. Me digo a mí mismo que es para pasar más tiempo con el chico, pero bajo esa realidad se esconde otra; estoy ansioso por volver a verla.

Es la primera vez en mi vida que los días se hacen lentos, como si los segundos se negaran a avanzar. Por las noches fantaseo con la idea de tenerla a mi lado, besarla, mimarla e incluso amarla. Tardo poco en despejar la mente de la fantasía, si sigo por este camino solo me traerá más problemas de los que ya tengo.

El viernes me levanto angustiado, han transcurrido casi dos semanas desde que Sousa me ampliara el plazo de pago, si no consigo el dinero en los restantes nueve días veré cómo Julio se criará en las calles luchando por un negocio que no le concierne, jugándose el cuello solo por percibir unos míseros dólares extras. El día lo paso ubicado al final de la barra del bar haciendo unos números que no encajan.

El bar está en silencio y vacío, el último cliente se ha marchado hace un cuarto de hora. Accedo al pequeño despacho, llevo todo el día con las dichas cuentas, pero por mucho que reduzca los gastos no me llega para cubrir todo.

Abro la pequeña caja fuerte que hay tras los libros de la estantería, recojo la caja de terciopelo y la pongo encima de la mesa. Con manos temblorosas levanto la tapa para maravillarme del conjunto de collar y pendientes que contiene. Los ojos se me enrojecen al instante, recordar lo guapa que estaba con él puesto me duele y pensar lo que estoy dispuesto a hacer todavía más. La puerta del despacho se abre y accede María.

—Jay, me marchó. Tu hermano está en la puerta.

—Mañana nos vemos —digo sin despegar la vista de la caja.

María repara en la caja.

—¿Por qué está fuera de la caja fuerte?

—Me han ofrecido una cantidad por él que no puedo rechazar.

Se lleva las manos a la boca.

—Es lo único que te queda de ella.

La miro sin esconder mi mirada cristalina.

—Lo sé, pero no tengo alternativa, solo queda una semana para que se cumpla el plazo, no me queda otra que venderlo. Por muchas veces que haga las cuentas, no lo conseguiré de otro modo.

—¿Estás seguro de seguir adelante?

Sé que se refiere a la adopción de Julio, llevo dos años peleando por su custodia y no pienso fallar la promesa que le hice.

—Sí. Sé que ella no se enfadaría, sabe que el dinero va a estar bien empleado.

Asiente sin contradecirme.

Antes de que se marche a casa le comento mi próximo viaje.

—El próximo fin de semana viajo a Las Vegas, un coleccionista está dispuesto a pagar una fortuna por hacerse con él, hasta me paga el vuelo y la estancia de los dos días mientras comprueba su autenticidad.

Aunque María se esfuerza porque los acompañe a La Placita, declino la oferta y la despido con una sonrisa forzada, necesito estar solo para pensar, para aclarar las ideas y afrontar que debo despojarme del único recuerdo familiar que poseo.

En la soledad de mi cuarto, al cerrar los ojos, otros recuerdos regresan para atormentarme más de lo que ya estoy. Es lo que peor llevo, no parar de pensar en ella. Estoy cabreado conmigo mismo por no ser capaz de desprenderme de sus ojos, de su olor y de esa aura de dulzura que la envuelve.

Cuando por fin llego a casa me instalo un rato en la cocina con el matrimonio, no deseo marcharme del país sin pasar un tiempo con Celines y Juan. Al comprobar la hora subo al cuarto para preparar el equipaje.

En el vestidor coloco unas cuantas prendas en el interior de la maleta, antes de bajar las escaleras respiro profundo, no estoy al cien por cien segura de que el viaje funcione y que Gustavo y yo volvamos a ser los mismos. Aunque pondré todo de mi parte porque así sea.

Llegamos al impresionante hotel de Las Vegas pasadas las diez de la noche. No consigo cerrar la boca, las luces de neón que iluminan las calles son dignas de ver. Conocía la ciudad a través de películas y fotos vistas por Internet, pero nada que ver con observarla en directo. Sin poder contener la impresión que me causa ver todo a mi alrededor, lo sigo al interior. Mientras nos registra, la curiosidad se apodera de mí y miro con interés todo lo que me rodea hasta que llama mi atención.

Accedemos al panorámico ascensor hasta la planta quince, sigo a mi amigo hasta la puerta de la habitación. Me entrega la llave.

—Nos vemos en recepción en veinte minutos.

Lo veo regresar al ascensor, no pregunto en que planta se halla su habitación, en parte tampoco me importa. La decoración del dormitorio me deja sin palabras el decorador tuvo un exquisito gusto al no recargarla, aunque para mi gusto es demasiado lujosa.

Veinte minutos después nos volvemos a reunir en recepción. Gustavo se pasa toda la cena hablando por teléfono, al finalizar se excusa de que está cansado y nos marchamos cada uno a nuestro cuarto. Si esta es su idea de volver a conectar como amigos, lo hace realmente mal.

El nuevo día es parecido a la cena de anoche, está más tiempo pendiente del teléfono que disfrutando de la excursión que contrata. Llegado un momento del día me olvido de que está sentado a mi lado y me dedico a impregnarme de la belleza que me rodea.

Sobre las siete de la tarde regresamos al hotel, antes de que salga del ascensor, me avisa de que en media hora vendrá una peluquera al dormitorio para ayudarme a arreglarme el cabello. Que procure estar duchada y con el

albornoz, antes de que pueda preguntar qué tipo de ropa debo ponerme, suelta que también se ha encargado de eso y que llevarán mi vestuario a la habitación. No replico, me encojo de hombros y quedamos en vernos en dos horas en recepción.

Froto con la esponja exfoliante cada centímetro de piel para despojar la sensación de suciedad que siento, aunque el psicólogo hizo bien su trabajo hay manías que con los años no he perdido. Enjabono el pelo eliminando todo rastro de champú, antes de salir de la ducha repito el proceso de enjabonarme el cuerpo.

Enrollo una toalla en el pelo húmedo y dejo que la suave tela del albornoz me abrigue. Escucho unos suaves golpes en la puerta, me alerto pero pronto me relajo al saber que debe tratarse de la peluquera. Anudándome más fuerte el cinturón del albornoz abro la puerta cohibida, no me gusta que nadie me vea desnuda y no me ha dado tiempo de ponerme ropa interior.

Al otro lado de la puerta tres mujeres, que sobrepasan la treintena, esperan pacientes a que las deje acceder. Al ver la expresión ansiosa de sus rostros, me aparto para darles acceso a mi espacio privado. Durante más de una hora me dejo hacer.

Sin mediar palabra me sientan en una silla en mitad de la habitación. Una de ellas se lanza directa al pelo; otra comienza a maquillarme y obvia todas mis quejas, aunque no puedo moverme mucho porque la tercera se hace con las manos para hacerme la manicura. Estoy incómoda al sentirme un maniquí al que hacen lo que les place. Me quejo repetidas veces, pero hacen oídos sordos. Por fin me veo liberada de las seis manos que han estado sobándome durante una hora.

Cuando pienso que la tortura ha finalizado, vuelven a llamar a la puerta. Una de ellas se apresura a abrirla, le dice algo en inglés al chico que está parado frente a ella aunque no lo entiendo, su acento es muy cerrado. Cierra la puerta con el pie para que no se le caiga lo que lleva en las manos; una caja, una bolsa y una percha cubierta de una tela negra que impide ver su interior.

Me entrega la bolsa negra. Me ruborizo cuando compruebo lo que hay en el interior. Al ver que no hago ningún movimiento, me la arrebatada de las manos y me entrega el minúsculo tanga negro de encaje apremiándome a que me lo coloque. Lo hago de tal forma que no se vea nada, con suma suavidad me empuja hasta sentarme de nuevo en la silla y me coloca las medias de liga.

Al levantarme y situarme en una zona despejada de la habitación, la más simpática me pide que cierre los ojos. La miro sorprendida, explica que es para que no vea el vestido hasta no estar lista. Con escepticismo hago lo que pide, cierro los ojos no sin antes desviarlos hasta la percha que cuelga en la puerta.

La piel se me eriza al despojarme del albornoz, hago amago de cubrirme el pecho desnudo ya que en este momento me siento cohibida, con suavidad una de ellas lo impide. Intento no pensar en lo expuesta que estoy, debido al aire acondicionado los pezones se erizan y el minúsculo tanga no tapa absolutamente nada.

Noto que presionan algo contra los pezones, al intentar ver de que se trata me propina un leve golpe para que cierre los ojos. Alzo los brazos por encima de la cabeza, una suave tela se desliza por mi anatomía para cubrir mi desnudez. Antes de dejarme que me vea en el espejo, me colocan algo sobre el cuello, también los zapatos. Despacio me guían hasta el espejo de cuerpo entero que hay en la puerta del armario. Al notar que se han alejado, abro los ojos.

No reconozco a la extraña que el reflejo del cristal me devuelve. No es posible que esa sea yo, casi no puedo reconocerme. Mi larga melena rizada está recogida en la coronilla, unos bucles perfectos caen en cascada sin llegar a taparme el cuello. El maquillaje, aunque suave, remarca los pómulos. La sombra de ojos los hace parecer más grandes y expresivos de lo que son. Lo que en realidad más me impresiona, es el vestido largo negro que se adapta perfectamente a toda mi anatomía hasta mitad de muslo, donde un desapercibido vuelo me da libertad de movimiento.

Giro lentamente y me llevo las manos a la boca al ver mi espalda desnuda. Vuelvo a mirar el reflejo de esa desconocida, aunque —en esta ocasión— comienzo a reconocerme. Acepto que han hecho un gran trabajo, es la primera vez en mi vida que me veo guapa. Las tres mujeres se despiden con una sonrisa en la boca al comprobar que han acertado con todas las decisiones tomadas. Le agradezco el trabajo realizado.

El reloj de la habitación anuncia las nueve de la noche, me altero al ver que voy tarde. Introduzco en el pequeño bolso de mano, que hay encima de la cama, el móvil y la tarjeta de la habitación y salgo apresurada hasta el ascensor. Al acceder siento un escalofrío recorrerme el cuerpo, pienso que será por la intensidad del aire acondicionado, así que no le doy mayor importancia.

No quiero que Gustavo llegue tarde por mi culpa. Cinco minutos después camino hasta recepción y reconozco la ancha espalda envuelta en una americana negra; es la de mi amigo. El hombre que lo acompaña le hace un leve gesto lo que provoca que mire en mi dirección, quedo paralizada ante la mirada asombrada que me dedica. Recorre los metros que nos separan y no cesa en mirarme hasta llegar a mi altura. Deposita una leve caricia en mi mejilla y acopla la mano en la cintura desprovista de tela.

—Estás preciosa, Dana. Voy a ser la envidia de todos los hombres de la ciudad esta noche —dice sin apartar la mirada del vestido.

Bajo la mirada avergonzada, no me siento cómoda con esta ropa, todo el mundo me mira y no hay cosa que más odie que ser el centro de atención.

Me obligo a sonreír y aceptar el cumplido de mi amigo.

—Gracias.

Caminamos hasta el exterior donde una limusina espera nuestra llegada, me siento abrumada con tanto lujo alrededor. Gustavo nota mi ansiedad, pero no dice nada al respecto. Se dedica a recorrerme todo el cuerpo con la mirada.

Agradezco ser los únicos pasajeros del vehículo, no creo que pueda soportar más miradas lascivas, bastante tengo con las de él. Sirve un par de copas de un líquido burbujeante, me ofrece una diciendo que es champán. Lo rechazo, de sobra sabe que no puedo probar el alcohol. Se sonroja y de inmediato me ofrece un refresco, el cual acepto.

Deseo recuperar la confianza perdida con mi amigo y si comienzo a negarme a estar rodeada de los lujos que hay en su vida, nos distanciaremos más de lo que estamos.

Intento no expresar la repulsión que me produce el interior del lujoso restaurante, es incluso más que el de Puerto Rico. Instalo una falsa sonrisa en la cara, de esa manera evito que se note mi estado real. Las dos horas que dura la cena casi no hablo, solo un par de veces para responderle a Gustavo que me encuentro bien, aunque es mentira. Las intensas miradas que me dedican los hombres que lo acompañan me ponen de los nervios, agradezco que las señoras ignoren mi presencia.

La vuelta al hotel es una agonía, mi amigo decide invitar a varios de los caballeros con los que no cesa en hablar. Al ver cómo me miran, me agarra de forma posesiva y les da a entender algo que no es real. No espero que el chófer abra la puerta cuando estaciona frente al hotel, lo hago yo misma, necesito salir del espacio cerrado, el cual me crea claustrofobia. Ellos tardan unos minutos en bajar.

Para cuando lo hacen, Gustavo vuelve a las andadas, me sujeta por la cintura de forma posesiva. Me remuevo incómoda, quiero darle a entender que no necesito guía para andar, obvia mi movimiento y no me suelta hasta llegar al interior del edificio. Nos separa unos metros del resto y pronto noto su nerviosismo. Quiere decirme algo, pero no sabe cómo hacerlo.

—¿De qué se trata? —Lo invito a contarme lo que pasa, después de soportar la cena creo que puedo fingir un poco más.

Me mira aliviado. Me explica la situación, lo que el resto de hombres le han pedido; desean marcharse a un local de *striptease* para cerrar no sé que tipo de negocio.

—Lo siento, Dana. No esperaba que quisieran cerrar el negocio esta noche. Te aseguro que no me apetece separarme de una belleza como tú, pero debo hacerlo.

—¿Qué se supone que voy a hacer si no conozco nada? —digo mirando lo que me rodea e ignorando la última frase.

Señala la mesa de *Black Jack* donde las mujeres de sus socios funden las tarjetas de crédito de sus maridos sin importarle demasiado no saber jugar.

—Puedes quedarte con ellas. —Se lleva la mano a la cartera y me entrega un fajo de billetes, lo miro asqueada—. No lo rechaces, por favor. Diviértete a mi costa en mi ausencia, intentaré reunirme contigo lo antes posible.

Lo pienso mejor y me hago con el dinero, si ha sido tan amable de traerme a la ciudad del pecado y dejarme tirada al inicio de la noche, pienso cobrarme el desplante. Por una vez dejo de ser la humilde Dana con principios morales, para convertirme en la arpía mujer de un millonario, aunque no le digo que no pienso quedarme con ellas bajo ningún concepto.

—No preocupes, regresa cuando quieras. Mientras, voy a divertirme. —Miro de reojo el bar que está prácticamente vacío.

Ladeo la cabeza para evitar que me bese la mejilla antes de marcharse. Espero hasta que lo pierdo de vista, miro la concurrida sala del casino, aunque hace años aprendí a jugar al póker y no se me da nada mal, necesito olvidarme de todo y solo hay una cosa que lo consiga; el alcohol.

Arrastro los pies hasta la barra del bar porque los tacones me están matando, me siento en uno de los vacíos taburetes y le solicito al camarero una de las cervezas que más grados lleva y un chupito de tequila. La aspereza de mi voz al pedir la última cerveza me asegura de que hay grados de más recorriéndome las venas. Un escalofrío hace que gire la cabeza, sonrío abiertamente, al final puede que la noche no sea tan mala como pensaba.

Abro los ojos debido al intenso dolor de cabeza, me incorporo de golpe al notar una cálida mano posada en la desnudez de mi barriga. Un leve mareo consigue que me quede sentada con la vista fija en un punto de la habitación, no es la mía aunque sí parecida.

Despacio giro la cabeza hasta posar la mirada en la espalda cubierta de tatuajes que descansa a mi lado, ahogo un grito al comprobar que se trata de él. Con cuidado de no despertarlo me escabullo de la cama, dirijo mis pasos al baño y busco el pestillo para cerrar la puerta, pero no encuentro ninguno.

Aturdida me dejo caer en la tapa del inodoro, mi mente pronto comienza a ofrecerme las lagunas de la noche. Estar aburrida sentada en el bar, casi no probé bocado al sentirme tan incómoda con el vestido y las miradas lascivas de los hombres que compartían mesa con nosotros. Perdí la cuenta de las cervezas tomadas, hasta que el camarero hizo un gesto negativo cuando le solicité la última, de ese modo se negaba a servirme más y de repente mi cuerpo vibró, la misma sensación que sentí dos semanas atrás al estar junto a él volvía a embargarme. Con disimulo miré a mi derecha y ahí estaba sentado, mirando fijamente la estantería repleta de botellas.

Lo observé de forma disimulada para no ser descubierta. Vestía con vaqueros, me fijé que por lo menos no estaban tan destrozados como los últimos, y camisa azul claro con las mangas remangadas hasta los codos. Era imposible atisbar un trozo de piel, iba cubierta por completo de tinta negra.

La siguiente imagen me deja helada. Me aferraba a sus hombros con desesperación mientras dejaba que investigara el interior de mi boca. Me toco los labios hinchados sonriendo al recordar lo dulce y salvaje del beso. Lo que más me desconcierta y asusta es comprobar la sensación que tuve cuando inspeccionó con los dedos cada centímetro de mi desnudo cuerpo. Me embargó la percepción de haber encontrado mi lugar en el mundo; entre sus brazos protectores que mimaban cada termino nervioso de mí.

Sacudo la cabeza para evitar derramar lágrimas, no quiero mostrarme frágil e indefensa, aunque interiormente es como siempre me he sentido. Nadie creería que en veintiocho años solo me he acostado voluntariamente con tres hombres. Lo peor es que con este desconocido, es con el único que he disfrutado sin sentirme sucia.

Llego a la conclusión de que el alcohol tuvo la culpa de mi desmadre. Con esa idea me introduzco bajo los chorros de agua, al no disponer de esponja

propia, comienzo a masajearme el cuerpo con la mano hasta que noto el metal que toca mi piel. Rezo para no haber cometido más locuras, sitúo la mano frente a los ojos y comienzo a llorar al comprobar que lo echado todo a perder por querer olvidar los problemas. Con ello solo me he ocasionado más y puede que irreparables.

Con rapidez me seco y recojo mi ropa esparcida por la habitación sin dejar de observar el cuerpo desnudo que duerme plácidamente en la cama. Me escabullo antes de que despierte, tengo que buscar solución al grave error cometido.

Llego a la planta quince y me dirijo rápida al dormitorio, cambio el vestido por ropa que me hace sentir más cómoda. En recepción le pido a la chica una lista de las capillas donde ofrecen servicios para unir en matrimonio a dos desconocidos, evito mirarla a los ojos porque me muero de la vergüenza.

Una hora después localizo la dichosa capilla que ha arruinado por completo mi vida, la señora al verme me abraza sin dejar de decir lo guapa que estaba anoche con el elegante vestido. Me da unas fotografías donde ambos estamos sonrientes mirándonos a los ojos. Lo que hace el asunto más real.

Espero quince minutos hasta que llega el hombre que ofició la boda, para mi desesperación me dice que es legal, que no nos conformamos con el paripé que muchos turistas hacen de forma simbólica, nosotros llegamos con la licencia y esperamos hasta que el juez lo hizo oficial. Grito frustrada y le suplico al hombre que debe de haber un modo de deshacer el entuerto. Con parsimonia me ofrece la única salida: el divorcio.

No me importa que la gente me mire mientras regreso al hotel, lloro desconsolada todo el trayecto. Me tiro en la amplia cama sin dejar de sollozar, lo he echado todo a perder, por una estúpida borrachera voy a perder definitivamente la custodia de Melania.

El certificado de matrimonio se burla de mí cuando vuelvo a leerlo. Bajo nuestros nombres, Jayce y Dánae Rivera, están estampadas nuestras rubricas. «Por lo menos ahora conozco el nombre de mi marido», pienso llorando de nuevo.

El resto de mi estancia en Las Vegas lo paso encerrada en el cuarto, no tengo noticias de Gustavo hasta dos horas antes de nuestro regreso a Puerto Rico, aunque en verdad solo viene para decirme que viajo sola porque él debe partir de inmediato a otro lugar que no dice. No me molesto en preguntarle.

Me asegura que Juan se encargará de recogerme en el aeropuerto y que regresará a casa antes del próximo fin de semana.

El tiempo lo dedico a pensar en cómo salir del atolladero que yo misma me he metido sin que llegue la noticia a España, si evito que el Estado se entere de mi última estupidez, puede que todavía consiga mi objetivo.

Grito con todas mis fuerzas al leer la noticia en el periódico. María me mira sin entender hasta que le tiendo la hoja donde anuncian otra joven desaparecida, sé quienes son los culpables, pero como en anteriores ocasiones, la policía no podrá vincularlos.

La sensación de impotencia se apodera de mí, saber a ciencia cierta quien es el culpable y no poder verlo entre rejas, hace que me plantee cada día regresar a mi antigua vida, donde las venganzas las lleva uno mismo a cabo sin esperar respuesta de las autoridades compradas.

María me obliga a entrar en el despacho.

—Tranquilízate, por favor. Vas a asustar a los clientes.

Me encojo de hombros, la gente de la ciudad conoce mi temperamento y lo que es peor, mi pasado.

—¿Has leído la noticia? ¿Cómo me pides que me tranquilice al saber que han secuestrado a otra joven para venderla?

Se frota las manos al tiempo que responde.

—Puede que los socios no tengan nada que ver. Sabes que cuando somos adolescentes hacemos tonterías. ¿Quién asegura que la chica no se ha escapado por voluntad propia?

Bufo una palabrota al escucharla.

—Venga ya. Sabes de sobra que ellos están detrás de esto.

Recojo las llaves de la moto de encima del escritorio, aparto con suavidad a mi cuñada que se interpone entre la puerta y yo. Si está tan ciega o quiere creer que Sousa y Ramírez no son los culpables, me parece bien; pero no dejaré que se interponga en mi camino, estoy dispuesto a llegar al final del asunto con o sin ayuda de mi familia.

—Jay —llama sin alzar la voz, no me detengo y salgo al exterior—. ¡Jay, por favor! —La escucho mientras subo al vehículo—. ¿Dónde vas?

—Al orfanato, ella tiene que saber algo para eso trabaja para él.

Alza las manos por encima de la cabeza exasperada.

—¿Quieres dejar de comportarte como un energúmeno y hacerle caso a tu hermano? Ella no sabe nada de los negocios de Sousa. ¿Qué parte es la que

no entiendes?

—Vive con él. —Le recuerdo.

—Sus motivos tendrá, ¿no crees? —No entiendo qué quiere decir con ello —. Si tu hermano se entera de que te digo esto, no volverá a confiar en mí en la vida, pero sabes que nunca te he mentado.

Mira a ambos lados para asegurarse de que nadie nos escucha.

—Ella no sabe nada de Sousa, si supiese quién es su amigo te aseguro, cuñado, que no estaría bajo el mismo techo que él y ella misma buscaría la forma de encarcelarlo o matarlo, quién sabe cómo reaccionará cuando se entere. Así que te pido, por favor, que no le digas nada. No eches por tierra el trabajo de Max, Mateo y Ricardo escondiéndole la verdadera cara de Sousa.

—No puedo quedarme al margen, llevamos muchos años luchando.

Me mira con desesperación.

—Y si no lo haces, acabarás entre rejas. Entre todos buscaremos la forma de derrocarlos, pero no hagas tú solo de salvador. Por favor, regresa al bar y no te compliques más la vida. Además, tienes un viaje que organizar.

Le hago caso. En parte porque una voz dentro de mí me asegura que María me está diciendo la verdad, ella jamás me mentiría. El problema es que ahora estoy más intrigado en saber qué le ocurrió de pequeña para que mi cuñada asegure que cuando se entere quien es Sousa en realidad desee encerrarlo o matarlo.

La sigo al interior, los cuatro clientes que hay apostados en la barra no se atreven a mirarme cuando paso por su lado, agachan las cabezas y hacen como si no hubiesen presenciado nada.

Sentado al final de la barra espero de forma paciente hasta que el último cliente de la mañana se marcha. Mientras comemos algo antes de que los clientes exijan sus correspondientes cafés, retomo el tema.

—¿Qué le sucedió? —le pregunto a mi cuñada. Me mira sin entender—. A ella, ¿qué le pasó de pequeña?

Se atraganta con el trago de agua.

—¿Por qué quieres saberlo? Vi como te la comías con la mirada el viernes pasado cuando llamaba por teléfono.

—No digas tonterías. No me interesa de ese modo. Contéstame.

—Muchas molestias te estás tomando con ella para no interesarte de esa forma —responde haciendo comillas con los dedos al final de la frase—. No puedo decírtelo, lo siento.

—¿Tan grave fue?

Observo cómo la piel se le eriza al pensar en el pasado de la española.

—Mucho peor de lo que imaginas. Hazme caso, aléjate de ella.

—No tengo intención de acercarme a ella, no de ese modo.

Se encoge de hombros.

—Lo que tú digas, pero recuerda que nos conocemos muchos años y te conozco mejor que tus propios hermanos. Piensas que quieres acercarte a ella para hundir a Sousa, pero la realidad es que desde que la viste algo en ti ha cambiado. Solo te pido que no quieras nada con ella, no la utilices. No hagas lo mismo que otros ya hicieron.

No puedo rebatirle nada porque tiene razón, desde que la vi en la puerta del orfanato algo en mi interior cambió aunque aún no tengo claro el qué. Terminamos de almorzar en silencio. Analizo cada parte de la conversación y no puedo más que obligarme a dejarla fuera de esta guerra que no le incumbe.

Me obligo a no volver a pensar en ella de ninguna de las maneras. Debo centrarme en lo que me concierne y eso solo es pagar la liberación de Julio, luchar contra el Estado para que me concedan su adopción y buscar la forma de derrocar a Sousa y a su socio. Así que por el bien de todos, incluido el mío, dejo de recoger al chico en el instituto. Quien evita la tentación evita el pecado. Si no la veo, al final conseguiré dejar de pensar en ella.

El resto de mañanas de la semana las dedico en exclusiva a pasar las horas en el gimnasio junto con Lucas y Max. Dentro de dos meses tres de nuestros chicos participarán en el campeonato de la ciudad de *Kick Boxing* y deseamos que vayan lo mejor preparados posible.

Las horas encerrado en el cuadrilátero consiguen el objetivo marcado, no me queda tiempo, entre golpe y golpe, de pensar en nada más que lo que me ocupa; enseñar a los chicos a que se muevan de forma rápida y segura por el *ring*.

Las tardes las divido; media tarde la paso con Julio en casa ayudándolo con los estudios y cuando es hora de que regrese al orfanato me bajo al bar para ayudar a María. Las noches son más complicadas, regresan los sueños habituales. Ser testigo de la precipitada muerte de Julio por no poder abonar la cantidad restante a Sousa. Me despierto cada mañana encharcado en sudor debido al miedo sentido en la pesadilla.

En el aeropuerto siento los nervios y no son por volar, son dos días alejados de la ciudad y después de lo sucedido esta semana, no estoy convencido de abandonar el país.

Mateo percibe mi estado.

—No se queda solo, estará todo el fin de semana con Max y María. —Se refiere a Julio—. Alejandra y yo pasaremos los días en el orfanato ya que Dana tampoco estará.

Pongo cara de aburrimiento dando a entender que me importa lo más mínimo lo que ella haga, pero mi hermano cree captar otro mensaje.

—Se va a Las Vegas.

Recompongo la cara de sorpresa.

—Entonces espero no encontrármela junto a su amiguito del alma —objeto.

No es necesario que nadie me lo diga, si ella viaja a la ciudad del pecado es porque Sousa tiene negocios que atender allí. Me despido de mi hermano con la cabeza en otra parte, pensando que sería mucha casualidad encontrarla en Las Vegas.

Nada más registrarme en el lujoso hotel de la ciudad busco en el bar al futuro comprador, lo hallo en la barra con una copa en las manos. Nos saludamos y me invita a tomar asiento en una de las mesas ya reservadas por él.

Le tiendo la caja aterciopelada para que vea en persona el conjunto que está a punto de adquirir. No puede más que apreciar la belleza que desprende el collar de diamantes junto a los pendientes.

—Precioso —murmura tocándolo con miedo—. ¿Está seguro de querer deshacerse de esta maravilla?

Evito mirarlo a los ojos, no deseo que vea que en realidad es lo que menos deseo, pero no tengo alternativa alguna.

—Sí, señor, estoy seguro.

Deja un sobre cerrado en la mesa a mi lado.

—La mitad de lo acordado, mañana tarde —cuando el joyero compruebe que es auténtico— le entregaré el resto.

Guardo el dinero en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Ese era el trato.

Me tiende la mano al incorporarse.

—Disfrute de su estancia en la ciudad, señor Rivera.

Le agradezco el gesto pero sé que no será posible, mis días en Las Vegas solo tienen un objetivo; llevarme a casa cincuenta mil dólares que solucionarán todos mis problemas. Con ese dinero finalizaré de pagar a Sousa y, por fin, podré reparar la vivienda tal como me pidió el abogado para que el Estado la considere habitable para un adolescente.

Paso el resto de tarde encerrado en la habitación, lo que menos necesito es que la ciudad del pecado me tiente y para ser honesto, no soy partidario de jugar en los casinos, lo veo dinero malgastado.

El sábado decido salir a pasear, ver la ciudad me vendrá bien, ya que no sé si regresaré alguna vez y caminar no cuesta dinero.

Recibo un mensaje del comprador citándome a las diez de la noche en la misma mesa del bar que nos reunimos ayer. Compruebo que aún me quedan unas horas por delante y prosigo con la visita a la ciudad.

Decido bajar a tomar algo sólido antes de la reunión, si todo va bien una vez finalice recogeré lo poco que he traído y regresaré a la ciudad a primera hora de la mañana.

Accedo al ascensor instalándome al final lejos de las extrañas miradas de la pareja que hay en el interior. Las puertas se abren en la planta inferior a la mía y accede la mujer que no esperaba cruzarme en la ciudad. El destino nos ha ubicado en el mismo hotel.

No percibe mi presencia, pero su cuerpo sí que me siente, al entrar tiembla, aunque no gira la cabeza para averiguar de dónde proviene ese temblor. No puedo más que mirarla, está preciosa. El recogido deja ver el cuello y la espalda desnuda, me humedezco los labios para no pensar qué sería saborear esa lisa piel.

Me quedo atontado mirándola, hasta tal punto que se cierran las puertas y me quedo solo en el cubículo. Tardo unos segundos en reaccionar y pulsar el botón de apertura, al ver como Sousa la coge posesivamente de la cintura, una oleada de celos me consumen, él no se merece una belleza sin igual como ella a su lado.

Escondido tras una planta veo que ella está incómoda con la situación, no le agrada nada que su amigo la retenga a su lado, eso me da que pensar, puede que María tenga razón y no tenga otra opción que soportarlo. Los veo marcharse del hotel y siento que una parte de mí también se aleja con ella. Sacudo la cabeza para averiguar qué me ocurre, por qué desde que la vi no hago otra cosa que pensar en ella.

Paso lo mejor que puedo el trámite de venta, aunque mis pensamientos están puestos en un cuerpo de infarto y una cara angelical. El comprador tiene que sacarme del trance en más de una ocasión, al final me centro en el asunto que me ha traído a la ciudad y me olvido de Dánae.

De regreso al cuarto para guardar el resto del dinero en la caja fuerte, por fin entiendo que acabo de vender la única cosa que me vinculaba a mi

familia, a una época feliz. Me recuesto en la cama e intento descansar para marcharme lo antes posible, pero me descubro que soy incapaz de mantener mucho tiempo los ojos cerrados. Decido regresar al bar, unos cuantos tragos me harán olvidarme de todo; de mi abuela, pero sobre todo de ella. Por el bien de los dos necesito alejarla de mi mente.

Para mi desgracia el destino nos tiene preparados otra sorpresa. Nada más poner los pies en el bar la veo sentada en la barra, por como mueve las manos deduzco que también ha tenido la misma idea que yo; beber hasta olvidar.

Recorro los metros que nos separan sin dejar de observarla, tomo asiento en el taburete libre que hay junto a ella y le solicito al camarero una cerveza sin mirarla. Sé que su cuerpo antes o después le advertirá de mi presencia. Estoy en lo cierto, no pasan cinco minutos cuando me mira con sus castaños ojos.

—Te conozco —dice arrastrando un poco las palabras—. Eres el delincuente que merodea por el orfanato.

Ignoro el apelativo que me adjudica.

—También el príncipe azul que te rescató aquella noche. —Le recuerdo, aunque no estoy seguro de que se acuerde por la mañana.

Hace un gracioso gesto con la nariz.

—Tú de príncipe azul no tienes nada, más bien eres el villano del cuento. —Gira la cabeza en busca del camarero—. Otra ronda, por favor.

El camarero la mira y después a mí, niego con la cabeza, su pequeño cuerpo no soportará más grados de alcohol.

—Señora, creo que por hoy ya es suficiente —dice con amabilidad el camarero.

—Chorradas, puedo soportar mucho más que esto.

La agarro de la cintura para evitar que caiga del asiento.

—Vamos, te vendrá bien pasear un rato, el aire te despejará.

Suelta manotazos sin llegar a darme.

—Contigo no voy a ningún lado.

Acerco la boca hasta su oreja.

—Te vuelvo a decir que no tengo intención de dañarte, princesita.

Se revuelve costándome sujetarla para que no se dañe.

—Eso decían todos, que no iban a dañarme y era mentira.

Me quedo helado al escucharla, al estar distraído consigue darme un manotazo.

—Te dije que no volvieras a llamarme princesita.

Me aseguro de mantenerme cerca de ella, en cualquier momento puede caerse. No sé cómo gestionar la información que acaba de dar, no quiero pensar en ello, no quiero imaginar qué le ocurrió de pequeña, no podría soportarlo.

La guio por las calles a paso lento, cada poco hago que se detenga para que conserve el equilibrio, al final decido que lo mejor será sentarnos unos minutos. Al verle la piel erizada le coloco la chaqueta en los hombros, una leve sonrisa le asoma al rostro agradeciendo el gesto.

—¿Mejor? —pregunto.

Nuestros ojos se encuentran un momento, retira la mirada antes que yo.

—Sí. —Se queda callada mirando el escaparate que tenemos en frente—. ¿Por qué cada vez que necesito ayuda estás tú ahí?

Yo también me hago la misma pregunta, pero a falta de una respuesta mejor, digo:

—Será cosa del destino.

Vuelve a mirarme, está vez con una intensidad que me altera desde lo más profundo de mi ser.

—El destino es muy puñetero entonces, porque no debería mezclarme con alguien como tú.

Se humedece los labios, la visión hace que fantasee con que sea yo quien se los humedezca, sacudo los pensamientos antes de que la cosa vaya a más.

—¿Cómo soy yo?

Piensa unos instantes.

—Pertenece a una banda callejera, vi el tatuaje.

Toco la clavícula donde lo llevo tatuado.

—Pertenece. Hace años que dejé ese estilo de vida. ¿Nunca cometiste un fallo en tu juventud? —Me arrepiento nada más hacer la pregunta, su cara se transforma en pánico—. Lo siento.

Sacude la mano en señal de negación.

—No tienes que sentirlo, he empezado yo. Muchos, cometí muchos errores. Con decirte que una alcohólica rehabilitada tiene prohibido beber, tendría que bastarte.

Me atraganto con mi propia saliva al escucharla.

—¿Por qué has bebido? Puedes recaer.

—No, no volveré a ese infierno jamás. Me traería malos recuerdos que intento olvidar.

Cada palabra que sale de su boca hace que más interés muestre por ella, sé

que no va a desvelarme qué le sucedió de pequeña e intuyo que la bebida solo fue un medio rápido para no recordar. Cada minuto que paso a su lado, más deseo conocerla.

—Entonces, ¿por qué está noche?

Se recrea antes de responder.

—Para olvidar, algunos errores se cometen porque pensamos que así nuestros problemas desaparecerán, estamos equivocados. Mañana lo único que tendré será un dolor de cabeza espantoso y una gran resaca.

—¿Algún motivo querías olvidar?

—Sí. El capullo de mi amigo me ha arrastrado hasta la ciudad del pecado para dejarme tirada como una colilla. No te preocupes, estoy acostumbrada. Es la historia de mi vida; todos los hombres me utilizan y después se van sin mirar atrás.

No sé por qué, de dónde viene esa afirmación, pero le digo en voz alta:

—Yo jamás te utilizaría y mucho menos te abandonaré.

—Estoy mareada.

Le tiendo la mano, aunque inicialmente es reacia a aceptarla, al final la sujeta.

—Sigamos caminando, sigues bebida.

—Mañana no recordaré nada, estoy borracha.

Una lástima que no recuerde el momento de intimidad que acabamos de tener, yo nunca lo olvidaré, saber una pequeña parte de su vida me atrae más hacia a ella.

Con paso tranquilo caminamos por la calle 201 Clark Avenue hasta que frente a nosotros se alza la Clark County Marriage Bureau. Somos testigos de cómo muchas parejas en estado de embriaguez acceden a ella y otras salen mostrando ilusionados sus anillos de enlace. Dejamos atrás las capillas y seguimos caminando, el aire parece que no hace mucho efecto en su estado y sigue necesitando ayuda para no caer.

Pasadas unas dos horas decido que es momento de regresar al hotel, acostarse le vendrá bien. Al pasar frente a la capilla frena su caminar y me mira con ojos divertidos. Estas horas juntas no hemos parado de hablar y, para mi desgracia, compruebo que tiene buen humor y que dentro de su estado, es coherente al hablar.

—¿Sabes? De pequeña soñaba que un día me escaparía a Las Vegas para casarme con el amor de mi vida.

Sonrío al imaginarla con coletas pensando semejante idiotez, todos

sabemos que no hay amores eternos, eso era en la época de nuestros padres, ahora son más bien pasajeros.

—Eso son cuentos de princesas.

—¿No crees en el amor verdadero?

—¿Y tú? —contraataco.

Mira con añoranza las felices parejas que salen de la capilla.

—No quiero creer que no existe, en algún lugar de este mundo tiene que estar mi media naranja, ¿no?.

La miro con otros ojos al recordar lo que el abogado lleva aconsejándome durante mucho tiempo.

—¿Quién sabe? Lo mismo lo tienes delante ahora mismo y aún no te has dado cuenta.

Acorta las distancias entre los dos y pega su cuerpo al mío. Es sentir su calidez y quien tiembla soy yo.

—Solo hay un modo de averiguarlo —susurra antes de besarme.

Soy reacio a responder, está borracha y como bien ha dicho, mañana no recordará nada, pero sentir la humedad de sus labios puede conmigo. El tiempo se detiene y solo estamos los dos. La atraigo más hacia a mí y profundizo el beso agarrándola de la nuca. Ella responde de igual modo y activa cada termino nervioso de mi anatomía, cobrando vida propia ciertas partes de mi cuerpo. Introduzco una mano bajo la chaqueta para acariciar la piel expuesta de la espalda. Cuando nos separamos, ambos jadeamos. Sus pupilas están dilatadas y es debido al placer.

Con una mano la sujeto de la cintura y con la otra me entretengo en acariciarle la mejilla, jamás antes había sentido tal conexión con un simple beso, espero que ella también lo haya notado y no sean solo imaginaciones mías. Se acurruca en mi pecho haciendo que la envuelva en un abrazo.

—¿Por qué no cumplimos tu sueño? —digo en un susurro junto a su oreja. Me mira con los ojos muy abiertos.

—Sería una locura.

—Una dulce locura —digo riendo—. Pero no tiene porque ser legal, solo algo simbólico.

Amplía más los ojos, le gusta la idea.

—¿Seguro?

Sé que voy a comportarme como un auténtico cabrón, pero jamás tendré otra oportunidad como esta. No solo será mi mujer, aunque sigo sin entender por qué lo deseo, también tendré algo con lo que joder a Sousa, solo imaginar

la cara que pondrá cuando se entere ya es toda una victoria. Esta vez seré yo quien le arrebaté algo suyo.

Tiro de ella con suavidad dirigiéndola al interior del inmueble.

—Confía en mí —digo, pero no revelo que allí lo único que conseguiremos será la licencia legal para casarnos.

Antes de acceder a la capilla que hay al lado, recuerdo que no tenemos alianzas.

—Tenemos que comprar dos anillos para que parezca real.

Le parece buena idea, entramos en un pequeña joyería y se encarga de elegir dos sencillas alianzas. Salimos al exterior y me dirijo a la primera capilla que encuentro. Le entrego a la chica la licencia y nos mira sorprendida, me encojo de hombros y ella sonrío.

Media hora después ambos estamos en la calle recién casados, aunque piensa que no es legal, pero soy incapaz de decirle la verdad, que sí la he utilizado como muchos otros hicieron en su pasado según ha confesado.

Me mira mordiéndose el labio.

—Una boda no es boda si no hay noche de bodas. —Suelta ruborizándose.

—¿Estás segura? —pregunto acercándome a sus labios. Asiente—. Señora mía, eso tiene fácil solución.

Regresamos al hotel entre risas. En el ascensor comienza a besarme de nuevo sin importarle las miradas acusatorias de los que nos acompañan, en vez de cohibirse, les enseña nuestros anillos diciendo que nos acabamos de casar.

Dentro del cuarto la desvisto poco a poco, saboreando el momento. Observo embelesado su cuerpo. Reparto besos por su piel desnuda, lo que le arrebató más de un gemido. Me desnuda con celeridad. Con suavidad la tumbo en la cama, deseo saciarme de cada parte de su anatomía ya que no sé si tendré la oportunidad de volver a repetir. Cuando percibo que su excitación va en aumento, ubico la cabeza entre sus piernas, estoy ansioso por probar su sabor. Me agarra de la cabeza y me atrae a su boca cuando alcanza el orgasmo. En esta ocasión la conexión es mucho más fuerte.

Una intensa sensación me invade cuando me adentro por completo en ella, el placer es tan sublime, y jamás antes lo había sentido, que no puedo moverme lo que provoca que me quede estático. Es ella quien mueve la cadera para hacerme regresar a tierra. La experiencia derriba las pocas barreras que se interponen entre los dos. Una persona tan dulce y cariñosa nunca podría ser unas de las mujeres de Sousa. Es distinta a las demás, es

parecida a mí.

Cuando finalizamos se acurruca a mi lado, coloca la cabeza en el pecho, la abrazo por la cintura sin dejar de acariciarla.

—Mañana no recordaré nada —musita antes de dormirse profundamente.

Le propino un beso en la coronilla.

—En cambio, yo no olvidaré jamás esta noche.

Abro los ojos por el vacío que crea su calor, alargo la mano para buscarla, lo único que encuentro es que estoy solo en la gran cama. En la ducha revivo una y otra vez la mágica noche.

Al ver que es tarde, decido prepararme para regresar a Puerto Rico, intuyo que antes o después nuestros caminos volverán a cruzarse, aunque no quiero pensar la rabia de ella cuando se entere de que le he mentado descaradamente y aproveché que no estaba en condiciones de pensar con claridad para salirme con la mía.

13

Dánae

—El universo se ha puesto en mi contra y ha decidido castigar mi estupidez —mascullo bajito para evitar que Mateo me escuche, está unos metros por delante de mí.

Miro el cartel que cuelga penosamente sobre la desvencijada puerta de madera: Shumara. Tiene que ser un maldito sueño o Mateo me trae al lugar erróneo. No puede ser cierto que vaya a trabajar en el bar en el que Jayce está todos los santos días, lo sé porque cuando regreso a casa aminoro la marcha cerciorándome de ver su moto negra aparcada en la entrada.

Disminuyo el paso que ya de por si es lánguido, estoy a punto de darme la vuelta y esfumarme, pero Mateo me detiene.

—Aligera el paso. Tengo que llegar a tiempo para llevar a los niños al colegio y voy justo.

Avanzo unos pasos indecisa.

—¿Qué hacemos aquí?

La mirada que me dedica me da a entender que me toma por loca o por tonta, yo me siento igual.

—Este es el bar del que te hablé. —Señala la maltrecha fachada —. Vamos, María nos espera.

Me relajo un poco al escuchar un nombre femenino, con suerte Jayce solo viene por las noches y no nos volvemos a ver. Aunque es imposible, ya que necesito que firme los papeles del divorcio que mi abogado está redactando, creo que el pobre hombre aún está sin palabras tras mi confesión de ayer mañana. Los días me aclaran la memoria y recuerdo cada momento de la noche, incluso su mentira.

Entro después que Mateo. Saluda de forma cariñosa a la camarera. María es la misma mujer que me dejó usar el teléfono hace dos semanas, por la sonrisa que me dedica sé que me reconoce. Antes de que Mateo se marche del local, María le recuerda:

—Dile a Alejandra que el miércoles cenamos todos en mi casa.

—Cuando la vea en el colegio se lo digo. Pasar buena mañana chicas. Dana, nos vemos esta tarde.

Nos quedamos en silencio durante un rato después de que él se vaya, ambas nos miramos pero ninguna se atreve a romper el silencio. Es María quien comienza a explicarme cuáles serán mis funciones, me agrada saber que se trata de limpiar el bar a primera hora aprovechando que no hay clientes. Me siento incómoda al ver la forma que mira la ropa que llevo puesta, no es tan lujosa como la del viernes por la noche, pero está nueva.

—Creo que tengo algo para que no te manches la ropa, Mateo debería haberte avisado de que no vinieras tan arreglada, sabía de qué puesto se trata.

Quedo impresionada cuando se refiere a mi ropa como elegante. Le resto importancia diciéndole que no se preocupe, que ya tiene unos años y me da igual mancharla. La realidad es que no me es indiferente, pero no quiero que piense que soy materialista porque no es verdad. Puedo desprenderme de unos dólares para invertirlos en reponer los únicos pantalones negros de vestir que tengo.

Tres horas después el sudor me cubre cada rincón del cuerpo. Acepto la botella de agua fría que María pone frente a mí cuando tomo asiento en la barra en el taburete ubicado al final de la misma. Sigue parloteando el funcionamiento del bar sin percatarse de que estoy ansiosa por huir de aquí, solo tengo controlado a Jayce por las noches, pero no sé qué hace durante el día. Pensándolo bien, no sé nada de él. Solo que perteneció a una banda callejera y que legalmente es mi marido. Quince minutos después consigo salir del bar, antes de marcharme me despido de mi compañera.

A mitad de semana achaco el malestar de cuerpo a las pocas horas dormidas, desde que abrí los ojos sábado y comprobé que estaba casada con un desconocido no he vuelto a dormir bien.

El viernes debo arrastrarme de la cama si quiero levantarme. Celines se preocupa por mi estado de salud nada más aparecer por la cocina, ignoro sus palabras y me marcho a Shumara o llegaré tarde. María al ver mi pésimo estado también intenta que me marche a casa, otra a la que ignoro. A media tarde es Ricardo quien me mete en el coche a la fuerza y me lleva a la mansión sin escuchar mis quejas. Celines comprueba mi temperatura y se asusta cuando el termómetro marca casi cuarenta grados.

Me obliga a tenderme en la cama, al no tener todavía seguro médico llama a su sobrino que sigue cursando los estudios en la universidad. El domingo por mucho que grite, llore o suplique nadie me permite ir al parque Punto Verde a pasar el día con los niños, todos opinan lo mismo; que sería una imprudencia por mi parte.

A media tarde, sentada en la biblioteca, consigo contactar con Javier a través de Skype. Llevo diez minutos mirando la pantalla mientras mi amigo lee la documentación que le he enviado adjunta en un correo electrónico.

Al finalizar de leerlos se rasca la ceja antes de mirar la pantalla y dirigirme la palabra.

—Te has casado. —Afirma y noto el dolor que desprende su mirada.

Resoplo.

—No me lo recuerdes, anda. Por culpa de una noche no voy a poder cumplir la promesa que le hice a Melania.

—¿Por qué lo hiciste?

—Estaba borracha. —Me excuso.

Se queda pensativo durante unos segundos. Creo que no le hace gracia alguna la noticia, aunque lo lleva bastante bien, por lo menos no me grita.

—¿Le has pedido el divorcio?

—En innumerables ocasiones, pero se niega a firmar los papeles. Dice que está enamorado de mí y que no va a dejarme escapar, que tiene todo el tiempo del mundo para hacerme entender que estamos destinados a estar juntos.

Se queda sin palabras ante mi diatriba.

—¿Y tú sientes lo mismo? —consigue preguntar al fin.

Por primera vez en la semana y aunque me encuentro fatal gracias a la gripe, río a carcajadas.

—Por Dios, Javier, es ironía. Claro que no se lo he pedido, no he vuelto a saber de él.

Los recuerdos de la fatídica noche llegan de pronto, me froto la cara olvidándome que mi amigo no deja de mirarme. Ni yo misma sé lo que quiero. Es verdad que no puedo relacionarme con alguien como Jayce, no si quiero la custodia de Melania, pero debo de reconocer que es con el único hombre que me sentí libre y es lo que siempre he deseado.

Escucho la dulce voz de Javier a través de los altavoces del ordenador.

—Dana. —Le presto atención—. ¿Sientes algo por él?

—No lo sé. Lleva tatuajes en casi toda su anatomía incluido uno de una banda callejera. Por lo poco que sé de él, sus noches las dedica a estar sentado al fondo de la barra de un antro de mala muerte, nada bueno puede salir de ahí.

—Pero.

Lo miro sin entender.

—Pero ¿qué?

—Siempre hay un pero.

Medito sus palabras, tiene razón, hay un pero.

—Es el único hombre que me ha hecho sentir libre y no tener miedo al estar cerca de él. La noche que pasamos juntos no sufrí pesadillas.

Me arrepiento al decir último, Javier siempre intentó borrar el pasado aunque nunca lo consiguió del todo.

—Lo siento —me excuso.

—No tienes por qué sentirlo. —Se pasa las manos por la cara—. Sé que deseas con todas tus fuerzas adoptar a Melania, pero te has planteado que a lo mejor ese delincuente como tú lo calificas, es tu felicidad.

Me niego a pensar en ello.

—No, mi felicidad es criar a Melania.

—No te cierres en banda, por favor. Intenta conocerlo, conocer su historia. Tú mejor que nadie sabes que todos tenemos una. Descubre cual es la suya y después, solo después, podrás juzgar.

Cambio de tema, me pone al día con las cosas del orfanato, hablamos de nosotros, de él, de cómo se siente desde que no estoy en Málaga, me duele verlo tan decaído. Hablamos durante más de una hora hasta que su pareja aparece en la habitación y nos vemos obligados a colgar. Me promete que hablará con el abogado para agilizar los documentos del divorcio y que intentará por todos los medios que nadie se entere.

La normalidad a mi vida regresa a mitad de semana, que es cuando por fin Celines me levanta el arresto domiciliario. El abogado todavía no me ha enviado los documentos redactados para pedirle el divorcio a mi desaparecido marido.

Han transcurrido dos semanas desde que llegué de Las Vegas y cometí la mayor estupidez de mi vida. Son pasadas las doce de la mañana del viernes y María todavía no ha regresado al bar, ha salido hace más de una hora asegurándome de que no tardaría más de quince minutos.

Como no sé estarme quieta, me adentro en la barra aunque es obligación de ella mantenerla limpia y no mía, pero a este ritmo para cuando aparezca el primer cliente no estará organizada como le gusta. Estos días la he observado y es igual de maniática con la limpieza que yo.

Estoy colocando una botella de ginebra cuando se abre la puerta, por la

sombra que proyecta sé que no es mi compañera.

—Está cerrado —digo sin girar la cabeza, es lo que me ha dicho María que hiciese si entraba alguien.

Relajo el cuerpo al ver que la persona cierra la puerta haciéndome caso, la relajación me dura escasos segundos, pronto mi cuerpo vibra al notar su presencia a mi espalda. No sé cómo se las apaña para no emitir ruido alguno al caminar. La cosa empeora cuando siento su aliento en la nuca. Antes de que pueda sujetarla con fuerza la botella se estrella a mis pies derramando el líquido que contenía por el suelo.

El gruñido que emite me deja paralizada, hubiese preferido una palabra, después recuerdo que solo es un simple cliente e intento relajarme. Tomo confianza antes de girarme para quedar frente a él, me topo con su pecho.

—Tenemos que hablar —digo controlando el tono de voz, no deseo que suene tan temblorosa como me siento por tenerlo tan cerca y volver a aspirar su aroma.

Agacha la cabeza para mirarme directamente a los ojos y otra vez vuelve a ofrecerme su sonrisa torcida.

—Hasta principios de mes no le pago a los empleados, le dije a Mateo que te avisara.

Para nada esperaba esa contestación, resulta que no solo es mi marido, también es mi jefe. «Cada vez te luces más», pienso.

Lo veo salir de la barra sin mirarme, tardo un poco en reaccionar y seguirlo al interior de una minúscula habitación que parece ser su despacho. Ignora mi presencia en la sala aunque sé que la nota.

Me aclaro la garganta antes de hablarle.

—No se trata de eso.

Me mira sin mediar palabra, hace un gesto con las manos animándome a seguir. Seco las palmas de las manos en los pantalones, los nervios logran que me suden.

—Me mentiste. —Alza una ceja—. El matrimonio es real y quiero el divorcio.

Agranda los ojos ante mi petición, pero rápidamente se recompone de la sorpresa.

—No.

La mandíbula se me desencaja al escuchar el monosílabo. Me quedo plantada sin poder dejar de mirarlo.

Se incorpora del asiento recorriendo los pasos que nos separan, mi cuerpo

va por su cuenta y no le hace puñetero caso a la razón, no tarda en comenzar a temblar al notar su cercanía, recuerda lo bien que se sintió bajo sus protectores brazos.

Me obligo a pensar que pertenece o es el jefe de una banda porque ya no creo una palabra suya y que por su culpa no conseguiré la custodia de Melania, aun así no consigo enfadarme lo suficiente porque sigo muda sin dejar de mirarlo y de temblar.

Junta nuestras caras.

—¿Necesitas algo más? Tengo ocuparme de ciertos asuntos.

Al fin reacciono y salgo del despacho justo al mismo tiempo que María llega al final de la barra. Nos mira a los dos sin comprender qué pasa, no pienso ser yo quien confiese.

Escapo del bar sin despedirme de nadie. En el interior del coche grito frustrada, sin saber por qué demonios mi cuerpo se digna a llevarme la contraria y actúa de forma tan infantil estando cerca de él.

Recuerdo las palabras de Javier; «conoce su historia». En estos momentos soy tan poco razonable que aunque me contara la peor de las historias no lo escucharía, así que opto por marcharme a casa.

Para mi desgracia cuando entro por la puerta Gustavo está sentado en el salón y tiene ganas de hablar, de recomponer nuestra amistad. Excusándome de que sigo estando débil, cuando es mentira, me retiro al cuarto.

Solo me concede treinta minutos de soledad, el resto del día me toca soportar sus súplicas para que lo perdone, al final comprendo que no lo hizo con maldad y vuelvo a darle otra oportunidad.

De regreso en la ciudad oculto mi reciente enlace, el único que se entera es el abogado y se alegra ante la reciente noticia. Si él supiese que cuando ella se entere de la verdad me pedirá el divorcio, no estaría tan alegre.

Aparco la moto en el descampado donde he quedado con Sousa para hacerle entrega del dinero pendiente. El todoterreno ya está estacionado cuando llego y, por raro que parezca, está fuera del vehículo, no va acompañado por su guardaespaldas.

Me acerco sin perderlo de vista, no me fio de un tiparraco como él. Saco el sobre y se lo tiendo.

—El resto. Julio ya es libre.

Rasga el papel y se entretiene en contar los billetes.

—Faltan los intereses, cinco mil. El chico solo hizo un trabajo y lo pillaron.

Aguanto las ganas de matarlo aquí mismo sin importarme las consecuencias. Me froto la cara para aliviar la rabia, debo pensar en el bienestar de Julio y si hago lo que deseo, lo dejaré solo, cosa que no puedo permitirme ya que soy un hombre de palabra. Saco la cartera para entregarle los cinco mil dólares de más que exige, sabía que iba a hacer algo por el estilo, este tipo no sabe lo que es la palabra de un hombre.

—No te acerques a Julio si no quieres problemas —amenazo antes de regresar a la motocicleta.

—Rivera, lo mismo digo. Aléjate de ella si no deseas provocar mi ira.

Me giro para encararlo.

—No sé de qué hablas. —Aunque intuyo a quién se refiere.

Sonríe con malicia.

—Sabes perfectamente de quién te hablo, mis hombres te vieron en Las Vegas. Aléjate de Dana, no te lo repito más veces, si no las consecuencias las pagará ella.

—Ni que fuese de tu propiedad —mascullo bajo, pero no lo suficiente para que no lo escuche.

—Hace muchos años que es mía.

Cierro los puños a los costados, me cuesta horrores no partirle la cara y dejarlo desfigurado en mitad del descampado rodeado de basura, tampoco es que desentone mucho ya que estará en su entorno. Monto en la moto y acelero para fundirme con el viento, si él no consigue calmarme solo habrá una persona que lo haga, pero dudo que Dánae quiera pasar otra noche conmigo sin estar bebida.

Al regresar al bar María me informa de que la nueva chica es trabajadora y que está segura de que me gustará la recomendación de Mateo. Me alegra saber que a mi cuñada le agrada su nueva compañera de trabajo, en definitiva, será ella quien más tiempo pasará con ella.

El domingo nada más levantarme me preparo para ir a pasar el día al parque con Julio, mis hermanos y el resto de niños. Llego a Punto Verde el último, aparco la moto alejada del autobús del centro, durante unos instantes me quedo sentado pensando qué decirle si me la encuentro de frente. A quién quiero engañar, estoy deseando verla.

Recorro las calles adoquinadas del interior del parque hasta llegar a la zona donde encontraré a Julio, a parte del *kick boxing* le encanta dibujar y cada vez que venimos aquí se entretiene durante horas en plasmarnos a todos en su bloc de dibujo. Mi intención es que solicite plaza en alguna universidad de arte, él de momento no lo tiene tan claro, dice que aún le quedan muchos años para decidirse, aunque cuatro no son tantos.

Me siento a su lado y observo el retrato que está haciendo de Idara, su compañera de orfanato y de clase. Ha captado a la perfección sus rasgos latinos, quedo impresionado al ver la realidad del dibujo, es como si quisiera cobrar vida propia.

—Te gusta esa chica —afirmo mirando a Idara y buscando a otra persona que no logro ver por ningún lado.

Julio termina su obra de arte y cierra el cuaderno.

—No es cierto.

Le golpeo suavemente el brazo, a mí no me engaña. Esos ojos de corderito con los que la mira me dan la razón.

—Engañate todo lo quieras, pero piensa que para cuando lo aceptes puede ser demasiado tarde.

Fija la mirada en Idara que juega al escondite con los más pequeños sin dejar de reír a carcajadas.

—¿Qué quieres decir?

Lo miro, estoy orgulloso de él aunque esté último año me ha dado muchos

problemas.

—Idara es una chica muy guapa y no le faltarán pretendientes, si sigues negando que te gusta puede que alguno se adelante y la pierdas.

Desvía la mirada para centrarla en mí.

—No eres el indicado para dar ese tipo de consejos.

Me quedo atónito ante lo que dice.

—¿Por qué no? —pregunto deseando escuchar la respuesta.

—Te gusta Dánae, pero desde que te echó del orfanato evitas verla y vienes a verme cuando sabes que no está. Desde que te has sentado la estás buscando con la mirada aunque piensas que no me entero. Lamento ser yo quien te diga que no ha venido, está enferma.

Me atraganto, el jodido niño me deja fuera de juego. Reacompongo el impacto y vuelvo a hablar con mi seguridad habitual.

—Tu sueñas, chaval. —Aunque el que sueña todos los días soy yo, estoy deseando que vuelva a suceder lo ocurrido en Las Vegas.

Se incorpora del banco entregándome el bloc.

—Lo que tú digas. Aunque estoy enfadado con ella por querer separarnos, reconozco que es guapa para su edad. —Alzo la ceja, tenemos la misma edad—. Si sigues negándolo llegará otro y te quitará a la única mujer que ha llamado tu atención desde que te conozco.

Lo veo alejarse hasta llegar a Idara, entablan conversación y veo la brillante mirada de la chica, ambos se gustan pero están dejando que su pasado y presente se interponga entre ellos, lo mismo que estoy haciendo yo. Julio tiene razón. Dánae es la única mujer que ha despertado mi interés, por eso decidí aprovechar la ocasión en Las Vegas y casarme aunque sabía que era la mayor locura cometida. Ella me odia y le repugna mi pasado, también está el otro tema, el más preocupante; Sousa. Y más después de la amenaza del otro día.

Los días de la semana se niegan a avanzar, para cuando es viernes es como si hubiese transcurrido un siglo. Intento llegar al bar antes de que la nueva se marche, después de trabajar quince días lo normal es que me presente como es debido. Sé que es buena trabajadora por los informes que me pasa María, pero no nos conocemos en persona.

Al acceder me extraña ver una figura detrás de la barra distinta a la mi cuñada, me quedo parado con la mano en la puerta al reconocer el cuerpo que se mueve en mi bar. Escuchar su voz me confirma que se trata de ella.

—Está cerrado —dice sin girarse.

Suelto la puerta y me froto el cuello, el jodido destino no para de ponérmela delante, eso querrá decir algo. Recorro la barra sin hacer ruido hasta colocarme detrás de ella. Al inspirar su aroma mi anatomía se activa al recordar la noche que me ofreció. Su cuerpo reacciona al sentir el mío, gruño al sentirla temblar aunque lo asemeja a que se le cae la botella de las manos, si supiera que me importa una mierda el destino del alcohol no pondría esa cara.

—Tenemos que hablar —comenta sin llegar a mirarme.

Agacho la cabeza para tenerla más cerca. Aturdido por saber que todos estos días la he tenido al lado y no lo he sabido, respondo:

—Hasta principios de mes no le pago a los empleados, le dije a Mateo que te avisara.

Salgo disparado, no creo que sea capaz de contenerme por más tiempo, lo único que deseo es devorarlo otra vez los labios y saborearla hasta el último centímetro. Me retiro al despacho para controlar los sentimientos que me provoca tenerla junto a mí. O no repara en lo que me afecta su presencia o lo hace a mala leche ya que me sigue.

Debo controlarme cuando me llama mentiroso, no puedo negarlo. Le mentí esa noche, pero fue por una buena causa. Por fin suelta lo que espero ya dos semanas, me pide el divorcio. Me niego en rotundo, no tengo intención alguna de concedérselo, por lo menos no hasta que no me acepten la adopción de Julio.

Se queda parada cuando le digo que no, evito abrazarla al ver su estado, parece un gatito asustado provocándome ganas de protegerla hasta mi último aliento. En vez de eso, la echo del despacho diciéndole que tengo asuntos de los que ocuparme, que no son otros que evitar que note ciertas partes de mi cuerpo.

La capulla de mi cuñada contiene la carcajada hasta que se asegura de que Dánae abandona el bar, después da rienda suelta, le cierro la puerta en las narices cabreado. Salgo de mi encierro cuando dejo de escucharla.

—¿Por qué no me has dicho que la nueva empleada es Dánae? —intento parecer cabreado, pero la risa que asoma a su rostro me asegura que no lo consigo.

—No creo recordar que preguntaras, solo si estaba contenta con mi nueva compañera y te he dicho la verdad; que sí.

—Me lo tendrías que haber dicho.

Aprieta los labios para no reírse.

—¿No la habrías contratado?

No respondo porque si digo que no mentiría.

Me encierro de nuevo en el despacho y no vuelvo a salir hasta la hora de la comida. No tarda en lanzar preguntas.

—Puedo preguntarte algo. —Asiento—. ¿Cuándo ibas a decirme que os visteis en Las Vegas?

Toso al atragantarme. ¿Cómo se ha enterado?

—No nos vimos.

—¿Pasó algo entre vosotros? —contraataca rápidamente.

—Sí. —Al pensar la respuesta, mascullo—: Mierda.

Ríe al verme pillado.

—Sigues sin ser capaz de decir dos mentiras seguidas —comenta sin dejar de reír.

—¿Cómo sabes que nos vimos en Las Vegas? —Ya es tontería que niegue la verdad. Como bien dice, soy incapaz de decir dos mentiras seguidas, ella es la única que conoce ese pequeño defecto o virtud que me caracteriza—. No te he dicho nada.

Sacude la mano para restar importancia.

—El primer día que vino Dánae la noté más rara de lo normal, no insistí los siguientes, solo me dediqué a observarla y te aseguro que cada vez que escuchaba la puerta abrirse se quedaba rígida. Al final comprendí que era por tu culpa, pensaba que eras tú quien accedía. —Toma un trago de agua antes de seguir—. Ya sabes que empatico rápido con la gente que me cae bien de entrada y entre un café y otro, conseguí que me contara lo del viaje e imagina mi cara cuando me habló de la fantástica noche que pasó con un hombre de esta ciudad tatuado por completo. Solo tuve que sumar dos más dos para saber que hablaba de ti.

Solo se me quedan grabadas unas cuantas palabras de su monólogo, a Dánae también le gustó nuestra noche, eso me da esperanza de poder convencerla para pasar otra juntos, pero esta vez sobria.

—No se te escapa una —digo levantándome de la mesa para recoger los envases de plástico vacíos.

15

Dánae

Miro el reloj de la mesita y desespero al comprobar que solo son las once de la noche. Mañana es domingo y es el único día de la semana que no trabajo. Al recordarlo y saber que él estará sentado al fondo de la barra, con toda la determinación que soy capaz, cambio el pijama por unos tejanos. Agarro los papeles que guardo celosamente en uno de los cajones del vestidor, ayer noche el abogado me envió los documentos que me liberarán de ser una mujer casada.

Antes de abandonar la casa busco a Celines, la encuentro en su salón privado en el lado este de la casa. Como no sé a qué hora regresaré, le pido una copia de llaves para no tener que despertarla. A quién quiero engañar, en menos de una hora estaré de regreso.

Conduzco todo lo relajada que soy capaz hasta la entrada de Shumara. Al final del aparcamiento encuentro un hueco.

Accedo al bar temblando de pies a cabeza, sé que cometí el mayor error de mi vida al casarme con él en Las Vegas, pero aún no he conseguido despojarme de los momentos vividos tras la ceremonia, ni Javier en sus mejores momentos me hizo sentir tan viva como lo hizo Jayce aquella noche.

Parpadeo un par de veces para que las pupilas se adapten a la penumbra que inunda el local. Desvío la mirada de una pareja que baila en mitad de la pista de forma sensual, es como si estuviesen haciendo el amor vestidos. Al fondo de la barra está la persona que busco, una botella de cerveza le hace compañía, aunque en esta ocasión una rubia despampanante lo acompaña.

Con paso decidido, y evitando que se note el temblor de cuerpo, recorro los metros que nos separan. Sin esperar a que la rubia se marche para dejarnos intimidad, le tiro los papeles para llamar su atención.

Su sonrisa de chico malo hace acto de presencia y provoca que me erice por completo. Despojo las imágenes de ambos jadeando. Aclaro la voz antes de hablar para poder hacerlo con firmeza.

—Firma los papeles.

Le susurra algo a la rubia, sé trata de mí porque la mujer abre los ojos y no se corta a la hora de mirarme. Le propina un golpe en el hombro y se marcha

sin parar de reír. Por fin obtengo su atención.

—Bailemos.

—¿Qué? —consigo responder al rato.

Con parsimonia se levanta del taburete y me tiende una mano.

—¿Quieres que firme? —Asiento sin poder decir ni una palabra, tenerlo tan cerca y oler su aroma me confunde—. Entonces, bailemos.

Me despoja del bolso y se lo entrega a la camarera que resulta ser la rubia. Al ver el brillo en sus ojos cuando lo mira los celos me consumen y no entiendo por qué, ya que aunque oficialmente es mi marido, quiero el divorcio. Lo necesito para poder adoptar a Melania, si el Estado español se entera de que me he casado con un delincuente jamás podré traerla conmigo. Con esa determinación acepto la mano, un baile no me perjudicará y conseguiré que firme los dichosos papeles. Evito que note el temblor que siempre provoca su presencia en toda mi anatomía, este estúpido comportamiento empieza a cabrearme.

Nos conduce al centro de la pista, donde el resto de parejas rozan sus cuerpos cubiertos por una capa de sudor. Con una elegancia que desconozco, gira mi cuerpo para encajarlo al suyo. Tardo poco en advertir que nuestros cuerpos están creados para estar unidos, se acoplan a la perfección. Me agarra las caderas con suavidad y comienza a movernos al unísono. Los dedos acarician la piel expuesta de mi liso estómago y provoca un revoloteo interno. Su aliento me acaricia la oreja erizándome el bello y me hace temblar más. A cada segundo que pasa tengo la sensación de que no es un simple baile, es una declaración de intenciones en toda regla.

Una canción tras otra pierdo la razón y olvido los motivos por los que he aceptado bailar con él. Ambos seguimos en el centro de la pista aislados de todo, centrándonos exclusivamente en desplazarnos al son de los ritmos latinos. Mi cuerpo a cada momento está más excitado, no rechaza las caricias a las que es sometido por parte de sus manos y labios.

Tras varios intentos de querer girarme para quedar frente a él, al final lo consigo. Encajo de nuevo mi cuerpo al suyo. Sin mirarnos proseguimos provocándonos de forma mutua con cada movimiento de cadera. Aspiro la fragancia que despide impregnándome de la mezcla de colonia y de tabaco. La melodía que suena por los altavoces del local provoca que nos contemplemos. Sin explicación nuestros rostros se acercan peligrosamente. Si alguien no lo evita, cometeré otro gran error. Faltan escasos milímetros para que nuestros labios se unan cuando al fin regreso a tierra firme.

Me separo del cuerpo del pecado y me dirijo a la barra, reprochándome perder de nuevo la cordura al tenerlo tan cerca. Pero la sensación de paz, libertad y seguridad que me transmite no puedo obviarla, es lo que he buscado toda la vida. La tranquilidad para recuperar las emociones me dura poco, nada más percibo la calidez de su cuerpo. El mío comienza a temblar de expectación.

—Señora Rivera —susurra acariciándome el oído con el aliento—. Concédeme una noche antes de firmar el divorcio.

Quiero protestar, pero me coloca un dedo en la boca para silenciarme.

—Cada vez que estoy cerca de ti, tu cuerpo tiembla y no es debido al miedo —asegura.

Muda, no puedo emitir una palabra y lo que es peor, tiene razón, no es miedo lo que percibo cuando está cerca de mí. Envío la cordura al fondo del armario. Si le hago caso salgo corriendo del bar. «Una vez más no te hará daño», pienso aceptando de nuevo la invitación. La pícaro sonrisa que le aparece en el rostro me hace temblar de pies a cabeza, no sé si por volver a sentirme en las nubes estando con él o por el peligro que emana todo lo que le rodea.

Miro con recelo la motocicleta estacionada en la puerta, ni en sueños vuelvo a subirme en ella, con una experiencia tuve suficiente. Aunque rápidamente recuerdo lo bien que me sentí.

Jayce no deja de mirarme sin evitar mostrar esa sonrisa torcida que comienza a molestarme. Entrelaza las manos, interpone una distancia entre nuestros cuerpos y comienza a caminar dejando atrás la moto. No puedo evitar girar la cabeza para mirarla.

—Antes de entrar a casa podemos dar una vuelta.

«¿Cuándo se ha acercado tanto que no me he enterado?», pienso mirándolo. Por lo visto, sus cualidades no son solo ser atractivo y peligroso, también es adivino porque responde a mi pregunta muda.

—En Las Vegas te ocurrió lo mismo, solo tiembles al principio. Cuando compruebas que estás segura a mi lado, tu cuerpo se relaja.

Pensaba que no recordaba nada de esa noche y por eso no ha intentado ponerse en contacto conmigo.

Otra vez responde antes de que mueva los labios.

—Recuerdo cada segundo. Imposible olvidarme de la mejor noche de mi vida.

Alzo las cejas sin saber qué decir, no por lo que dice, sino porque contesta

a todas mis inquietudes no habladas.

—Durante estas dos semanas he rezado para fueses tú quien regresara a mi lado, la espera ha merecido la pena.

Con el dedo índice me alza el mentón, poso la vista en los carnosos labios que deseo beber hasta la saciedad. Al cerciorarse de que tiene mi atención, desvía el dedo hasta la mejilla y comienza a acariciarla, la rudeza que desprende su cuerpo no se parece en nada a la ternura con la que me toca. El primer contacto es suave; mágico. Los recuerdos que siempre me acompañan se desvanecen, poco a poco me olvido por completo de mi pasado. Un gemido surge de mi garganta cuando introduce la lengua y acaricia la mía.

—Entremos o no seré capaz de parar. —Señala la puerta a mi espalda cuando recupera la respiración.

Subimos las escaleras en silencio, solo dedicándonos miradas. El olor que desprende la casa es a limpieza, hogar, tranquilidad. La música del bar llega amortiguada. Pronto me veo rodeada por los brazos de un desconocido que resulta ser mi marido.

Volvemos a degustarnos de forma pausada, disponemos de toda la noche, no es necesario acelerar el proceso, quiero retener cada sensación el máximo tiempo posible ya que solo me permitiré otra noche con él, después todo volverá a la normalidad. Sus cálidas manos acarician cada parte de mi cuerpo, nunca antes alguien me había tratado con tanta ternura y las emociones me abruman.

Nos desprendemos de la ropa con cada caricia, con cada beso. Sujetándome por las caderas guía nuestros pasos hasta el dormitorio. Con suavidad y sin dejar de besarme me recuesta en el colchón que desprende su aroma. Arqueo la espalda al sentir como me recorre el cuerpo con las manos y la lengua. Sin dejar de acariciarme y mirarme, nuestros cuerpos se acoplan a la perfección fundiéndose en uno. Tocar el cielo nunca me había parecido probable hasta esta noche, Jayce me lleva hasta las estrellas cada vez se cuela en mi interior.

El alba nos da los buenos días cuando nuestros cuerpos se sacian. Apoyo la cabeza sobre el torso sudoroso y descubro que en ningún momento de la noche he tenido la necesidad de ducharme y que sigo sin sentirme sucia aunque una capa de sudor me cubre el cuerpo. Recorro cada línea, cada trazo negro que le adorna el pecho hasta llegar al único tatuaje en color que lleva. Sus manos me acarician la espalda desnuda, cesa sus caricias al comprobar qué miro.

—Hace años que estoy fuera, te lo dije en Las Vegas —comienza a acariciarme de nuevo al ver que me relajo—. Pude borrado con otro, pero forma parte de mi pasado; de mí. Y sobre todo me recuerda dónde no debo regresar.

Me agrada que explique algo tan íntimo sin esperar una pregunta. Cierro los ojos un momento, estoy agotada, pero sobre todo exhausta por los sentimientos que afloran cada vez que estoy cerca de él.

Parpadeo un par de veces antes de abrirlos del todo, sigo en la misma postura y los dedos de Jayce se entretienen en hacerme círculos por toda la espalda. Elevo un poco la cara para mirarlo, tiene los ojos cerrados y el rostro relajado. Llevo la mano hasta a acariciarle la barbilla, en el centro tiene una pequeña cicatriz. Prosigo recorriéndole el rostro notando el nacimiento de la barba. La retiro cuando suspira.

—Sigue, por favor —dice adormilado.

Sigo explorándole la cara con las yemas de los dedos, al llegar a los labios la retiene con la suya, besa cada dedo incluida la palma. Me sujeta por la axilas y nos alinea hasta que nuestras bocas están a la par. Me olvido del raciocinio y me dejo arrastrar por la intensidad de la mirada almendrada que me observa con atención.

Nuestras lenguas vuelven a crear una danza peligrosa que nos roba la cordura. Con un rápido movimiento gira la cadera para tumbarme de espaldas, quedo atrapada entre su cuerpo y el colchón. Entrelaza nuestras manos y las alza por encima de mi cabeza para llevarme de nuevo al séptimo cielo.

—¿Puedo preguntarte algo? —interroga cuando nuestras respiraciones se acompañan. Se ladea lo justo para que no soporte todo su peso.

—Sí —respondo acariciándole el brazo que reposa encima de mí.

—¿Por qué vives con Sousa?

La rigidez que me recorre debe notarla porque me mira y estaba centrado en mi abdomen.

—¿Conoces a Gustavo?

Asiente.

—Es mi amigo —lo digo muy bajo. No porque me avergüence, sino porque las últimas semanas ha sido más un desconocido que un amigo.

Traga antes de volver a hablar.

—Ya. —Noto el frío que produce la ausencia de su cuerpo pegado al mío.

No me pasa desapercibido el gesto de desagrado antes de separarse. Se

coloca el bóxer dándome la espalda, no entiendo por qué le molesta mi contestación. Sin entender las razones me veo explicándole por qué vivo con él.

—Es la única persona que conozco en el país.

Ladea la cabeza al escucharme.

—A ti realmente no te conozco. Lo que quiero decir, es que era la única que conocía cuando llegué. Somos amigos desde hace quince años, cuando me ofrecieron el puesto en el orfanato solicité un dormitorio, pero no habían libres y siguen sin haber. No cobro lo suficiente para permitirme una casa, así que acepté la oferta de Gustavo de quedarme en su casa hasta que haya un cuarto libre en el orfanato.

Toma asiento de nuevo en la cama, me coge la mano y se la lleva a la boca.

—Si quieres, puedes quedarte aquí. No me importaría compartir la cama todas las noches contigo.

Me arrastra hasta colocarme a horcajadas encima de él. Antes de que me niegue sella nuestros labios.

Bajamos las escaleras para volver a la normalidad. Nos despedimos con un rápido beso junto a mi coche. Conduzco de regreso a casa sin dejar de rememorar cada minuto de la noche. Conforme me alejo de Jayce la sensación de vacío me invade y me asusto al comprobar los sentimientos que provoca en mí sin apenas conocernos.

«Cómo es posible que una mujer como ella sea propiedad de Sousa. Es cariñosa con los niños y se ha entregado a mí sin importarle mis tatuajes, sin preguntar por mi pasado. Solo le importo yo, el Jay de ahora», con ese pensamiento permanezco de pie viendo cómo se marcha.

No advierto el vehículo que se acerca hasta que no derrapa a mi lado, miro a través del polvo que levantan las ruedas para comprobar que se trata de uno de los hombres de Sousa. Maldigo para mis adentros.

—Si no dejas la mercancía de mi jefe en paz, atente a las consecuencias.

Derrapa otra vez sin darme tiempo a replicar. Me froto la cara para volver al mismo estado de ánimo de hace un momento; felicidad. Accedo al bar y dirijo mis pasos al despacho.

María me mira con una sonrisa socarrona, la ignoro. Estoy de buen humor y no deseo que nadie borre la noche tan fantástica que he pasado junto a mi esposa. «Mi esposa», repito. Me gusta como suena.

Durante el día rememoro cada momento de la noche, deseo que vuelva a repetirse. Debo idear un plan para seducirla y que confíe en mí. Que vea más allá de una fachada repleta de tatuajes y un pasado turbio. Cuando le he ofrecido que se mude conmigo lo he dicho en serio, aunque sé que ella no lo ha tomado así. No quiero que esté más tiempo con Sousa y más sabiendo que solo aceptó vivir con él porque no tiene dónde quedarse.

El lunes a primera hora Max aparece por el bar. Es raro, las mañanas las suele pasar en los juzgados.

—Buenos días, hermano. —Saluda al acceder al despacho, no sin antes saludar a su mujer y hablarle a su futuro hijo.

Al mirarlo compruebo que no trae buena cara.

—¿Sucede algo?

Se remueve en la silla, son malas noticias.

—Acabo de salir del juzgado de hablar con el juez que lleva el caso de Julio.

Me tenso al escucharlo.

—Creía que el tema ya estaba zanjado.

—Eso mismo pensaba yo, pero las cosas han cambiado.

Pienso en la amenaza que recibí ayer y me llevo las manos a la cabeza, seguro que Sousa está detrás. Para un juez implacable que quedaba en la ciudad ha conseguido comprarlo.

—¿De qué se trata?

Saca varios documentos del maletín.

—Seis meses en un reformatorio o seis semanas de trabajos comunitarios.

Me froto la cara, no puede ser verdad, tiene que ser una broma de mal gusto.

—Solo lo pillaron con un cuchillo, ¿por qué exige tanto? Tiene que ser un error.

Niega con la cabeza, él está tan sorprendido como yo.

—No es un error. Ha hecho mucho hincapié en que es lo mejor para Julio, que así aprenderá a no volver a cometer otro fallo como este.

—Gilipollecés —digo indignado—. El cabrón de Sousa está detrás de esto.

Piensa en la opción y deduzco que también llega a la misma.

—Yo también lo creo, pero si ya está pagada su liberación no entiendo por qué lo hace. ¿Sabes algo que nosotros no sepamos?

Giro la cabeza, no quiero mirarlo cuando le mienta. María no le irá con el cuento y me guardará el secreto, al menos durante un tiempo.

—Sé lo mismo que vosotros. Que es un cabrón sin sentimientos que debería estar muerto hace muchos años.

—Sabes que de momento el tutor legal es el orfanato y que le corresponde a Ricardo elegir, pero prefiere que seas tú quien decida el próximo futuro de Julio.

Lo miro de soslayo.

—No entiendo ni para qué preguntas. Por supuesto, trabajo social. No pienso enviar al chico a un reformatorio.

—Veo que he hecho bien la elección. —Me entrega unos papeles—. Son los horarios y al lugar de trabajo que tendrá que ir Julio durante las próximas seis semanas.

Leo la documentación y sonrío, por lo menos el juez no ha sido tan mala persona como para enviarlo a un sitio desagradable. Julio tendrá que limpiar el gimnasio. Cuando abrimos nos ofrecimos como lugar de trabajos sociales para jóvenes descarriados, mientras están con nosotros intentamos devolverlos al buen camino.

—Jay. —Desvió la mirada de los papeles hasta posarla en mi hermano—. Después de hablar con el juez en su despacho, me ha invitado a tomar un café. Me ha dicho que lo han obligado a ponerle la condena a Julio, que por su parte ya estaba todo solucionado y que por eso ha elegido el gimnasio. — Se calla un momento antes de proseguir—. ¿Estás seguro de que le has pagado hasta el último dólar o que no has hecho nada más para que Sousa quiera venganza?

Sé que debería decirle la verdad, que todo esto tiene que ver con mi mujer, pero no estoy dispuesto a que mi familia me obligue a separarme de ella. Entiendo que ellos decidieron ocultarle todo, no involucrarla demasiado en la realidad que envuelve el orfanato, pero no quiero tirar la toalla y dejar que Sousa se salga con la suya como hasta ahora. Lucharé por ella al igual que hago por Julio y por el resto de niños de la ciudad. Nadie debe perder su libertad por placer de otro.

—Estoy seguro.

Se incorpora de la silla.

—Me marcho, quiero entregar esto antes de ir a un juicio. Asegúrate de que Julio y Lucas firman el registro todos los días. Nos vemos el miércoles en casa de Mateo.

—Gracias, Max.

Lo acompaño fuera del despacho para despedirlo. Exhausto me dejo caer en el mismo taburete de cada día. María al verme la cara, sin pedírsela, me pone una botella de agua fría.

—Tranquilo, todo se arreglará —dice palmeándome la mano para infundirme ánimos.

Asiento, no tengo cuerpo para hablar del tema.

Mi cuñada atiende a los pocos clientes que hay a estas horas en el bar; los cuatro parados que en su vida han trabajado y los obreros de la calle de atrás. Giro la cabeza, Dánae estará limpiando la zona de los aseos. Veo las luces encendidas, lo que me asegura que estoy en lo cierto.

Dirijo mis pasos a los baños, aunque es una excusa, ya que nosotros no los usamos por regla general, tenemos aseos privados, pero verla conseguirá levantarme un poco la moral. El olor a lejía y limpieza me dan la bienvenida, tengo que reconocer que desde que ella se encarga de mantener limpio el local no es tan desagradable acceder a estos aseos.

Obvio el cartel que cuelga del pomo, abro la puerta y me cuelo en el interior del baño masculino.

—El baño está fuera de servicio, por favor, utilice el de señoras —dice mientras asoma la cabeza desde el interior de uno de los cubículos—. ¡Mierda! Eres tú —murmura bajito aunque consigo escucharla.

Alzo una ceja y contengo la risa. Ver cómo se sonroja ante mi presencia me pone demasiado caliente. Está preciosa con las mejillas acaloradas. No digo nada, puesto que no saldría nada coherente de mi boca ahora mismo. Lo único que deseo es besarla como lo hice el sábado. Carraspeo antes de hablar, no quiero que note lo ronca que tengo la voz.

—Lo siento, Dánae, no he visto el cartel. —Mentira, lo he ignorado a propósito.

Se adentra de nuevo para evitar mirarme.

—Puedes usar el privado, a estos les queda un rato para estar listos. Por cierto, prefiero que me llamen Dana, no Dánae.

«Señora Rivera, prefiero yo», mascullo tan bajo que es incapaz que lo escuche.

—Lo tendré en cuenta, Dana. ¿Podemos hablar? —digo desde la puerta sin atreverme a acercarme, no sé si seré capaz de soportar tenerla tan cerca y no besarla.

Deja la bayeta y reaparece con cara exasperada.

—¿Has firmado los papeles del divorcio?

Me rasco la ceja pensando en los puñeteros papeles que tengo encima del escritorio del despacho, ni los he firmado ni tengo intención de hacerlo.

—No.

—Cuando los firmes, hablaremos. Ahora si no te importa, quiero seguir con mi trabajo.

Es la primera vez desde que soy dueño del bar que me echan de una de las estancias, salgo del baño con el rabo entre las piernas. Solo quería decirle lo que significó para mí pasar la noche juntos, que no cambio lo que siento estando con ella ni por todo el oro del mundo. Que si me lo permite, puedo hacerla feliz y que jamás se me ocurriría dejarla atrás. De vuelta en el despacho maquino la forma de poder hablar con ella sin que vuelva a recordarme los malditos papeles.

No volvemos a vernos hasta el jueves por la mañana que decido pasarla con ellas. Otra excusa barata para verla. Quince minutos antes de que acabe su turno le pido a María que la haga pasar al despacho, así no sospechará que son intereses personales y no profesionales lo que me traigo entre manos.

Mi cuñada sonrío de oreja a oreja cuando lo solicito, aunque se marcha en

su búsqueda sin dejar de negar con la cabeza. Aunque sé que no le desagrada la idea de que Dana se convierta en una más de la familia.

Pongo la espalda recta cuando escucho el leve toque en la puerta.

—Adelante —digo lo más sereno que soy capaz. No las tengo todas conmigo, creo que no aceptará la proposición que estoy a punto de hacerle—. Cierra la puerta, por favor —exijo sin levantar la vista de una factura de hace cinco meses.

—¿Querías verme? —pregunta desde la entrada sin moverse.

Alzo la cabeza hasta que fijo la vista en sus ojos. Aprovecho que no tiene intención de tomar asiento, así que soy yo quien se levanta y camino hasta llegar a su altura.

Pronto siento como su cuerpo tiembla al sentir el mío. Ese temblor que ya es tan conocido para mí, el que me da la certeza de que le afecta mi presencia al igual que a mí me afecta la suya. No puede negar que siente algo por mí, no sé todavía que alcance tiene, pero sí estoy seguro de que por lo menos le atraigo. De momento me conformo con eso y saber que no me rechaza.

—Sí, quiero verte —digo mirándola a los ojos—. Siempre quiero verte —susurro rozando sus labios con los míos.

—Jayce, por favor —suplica ante mi avance.

Acaricio con los labios su mejilla.

—Me gusta me llamen Jay, no Jayce.

—Jay —ruega separándose para pegar el cuerpo a la puerta.

Me ubico al lado de ella de nuevo para que vea cómo estando cerca de mí deja de temblar.

—Pasa mañana la noche conmigo y después decides si de verdad quieres que firme los documentos.

—No, sería un error —comenta mirándome a los ojos.

Acerco nuestros rostros dejándolos a escasos milímetros.

—Sabes que no es ningún error.

—No puedo —dice interponiendo las manos entre ambos cuerpos.

Acepto de nuevo la distancia que desea interponer, pero no me rindo.

—Te esperaré mañana al final de la barra.

La veo marcharse del despacho con incertidumbre en la mirada. Rezo para que sea coherente y aparezca a la cita.

Tengo sentimientos encontrados. No puedo deshacerme de la sensación de felicidad que me invade desde el domingo por la mañana cuando me despedí de Jay en la puerta de su casa. Por las noches reconstruyo cada una de sus caricias y besos. Por mucho que quiera no puedo ignorar que empiezo a sentir algo por él, pero si de verdad quiero la custodia de Melania tengo que interponer mi felicidad por la de ella. Por eso, cuando el lunes quiso hablar conmigo le dije que hasta que no firmase los papeles no teníamos nada de que hablar. Aunque ayer no pude evitar el acercamiento y, en parte, me encantó que ignorara mi petición. Ahora solo tengo que decidir si de verdad puedo permitirme pasar otra noche con él.

Gustavo también lleva toda la semana intentando un nuevo acercamiento entre nosotros, cada mañana me encuentro una nota en las distintas estancias de la casa que más suelo frecuentar. En ellas he reconocido a mi antiguo amigo, aquel que cuando éramos solo unos adolescentes nos comunicábamos con mensajes codificados para que en caso de ser interceptados, nadie averiguase qué ponían. La del viernes tarde termina por convencerme, solicita una cena en el castillo mágico donde podemos ser invisibles. Así era como me hacía sentir especial cuando el resto de niños del orfanato no deseaban acercarse a mí.

Descarto pasar la noche con Jay para darle una tercera oportunidad a mi amigo de la infancia, sé que no volverá a defraudarme. Sonrío al ver el esfuerzo que le cuesta organizar nuestro encuentro.

En mitad del jardín construye un castillo de sábanas blancas como hacía antaño. Me espera sentado rodeado de platos de plástico y nuestra cena de aquellos años: sándwiches de queso. Se olvida por unas horas de la opulencia que le rodea. Las súplicas y miradas lastimeras que me dedica durante la cena, son suficientes para aceptar la proposición de pasar el sábado juntos.

A primera hora de la mañana nos reunimos en el salón para visitar el Viejo San Juan como si fuésemos dos simples turistas. Voy entretenida sujetándome el pelo mientras bajo las escaleras cuando pierdo el equilibrio al advertirlo al final de la misma. Me traen gratos recuerdos verlo vestido con

vaqueros desgastados, camisa blanca con las mangas remangadas, deportivas y sus gafas de aviador. Este sí es el Gustavo que recordaba.

—Buenos días. —Saluda con una sonrisa de pirata.

Le devuelvo la sonrisa.

—Buenos días.

Celines se sorprende al vernos desayunar juntos en la cocina sin parar de reír y con una amena charla. Conmigo está acostumbrada, pero él es la primera vez que lo hace. Si el resto del día transcurre igual que el desayuno, a la noche habremos conectado otra vez. En parte lo deseo, echo de menos a mi amigo.

—¿Por qué me miras con esa cara? —inquire cuando abre la puerta del conductor.

Sacudo la cabeza, es verdad que no he cesado en mirarlo desde que lo he visto en el rellano.

—Me agrada volver a ver al Gustavo que recordaba, vestido de forma casual y con actitud relajada. No al ogro arrogante y millonario que me encontré al llegar al país.

En vez de molestarse por las amables palabras que le dedico, comienza a reír de manera exagerada.

La mañana la dedicamos a visitar el Castillo San Felipe del Morro, una fortificación española del siglo xvi ubicada en el extremo norte de San Juan, que fue construida para proteger la entrada marítima. Es una de las principales atracciones turísticas de la ciudad según nos explica el guía. Exploramos cada rincón del fuerte y me sorprende ver a la gente volando cometas en los alrededores. Gustavo dice que es típico.

Tras perder la cuenta de las fotografías que hago, nos marchamos a visitar el Castillo San Cristóbal, otra fortificación española que protegía la ciudad de ataques terrestres. Le hago prometer regresar el siguiente domingo para ver una demostración de disparos de las armas antiguas que contiene el Castillo, acepta sin dudarlo. Para finalizar la mañana nos dirigimos al Fortín de San Gerónimo ubicado en la entrada de la laguna del Gran Cantón, aunque para mí pena no están permitidas las visitas, así que me contento con hacerle un par de fotos desde la distancia.

Sedientos y con algo de hambre, opta porque nos sentemos en una plaza cercana donde los nativos del país se reúnen con amigos y familiares. No puedo dejar de mirar a mi amigo. Hoy, por fin, disfruto de un día juntos como hacíamos por las calles de Málaga. El almuerzo transcurre entre risas y

charlas. Acepto su mano al finalizar de comer.

La tarde la dedicamos a visitar la Catedral de San Juan Bautista, la Iglesia de San José y El Convento. Nuestro recorrido termina en el Paseo de la Princesa, una explanada del siglo XIX a las afueras y a lo largo de las murallas de la ciudad. Al tiempo que se esconde el sol los faroles antiguos cobran vida dando un aspecto mágico al paseo, repleto de árboles, estatuas, bancos y artistas callejeros que amenizan la caminata de los turistas. Finalizamos frente a la impresionante fuente Raíces, que representa la ecléctica herencia de taínos, africanos y españoles en la isla.

Tras sacarnos varias fotografías en la fuente y comprobar lo tarde que se nos ha hecho, regresamos al coche. Estoy agotada pero feliz del día que he pasado tan maravilloso junto a mi amigo de la infancia. Gustavo, sin ánimos de regresar todavía y encerrarnos en la mansión, guía el vehículo hasta el centro de la ciudad y estaciona cerca de La Placita. Me han hablado de ella y de sus jueves noche, pero es la primera vez que vengo.

Caminamos a la par sin dejar de hablar. Los ritmos latinos se escuchan en toda la plaza. Me asombra ver tanta gente congregada, aunque el espacio parece amplio, es tal la cantidad de personas que hay que caminar sin toparte con alguien es misión imposible.

Estoy tan absorta en visualizar todo lo que me rodea que lo pierdo de vista, es él quien me encuentra. Entrelaza nuestras manos y objeta que no quiere volver a perderme. El gesto que, en un principio es inofensivo, comienza a impacientarme cuando empieza a acariciarme la palma. Desecho la idea de que siente algo por mí y vuelvo a relajarme, solo se está comportando como un caballero y no desea ir más allá.

Nos acomodamos en una mesa libre en uno de los tantos restaurantes que hay en la zona. Él es el encargado de pedir algo para picar, quiere que pruebe la auténtica gastronomía del país, acierta de pleno con cada una de sus elecciones.

La familiaridad que nos envuelve es mágica y deseo una noche repleta de bailes y risas. Lo arrastro hasta la multitud e ignoro sus gestos de desagrado. No puedo evitar sentir un poco de desconsuelo. Aunque el día es perfecto, me da por pensar que habría sido más perfecto en compañía de otra persona.

La gente habla y ríe con los amigos a mi alrededor, los más osados bailan en una danza creada para pecar. Verlos consigue que recuerde el baile con Jay, la sensualidad que emanaba cada poro de su piel mientras me guiaba y sujetaba por la pista. Pienso en lo estúpido de mi comportamiento, anoche

podría haber gozado de otra velada igual, así que la idea de regresar esta noche para verlo me llama a gritos.

Desvió la mirada al otro lado de la calle, varias personas ríen y gritan de manera escandalosa. Me quedo absorta al reconocer una de las figuras. Con el atuendo que lleva parece más peligroso de lo que ya de por sí es. Es el tipo de hombre que si lo ves en mitad de la noche la inercia te hace cruzar de acera para evitar riesgos y el tipo de hombre que toda persona con sentido común huiría lo más lejos posible. Sin embargo, recuerdo la ternura de su mirada mientras nos fundíamos en uno, las delicadas caricias que sus manos le prodigaron a mi excitado cuerpo y la pasión que emanaba cada uno de sus besos. Tiemblo al recordarlo.

Esta rodeado de gente, la camarera del sábado noche lo tiene agarrado del brazo sin despegarse de él. Los celos me consumen al ver el cariño con que la mira y la forma de acariciarle el brazo ante algo que ella dice.

Gustavo se percata de mi rigidez y mira en la misma dirección que yo.

—¿Lo conoces? —inquire.

Desvió la mirada del cuerpo de Jay para mantener a raya las emociones.

—Lo he visto un par de veces en las inmediaciones del orfanato. —Omito decirle que fue él quien me llevó a casa, que nos casamos en Las Vegas y la noche de pasión que mantuvimos el sábado pasado.

—No quiero verte cerca de él.

Lo miro sin entender a qué viene esa advertencia. Me revuelvo incómoda por como me agarra de la cintura posesivamente sin apartar la mirada de Jay. Aunque él aún no nos ha visto, tampoco quiero que lo haga y menos en esta tesitura, puesto que Gustavo y yo solo somos amigos.

No sin esfuerzo me deshago de su agarre, me excuso diciendo que tengo ir al baño y me mezclo entre la multitud. En parte para perder de vista a mi amigo que consigue alertarme con su actitud protectora, pero sobre todo para olvidar la imagen de Jay con otra.

Consigo evitar los cuerpos sudorosos de la gente hasta llegar a la cola del baño, intento calmarme y descifrar por qué me siento tan celosa al verlo con otra, si soy yo quien quiere el divorcio y no tener nada que ver con un hombre como él, que lo único que puede ocasionarme es dolor y más problemas de los que ya tengo.

Intento convencerme de que tengo que poner fin a la firma que me une a mi marido y repaso mentalmente por qué no debo mantener ningún tipo de relación con él, lo que perdería en caso de no obedecer a la razón y sí a los

sentimientos que gritan cada poro de mi piel, cuando el conocido temblor de cuerpo me avisa de que está cerca, muy cerca de mí. Evito girarme, si no lo veo no sucumbo al peligro.

Los temblores remiten conforme noto la calidez de su cuerpo junto al mío. Está a escasos milímetros, suspiro al notar como me aparta el pelo del cuello y roza a conciencia la piel expuesta. Deja un reguero de besos a lo largo de todo mi cuello.

—No viniste anoche a nuestra cita —susurra sensualmente al llegar al lóbulo de la oreja que comienza a succionar.

Trato de arrinconar las ansias de girarme y perderme en el sabor de su boca, debo ser fuerte no por mí, sino por Melania, la niña espera que cumpla la promesa que le hice antes de marcharme de Málaga.

—No has firmado los papeles —contesto con la voz entrecortada. El placer que siento hace que roce la locura.

Me giro para evitar que siga torturándome de esta forma. El condenado sabe mis puntos débiles y los está llevando al extremo. Su sonrisa torcida hace acto de presencia lo que logra alertarme al recordar cómo sonreía y miraba a la camarera.

—¿Por qué no regresas con la rubia? —me escucho decir.

«¿De dónde proceden los celos?», me pregunto.

Alza la ceja, la sonrisa se ensancha, parece ser que le divierte mi comentario.

—¿Celosa?

Abro la boca para responderle que no, aprovecha el gesto para besarme. La música no consigue acallar el gemido de placer que emito al saborear de nuevo su lengua. Gruñe apretándome más contra él, si seguimos besándonos así la situación se nos puede ir de las manos.

Regreso de golpe a la tierra al escuchar las duras palabras de Gustavo.

—¿Así es como quieres conseguir la custodia de la huérfana? Magreándote con un vulgar delincuente a la vista de todos. Pensaba que te habías vuelto más prudente después de lo que te pasó.

La rabia y la ira que destellan sus pupilas al ver la escena me dejan helada, si de verdad solo somos amigos, no debe importarle con quién me bese. Su actitud me dice todo lo contrario.

Noto la rigidez de Jay al verlo, aunque nuestros cuerpos estén separados. Antes de marcharse nos observa a ambos; a Gustavo con rabia contenida y a mí sorprendido. Desaparece de mi vista sin decir nada. Fulmino con la

mirada a mi supuesto amigo, ignora mi cabreo y sin medir la fuerza que ejerce en el brazo me arrastra hasta el coche. Intento buscar con la mirada a Jay, no alcanzo a verlo aunque sí a sus amigos.

En el interior del vehículo no puedo callarme más y estallo.

—¿Se puede saber qué te pasa para atacarme de esa forma?

Da un fuerte golpe al volante, sus ojos están enrojecidos y no es por querer llorar.

—¿Qué te sucede a ti? Te niegas a tener algo conmigo cuando sabes que sigo enamorado de ti, pero eres capaz de follarte al primer delincuente que se te cruza en el camino. Que te quede claro, no voy a permitir que pertenezcas a otro.

El desprecio que siento ahora mismo por él eclipsa el día tan perfecto que hemos pasado juntos. Giro la cabeza y mantengo fija la mirada en el cristal sin observar nada en particular, solo quiero alejarme a toda costa de su lado. El regreso a la vivienda es incómodo, la tensión se palpa en el interior del coche. No espera a que abandone el vehículo, sale disparado sin decir adiós.

Conteniendo las ganas de gritar y de llorar, recojo mis pocas pertenencias. No tengo intención de permanecer un minuto más bajo el mismo techo que él. Prefiero vivir bajo un puente que soportarlo más. Hace años que dejé de ser propiedad de alguien y esta noche me trata como la suya particular. Juan me intercepta en uno de los viajes a mi precario coche portando una maleta. Sin explicarle los motivos reales de mi partida en mitad de la noche, me despido de él haciéndole prometer que lo haga por mí de su mujer.

Sin tener otro lugar al que ir, me veo conduciendo sin parar de llorar hasta el orfanato. Llamo al interfono con dedos temblorosos, me sorprende que sea Mateo quien abra la puerta. Al ver mi estado no hace preguntas, me arroja y permite que me desahogue. Nos instalamos en el despacho común que tenemos, le relato por encima la pelea con Gustavo y omito qué la desencadena. Se empeña que vaya con él a su casa, asegura que a Alejandra, su novia, no le molestará. Me niego en rotundo, me quedo a dormir en el sofá de la sala, antes de marcharse me trae una cabecera y sábanas.

Tengo que explicarle a Ricardo por qué he dormido en el sofá antes de marcharme a trabajar al bar. Aparezco por Shumara con los ojos enrojecidos, no dejo de llorar en toda la noche. María al verme se interesa por mi estado, niego con la cabeza y rezo para que entienda que no me apetece hablar del tema.

Como una autómatas limpio cada silla y mesa que hay distribuidas por el

local secándome las lágrimas que se niegan a abandonarme. En la soledad de los baños y lejos de la inquisitoria mirada de mi compañera, me dejo llevar sollozando contra la pared durante un buen rato. Finalizo mis tareas media hora más tarde de lo estipulado. Coloco los productos y utensilios de limpieza en el armario que hay en el baño de señoras. Me esfuerzo por dejar de llorar antes de salir del escondite, no quiero que comience un interrogatorio.

La figura de Jay se proyecta en la puerta del despacho. Nuestras miradas se cruzan, bajo la cabeza para que no vea la tristeza que desprende la mía. Me encantaría perderme en el calor de su cuerpo y que me despojara del malestar que arrastro desde anoche, pero se interna en el despacho y cierra la puerta tras de sí. Cabizbaja me despido de María y regreso al orfanato.

Decepcionada no es la palabra que describe al enterarme de las intenciones reales de Gustavo, la discusión que mantuvimos hace días aún me persigue. Todavía siento la dura mirada que me dedicó al verme en los brazos de Jay y su reacción posterior.

Cargada de bolsas comienzo el inicio de la calle del orfanato para olvidarme de mi supuesto amigo. Mañana es el cumpleaños de Idara, una de las niñas, y queremos darle una sorpresa, así que me centro en eso. La sangre me bulle al ver un corpulento hombre apostado en la entrada del edificio, tiene sujeto a Julio y por la expresión del chico le está haciendo daño. Dejo caer las bolsas y corro hasta ellos, me quedo petrificada al escuchar a Julio.

—Ya ha pagado mi libertad, dile a tu jefe que me deje tranquilo.

El hombre lo agarra más fuerte hasta que lo empotra contra la pared, a Julio se le contrae la cara debido al dolor.

—El precio se ha duplicado y no ha pagado, así que harás todo lo que se te mande.

Sin pensarlo me interpongo entre los dos, mi acción logra que me lleve un golpe en el rostro. Me olvido del dolor de la mejilla.

—¡Suelta al chico! —le grito al hombre que me asesina con la mirada.

Durante unos minutos forcejeo con el corpulento hombre, lo único que consigo es que me propine dos bofetadas. La presencia de Ricardo y Mateo consiguen que se marche de las intermediaciones del centro.

Sujeto a Julio del brazo y lo guío hasta la enfermería, pero antes le pido a Mateo que se encargue de las bolsas tiradas en mitad de la calzada. Durante más de cinco minutos le limpio la sangre de la cara y le pongo puntos de

sutura en el corte que tiene encima de la ceja. Intento que me cuente lo ocurrido y quién era ese hombre, su contestación es silencio.

Noto como su cuerpo se convulsiona, pero no derrama una lágrima. Comienzo a hablar, lo mismo si conoce mi historia puede que al fin me cuente la suya. Me olvido de que la puerta de la enfermería está abierta y alguien puede escucharme.

—¿Te he contado alguna vez mi historia? —empiezo a decir notando el temblor de mi cuerpo.

Sacudo la idea de que él esté en el centro, tiene prohibido estar por los alrededores, debe ser que —aunque hace mucho tiempo que ocurrió— me cuesta decirlo en voz alta. Julio ignora mis palabras.

—Nací a las afueras de Madrid, aunque todo el mundo lo llama barrio, no deja de ser un vertedero. Las casas estaban construidas con trozos de madera y chapa. Recuerdo que había muchos niños de mi edad y más mayores que yo viviendo allí, nos pasábamos el día jugando entre escombros, jeringuillas y barro. No íbamos al colegio, éramos libres, o eso pensaba a mi corta edad. — Me quito una lágrima con disimulo—. Mis padres se pasaban los días adormilados, con el tiempo comprendí que eran drogadictos.

»Recuerdo a la perfección aquella tarde fría de invierno. Faltaban poco para la llegada de primavera, era mi sexto cumpleaños y mi padre estaba de mal humor, así que opté por alejarme. Salí al exterior en busca de tranquilidad y me encontré con un hombre que no había visto antes. Se agachó junto a mí y empezó a decirme lo bonita que era, agradecí que mi padre saliese de casa porque me incomodaba como me tocaba y miraba. Ambos comenzaron a hablar hasta que se callaron de golpe, me sentí cohibida al notar el modo en el que me miraban.

Trago el nudo que se me forma en la garganta, la siguiente parte es la más difícil.

—Ese día fue la primera vez que vendieron mi cuerpo a cambio de dinero. Nunca olvidaré estar tirada ensangrentada en el barro sin parar de llorar. Lo único que dijo mi padre fue que dejara de llorar y que no le dijese nada a nadie o me mataría. Intenté escaparme varias veces, e incluso quitarme la vida, pero siempre me capturaban antes de tiempo.

»Para que no pusiese resistencia me convirtieron en adicta a la heroína y, con los años, comencé a beber para mantenerme sedada y olvidar lo que me hacían todos esos desconocidos cada noche. Durante seis años el ritual se repetía todos los días; al principio solo era uno, con el paso del tiempo cada

hora tenía uno distinto. Con doce años me vendieron a un hombre porque decían que los clientes no me buscaban tan asiduamente. El caballero me llevó, junto a otros tres hombres, a un motel, los golpes se les fueron de las manos y pensaron que me habían matado, te juro que deseé con todas mis fuerzas que lo hubiesen hecho.

»Me llevó de regreso al barrio y me dejó tirada moribunda tras un contendor. Fue cuando me encontró Fran y me trasladé a su orfanato. Le costó un año desintoxicarme y que abriese la boca para decir una palabra, pero al final el cariño de él y el de Carmen lograron sacarme de la oscuridad en la que me hallaba. —Noto las mejillas mojadas debido al llanto cuando finalizo de contarle mi vida.

El chico no muestra ninguna expresión ni buena ni mala, lucha para no mostrar sus sentimientos. Le acaricio el brazo.

—Julio, si te lo cuento es para que sepas que conozco el sentimiento de estar sola en la vida, pero también, que gente como Ricardo nos puede ofrecer una vida distinta a la que conocemos. Habla conmigo, por favor, solo quiero lo mejor para ti.

Por fin alza la vista del suelo y me mira, aunque no me gusta nada su intensidad.

—Lo único que has hecho desde que llegaste, ha sido intentar alejarme de la única persona que se preocupa por mí.

No sé a quién se refiere y que yo sepa no he hecho tal cosa.

—Julio, jamás haría algo así. ¿De quién te he alejado?

—De.. —Se calla de golpe al tiempo que abre mucho los ojos.

Miro la puerta que es donde tiene fija la mirada, pero no hay nadie, vuelvo a mirarlo.

—¿De quién te he alejado?

Se incorpora de golpe y se suelta de mi agarre.

—Déjalo, no importa.

Lo veo salir disparado hasta encerrarse en su cuarto, intento abrir la puerta pero la tiene cerrada.

—Julio, por favor, no te encierres y déjame ayudarte.

Espero unos segundos a que abra. Al ver que no va a suceder, me rindo. Me arrastro hasta el suelo, apoyada contra la madera permito dejar libres las emociones que me abarcan. Los brazos de Mateo hacen que vuelva a la realidad. Observa las marcas que han dejado los dedos del hombre al golpearme. Con suavidad me ayuda a incorporarme.

—Deja que te cure las heridas.

Niego con la cabeza, no estoy dispuesta a abandonar la puerta del chico.

—No quiero dejarlo solo.

Con suavidad me empuja y me obliga a caminar.

—No está solo. —Giro la cabeza para mirarlo—. Hazme caso, vamos a curarte, lo necesitas.

Sentada en el sillón dejo que Mateo desinfecte los cortes que el anillo del hombre han provocado en mi mejilla. Cuando finaliza me entrega un vaso de agua con un analgésico y me obliga a tumbarme. El llanto gana la batalla y me sumerge en un ligero sueño.

Por la mañana un mensaje de María me avisa de que no vaya a trabajar, deduzco que Mateo se ha ido de la lengua y le ha contado lo ocurrido anoche. Paso la mañana decorando el salón común, será donde celebraremos el cumpleaños de Idara. Cumple catorce años y ya me han contado la tradición que hay a los quince, desde el orfanato haremos todo lo posible porque tenga su puesta de largo.

Después de servir las comidas, Carla me ayuda a terminar a tiempo. De preparar el patio con guirnaldas y de instalar el equipo de música se encargan Ricardo y Mateo. Tras la cena, Idara, junto a sus compañeros de orfanato de su edad y sus amigos del instituto, disfrutará de una fiesta privada que nosotros vigilaremos desde el despacho.

Durante el día tengo la sensación de que la noche será mágica; que Neli y yo volveremos a sentir la conexión del fin de semana pasado. Con esa determinación salgo del despacho a las once de la noche, la misma hora del anterior sábado. Alejandra me sirve una cerveza cuando me ve aparecer y se sorprende al ver la alegría que desprendo, por regla general a estas horas un viernes ya estoy de mala leche. Intenta sonsacarme información, la despido objetando que hay clientes sin atender.

Pasada la media noche la alegría se esfuma y el mal humor regresa. Casi a las una de la madrugada comprendo que no va a venir, que prefiere pasar la noche en la mansión de Sousa que en mi humilde morada. En la cama intento no imaginarla en los brazos de Sousa porque los celos me consumen.

El sábado no aparezco en toda la mañana por el bar, no estoy de humor para cruzármela. Tampoco es que me deba ninguna explicación, ya me dejó claro que no tenía intención de repetir, que sería un error. Supongo que se refería a que yo soy su error, aunque ella no el mío.

Alejandra intenta convencerme de que los acompañe a La Placita. Mateo al final lo consigue. No es lo que más me apetece, pero entiendo que no puedo dejar mi vida de lado porque mi mujer me rechace. Los sábados es nuestra noche, la única que está prohibido hablar de trabajo y de enemigos.

A mitad de noche mi cuñada Alejandra comienza a recordar nuestra época de juventud, no puedo dejar de reír a carcajadas al escuchar las locuras que hacíamos los cinco. Éramos pobres pero felices. La miro con todo el cariño que soy capaz a la vez que le acaricio el brazo al recordar aquellos años antes de que todo se complicara para mí.

Una melena rizada capta mi atención, mi cuerpo reacciona al comprobar que se trata de Dana. La sigo con la mirada hasta dar con su paradero, me excuso con mi familia y dirijo mis pasos al interior del local que hay contiguo a dónde nos encontramos. Sorteó la gente del interior hasta que la localizo.

Su cuerpo tiembla nada más sentirme y el mío junto al de ella. Sin pedir permiso le recojo el pelo con la mano y reparto dulces besos por su cuello, sé que no debería hacerlo ya que anoche me dio plantón, pero mi razonamiento

falla cuando se trata de ella. Prosigo mi andadura hasta llegar al lóbulo, donde le recuerdo con voz sensual que no apareció a nuestra cita. Su respuesta es la de siempre, que todavía no le he concedido el divorcio. Si ella supiese que no tengo tal intención dejaría de insistir cada vez que nos vemos.

Al principio lo hice porque solo pensaba en la custodia de Julio, conforme pasan los días es porque estoy convencido de que estamos hechos el uno para el otro, solo tengo que hacérselo ver.

Contengo la alegría al saber que le molesta verme de forma cariñosa con mi cuñada. Aprovecho el momento para mirarla lo más serio que soy capaz hasta que poso la vista en sus labios, esos que deseo beber hasta la saciedad. Agradezco su desconcierto cuando le digo si está celosa para atraerla hacia a mí y besarla. El éxtasis que explota en mi interior al saborearla otra vez es incontrolable.

Su aroma y su pasión al devolverme el beso consiguen que roce la locura. Si lo que sentimos está mal visto y pueden mandarnos al infierno, no deseo moverme jamás de aquí, nací para soportar semejante tortura siempre que ella esté a mi lado.

La escena creada solo para dos es interrumpida por un indeseable. Solo de escucharlo hace que enfurezca y más viendo de qué forma la trata; como si fuese una de sus posesiones y no la persona dulce y cariñosa que es. Contengo las ganas de emprenderla a golpes con él por tomarse la libertad de hablarle así a mi mujer, nadie —y menos él— debe enterarse de que estamos casados. Dejo que se aleje de mi lado y me cabreo con ella al comprobar que vuelve a elegirlo a él antes que a mí, pero lo que me destroza es ver que se deja acariciar por él de camino al coche.

Regreso con mi familia cuando consigo mantener a raya las ganas de golpear cualquier cosa que se interponga en mi camino. Pasada media hora me despido de todos, alego que estoy cansado. María intuye que no soy del todo sincero.

El lunes se me parte el alma verla llorar cuando sale de los baños, es tal la impotencia de encontrarla tan decaída que en vez de abrazarla, calmarla y prometerle amor eterno me encierro en el despacho, todavía sigo dolido porque lo eligiese a él y se dejase tocar en vez de quedarse conmigo. Sé que no actúa la razón, sino los celos al cerciorarme de que la única mujer que me ha importado prefiere a un desecho humano antes que a mí. A media tarde me marcho al despacho del abogado para reunirme con él.

Suena el teléfono en mitad de la reunión, mi abogado sigue empeñado en

que casarme es lo mejor que he hecho, lo que no alcanza a entender es que mi mujer no quiere saber nada de mí, todavía se me revuelve el estómago al recordar cómo se dejó tocar por Sousa.

Ahora pienso que me mintió en mi propia casa asegurándome de que solo eran amigos, los amigos no se miran de esa forma. No me cabreó que Sousa me tratará como escoria, aunque la única escoria de este país es él y su socio, me desquició la parsimonia de ella. La insistencia del móvil consigue sacarme mis cavilaciones, el número de Mateo se proyecta en la pantalla, descuelgo e ignoro la mirada de advertencia del abogado de oficio.

—¿Qué pasa, Mateo?

—Ven al orfanato. Julio tiene problemas.

No me despido de mi letrado, salgo corriendo del despacho sin decirle qué ocurre. Doy gracias a que solo me separan dos manzanas del centro, no me molesto en ponerme el casco ni hago caso a los pitidos de los otros conductores.

Carina se molesta cuando no la saludo afablemente, espero que entienda mi urgencia. Tropiezo con Mateo en el comedor, no deja entrar, antes me dice donde encontrar a Julio.

—En la enfermería. Lo está curando.

Subo las escaleras de dos en dos. La puerta se halla abierta, intento serenarme antes de acceder, no quiero asustar más al chico de lo que ya estará. Cuando al fin me tranquilizo doy un paso al frente, antes de situarme junto a la puerta siento la presencia de ella, aunque lo niegue hasta la saciedad, mi cuerpo también tiembla por ella.

Julio tiene la mirada gacha mientras Dana le cuenta su historia. Sabía que tenía una, todos la tenemos, pero jamás llegué a imaginar que fuese tan desoladora. Sus padres la drogaron y vendieron su pequeño cuerpo durante seis largos años para terminar vendiéndola a un desgraciado que casi la mata, tengo que esforzarme para no llorar a su compás.

Siento la urgente necesidad de borrarle los malos recuerdos con mis caricias, con el amor que puedo ofrecerle, atrás queda lo ocurrido el sábado. Al fin Julio se percata de mi presencia, está a punto de decir mi nombre, sin saber por qué, hago un gesto negativo con la cabeza para que no me delate. Me escabullo hasta el cuarto que ocupa para esperarlo antes de que Dana me vea.

Cierro la puerta con pestillo en cuanto accede Julio. Me esfuerzo por prestarle atención a las nuevas cicatrices que presenta su rostro, la sangre me

arde al saber quien es el culpable. Dejo que el chico lllore mojándome la camiseta y sigo esforzándome por no llorar al escuchar los suspiros de mi mujer a través de la puerta.

Enfurezco más al escuchar a Mateo pedirle que lo deje curarle las heridas. Esta vez Sousa ha ido muy lejos, si tocando a Julio deseo provocarle el máximo dolor, saber que uno de sus hombres daña a mi mujer, los instintos se convierten en asesinos. Antes de que Julio se duerma le prometo conseguir el nuevo importe solicitado para pagar su libertad, omito decirle que no sé de dónde lo voy a sacar, no me queda ningún recuerdo que vender.

Mi hermano me espera junto a la moto. Enciendo un cigarro para calmar los nervios.

—¿Cómo está? —pregunto deseando saber el estado de Dana.

Me mira sin comprender.

—Tendrás que decírmelo tú. Yo estaba curando a Dana y no he podido ver todavía a Julio.

Lo miro escéptico. Abre mucho los ojos cuando por fin entiende por quién pregunto.

—¿Por qué te interesas por ella? Que yo recuerde, las últimas semanas desde nuestro encuentro, vienes a hurtadillas al centro para ver a Julio y a los demás niños cuando estás seguro de que ella no está.

Se rasca la ceja, escucho el engranaje interior de su cabeza, intenta averiguar mi interés por ella, se da por vencido.

—Quieres dejar de pensar de una vez y decirme cómo está.

—Un par de rasguños, nada más. He conseguido que deje de llorar y que se duerma. Tengo que hablar con Ricardo, no puede quedarse más tiempo en el sofá.

Lo miro sin entender a qué se refiere, dudo que en la mansión de Sousa descansa en el sofá, seguro que la obliga a compartir cama.

—Apareció la madrugada del sábado sin parar de llorar y con todas sus pertenencias, desde entonces duerme en el sofá del despacho común. Eso te complica más las visitas al centro.

Los recuerdos de la noche me invaden, verla cruzar sola la calle. Sin pensar en nada más la seguí al interior del local, mis intenciones eran recriminarle su desplante; pero sentirla cerca y notar el temblor que producía en ella, me cegaron y me dejé llevar por los sentimientos de protección que me provoca su presencia. Lo que provocó que comenzara a acariciarle y besarle el cuello. Al notar sus celos por verme con Alejandra, mi cuñada, no

puede evitar besarla, hasta que el cabrón de Sousa nos interrumpió.

Ahora me arrepiento de comportarme como un capullo el lunes en el bar, salió del baño con los ojos encharcados en lágrimas y en vez de acercarme y consolarla, me dejé guiar por los celos que me consumían encerrándome en el despacho. Saber que no está en esa casa y se ha alejado de Sousa, me confirma que no me mintió, me dijo la verdad de que solo eran amigos.

Después de terminar en el bar me marché directa al mercado e ignoro la decima llamada de la mañana de Gustavo. No entiendo por qué hoy, después de cuatro días, se empeña en contactar conmigo. Silencio el teléfono y me centro en encontrar todo lo que Carina me ha anotado en la lista que me ha entregado antes de marcharme. Siguiendo sus instrucciones encuentro el puesto en el que suele comprar, por lo visto, es el único que nos sirve la mercancía en el orfanato, con el resto de mercaderes debe transportarla ella y la mujer no está para esos trotes.

La chica joven que me atiende es agradable, en vez de leerle punto por punto lo que Carina necesita, pide que le entregue la nota para encargarse de prepararlo y que su padre nos los sirva esta misma tarde.

Al pasar frente al locutorio freno mi carrera, calculo la hora española, allí son las ocho de la mañana, la hora indicada para localizarlos a todos.

Hablo primero con Carmen y Javier, aunque por un breve tiempo ya que es hora de prepararlos para ir al colegio. Pronto una vocecilla que conozco bien se pone al auricular.

—Hola, mi niña. —Saludo con alegría.

—¡Dana! —grita Melania con todas sus fuerzas—. ¿A qué no sabes una cosa?

Sonríó al imaginarla enredándose el pelo en el dedo y sacando la lengua.

—No, cariño. Dime.

Comienza a reír, escucho como Javier le dice que me lo cuente rápida que se agota el tiempo.

—Javier nos llevó el sábado a Bioparc, es muy bonito. Me hubiese gustado que estuvieras con nosotros, a ti también te habría gustado.

No es la primera vez que va al Bioparc de Fuengirola, un parque temático ambientado en los tropicales bosques de Madagascar, pero era tan pequeña que apenas lo recuerda.

—¡Hala, qué chulo! Mi vida, sabes que me habría encantado ir con vosotros. Y a Carlos, ¿le gustó?

Se queda callada, cosa que me extraña viniendo de ella.

—Carlos ya no está —responde entre gimoteos.

Me sorprende la respuesta, si el chico no estuviese en Vidas Unidas, Javier o Fran me lo habrían dicho cosa que no es así.

—Tengo que irme al cole, ¿me llamarás otro día? —dice antes de que pueda preguntar nada.

—Por supuesto, cariño. Te quiero mucho, mi vida.

—Y yo a ti.

Javier le pide que deje de tirarse de la coleta que se va a despeinar.

Fran se hace con el teléfono para seguir hablando.

—Dana, ¿sigues ahí?

—Sí. ¿Qué es eso de que Carlos ya no está?

—¿No te lo ha dicho Javier? —pregunta—. Un matrimonio lo adoptó a las pocas semanas de marcharte tú, pensaba que lo sabías.

Sonrío al enterarme de la noticia.

—No, no lo sabía, pero me alegro mucho.

Seguimos hablando de los últimos acontecimientos del centro y la evolución de los niños. Media hora después salgo del establecimiento con una gran sonrisa en la cara, hablar con Fran, Carmen, Luisa y Javier me levantan el ánimo, pero escuchar a Melania consigue arrancarme alguna lágrima que otra aunque de felicidad.

Ayudo a Carla y Mateo a limpiar el desastre que ocasionaron los chicos anoche en el patio, al sonar el timbre de la puerta me dirijo a abrirla. Estoy terminando de firmar los papeles de entrega de los alimentos, cuando presiento que algo no marcha bien al ver al inicio de la calle un coche de policía, intento pensar que solo están cumpliendo con su trabajo y patrullan la ciudad para que esté todo en orden.

Me hundo cuando el coche estaciona frente a la puerta y reconozco la figura que —con hombros agachados— está en el asiento trasero. Me despido del repartidor entregándole los documentos y contengo las ganas de gritar. Me acerco hasta la puerta para que baje Julio, tiene los nudillos ensangrentados. Sin mediar palabra llamo a Carla para que lo cure, después intentaré hablar con él si es que quiere escucharme, sigue sin poder hacerlo.

Los dos agentes esperan pacientes hasta que Carla desaparece con el chico. Los invito a acceder al interior y, en silencio, nos adentramos en la oficina que hace las veces de despacho, aprovecho que esta mañana Ricardo se halla fuera haciendo gestiones para usarlo. Los agentes toman asiento donde les indico y me dejo caer frente a ellos en el sillón derrotada.

—¿Qué ha sido esta vez? —pregunto sin rodeos. Con Julio me lo espero todo.

El más adulto de los dos es quien toma la palabra.

—No se preocupe señora, esta vez Julio no se ha metido en ningún lío.

Lo miro incrédula.

—Entonces ¿puede explicarme por qué lleva los nudillos ensangrentados y por qué lo traen ustedes hasta aquí?

Carraspea antes de ofrecer una explicación.

—Las manos es debido a los golpes que le ha dado al cristal en el trayecto por la rabia contenida.

—Eso no me explica por qué lo han detenido.

El más joven toma la palabra.

—Señora, el chico no está detenido, solo lo hemos acompañado hasta el centro. En el momento de la detención del señor Rivera estaba con él y no lo hemos querido dejar en el bar, no es lugar para un adolescente.

Me hundo en el asiento al escuchar lo que pasa, sé a que Rivera se refiere; han detenido a mi marido. Se me forma un nudo en el estómago, deseaba creer que no era tan malo como su apariencia deja entrever, pero por lo visto estaba equivocada.

—¿Puedo preguntar por qué han detenido al señor Rivera? —deseo saber.

—Asesinato.

Me atraganto con el agua que estoy bebiendo, no puedo creer que sea verdad lo que el agente comunica.

—¿Asesinato? —pregunto casi sin voz.

—Sí, hay un testigo que lo sitúa hace dos sábados en el descampado cuando el jefe de la banda Los Señores fue apuñalado.

Hago el calculo e intento que los dos agentes no noten mi nerviosismo.

—¿A qué hora fue eso?

Ambos se miran, entiendo que es un dato confidencial, pero debo asegurarme si fue antes de que yo llegara al bar. El joven al final me ofrece el dato.

—Sobre las tres de la madrugada.

—¿Y no tiene coartada? —me atrevo a preguntar y logro que los dos me miren extrañados.

—Dice que a esas horas estaba solo en casa.

Asiento.

—¿Necesitan algo más?

—No —responden al unísono los agentes mientras se incorporan.

Nos despedimos en la entrada del edificio, al verlos alejarse suelto el aire que he contenido. Con manos temblorosas intento hablar con Julio, necesito que me explique qué hacía con Jayce cuando se lo prohibí hace más de un mes y lo que es peor, a esas horas debería estar en el instituto. El chico se encierra en su habitación y se niega en rotundo a hablar con nadie.

Paso parte de la tarde encerrada en el despacho común. Me pregunto por qué Jay no le ha dicho a la policía que esa noche estuvo conmigo y que es imposible que el testigo diga la verdad. Llego al entendimiento de que le han tendido una trampa, pero no logro entender quién ha sido y el motivo.

Lo que menos comprendo es por qué no les he dicho a la policía la verdad, que no estaba solo, que yo pasé la noche con él. Nadie, excepto Javier y mi abogado, sabe que estoy casada con él. Si las instituciones se enteran de mi relación perderé definitivamente la posibilidad de adoptar a Melania. Me trago el nudo que se me forma en la garganta. Creo que ese ha sido el motivo de mi cobardía, pero sería injusto dejarlo pagar por algo que no ha hecho.

Sin percatarme de las horas que llevo encerrada, descubro que ya es noche casi cerrada, el alboroto que hay en la planta superior consigue que salga de mi escondite. Carina, Carla y Ricardo están alterados, los sigo a la planta baja hasta que logro que me hagan caso.

—Ricardo, ¿qué sucede? —Elevo la voz para hacerme oír.

Los tres me miran. Las lágrimas de Carla me alertan, algo no va bien.

—Las cosas de Julio no están en su cuarto —responde Carina.

Abro mucho los ojos al escucharla.

—¿Cómo que no están en su cuarto? ¿Qué significa eso?

—Se ha marchado —comienza a decir Carla entre sollozos—. Y con Jay en la cárcel no es seguro que esté solo en las calles.

No es necesario ser muy inteligente para saber que se refiere a mi marido. Intento pensar con claridad, no lo consigo, necesito respuesta para saberlo.

—¿Qué tiene que ver Jayce Rivera con Julio?

Vuelven a mirarme, no comprenden la pregunta. Es Ricardo quien se digna a decirme la verdad.

—¿No lo sabes?

Niego, si lo supiese no preguntaría.

—Jay es el padrino de Julio, lleva dos años intentando adoptarlo, pero por su historial el Estado no se lo pone fácil.

Me obligo a cerrar la boca o se desencajará.

—Pero... —No consigo decir otra cosa.

—El hábito no hace al monje, Dana. Tú mejor que nadie deberías saberlo —alega Ricardo.

Agacho la cabeza avergonzada, me he dejado guiar por su apariencia en vez de intentar conocerlo.

—Bajo esa capa de tinta se halla un corazón enorme. Tuvo un mal inicio, pero al final logró escapar de él y ahora es un hombre de bien —comenta orgulloso.

Un torbellino de pensamientos comienzan a entremezclarse, si digo la verdad pierdo por lo que tanto he luchado. Si me callo, Jay lo pierde todo. Por fin reacciono y creo saber dónde encontrar a Julio.

—¿Dónde está Mateo?

—Intentando sacar a su hermano de la cárcel —contesta Carina.

«Vaya noche de sorpresas», pienso.

—Creo que puedo encontrar a Julio.

Corro disparada a la planta superior para coger el bolso y las llaves del coche e ignoro las llamadas de Ricardo. Bajo casi sin respiración, antes de cerrar la puerta les digo:

—Os llamo cuando lo localice.

Por una vez desde que lo compré mi chatarra arranca a la primera, le doy una palmadita en el salpicadero en señal de agradecimiento. Piso el acelerador a fondo, si Jay es el padrino de Julio, el chico tiene que estar en el bar o en su casa.

Golpeo con fuerza el cabezal del asiento, ahora entiendo por qué Jay tiene un cuarto juvenil; tiene la esperanza de que Julio lo habite. Llego justo en el momento en el que María está caminando hacia su coche. Sin parar el motor salgo disparada del vehículo para alcanzarla.

—Dana, ¿qué haces aquí y por qué estás tan alterada? —Se sorprende al verme.

—¿Has visto a Julio? Se ha escapado del centro. —Se lleva las manos a la boca, está temblando—. María, ¿puede estar en casa de Jayce?

Niega automáticamente.

—No, pero creo saber dónde está. Sígueme.

La sigo de cerca por las laberínticas calles de la ciudad e intento no perderla de vista bajo ningún concepto. Me salto algún semáforo que otro en el trayecto. Frente a un bloque de edificios estaciona el coche, hago lo propio. Accedemos al interior del edificio con rapidez.

Sigo en el rellano como sugiere María, pero al escuchar que Julio está en el dormitorio accedo sin pedir permiso. La misma chica rubia que estaba en el bar cuando llegué a pedirle el divorcio a mi marido y que el anterior sábado le acariciaba el brazo, está de pie en mitad del salón, al verme agranda los ojos.

—¿Qué hace ella aquí? —pregunta con furia acusando con la mirada a María.

Ignoro el repaso al que me somete.

—¿En qué habitación está Julio? —pregunto.

María señala la puerta del fondo del pasillo. Ignorándolas me adentro en la vivienda.

—¿Por qué la has traído? —pregunta la rubia—. Estaba con él, la vi con mis propios ojos. Desde que se cruzó en la vida de Jay solo le ha ocasionado problemas.

«No será al revés», pienso al escucharla.

La voz de María me llega algo lejana.

—Es decisión de él, no nuestra, Alejandra.

Ese nombre me suena, aunque no alcanzo a descifrarlo.

Dejo a las dos con su discusión, tengo que asegurarme de que Julio se encuentra bien. Abro la puerta de forma lenta, no quiero que se asuste al verme, ahora entiendo por qué el chico no quiere hablar conmigo, sin ser consciente he intentado alejarlo de la única persona que considera su familia. Está acostado boca abajo, el cuerpo le vibra debido al llanto. Tomo asiento a su lado y comienzo a masajearle la espalda.

—Lo siento mucho, Julio. No sabía que Jayce era tu familia. —Se queda rígido al escucharme, pero por lo menos no me echa de su lado—. ¿Por qué no me corregiste aquella noche?

Comenta algo que no alcanzo a entender.

—Si no levantas la cabeza no te comprendo —agrego.

Se gira para mirarme, se me encoge el corazón al comprobar la tristeza de sus ojos.

—Intenté decírtelo, pero no me escuchaste.

Asiento, no puedo quitarle la razón.

Mateo llevaba dos semanas poniéndome al día con la parte cruda de la ciudad, me hizo aprenderme de memoria las marcas de cada una de las bandas y dónde localizarlas. Que estuviese atenta porque muchos merodeaban por las inmediaciones del centro para tentar a los chicos con

cantidades elevadas de dinero. Al ver a Jayce y el tatuaje de una de las bandas, creí que se trataba de uno de ellos.

—De verdad que lo siento mucho, pero al verle el tatuaje —Julio me mira por primera vez—, y la forma en la que te hablaba.

—Estaba reprendiéndome por lo ocurrido esa mañana. Que sepas que me librate de un buen rapapolvo.

Vuelve a llorar desconsolado, se deja abrazar. Intento calmarlo, pero no hay forma.

—Julio, cálmate, por favor.

—Ha matado a un hombre. No podrá adoptarme. No podré vivir con él —solloza más fuerte contra mi pecho, no puedo evitar derramar unas lágrimas.

Acaricio su negro cabello.

—No es verdad. —Me escucho decir bajito.

Julio me mira sorprendido.

—Jay no ha asesinado a nadie. Así que cálmate, porque sí podrá cumplir su promesa.

Consigo calmarlo y que se quede dormido. No abandono el cuarto hasta que no me cercioro de que se halla en un profundo sueño.

Cierro la puerta con cuidado para no hacer ruido. Camino despacio parándome al final del pasillo —sin dejarme ver— al escuchar la voz de Mateo.

—No me han dejado verlo —está diciendo—. Solo han dejado entrar a Max. Alejandra, cariño, tranquilízate.

Pienso en la sonrisa de Melania, en la decepción que se llevará cuando le comunique que no podré traerla conmigo. Me trago las lágrimas antes de salir de mi escondite.

—Él no ha sido.

—¿Dana? —La voz de Mateo denota sorpresa—. ¿Qué haces en mi casa?

—He venido a por Julio, voy a llevarlo al centro.

Mateo se acerca a mí.

—Aquí está más seguro, créeme.

No sé de quién lo esconden, pero sí comprendo que el chico está en serios problemas.

—Él no ha sido. —Vuelvo a repetir ya que la primera vez ninguno me ha escuchado.

Los tres me miran sin entenderme y preguntan a la vez:

—¿Qué?

Me aclaro la garganta para poder hablar.

—Jayce no ha matado a ese hombre.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —inquire Alejandra de forma despectiva.

—Porque pasé toda la noche con él en su casa. Estoy segura de que no ha sido él porque a las tres de la mañana estaba entretenido con otra cosa; conmigo —agrego para que comprendan a qué me refiero.

Tengo que apoyarme en la pared, no por decir la verdad, sino por lo que me hará perder. Sin importarme las miradas acusatorias comienzo a llorar pensando en Melania, sé la decepción que se llevará. Yo misma me la llevé a los quince años cuando creí que un matrimonio iba a adoptarme, pero al conocer mi pasado decidieron adoptar a una niña menos problemática, una que no tuviese que tomar metadona durante años para desintoxicarse por completo. No quiero provocarle el mismo dolor, la misma sensación de soledad, de abandono.

Mateo se acerca hasta abrazarme, tardo un poco en escuchar su voz.

—Dana, ¿por qué no se lo has dicho a la policía cuando han ido al centro? Sorbo los mocos antes de responderle.

—Por miedo a perder lo que más quiero en esta vida. —No entiende a qué me refiero—. Jayce lleva dos años luchando por la custodia de Julio. —Asiente—. Yo llevo otros dos por la de Melania. Aceptar el trabajo aquí fue decisión de Fran, el director del centro y el que ha sido mi padre desde los doce años. El Estado español no me cree capacitada para criar una niña de cuatro años, por eso Fran pensó que alejarme de mi pasado me vendría bien. La reputación de tu hermano no es que me beneficie mucho para conseguirlo. —Evito decir que también es para huir de mi padre biológico y la persona que me compró.

Con suavidad me guía hasta el sillón, me dejo caer derrotada, la cabeza me da vueltas. Si hago lo correcto puedo despedirme de Melania, si actúo de forma cobarde un hombre inocente irá a la cárcel y Julio se quedará huérfano para siempre.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta María con cautela.

Los miro, intuyo que María también es familiar de Jayce, no puedo hacerles esto.

—Decirle la verdad a la policía. No puedo dejar que pague por algo que no ha hecho, no va conmigo ser egoísta.

Alejandra me mira con otros ojos, ya no noto la repugnancia inicial. Me

incorporo del asiento, Mateo me detiene.

—No podemos hacer nada hasta mañana.

—Mateo, todos sabemos que eso no será suficiente para frenarlo. Jay y Julio tendrán los mismos problemas —comenta Alejandra alterada.

—Alejandra —reprende Mateo para que no hable más.

Se quedan mudos y la única que se digna a mirarme es Alejandra, es a ella a quien pregunto:

—¿Cuáles son esos problemas?

Antes de que pueda contarme todo, Mateo se adelanta a hablar.

—Recuerdas que te hablé de bandas callejeras a las pocas semanas de llegar. —Asiento, lo recuerdo—. Hace un año Julio accedió a una al cerciorarse de que Jay no conseguía la adopción. Cuando mi hermano se enteró, se enfadó mucho con él, pero solo hay dos formas de salir. Jay optó por la más suave para Julio y la peor para él. Aceptó pagar su libertad.

Abro los ojos debido a la sorpresa, cada vez más asombrada por la bondad que se esconde bajo una capa de dureza.

—Hace dos semanas consiguió reunir el dinero que le exigían, el domingo pasado le entregaron una nota diciéndole que la duplicaban —agrega Mateo.

Tardo un poco en reaccionar.

—¿De cuánto hablamos? —No me queda mucho ahorrado, pero si el dinero consigue la libertad de Julio estoy dispuesta a entregarlo—. ¿Mateo?

—Cincuenta mil dólares.

Me encojo en el asiento, no tengo tal cantidad de dinero.

—Solo tendré unos quince mil dólares, eran para la adopción de Melania.

—No es suficiente —comenta María.

La memoria regresa a dos días atrás; organizando mis pertenencias en una habitación libre que ocuparé provisionalmente en la zona de los niños, entre los papeles de mi boda encontré la tarjeta de crédito que Gustavo me dio al llegar a Puerto Rico. Iba a romperla, pero decidí enterrarla en el fondo del cajón.

—¿Cómo puedo saber la cantidad que hay en una tarjeta de crédito?

Me miran extrañados, es Alejandra quien habla.

—¿Está a tú nombre? —Asiento—. Si vas al banco te informarán.

Mateo me detiene en la puerta de acceso a la casa.

—Dana, ¿qué vas hacer?

—Tengo que regresar al orfanato. ¿A qué hora es la vista?

—A las once.

—Nos vemos a las diez aquí. Despideme de Julio.

—Avisaré a Max.

Regreso al centro no sin antes perderme por las calles de San Juan, es la primera vez que estoy en esta zona de la ciudad. Tres cuartos de hora después entro por la puerta donde me encuentro de frente a Ricardo, Carla y Celines a la espera mi llegada. Les informo de que Julio se encuentra y que se quedará en casa de Mateo. También les aseguro que Jayce saldrá mañana de la cárcel sin cargos o eso es lo que espero que suceda.

Sin dar más explicaciones me marcho a la habitación que ocupo de manera temporal. Saco de su escondite mi certificado de matrimonio y la tarjeta de crédito. Voy a la biblioteca, pero primero me aseguro de que está vacía. Busco en Internet la información que necesito y aprovecho para enviarle a mi abogado un *email* explicándole lo que pasa y que me diga qué puedo hacer a partir de ahora. Intento descansar aunque no lo consigo.

Dana lleva sin venir a trabajar desde el incidente con uno de los hombres de Sousa. Me muero por verla, saber que está bien; pero sigo sin ir al orfanato cuando está, no es por miedo a que llame a la policía puesto que estoy seguro de que a raíz de nuestro encuentro no lo hará, es por temor a alejarla más de mi lado. Su pasado no la deja disfrutar del cariño que puedo y quiero ofrecerle. La entiendo perfectamente, así que prefiero ir despacio, dejar que descubra quien soy en realidad, que vea más allá de la capa de peligrosidad que me envuelve. No tengo prisa, la he esperado veintiocho años, puedo esperar un poco más y hacer las cosas bien por una vez en mi vida.

Llamo cada día a Mateo para que me informe de su evolución, creo sus palabras, no tiene motivo para mentirme. La cena habitual de la familia Rivera se adelanta al martes, como cada semana nos reunimos en casa de Max, una tradición desde que nos independizamos los cinco. Para cuando llego, los cuatro me esperan con una botella de vino abierta. Acepto la copa que me ofrece María después de saludarlos debidamente.

No soy capaz de concentrarme en la conversación, hablan del próximo nacimiento de un miembro más de la familia Rivera. No es que no me alegre la llegada de mi primer sobrino, pero tengo la mente en otras dos personas; en Julio, pero sobre todo en mi mujer. Aprovecho que hay que descorchar otra botella para acompañar a Mateo a la cocina y sonsacarle información.

—¿Cómo está? —pregunto entrando tras él a la estancia.

Mi hermano se ríe, lleva varios días diciéndome que muchas molestias me tomo por una persona a la cual no quiero ver.

—Al igual que te he dicho hace tres horas; bien. Se ha volcado de lleno con los niños, no pasa ni un minuto sola.

Deseo preguntarle si en algún momento pregunta por mí, pero sería revelar demasiado, todavía no les he dicho que estamos casados y que pasamos una noche juntos.

—Jay, ¿por qué te preocupas tanto por ella?

—Soy su jefe —respondo mirando para otro lado.

Me palmea la espalda.

—Sí, claro. Te dije que llevarás cuidado en cómo jugabas tus cartas, veo que Dana va ganando la partida.

—Capullo —mascullo.

Salgo de la cocina, ya no deseo hablar más del tema.

—¡Te haría feliz! —grita.

El resto de la familia nos miran.

Es Max quien pregunta:

—¿Quién lo haría feliz? ¿Qué me he perdido?

Miro a Mateo que se encoge de hombros.

—Que te responda tu hermano —comenta el muy capullo.

Todos me miran. María baja la vista hasta su plato y se entretiene en jugar con la comida, nadie repara en ese detalle, solo yo. Tomo asiento antes de responder.

—Me haría feliz liquidar de una vez por todas el asunto de Julio y ver que ese hijo de puta está entre rejas, aunque si soy sincero, me haría más feliz verlo muerto.

Se quedan callados, lo que acabo de decir no es ninguna novedad, llevo deseándolo cinco malditos años, los mismos que él está en la ciudad.

—¿Cómo vas a conseguir otros cincuenta mil dólares? —pregunta Alejandra para que deje de pensar en cómo asesinar a Sousa.

Suspiro, de la venta de las joyas de mi abuela solo me quedan quince mil dólares, ya que he invertido diez mil en las últimas reformas de la casa y reparar unas cosas en el bar.

—Solo tengo quince mil.

—Podemos hacer otro mercadillo, la última vez funcionó bien —sugiere María, sabe que no pienso aceptar el poco dinero que ellos tienen ahorrado.

—No es mala idea, de otro modo no lo conseguirás —dice Max mirándome.

Niego con la cabeza.

—No sería justo que solo se beneficiara Julio, si se hace es para entregar todo lo recaudado al orfanato, también lo necesita.

Por fin soy capaz de decirles lo que tengo planeado hacer.

—Voy a vender el bar. —Todos agrandan los ojos al escucharme—. Es lo único que tengo que me dará dinero suficiente para pagar.

—Adoras el bar —responde Alejandra con los ojos empañados—. Además, es tu única fuente de ingresos.

—No tengo otra salida. O vendo el bar o nos despedimos de Julio.

Nos quedamos callados cuando al chico aparece por el salón. Se me ha olvidado que, supuestamente, pasa la noche en casa de Mateo, la realidad es que dormirá en mi casa y estaba en el cuarto jugando a la consola. Me destroza verle las primeras lágrimas recorrerle las mejillas, me incorporo para abrazarlo.

—Nunca dejaré que se salga con la suya.

Absorbe los mocos, pero no dice nada.

—Julio, me oyes.

Asiente.

—No permitiré que te ocurra lo mismo que a mí —afirmo.

Me despido de mis hermanos y mis cuñadas al cuarto de hora, quiero estar con Julio y hacerle entender que nunca lo dejaré solo, que me tiene a mí y al resto de la familia para protegerlo.

Al llegar a casa sigue callado y todavía lleva los ojos enrojecidos. Me hago con una botella de agua antes de subir al tejado, sé que le encanta tumbarse en las tejas y mirar las estrellas.

—Mañana puedes quedarte en casa y descansar —digo cuando accedemos de nuevo a casa pasada la medianoche.

Se le ilumina la cara, tiene miedo de estar en el instituto mientras Sousa lo persigue.

—Si se entera Dánae se cabreará.

A quien se le ilumina la cara es a mí al imaginarla enfadada, se pone muy guapa.

—No te preocupes, yo me encargo de ella si se entera. —Claro está que no le digo que técnicas pienso usar para que no nos mate a ninguno de los dos—. A la cama, es tarde.

—Jay. —Para cuando me giro, ya está abrazado a mí—. Gracias por cuidar de mí.

Noto el nudo que se me forma en la garganta.

—Siempre te protegeré.

Consigo dormirme pensando en ella, desde que pasamos la noche juntos descubrí que es el único modo de dormir sin tener pesadillas. Imaginarla acostada a mi lado abrazándome hace que me olvide por unos momentos de la realidad que envuelve mi precaria vida.

A media mañana Julio entra en el despacho, lo miro enfadado, le he dejado claro antes de marcharme que no apareciese por el bar por si Dana se incorporaba.

—Te he dicho esta mañana que si necesitabas algo que me llamaras al móvil.

—María me ha dicho que no ha venido a trabajar. —Toma asiento frente a mí—. Esta noche he estado pensando.

Se calla, me levanto y me siento a su lado, lo miro para que prosiga.

—Hay una forma de pagarle a Sousa sin que tengas que vender el bar.

Dudo mucho que tenga el dinero que me falta, pero lo ánimo a que me cuente su idea.

—Dispara —digo.

Se frota las manos, no va a hacerme ninguna gracia, lo intuyo.

—Podemos negociar con él. —Niego en rotundo—. Escúchame, no es mala idea. Llevas dos años sacrificándote para adoptarme, pagas mis estudios, me compras ropa y hasta me pusiste una paga semanal.

Hace un año que le entrego treinta dólares para que cubra sus gastos diarios y no sucumba a las bandas callejeras.

—Ahora me toca a mí sacrificarme, puedes llegar a un acuerdo con Sousa. No sé, ¿qué tal trabajar para él dos años y así liquidamos la deuda pendiente? —cuestiona sin dejar de mirarme.

Salto del asiento.

—No quiero que vuelvas a decir eso ni en broma, me oyes.

Se encoge en el asiento aunque sabe que soy incapaz de pegarle.

—Julio, no vas a trabajar para él.

—No quiero que vendas el bar —gimotea.

Voy a responderle, pero la puerta nos interrumpe. Mi cuñada está blanca como el papel y se frota las manos de forma nerviosa.

—María, ¿qué pasa?

Mira al chico y después otra vez a mí.

—La policía está en el bar, te buscan.

Me extraña que el cuerpo de seguridad esté en mi local, no suelen pasar a visitarnos.

—Iré a ver qué quieren.

Cuatro agentes están cerca de la puerta del despacho, no me da tiempo a preguntar qué les trae hasta aquí. Al verme, son ellos quienes hablan.

—Jayce Rivera, queda detenido por el asesinato de Diego Vélez, más conocido como *La Muerte*. Todo lo que diga podrá ser utilizado en su contra. Si no tiene abogado y no puede permitirse uno, se le asignará uno de oficio —dice el más mayor mientras su compañero me esposa.

Miro a Julio y mi cuñada que no paran de llorar. Bajo la cabeza avergonzado, aunque no he asesinado a nadie, saber que vuelvo al lugar al que juré no regresar mi mundo se derriba. Me dejo guiar por el bar con las esposas expuestas. Los gritos de Julio se me clavan en los tímpanos.

Agacho la cabeza como tantas otras veces hice en el pasado antes de entrar en la parte trasera del coche patrulla. No la levanto cuando el coche arranca ya que la visión de Julio golpeando a un policía y María llorando sin parar, me destrozará más.

La llamada que dispongo la utilizo con Max, es el abogado de la familia. En la sala de interrogatorios consigo enterarme de cuando ha muerto La Muerte. El muy gilipollas pensó que involucrándose con Sousa iba a conseguir más poder, le advertí que no jugara con fuego, al final se ha quemado sin verlo venir y está bajo tierra. Cuando me informan el día y la hora que supuestamente asesiné a mi antiguo dueño, no les digo donde me encontraba, no quiero que Dana pase por este proceso, prefiero ir a la cárcel a que viva este infierno.

Una hora después me dejan sentado en una minúscula habitación provista de una mesa y cuatro sillas. La última vez que estuve en un sitio como este me prometí que jamás volvería y aquí estoy otra vez ocho años después.

Al abrirse la puerta miro para comprobar de quién se trata. La mirada de Max no me agrada, si pudiese matarme ahora mismo no lo dudaría. Se deja caer en la silla que hay frente a mí.

—¿Puedes explicarme cómo has acabado involucrado en un caso de asesinato y por qué has echado a perder todo? ¡Joder! Explícamelo, porque de verdad que no lo entiendo.

Me encojo de hombros, yo tampoco entiendo nada.

—No he matado a nadie —aseguro, sé que me cree cuando vuelve a mirarme.

—Lo sé, pero no comprendo por qué Sousa te ha tendido una trampa. — Se calla un momento—. ¿Pagaste la primera liberación de Julio?

Asiento.

—Sí, hasta el último dólar de la cantidad estipulada más los intereses y todavía quedan dos semanas del nuevo plazo.

—Entonces, ¿qué has hecho para cabrearlo tanto?

Se va a enfadar y mucho cuando se lo diga; pero aunque intenté alejarme de ella, mi corazón y mi cabeza me lo impidieron y cometí el mayor error de mi vida.

—Me casé en Las Vegas con una de sus chicas.

Abre de forma descomunal los ojos, intenta hablar pero no le salen las palabras, de un trago toma los dos vasos de agua que hay en la mesa. Al final se recompone.

—¿Qué has hecho qué? Eres más tonto de lo que imaginaba. ¿En qué pensabas cuando lo hiciste? Sabes de sobra que controla todo lo que sucede en la ciudad.

No contesto, lo dejo que se desahogue. La pregunta siguiente no sé si estoy dispuesto a responderla, tengo miedo a lo que pueda hacerle.

—¿Quién es la chica?

Mudo, me quedo mudo de repente.

—Jay, responde.

—No quiero que le haga daño, bastante lastimada está ya.

Sus ojos me acusan, pero sigo sin darle la información que desea.

—Sabes que pienso averiguarlo, ¿verdad? —Se calla de golpe como recordando algo—. Definitivamente eres más gilipollas de lo que pensaba, te has casado con la española que reside con él.

Mi cara sorprendida le responde.

—Estás en serios problemas, hermano. Haré todo lo que pueda, pero no aseguro que pueda sacarte de esta. Estoy seguro de que todo ha sido un plan que han ejecutado a la perfección entre los dos para quitarte de en medio.

Me enfurece que piense mal de ella sin conocerla, pero a quién quiero engañar si ni yo mismo la conozco. Solo me baso en las sensaciones que ha mostrado las pocas veces que he disfrutado de su cuerpo desnudo bajo el mío y ellas me indican que no sería capaz de hacer algo así.

—Ella no sabe nada —aseguro intentado creer mi propia afirmación—. No la involucres en esto.

Ignora mi comentario, se levanta para marcharse de la sala, antes de cerrar la puerta me destroza lo que dice.

—Después de esto, olvídate de Julio.

21

Dánae

Salgo de la cama antes de que despunte el alba. Sin quitarme el pijama voy hasta la cocina para comenzar a preparar el desayuno y almuerzo de los pequeños. No quiero marcharme sin ayudar a Carina y Carla, esta mañana estarán solas para organizar a todos los niños. Regreso a la planta superior y me doy una rápida ducha en los vestuarios compartidos con las chicas, todavía no se acostumbran a encontrarme mezclada con ellas.

Tomo un café rápido antes de marcharme al banco, anoche busqué dónde localizarlo no tengo claro que llegue a la primera. Conduzco visualizando cada nombre de calle por la que paso, ni el móvil ni el coche disponen de GPS. Aparco unos metros después de ver la fachada en el único sitio que hay libre en la calle. Miro el reloj y compruebo que voy bien de tiempo, solo pasan unos minutos de las ocho y media y la casa de Mateo no queda lejos. También tomé indicaciones para llegar.

Espero mi turno en la ventanilla que pone caja, solo tengo dos clientes por delante. Cinco minutos después me hallo frente a la cajera.

—Buenos días. Quería saber si pueden decirme la cantidad que hay depositada en esta tarjeta. —La dejo encima del mostrador para que la chica pueda verla.

Le entrego mi identificación, antes debe comprobar que soy la dueña, de otro modo no le está permitido dar la información. Cuando finaliza me acompaña hasta una mesa que hay al fondo y me pide que espere, que enseguida será atendida.

A los pocos minutos un hombre mayor se sienta frente a mí. Me dedica una sonrisa.

—Mi compañera me ha informado de que desea saber la cantidad de dinero que hay en su cuenta.

—Así es.

Teclea mi nombre en el ordenador, mira varias pantallas que no entiendo, al terminar vuelve a prestarme atención.

—Veo que la cuenta la abrió para usted el señor Sousa.

—Sí —respondo escueta.

Vuelve la vista al monitor, repasa otra vez las pantallas anteriores.

—Como no ha sido usada dispone de la misma cantidad inicial de apertura.

Esa respuesta no me aclara nada, Gustavo no me lo dijo en su día y yo tampoco pregunté.

—Verá, Gustavo. —Al ver cómo levanta la ceja, me corrijo—. El señor Sousa me dijo el importe, pero se me ha olvidado con esta cabeza que tengo. Si fuese usted tan amable de refrescarme la memoria no lo molesto a él. Como sabrá es un hombre muy ocupado —respondo en tono de voz monótono, quiero que crea mi mentira.

Asiente un par de veces convencido de la patraña que acabo de soltar, estoy segura de que es cliente del banco y no querrá cabrearlo.

—No es necesario que molestemos al señor cuando yo puedo ayudarla. —Mira la pantalla otra vez—. Señora, dispone de cincuenta mil dólares.

Evito saltar de alegría en mitad del banco, es el importe que liberará a Julio.

—¿Sería posible retirarlo ahora integro? —Levanta las cejas escandalizado, no me queda otra que volver a mentir—. Quiero hacerle un regalo, de ahí que necesite el dinero, pero no aceptan tarjetas donde voy a comprarlo.

Piensa un momento la sarta de mentiras que digo, pero parece convencido porque pide que espere mientras reúne el dinero. Me entrega unos documentos que debo firmar. Una hora después abandono el banco con cincuenta mil dólares en el bolso.

Camino apresurada hasta el coche, no es de mi agrado andar sola con tanto dinero encima. Cierro el pestillo de la puerta al sentarme en el asiento del conductor, tres intentos después consigo poner en funcionamiento el vehículo.

Recorro las calles hasta llegar al bloque de edificios donde vive Mateo. Estaciono el coche. Al llegar a los Interfonos recuerdo que vive en la segunda planta, pero nada más. Lo llamo al móvil para avisarle de que estoy esperándolo en el aparcamiento.

A los pocos minutos la puerta se abre y por ella sale Mateo junto a otro hombre de su misma edad que reconozco, lo he visto un par de veces reunido con Ricardo en el despacho del orfanato. Es moreno de ojos azules y viste traje de chaqueta oscuro como en las demás ocasiones.

—Buenos días, Dana. —Saluda Mateo con dos besos.

—Buenos días.

—Te presento a mi hermano Max, también es el abogado de Jay.

Los miro a los dos intentado encontrar un parecido entre ellos, no hallo ninguno, al igual que tampoco lo tienen con Jayce.

Max me estrecha la mano estudiándome, la mirada que me dedica me da a entender que me conoce.

—Encantado, Dánae. —Antes de retirar la mano vuelve a hablar—: ¿O debería decir cuñada?

Noto el calor que me recorre las mejillas, no necesito mirarme a un espejo para saber que estoy roja como un tomate.

La sorpresa de Mateo es más que palpable en su semblante.

—Que te lo explique tu hermano. Yo no puedo, confidencia entre cliente y abogado —comenta Max.

—Encantada. —Logro decir.

Mateo no cesa en mirarme para que le explique el termino de cuñada, bajo la cabeza para evitar hablar. Les comunico la idea de ir en mi propio coche, Max se niega, objeta que el aparcamiento es escaso y vamos justos de tiempo. Sin otra opción, los sigo callada hasta un Sedan negro que imagino es el de Max porque el coche de Mateo lo conozco y no es este. En silencio recorremos las calles que nos separan de la comisaría donde retienen a Jayce.

Accedo al interior la última, Max nos pide que esperemos sentados en las sillas de la entrada, tiene que hablar primero con el inspector antes de que yo preste declaración.

Tomamos asiento en la única fila que hay libre. Mateo se entretiene en golpear con las uñas el plástico de la silla, gesto que me pone más nerviosa de lo que ya estoy. Pasados los minutos y comprobar que no tiene intención de cesar, se lo solicito con amabilidad.

—¿Puedes dejar de dar golpecitos? Me estás poniendo de los nervios.

Propina el último antes de fijar la mirada en mí.

—Me calma. Anoche volví a pisar una de estas después de tantos años. — Se encoge de hombros. Sé que se refiere a la comisaría—. Dana, ¿y si no creen tu declaración? Sé que Jay es incapaz de matar a nadie.

Abro el bolso y me hago con el papel que llevo escondido todo el rato. Se lo entrego.

—Lo mismo esto les hace cambiar de opinión.

Tose repetidamente al terminar de leer el certificado de matrimonio. Durante unos minutos su mirada va del certificado a mi cara, termina

estallando en carcajadas.

—¡Qué callado se lo tenía el cabrón!

Mira el certificado una vez más y otra a mí, su actitud me pone histérica. Voy a decirle que en realidad solo es un papel y que no tenemos vida conyugal cuando Max se planta frente a nosotros.

—Ya podemos entrar.

Se lo arrebato de las manos antes de incorporarme y seguir a Max en absoluto silencio.

Antes de que Mateo nos pierda de vista grita:

—¡Suerte!

No logro deshacerme de los nervios, es la primera vez que estoy en una sala como esta. Ni cuando tuve que declarar contra mis padres me llevaron a las instalaciones policiales, lo hice desde el despacho de Fran.

Me entretengo en observarla. Es blanca y pequeña, adornada únicamente con una mesa y cuatro sillas. Max me indica que tome asiento, él lo hace a mi lado. A los pocos segundos dos hombres de mediana edad acceden, se presentan como los inspectores que llevan el caso de Jayce.

Durante más de una hora les relato todo lo ocurrido aquella noche. Pronto comienzan las preguntas de cómo nos conocimos, miro a Max y me anima a contestar. Les relato la primera vez que nos vimos, la noche que me llevó a casa cuando el coche me dejó tirada al lado de su bar. Que nos casamos en Las Vegas hace tres semanas, al ver su escepticismo les muestro la licencia de matrimonio legal que lo confirma. Que la siguiente vez que nos vimos me enteré de que era el dueño del bar donde trabajo por las mañanas, hasta ese sábado que aparecí pasadas las once de la noche pidiéndole otra vez el divorcio. Las horas que estuvimos bailando, cuándo abandonamos el bar y que pasamos la noche y parte de la mañana juntos.

—¿Por qué no se lo dijo ayer a los agentes cuando la informaron?

No tengo que meditar la respuesta.

—La impresión de la noticia me impidió poder pensar con claridad.

—¿La impresión de la noticia también le impidió decir que es la señora Rivera? —Noto la acidez en sus palabras.

Arqueo una ceja, he repetido la misma historia ya cuatro veces.

—Supongo que no lo dije por la misma razón que no les dije la talla de sujetador que uso.

Max comienza a toser para disimular la risa. Al inspector no le hace tanta gracia.

—Señora Rivera —recrimina.

Apoyo las manos en la mesa y adelanto el cuerpo.

—Por privacidad y por querer hablar primero con mi abogado. —Señalo a Max, rezo para que se mantenga sereno y no muestre sorpresa. Por suerte, recupera su seriedad—. Le vuelvo a decir que pueden hablar con los clientes que habían en el bar. Mi marido y yo estuvimos bailando hasta pasadas las dos de la madrugada y después nos fuimos a casa, si desea le relato —minuto a minuto— lo que hicimos hasta pasadas las seis de la mañana que fue cuando nos dormimos.

El inspector y su acompañante se dedican una mirada.

—No es necesario que sea tan explícita, señora Rivera.

—Bien.

Se incorporan ambos inspectores, Max me coge de la mano para impedir que haga lo mismo.

—Esperen aquí, vamos a redactar la declaración que debe firmar.

Salen de la sala sin mirarnos. Al fin consigo relajar el cuerpo, han logrado ponerme de los nervios con tanta pregunta. Apoyo las manos en la mesa y dejo caer la cabeza, estoy exhausta.

—Gracias.

Alzo la cabeza para mirar al hermano de Jayce sin entender por qué me da las gracias.

—Mateo me contó anoche tu situación, no creí que te presentaras esta mañana.

—No tolero las injusticias.

Me regala una bonita sonrisa.

—María me ha hablado mucho de ti, dice que eres buena chica, no se equivoca.

Vuelvo a mirarlo.

—Es mi mujer —explica—. Dánae, a mi hermano no puedo ayudarlo con la custodia de Julio porque soy el abogado del orfanato, pero sí puedo hacer que firme los papeles del divorcio y entregarte un informe para intentar que no rechacen la tuya.

Se me empañan los ojos al escucharlo.

—¿En serio? —Lo abrazo cuando asiente—. Gracias, Max.

—No tienes que darlas.

Nos mantenemos en silencio hasta que treinta minutos después regresan los dos inspectores. Le entregan unos papeles a Max para que los lea, me

explica que es mi declaración. Al comprobar que son mis palabras las que están impresas me lo entrega para que lo lea antes de firmarlo.

Max se marcha con ellos y me pide que regrese junto a Mateo mientras él termina de formalizar todo para que liberen a Jay. Más tranquila regreso a la sala de espera y veo que mi compañero no está en ella, miro al exterior y lo encuentro en la calle fumando. Me reúno con él. Rechazo el cigarro que me ofrece, me desintoxicaron del tabaco a la vez que de la heroína y del alcohol.

Se interesa por saber cómo ha ido. Le comento que he tenido que contar la misma historia cinco veces, asegura que es habitual por si en algún momento cambias la versión. En este caso, han sido las mismas palabras una vez tras otra. Accedemos al interior cuando apaga el cigarro y nos acomodamos en la sala cada vez más vacía.

El reloj de la comisaría marca las una menos cuarto cuando vemos aparecer a Max, detrás de él va Jayce que se queda parado al verme junto a su hermano. Lo agarra del brazo para impedir que avance. Le pregunta algo, su cara contraída me dice que no está contento. Mateo al verlos se acerca a ellos.

Sintiéndome cohibida me quedo de pie mirando a los tres hermanos que no se parecen en nada. Decido esperarlos junto al coche para ofrecerles intimidad, supongo que tendrán muchas cosas que contarse, una de ellas el hecho de que no les haya dicho a ninguno que estamos casados. Escucho la puerta abrirse y al cerciorarme de que son ellos, miro a todos lados menos a mi marido. Creo que no le ha sentado bien verme con sus hermanos.

Siento envidia de él, por lo menos no está solo, cuenta con el amor incondicional de una familia. Yo no he tenido tanta suerte.

—Dana, ¿nos vamos? —Mateo abre la puerta trasera para que acceda, se lo agradezco con la mirada.

Para mi sorpresa Jay se sienta al otro extremo del asiento trasero. Fijo la vista en la ventana, no me atrevo a mirarlo.

—Gracias —dice mi marido.

No lo miro cuando respondo.

—Lo tendría que haber dicho ayer cuando me lo contaron los agentes, te habría evitado pasar la noche en el calabozo, no debe ser agradable estar encerrado ahí. Lo siento.

Noto la mirada de los tres, me siento incómoda por si he dicho algo fuera de lugar. Mateo —que también se percata de mi incomodidad— le cuenta a Jayce el suceso de Julio, lo serena diciéndole que el chico está bien. Dejo de prestarles atención, me centro en cómo salir del lío en el que estoy metida.

Me froto las manos al bajar del coche, aún hay algo más que quiero hacer por Jay, aunque en realidad lo hago por Julio.

Max y Mateo se adelantan ofreciéndonos un poco de intimidad.

—Mañana te daré los papeles del divorcio firmados —comenta sin acercarse a mí.

Lo miro por primera vez, la incipiente barba cubre parte de su bello rostro, me veo tentada de alargar la mano para acariciarlo y suplicarle que no los firme, que no tengo tan claro divorciarme, no ahora que he descubierto lo buen hombre que es.

—¿Puedo ver a Julio? —Es lo único que logro decir.

La puerta del edificio está abierta cuando la alcanzamos, en silencio llegamos hasta el ascensor. Las dos plantas se hacen eternas, hasta un ciego vería como me tiembla el cuerpo. No nos dirigimos la palabra, pero sí miradas fugaces. Esperamos a que se abra la puerta de casa, todos se sorprenden al verme. María me dice que Julio está en la habitación. Asiento dirigiéndome al pasillo que me llevará hasta el chico.

Llamo con suavidad antes de entrar. Julio está sentado frente al escritorio con un libro abierto. Al verme se levanta y me abraza. Me tiemblan las piernas ante el gesto.

—Gracias, Dana.

Con suavidad le alzo el mentón para que me mire.

—No tienes que dárme las. Llevo más de un mes diciéndote que solo quiero lo mejor para ti. Nunca hubiese permitido que te alejasen de él.

Vuelve a abrazarme más fuerte. Saber que por fin traspaso la barrera con él me llena de alegría, estamos un rato abrazados en silencio hasta que Jay aparece en el cuarto. Me despido del chico, entiendo que necesitan intimidad.

Antes de cerrar la puerta le advierto a Julio:

—Disfruta lo poco que queda de semana, el lunes te quiero en el instituto.

No espero respuesta por parte de ninguno de los dos. Regreso al salón donde la familia Rivera está congregada. Alejandra nada más verme se lanza a abrazarme para darme las gracias. Le resto importancia. Rechazo la bebida que me ofrecen, me excuso con que tengo que regresar al orfanato. En la puerta de acceso saco el sobre del interior del bolso y se lo entrego a Mateo.

—Cincuenta mil dólares. A ser posible que tu hermano pague la libertad de Julio mañana, me gustaría que el lunes regresara a clase.

Mira el sobre sorprendido.

—¿De dónde has sacado el dinero?

—Eso no importa, lo importante es que Julio pueda tener libertad de decisión, sé lo mal que se pasa cuando te la arrebatan. —Lo obsequio con un beso en la mejilla antes de marcharme.

Los escalones se difuminan con las lágrimas, en varias ocasiones estoy a punto de caer. En la puerta del edificio debo apoyarme en la pared, las piernas me tiemblan tanto que soy incapaz de dar un paso más. No sé decir cómo he llegado hasta el coche sin desmayarme y si seré capaz de conducir de vuelta al orfanato.

—Melania espera que cumplas tu promesa. —La voz de Jay me paraliza—. No puedo aceptar el dinero, ya has hecho mucho por mí.

Me giro sin molestarme en limpiarme las lágrimas. Me tiende el sobre para que lo coja. En vez de eso, le agarro la muñeca acercándosela al pecho, de ese modo le doy a entender que se quede con el dinero y también para sentirlo una última vez antes de separarnos.

—Hace semanas que perdí a Melania. Uno de los dos debe cumplir su promesa. Ese eres tú.

Entro al coche, cierro la puerta y me marchó del lugar viéndolo de pie observando como me alejo.

Las horas se niegan a pasar cuando uno está tirado en un camastro de poco más de cincuenta centímetros con vistas a otro similar. Cierro los ojos a la espera de que ocurra un milagro y la noche transcurra rápida. Después de veinte vueltas en la cama decido incorporarme, no es la primera vez que me veo en esta situación, ya estuve dos años privado de libertad y me juré no regresar. Ni la anterior vez era culpable y está aún menos, pero aquí me veo encarcelado tras los barrotes de seguridad.

Apoyo los codos en las barras metálicas y miro el panorama que me rodea. Frente solo tengo una pared blanca mal pintada, al lado derecho otra celda idéntica a la que ocupo.

—Se rumoreaba que habías vuelto a las calles, no lo he creído hasta esta mañana que te han traído esposado.

Miro en dirección a la voz familiar, solo alcanzo a ver la pared gris que nos separa.

—Estás equivocado, no he regresado a las calles.

—Te han arrestado por el asesinato de mi padre.

Me quedo mudo al comprobar quién es.

—¿Diego?

—El mismo.

Trago saliva antes de volver a hablar.

—Siento lo de tu padre, le avisé de que estaba jugando a un juego que jamás ganaría. No quiso escucharme.

Se mantiene unos segundos en silencio.

—A mí tampoco me hizo caso.

Ambos nos callamos, para él soy el asesino de su padre aunque sea mentira. Mi situación puede complicarse cuando los dos salgamos de aquí.

—¿Por qué te han encerrado? —Me atrevo a preguntar.

—Por intentar matar al verdadero asesino de mi padre.

Suspiro al saber qué representan las palabras.

—¿Significa que sabes que no he sido yo?

—Rivera, ¿acaso olvidas que crecí a tu lado? —manifiesta en tono burlón

—. Sé que no te gustaba formar parte de la banda y que jamás te involucrarías en una muerte. Fue un hombre de Sousa, quiero ver a ese cabrón muerto.

—Ya somos dos.

Golpea con la uña uno de los barrotes.

—¿Qué le has hecho para cabrearlo tanto? —Se interesa.

Eso mismo pienso yo, por qué le cabrea tanto verme con Dana.

—Nada grave.

—Dejarte ver con una de sus chicas no es muy inteligente por tu parte.

Me callo, no quiero involucrarla en este asunto, cuantos menos detalles dé de Dana mejor para ella.

—Las mujeres nos hacen cometer las mayores estupideces —agrega.

—O las mejores locuras —murmuro recordando las horas que paseamos por Las Vegas, el enlace, la noche tan mágica rodeado de tanto lujo y, por último, tenerla solo para mí en mi cama.

Regreso al camastro, es lo que tiene estos lugares, que no hay despedidas incómodas, sabemos cuando no hay que hablar más. Cierro los ojos pensando en ella, será del único modo que pueda descansar unas horas.

La mañana transcurre con el ajetreo normal de una comisaría. A mediodía será la vista donde —al no tener testigos— me declararán culpable, regresaré a la cárcel hasta que se celebre el juicio y el juez dicte sentencia.

Antes de tiempo aparece un agente por la celda, me extraña que abra la puerta y me exija salir, todavía quedan dos horas para la vista y una para mi reunión con Max. Sin objetar nada me pongo de espaldas y coloco las manos en posición para ser otra vez esposado.

—No son necesarias, Rivera.

Ahora sí que no comprendo nada. Un sospechoso de asesinato no camina por comisaría sin ir esposado por mucho que los agentes sepan que no corren riesgo alguno. Lo miro sin moverme del sitio.

—No tengo todo el día, Rivera. Vamos a recoger tus pertenencias, han retirado todos los cargos.

Alzo las cejas y al instante sonrío, Max ha conseguido sacarme de este maldito lugar aunque sigo sin comprender cómo lo ha hecho sin cargos. Anoche cuando me preguntó si tenía coartada le mentí al decirle que no, cuando la realidad es que sí la tengo, pero no quiero involucrarla. Creo que es debido al averiguar el sufrimiento que tuvo que pasar en su niñez.

Salgo de la celda alegre, saber que retiran los cargos me cerciora de que el

abogado de oficio podrá seguir adelante con la adopción, lástima que Max — al ser el abogado del orfanato— no pueda llevarla, hace tiempo que la habría conseguido.

—¿Rivera?

Giro la cabeza al escuchar a Diego llamarme. Miro al agente y no retrocedo hasta que no obtengo su permiso. Llego a la altura de su celda y me sorprende ver cuánto se parece a su padre, hacía años que no lo veía.

—Si alguna vez necesitas algo, búscame. No soy mi padre y sé que nunca regresarás con nosotros, pero hubo un tiempo en el que fuimos casi familia.

—Gracias, Diego.

Sigo al agente por los pasillos hasta llegar a ventanilla donde otro policía me entrega las pocas pertenencias que llevaba encima cuando me arrestaron ayer mañana. Introduzco la cartera y las llaves en el bolsillo. Camino cerca del agente hasta que se para frente a una puerta, me hace entrar y esperar hasta que llegue mi hermano con la documentación que me dará la libertad.

Media hora después Max abre la puerta sin dejar de sonreír. Nos fundimos en un abrazo. Me urge para que salgamos lo antes posible de aquella habitación que tan malos recuerdos nos traen a la memoria, la última vez que estuvimos en ella me encerraron dos largos años.

Camino detrás de él prometiéndome otra vez que no volveré a pisar un calabozo en la vida. Antes de verla noto su presencia, miro al frente para visualizarla parada al lado de Mateo. Agarro a Max del brazo y lo detengo.

—¿Qué hace Dana aquí? —pregunto furioso, me prometió no hablar con ella.

La mira y después a mí.

—Ella es tu coartada. Una coartada muy explícita por lo que he escuchado. Veo que sigues en forma.

Sé que está feliz por conseguir sacarme sin cargos, pero me gustaría borrarle la sonrisa de la cara con un puñetazo.

—Te dije que no hablaras con ella.

—Ayer no hablé con Dánae, de hecho, lo he hecho por primera vez esta mañana. Ha sido ella quien se lo ha contado a Mateo y se ha ofrecido a testificar.

Vuelvo a mirarla con otros ojos. ¿Por qué haría algo así por alguien que no conoce y del cual quiere divorciarse?

—Por cierto, lo mínimo que puedes hacer para agradecérselo es firmar los papeles del divorcio de una santa vez.

Noto una punzada de dolor en el pecho, mi idea no es divorciarme, sé que estamos destinados a estar juntos, solo necesito más tiempo para hacérselo ver.

—De acuerdo —respondo poco convencido.

La felicidad se esfuma al saber que al final tendré que dejarla escapar, que para agradecerle el gesto de testificar lo mínimo que puedo hacer es firmar los dichosos papeles. Unos golpes en el hombro me traen de vuelta al pasillo de comisaría.

—Joder, Jay, ¿no me digas que te has enamorado? —Desvió la mirada centrándola en su pequeño y perfecto cuerpo—. Piensa en Julio. Ella es el motivo por el que has pasado la noche en el calabozo. Sousa no va a conformarse cuando se entere de que eres libre y no tardarán en decirle quién lo ha provocado. Además, recuerda que no tenemos el dinero que ha vuelto a pedir.

Es tontería seguir negando lo evidente.

—Max, no sé si lo que siento por ella es amor, pero si sé decir que Dana es la única mujer que me ha interesado para algo más que una noche. Y por el dinero no te preocupes, voy a vender el bar para saldar la deuda.

—Hermano, por favor, no compliques más las cosas —suplica sin dejar de mirarme—. Llevamos muchos años luchando contra él, no la cagues por una simple mujer ahora que estamos tan cerca de conseguirlo.

Lo agarro por los hombros antes de volver a hablar.

—¿Recuerdas lo que luchaste por conseguir a María y por qué lo hiciste?

Asiente sonriendo.

Desde el primer día que la vio nos dijo a Mateo y a mí que María era su mujer, que nada más verla lo tuvo claro, ahora comprendo su determinación.

—Ahora es mi turno, hermano. Es ella.

Niega con la cabeza, aunque sé que seguirá luchando a mi lado como hasta ahora.

—¡Estás loco! —exclama serio—. Pero si tan seguro estás, lucha por conseguirla aunque te costará bastante caro.

Tiene toda la razón, luchar por Dana me supondrá más de lo que hasta ahora me ha costado la custodia de Julio, pero no tengo intención alguna de frenar mis intenciones porque una escoria humana se interponga entre nosotros.

Al no ver a Mateo acompañándola desvió la mirada para buscarlo, pronto nos fundimos en un abrazo. Conozco lo mal que lo pasa cada vez que tiene

que venir a comisaría desde que me encerraron, sé el esfuerzo que hace al estar aquí tan íntegro.

—¿Cómo estás? —pregunta sin soltarme.

—Se me había olvidado lo incómodas que son las camas del calabozo. — Me propina un puñetazo en el estómago—. ¿Por qué me pegas, capullo?

—No bromees con eso. —Nos miramos y sin quererlo recordamos viejos tiempos—. Vámonos de aquí y, por favor, que sea la última vez que piso una de estas —señala la estancia—, para sacar a un miembro Rivera.

Lo agarro del hombro y le revuelvo el pelo tal como hacía cuando éramos adolescentes.

—Te juro que no vuelvo a pisar una comisaría.

Max me golpea el brazo con fuerza.

—Eso mismo nos prometiste hace ocho años.

Encojo los hombros.

—¿Qué culpa tengo yo que Sousa quiera verme encerrado?

Recibo golpes por parte de mis dos queridísimos hermanos.

—Toda —replican a la vez.

Comienzo a caminar al ver que mi mujer ya no está en el interior de la comisaría. Al salir es lo primero que diviso. Está apoyada en el Sedan de Max mirando a todos lados menos a mí. El instinto es correr hasta ella para abrazarla, no solo por sacarme de la cárcel sin cargos, si no porque me muero por sentir su cercanía. Me contengo al ver que sigue sin alzar la vista.

Nos quedamos los tres parados observándola, cada uno por un motivo distinto; ellos porque todavía no creen que estemos casados; y yo porque no me canso de mirarla, de ver la dulzura que desprende.

—¿No piensas saludar a tu mujer? Te habrá echado de menos esta noche. Ah, no. Se me olvida que duerme todas las noches en el orfanato. ¿Tan malo eres en la cama que ni tu mujer quiere dormir contigo? —Bromea Mateo, solo consigue llevarse un puñetazo en el brazo.

Max tose para esconder la risa.

—Me atrevería a decir que no por las explicaciones que le ha dado Dana a los inspectores. Pero creo que lo ha exagerado todo para que dejaran de preguntarle lo mismo una y otra vez y terminar rápida. Imagino que nuestro hermano hizo lo mismo aquella noche; terminar la faena rápido. —Agarra a Mateo del hombro y se separan un poco de mí—. Mateo, se me ha caído un mito. Yo que lo tenía por el follador de la familia. ¡Qué desastre, por Dios!

Los miro, estos somos los Rivera, aunque la situación sea desesperante

siempre sacamos el lado bueno de las cosas para reírnos y que todo no sean preocupaciones. La cuestión es que a mí no me hace ni puta gracia con lo que bromean; mi hombría.

Sin pensarlo vuelvo a golpearlos.

—Si queréis se lo preguntamos a ella. —Señalo a mi mujer que alisa la ropa de forma nerviosa para no mirar en nuestra dirección. Está para comérsela—. Y que os diga con detalles cada momento de la noche, porque si os lo digo yo no me vais a creer.

—Deja a Dana al margen —responde Mateo poniéndose serio—. Dudo mucho que entienda nuestras bromas, lo único que conseguiremos será incomodarla. Recordad cómo reaccionaban Alejandra y María cuando lo hacíamos con ellas.

Los tres asentimos, las chicas se ponían rojas y se enfurecían cuando les preguntábamos cómo eran los Rivera en cuestiones amorosas.

Max se lleva la mano a la mejilla.

—Todavía me duele la bofetada que me dio Alejandra la última vez que se lo pregunté.

Ninguno contiene la carcajada al recordar aquella mañana en el patio del orfanato.

El capullo de mi hermano Mateo se adelanta a mis intenciones y es él quien le abre la puerta antes de que pueda hacerlo yo. Cuando se asegura de que no nos ve, me guiña un ojo y se ríe. Le hago señas para que le haga compañía a Max en el asiento del copiloto, yo quiero estar lo más cerca posible de mi mujer.

Siento el temblor de su cuerpo incluso antes de cerrar la puerta, el mío también reacciona al percibirla. La miro de reajo, sigue observando cualquier cosa que no sea yo y me pone de los nervios. Lo único que pido es una mirada, ver si todavía existe la conexión entre nosotros que noté desde el primer momento que nuestras miradas se cruzaron.

Le doy las gracias no solo por testificar, también porque intuyo lo duro que ha tenido que ser para ella regresar a un lugar como este que le traerá tan malos recuerdos. Cada pequeño gesto que me muestra más me atrae.

Nos quedamos callados cuando responde que lo tendría que haber confesado ayer cuando fueron los policías al orfanato para evitarme pasar la noche entre rejas. Cierro los ojos, en algún momento tendré que decirle que estuve encarcelado dos años por tenencia de armas. No sé decir cómo reaccionará ante la noticia, para ella bastante malo es estar casada con un

hombre que perteneció a una banda callejera como para que se entere de que ese hombre es un expresidiario. No quiero alejarla por un error del pasado.

Dejo que mis hermanos se adelanten cuando llegamos a su residencia, tengo intención de agradecerle de otro modo que me haya salvado el culo, no me conformo con un simple gracias. Al ver que se frota las manos con nerviosismo no me atrevo a acercarme a ella y deseoso porque se retracte, digo:

—Mañana te daré los papeles firmados.

Nuestras miradas conectan por primera vez y la tristeza que descubro en la suya me animan a proseguir conquistándola, aunque no lo dice en voz alta, su cuerpo sí me responde, no está segura de querer divorciarse. Al pedirme ver a Julio comienzo a caminar al interior del inmueble. No dejo de mirarla en el trayecto ni cuando entramos al ascensor.

Tengo intención de acompañarla a ver al chico, pero los brazos de María y Alejandra me lo impiden separándome de ella. Tranquilizo a mis cuñadas asegurándoles de que estoy bien y que nadie me alejará de mi familia.

Cuando consigo deshacerme de mis cuñadas voy al cuarto que ocupa Julio, me quedo parado admirando la estampa; están abrazados. La imagen no puede ser más perfecta; mi mujer e hijo por fin conectan. Dana se escabulle al notar mi presencia, pero antes avisa a Julio de que sin falta el lunes quiere verlo en clase, me alegra saber que desea lo mejor para el chico.

Solo tengo tiempo de abrazar a Julio e intentar tranquilizarlo cuando María aparece en el cuarto. Lleva un sobre abultado en las manos, los dos la miramos.

—Cincuenta mil dólares.

Alzo las cejas, hasta noto la alegría de Julio al saber para qué son.

—¿De dónde ha salido el dinero?

—Dana se lo acaba de dar a Mateo para pagar la liberación de Julio.

Le arrebató el sobre de las manos y salgo en busca de mi hermano, está abrazando a su mujer sin dejar de sonreír.

—¿Quién le ha dicho lo del dinero?

Todos me miran, pero es Alejandra quien responde.

—Se lo dijo ayer tu hermano, pero fue por su insistencia. Te juro que no sabe quien está detrás de todo, solo que un hombre te chantajea con la libertad de Julio.

—¡No la teníais que haber involucrado en esto! —estallo cabreado con mi familia, no porque no deseen lo mejor para el chico, sino porque ella no debe

enterarse quien es Sousa en realidad o las cosas se complicarán todavía más.

Max se acerca al ver que Alejandra tiene intención de culparme a mí.

—Deberías estar agradecido con ella.

He tenido que expresarme mal, porque le estaré eternamente agradecido por lo de esta mañana, pero esto es ir demasiado lejos.

—No solo ha conseguido sacarte de la cárcel sin cargos, también está renunciando a la adopción de Melania —lo miro extrañado—, una niña española que quiere adoptar, para que tú puedas tener a Julio. Hermano, empiezo a pensar que no te la mereces.

Salgo disparado de la vivienda y bajo las escaleras en una carrera, no puedo permitir que deje atrás su sueño por concederme a mí el mío, no soy tan egoísta para actuar de este modo. Cuando alcanzo la calle estoy sin resuello, pero el esfuerzo merece la pena, la pillo al lado de su coche. Me acerco a toda prisa.

—Melania espera que cumplas tu promesa —digo alto para que me escuche.

Empiezo a conocerla y estoy seguro de que le hizo la promesa a la niña antes de marcharse de España, somos tan iguales que es un milagro que nos hayamos conocido.

Se gira de forma lenta y al ver cómo llora, solo quiero abrazarla y decirle que si unimos fuerzas todo saldrá bien, que nos merecemos que por una vez las cosas nos vayan bien como al resto de personas, que no podemos tener tan mala suerte en la vida.

Tiemblo al ver su estado, por ello alargo el brazo para devolverle el sobre, dudo mucho que no lo note cuando me agarra la muñeca y lleva ambas hasta mi pecho. Contengo el aire al notarla, al sentir su cercanía.

—Hace semanas que perdí a Melania. Uno de los dos debe cumplir su promesa. Ese eres tú.

Noto el nudo que se me forma en la garganta, no soy capaz de responderle, es tanta la bondad que tiene que me deja fuera de juego. Para cuando reacciono veo cómo se aleja, otra vez, dejándome desolado en mitad de la calzada.

Estiro el cuerpo para intentar colocar cada músculo en su sitio, no pego ojo en toda la noche. Entre las emociones de ayer, aceptar que pierdo a Melania —que es lo que más quiero—, decirle adiós al único hombre que puede hacerme feliz y el maldito colchón, tengo el cuerpo como si mil camiones se hubiesen entretenido en pisotearlo a su antojo. Arrastro los pies hasta el baño mientras estiro la espalda. Saludo a Idara que se encuentra en la última ducha preparándose para ir al instituto.

Finalizada la ducha me visto rápida y bajo a la cocina para ayudar al resto de compañeros a preparar a los niños antes de marcharme al bar, ya es hora de regresar.

Mateo me sonrío en señal de agradecimiento al entrar, no sé si por lo que he hecho por su hermano o por lo de Julio, en cualquier caso, ambas cosas las he hecho porque considero que es lo correcto. Me coloco junto a él, quiero saber quién está detrás del problema de Julio y hace que Jay tenga que pagar cien mil dólares por su liberación, si puedo ayudarlos no dudaré en hacerlo.

Al principio evita el tema, dice que no es lugar para hablar, apuesto a que todo el mundo conoce la identidad del hombre menos yo. Finalmente consigo que me cuente lo mismo que ayer, pero eso no me aclara nada y lo que quiero saber es el nombre. Encogiéndose de hombros comenta que hable con mi marido si deseo saberlo.

El pitido del móvil hace que deje de escuchar a Mateo. Es un correo electrónico de mi abogado, va con copia a otra dirección, no le doy importancia, no es la primera vez que lo hace. Leo cada palabra que hay escrita en él, tengo que releerlo cinco veces antes de aceptarlo. Camino hasta el dispensador de agua que hay en la otra punta, necesito beber algo más fuerte, pero no puedo permitirme volver a beber, así que me conformo con agua. Regreso a mi tarea blanca como el papel.

—¿Va todo bien? —pregunta Carla sin dejar de observarme.

—Sí, sí, no te preocupes.

«No, no va nada bien, cada vez las cosas empeoran más», pienso.

Barajo la posibilidad de explicárselo a Jay y pedirle el favor, después

recuerdo que está dispuesto a concederme el divorcio. ¿Cómo decirle ahora que lo que necesito es mantener la farsa que tenemos por matrimonio? Tan distraída estoy que varias veces se me resbalan las cosas de las manos y terminan en el suelo. Celines termina invitándome a abandonar la estancia, decido marcharme al bar para comenzar mi jornada.

La puerta está cerrada a mi llegada, debo esperar unos minutos antes de ver aparecer a María que sonrío en la distancia. Tras el habitual café acopladas en la barra, ambas nos disponemos a comenzar la jornada. Empiezo por los baños, necesito un poco de privacidad para dejar la mente divagar. Deseo con todas mis fuerzas adoptar a Melania, pero desde que llegué a Puerto Rico se me está escapando de las manos, cada decisión tomada me aleja más de un futuro juntas.

La larga melena castaña de María asoma por la puerta de los baños de caballeros. Me guiña un ojo antes de decir riendo:

—Tu marido quiere hablar contigo, te espera en el despacho.

No respondo, solo asiento. Me deshago de los guantes y camino indecisa hasta la puerta cerrada del despacho. Golpeo con los nudillos de forma suave, escucho la voz de Jay invitándome a entrar.

La vista se me desvía a su rostro, parece exhausto, como si tampoco hubiese dormido. No puedo despegar la mirada de él, mi cuerpo como siempre va a lo suyo, se emociona solo con verlo. Mis pensamientos me trasladan al calor de sus brazos y la dulzura de sus caricias. Sacudo la cabeza para que no me pille babeando.

—¿Querías verme?

—Siéntate, por favor. —Dirige la mirada a la silla que hay frente a él.

Una vez sentada me fijo en el sobre que descansa encima de la mesa, es el mismo que le entregué ayer a Mateo y por lo abultado, diría que aún contiene el dinero. Froto las manos en los pantalones para calmar el temblor y secar el sudor.

Nos mantenemos callados unos minutos, él sin dejar de observarme y yo sin apartar la vista del sobre.

Por fin decide romper el incómodo silencio que inunda la sala.

—¿Necesito saber dónde has conseguido tanto dinero?

Lo miró directamente, esa pregunta no la esperaba.

—¿Acaso importa?

Sus almendrados ojos se posan en la mía, la intensidad es tan fuerte que me veo obligada a bajar la cabeza para que no descubra mis verdaderos

sentimientos por él.

—Claro que importa. Por favor, dime de dónde has sacado el dinero. Hasta que no me lo digas, no pago la liberación de Julio.

Lo miro indecisa, no es justo que me chantajee de esta manera. Al ver que no tengo otra opción, le digo la verdad.

—Al llegar a Puerto Rico Gustavo me entregó una tarjeta de crédito que no quise aceptar y mucho menos usar, no necesito caridad de nadie. Estaba entre mis cosas cuando recogí, no me enteré de que me la llevé cuando salí a hurtadillas de su vivienda. Pero había el dinero suficiente que necesitas para pagar la liberación de Julio, y según Gustavo esa miseria cantidad no le arruinará.

Su rostro se contrae al escucharme.

—¿El dinero es de Sousa?

Me extraña tanto su tono de voz al nombrar a Gustavo.

—Bueno... Digamos que sí.

Acerca el sobre hasta ponerlo frente a mí.

—No puedo acertar el dinero, devuélveselo a su dueño.

No entiendo la reticencia de quedarse con el dinero.

—Técnicamente el dinero es mío, la cuenta estaba a mi nombre. Así que, por favor, no seas cabezón y cógelo. —Sigue sin estar convencido de quedárselo—. No pienses de dónde procede, piensa en Julio. Sé que no dispones de esa cantidad, escuché a tu hermano. Paga a esos hombres para que el chico pueda regresar a su vida.

Acepta sin mucha convicción, me incorporo pensando que ya ha terminado la reunión entre nosotros. Tengo agarrado el pomo de la puerta para abandonar la estancia y seguir con mi trabajo, cuando comienza a hablar de nuevo.

—¿Quién es Melania?

Se me humedecen los ojos al pensar en ella, pero antes de contestarle quiero averiguar otra cosa.

—¿Quién son los hombres que quieren a Julio?

Niega rotundamente.

—Créeme es mejor que no conozcas su identidad. Respóndeme, por favor.

—Una princesa rubia de ojos azules —contesto mirando la puerta, no deseo que vea cómo me afecta hablar de ella.

—¿Por qué la das por perdida?

—Malas decisiones tomadas —respondo sin llegar a decir que él es una de

ellas.

—Imagino que nuestro matrimonio y yo somos parte de ellas —susurra junto a mi oído erizándome la piel.

No me he enterado de cuando ha acortado la distancia entre nosotros.

Me giro para encararlo, lo primero que vislumbro son los gruesos labios, después sus ojos en los que me pierdo con su intensidad. Ahora mismo solo deseo que me abrace y me haga sentir protegida, segura y libre.

—Dana, si puedo hacer algo para ayudarte, no dudes en pedírmelo, te debo mucho más de lo que imaginas.

Me acaricia la mejilla sin apartar la mirada y tiemblo bajo su caricia.

Es la oportunidad perfecta para decírselo, sin embargo me veo retrocediendo para alejarme de él y de sus caricias. Es egoísta por mi parte pedirle tal cosa sin saber con exactitud el tiempo que debe durar la farsa, le robaría parte de su libertad y es algo que jamás haría. Me marcho de Shumara al finalizar mi jornada.

Durante la tarde me entretengo en ayudar a los más pequeños con los deberes, el tiempo que le dedico a los trabajos que deben presentar el lunes hacen que me olvide de mis problemas, el cerebro me lo agradece, lleva semanas sin parar de funcionar. Sin cenar me retiro a mi cuarto, estoy exhausta y muy cansada aunque sé con certeza que pasaré otra noche en vela.

El sol ilumina la ciudad cuando abro los ojos, no me apetece estar encerrada en el centro, no quiero más preguntas ni miradas lastimeras. Necesito desconectar de todo. Echo de menos las horas sentada en la arena observando el mar y desde que llegué a Puerto Rico no he tenido oportunidad de perderme sola en la playa.

Le pido permiso a Ricardo para no regresar el resto de la mañana al orfanato, al concedérmelo, preparo una pequeña mochila con lo necesario. Introduzco ropa adecuada para cambiarme cuando termine en Shumara, mi libreta donde me desahogo escribiendo mi vida como si se tratara de otra persona y algo de comida, en el bar me haré con la bebida.

A mi llegada al trabajo María se extraña al ver la bolsa colgada de mi hombro.

—Buenos días. —Saluda poniendo los cafés en la barra—. ¿Vas a algún lado? —comenta sin dejar de mirar la mochila.

—A la playa, echo de menos los rayos de sol.

Sonríe pícaramente.

—¿Sola?

No puedo evitar reír ante la pregunta.

—Sí. Cuando necesito desconectar de la realidad me gusta sentarme en la playa y observar el mar. A veces invento historias distintas de mi vida. — Sonreímos, aunque la risa no llega a iluminar los ojos de ninguna.

Apoya los codos en la barra.

—¿Sabes? A veces pienso que la gente como nosotros está destinada a estar junta. —La miro sorprendida—. Sí, también me críe en el orfanato. Mi compañera de habitación era Alejandra. Para cuando llegué al centro, los Rivera eran los dueños de él. ¡Qué años más buenos! —recuerda con melancolía.

Durante un rato me narra su vivencia en el centro. Al principio no soportaba estar cerca de Max, su arrogancia era superior a ella. Durante años se hicieron la vida imposible mutuamente. Todo cambió una noche, estaba con sus amigas del instituto en las fogatas de la playa y un chico de tercer curso —compañero de Max— junto a sus amigos ricos, pasó parte de la noche despreciándola por ser huérfana, Max se enzarzó en una pelea con él para que la dejara tranquila. Comenzó a verlo con otros ojos y una cosa llevó a la otra, hasta el día de hoy que están felizmente casados.

—En serio, cada vez que lo veía salir de las duchas sin camiseta y veía los tatuajes me asustaba, hasta esa noche que —al salvarme— pasó a ser mi príncipe azul.

Aunque la conversación es amena, tengo tareas pendientes. Me incorporo del taburete.

—Voy a empezar o no termino en toda la mañana. Otro día me sigues contando vuestras batallitas, me gustan.

Una suave melodía inunda el bar, al rato se suma la dulce voz de María, me quedo mirándola, es la primera vez que la escucho cantar. Me guiña un ojo con complicidad.

Para cuando quiero darme cuenta las tres horas han pasado. Me adentro en el baño de señoras y cambio la ropa de trabajo por unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes.

En la barra le pido a María dos botellas de agua, estoy introduciéndolas en el interior de la mochila cuando se abre la puerta y aparece Jay por el local. Nuestras miradas se cruzan y las mantenemos más tiempo del necesario, hasta que notamos la presencia de María. Me despido de ambos antes de marcharme.

Sentir la arena bajo los pies me sabe a gloria, suspiro con cada pisada.

Estiro la toalla en el lugar más alejado, necesito soledad y estar rodeada de turistas no es lo que busco.

Antes de sentarme a descansar, decido pasear un rato, sentir la mezcla de agua y arena entre los dedos de los pies es una delicia. Sedienta regreso a la toalla.

Miro el mar e imagino mi vida de otro modo; una infancia normal, sin golpes, sin droga, sin alcohol y sin hombres violándome cada noche. Cierro los ojos, quiero evaporar los recuerdos de la mente, en vez de eso los revivo.

La noche era fría para estar en la calle, me abrazaba los brazos desnudos, mis padres me habían elegido la ropa; un vestido de flores sin mangas que me llegaba hasta las rodillas. Temblaba de pies a cabeza hasta que mamá me pinchó. Entonces comencé a relajarme, mi cuerpo se dejó llevar anestesiado, la sensación era como si mi pequeño cuerpo de seis años flotara.

—Dana —llamó mamá.

Alcé la vista para toparme con unos ojos azules carentes de vida.

Señaló al otro lado de la calle y un hombre mayor estaba de pie mirándome.

—Vas a portarte muy bien con aquel caballero, lleva mucho tiempo queriendo pasar un rato contigo.

Asentí adormilada, mi mente no funcionaba con normalidad.

Con timidez esperé de pie hasta que estuvo a mi lado, extendió una mano y lo agarré dudosa bajo la atenta mirada de mamá, sino lo hacía me pegaría. Nos adentramos en el interior de casa y me guio hasta el dormitorio. Mi pequeño cuerpo comenzó a temblar, sabía lo que me deparaba tras la cortina que hacía las veces de puerta. Sin moverme, observé cómo se deshacía de la chaqueta y cortaba. Sin dejar de mirarme se quitó el resto de ropa hasta quedar en calzoncillos. Levantó la mano invitándome a acercarme. Dudé un instante, no quería más dolor y sentirme sucia.

El hombre al ver que no me movía, habló:

—¿Quieres que llame a tu papá?

El pánico de que él entrara en la habitación fue mayor al deseo de correr. Con timidez me acerqué al desconocido, me aferró la mano para tumbarme a su lado.

—Eres preciosa, princesita —dijo al tiempo que comenzaba a repartirme besos por el cuerpo.

Olía alcohol. Me entraron arcadas cuando me besó y comencé a temblar cuando deslizó las manos bajo el vestido. Me mantuve rígida mientras el gemía junto a mi oreja diciendo lo preciosa y deliciosa que era. No respiré cuando me desnudó y cerré los ojos cuando se abrió paso en mi interior. Las lágrimas recorrían mi rostro asustado, no me gustaba lo que me hacía y el dolor era insoportable. Cada movimiento suyo me desgarraba. Cada gruñido que emitía me consumía. La muerte era mejor que el infierno en el que se había convertido mi vida desde hacía seis meses.

El infierno cesó, con un último beso el hombre se incorporó y comenzó a vestirse. Me quedé allí tirada sobre el colchón, notando como la sangre recorría mis delgadas piernas. Los ojos los dejé fijos en las humedades del techo, evitando mirarlo a los ojos, me asqueaba la sensación de suciedad que sentía. Salió del cuarto prometiendo verme la semana siguiente, no lloré, era peor. Si me pillaban mis padres se turnarían para pegarme después de colgarme boca abajo en la soga.

Abro los ojos y no tardo en comprobar que estoy llorando. Envuelvo las piernas con los brazos y dejo caer la cabeza. Las pesadillas no me han abandonado en todos estos años, todavía revivo cada una de las veces y siento el mismo dolor desgarrador que entonces. Con cada sollozo el cuerpo se convulsiona más fuerte, intento calmarme, no llamar la atención del resto de personas, pero la angustia me supera.

—¡No me toques! —grito al sentir una mano acariciándome la espalda.

Me revuelvo asqueada, sintiéndome igual de sucia que con seis años. Abro los ojos y observo la figura que con mirada preocupada no cesa en obsérvame.

Los almendrados ojos me hacen volver poco a poco a la realidad, hasta que el recuerdo se desvanece. Se queda acucillado a mi lado, sin decir nada, sin moverse. Escondo de nuevo el rostro entre las piernas para rebajar los latidos del corazón y dejar desvanecerse las últimas lágrimas. Espero que se marche sin hacer preguntas, no me gusta que me vea así.

Levanto la cabeza despacio a la vez que me limpio la cara con las manos. No es necesario que gire la cabeza para saber que sigue a mi lado sentado a escasa distancia con las piernas estiradas. La vergüenza por haberle chillado me invade. Sin mirarlo a los ojos pido perdón.

—Lo siento.

Nos mantenemos en silencio. Observamos las olas romper en la orilla y

los niños jugar y reír sin preocupaciones. Lo que daría por haber tenido una infancia normal.

—No tienes que pedir perdón. Hay ocasiones que necesitamos estar solos para sacar el dolor que llevamos dentro.

Sus palabras hacen que lo mire fijamente. Se encoge de hombros sin ofrecer otra respuesta. El silencio vuelve apoderarse de nosotros, aunque en esta ocasión ninguno de los dos desvía la mirada hacia el océano. Nos concentramos en nosotros, en intentar averiguar nuestros miedos más profundos, en conocernos sin hablarnos.

Estira la mano hasta llevarla a la espalda, la regresa con un botellín de agua, vuelve a repetir el proceso hasta hacerse con otra. Me ofrece una de las botellas abiertas, la acepto llevándomela a los labios. Necesito despojarme de todos los recuerdos, aunque como en anteriores ocasiones, al estar cerca de él, no los siento como míos. Es como si durante seis años mis padres no hubiesen vendido mi cuerpo al primer postor que pasaba por delante de la chabola.

—¿Qué haces aquí? —Me atrevo a preguntar, después del pequeño incidente de pánico me avergüenza estar a su lado.

Me mira de reojo sin dejar de observar el mar.

—Max ha venido a verme al bar. —Me alegro por él, tiene una familia que lo quiere, pero eso no responde mi pregunta—. Y María me ha dicho dónde encontrarte. —Sorbe un trago de agua antes de volver a hablar—. ¿Por qué no me lo dijiste ayer?

Lo miro desconcertada, no sé a qué se refiere.

—¿Decirte qué?

—Que sí puedo ayudarte. De hecho, podemos ayudarnos mutuamente.

Mi mirada no le dice nada porque no explica más, espera que lo descubra por mi cuenta.

—¿En qué puedes ayudarme?

—Nuestros abogados, incluso Max, están de acuerdo en que si mantenemos el matrimonio nos puede ayudar con las adopciones.

Me llevo la mano a la boca, me había olvidado por completo del correo del abogado, hoy necesitaba un día para mí, para organizar mis sentimientos. Me siento culpable por relegar de mis pensamientos a Melania y no buscar una salida al problema. Miro al hombre que está sentado a mi lado. El peligro que emana desaparece conforme lo conozco. Como bien me dijo Ricardo, bajo esa capa de tatuajes se halla un buen hombre con un enorme corazón.

—No quiero ser una carga y menos privarte de la libertad de poder estar con quien desees.

Escucho un leve gruñido procedente de su garganta, entiendo que se ofrece para compensar lo que hice por Julio y por él, pero no deseo eso, no quiero que deje de hacer su vida por ayudarme. Se queda callado, se entretiene en jugar con la arena filtrándola entre sus dedos.

—Jayce, de verdad, no es necesario. Ya buscaré la forma de que el Estado español me conceda la custodia de Melania. Si no lo consigo, regresaré a España para estar con ella.

—Jay.

Lo miro sin entender.

—¿Qué?

Por fin levanta la mirada.

—Te dije que me gusta que me llamen Jay —acepto la petición—. No te lo ofrezco solo por lo que has hecho, también lo hago por mí. Mi abogado y Max llevan tiempo diciéndome que era lo mejor. En parte es una ventaja, no tengo que preocuparme de buscar esposa, la tengo sentada a mi lado. —Encoge los hombros ante la mirada que le dedico—. Míralo de este modo. Tú quieres la custodia de Melania y yo la de Julio. Ambos abogados están de acuerdo en que nuestro matrimonio puede facilitarnos ambas. Finjamos que estamos locamente enamorados y logremos nuestro objetivo. Después, siempre nos quedará el divorcio.

Lo miro pensativa, no es mala idea, pero se ha olvidado de algo. Para que funcione debemos compartir casa y yo resido en el orfanato. Además, que mi sueldo no me permite independizarme si quiero ahorrar lo suficiente para los futuros estudios de Melania. Al sentir el estómago rugir, saco los bocadillos de la mochila, le ofrezco uno y él abre otros dos botellines de agua.

—En tu plan perfecto hay cabos sueltos. —Ríe ante el comentario que hago tras engullir la comida—. Para que la gente crea nuestra mentira tendríamos que vivir juntos, te recuerdo que no tengo casa.

—Yo, sí. Múdate conmigo.

Alzo la ceja, no puede ser tan simple. No puede haber olvidado el pequeño detalle que las veces que hemos estado juntos ha estallado el fuego entre nosotros. No puedo obviar la atracción que siento por él y por como me mira la mitad de veces, él está en la misma tesitura que yo. ¿Cómo convivir sin llegar a destrozarnos más de lo que ya estamos? Sería una imprudencia por nuestra parte.

—No es tan fácil como quieres hacerlo.

—¿Dónde está la complicación?

Nos señalo con el dedo, haciéndolo recapacitar en nuestros encuentros.

—Nosotros, podemos complicarlo aún más.

No le gusta la respuesta, lo noto en su mirada que se vuelve distante.

—Tengo otro dormitorio, no es necesario que compartamos cama, solo casa. —Acorta los centímetros que nos separan uniendo nuestras caras, se frena a escasos milímetros de unir nuestras bocas—. ¿Tan malo fue para ti pasar la noche conmigo?

El calor me recorre todo el cuerpo y no es debido a los rayos de sol que se proyectan en la piel, es debido a sentir su cálido aliento tan cerca, oler el aroma tan delicioso que desprende.

—No he dicho eso —consigo decir mirándolo a los ojos.

Se hace con un rizo y lo enreda entre los dedos.

—A mí no me importaría volver a repetirlo cada día —susurra acariciándome los labios con los suyos.

Se retira de inmediato dejándome confusa.

Miro el reflejo que me devuelve el espejo, llevo dos días sin dormir y comienza a pasarme factura. Apremio a Julio para que se vista o llegaremos tarde, aunque insista ir solo estos días al instituto, le dejo claro que seré yo quien lo lleve y quien lo recoja maldiga lo que maldiga, su seguridad está por encima de todo.

No me voy del *parking* del instituto hasta que no me cercioro de que está en el interior, más relajado al saber que durante unas horas estará seguro me marchó al despacho del abogado de oficio, tengo que hablar con él qué supondrá el divorcio en la adopción.

El hombre me mira por encima de las gafas y niega una y otra vez.

—Te he dicho muchas veces que estar casado es lo mejor que te puede pasar. ¿Qué ha sucedido para que tu mujer quiera separarse tan pronto?

No puedo decirle que el matrimonio en sí es una farsa, que Dana solo quería una boda simbólica para cumplir el sueño que tenía desde pequeña. Pero yo, aprovechando su estado de embriaguez, la convertí en legal. Si le cuento la verdad estoy seguro de que el hombre dejará de mirarme con buenos ojos.

—Cosas de pareja —respondo escueto.

Rebusca entre la montaña de papeles que inundan su mesa hasta que da con el que le interesa.

—Mira, ayer me llegó esto. Asuntos sociales quiere entrevistaros a los dos. Si todo marcha bien, es cuestión de meses que consigas la custodia de Julio.

Me hundo en la silla, saber que está tan cerca y que se me escapa de las manos por tener que firmar el divorcio consigue desanimarme más de lo que estoy.

—¿Estás seguro de que no puedes retrasar la separación?

Me quedo callado unos segundos, cómo pedirle a Dana que me haga este favor después de lo que ha hecho por mí. No, no puedo obligarla a que esté conmigo si realmente no lo desea.

—Puedo hablar con ella, pero no aseguro nada.

Asiente.

—Inténtalo al menos.

Salgo del despacho con mal sabor de boca. Si se lo pido, pensaré que soy un egoísta, cuando la realidad no es así, de no ser por Julio nunca habría cometido la locura de casarme con ella. Medito lo último y me llamo mentiroso, el chico solo fue una mera excusa.

Regreso a Shumara y encuentro a mi cuñada ni rastro de mi mujer, antes de adentrarme en el despacho pido que la busque y le diga que quiero verla. Cierro la puerta al acceder, cosa que no acostumbro a hacer, por regla general siempre está abierta.

Tomo asiento en la silla y dejo el mismo sobre que ella le entregó a Mateo en la mesa, creo saber de dónde procede, pero quiero cerciorarme antes de quedar con Sousa para finiquitar la deuda.

—Adelante —digo al escuchar la llamada en la puerta. Sin levantar la vista de la mesa, le pido—: Siéntate, por favor.

Incluso a esta distancia siento el temblor de su cuerpo. Espero a que se siente. Al igual que ayer, no centra la mirada en mí, la fija en el sobre que a consciencia he dejado encima de la mesa. Escucho la fricción que hacen sus manos mientras las frota, está nerviosa y en parte es por estar a solas en el mismo cuarto que yo.

—¿Necesito saber dónde has conseguido tanto dinero? —pregunto para que la angustia pase pronto.

Cierro los ojos rezando para que no sea de él. Si al final me lo confirma el problema persistirá ya que no puedo pagarle con su propio dinero, cuando Sousa se entere, las consecuencias serán devastadoras. Al abrirlos me topo con su mirada y verla tan exhausta me enferma. Le dije a María que le diese quince días libres y la cabeza se ha incorporado antes de tiempo.

Me da largas en la respuesta, no es lo que busco. Le vuelvo a insistir en que sí es necesario saber la procedencia. La cara se me transforma al confirmar mis sospechas, el dinero es de Sousa. Se lo devuelvo inmediatamente, no puedo aceptarlo. Si se entera de que me ha entregado el dinero sería ponerla en peligro, cosa que no estoy dispuesto a que suceda, bastante tiene ya con estar cerca de mí.

Vuelve a insistir en que el dinero es suyo y no de su amigo, que él se lo entregó al llegar a Puerto Rico. Lo que desconoce es que si lo usa ya pasa a ser de su propiedad y la vinculará a él de por vida. Es el método que suele usar con todas sus chicas, les hace ver que la tarjeta solo es un regalo; pero

cuando utilizan el dinero muestra su verdadera identidad, condenándolas a trabajar para él toda una vida.

Dejo que crea que voy a usarlo cuando sé que no lo haré, me buscaré la vida para conseguirlo. Se incorpora dispuesta a marcharse del despacho, tengo que pensar algo rápido que decir para mantenerla más tiempo encerrada aquí, debo hablar de nuestro matrimonio y no sé cómo plantearlo sin que parezca que estoy pidiéndole otro favor más, bastante ha hecho ya sin saberlo.

Le pregunto lo primero que me viene a la mente; Melania. Anoche Mateo me contó que lleva dos años intentando adoptarla, pero al igual que yo, no se lo conceden por su pasado. Su cuerpo reacciona de forma distinta al pensar en ella que cuando se trata de mí. Al girarse y ver sus ojos húmedos, solo deseo abrazarla y decirle que juntos podemos conseguirlo, que ninguno de los dos tiene porque desistir de su sueño.

No estoy preparado para su siguiente pregunta y mucho menos para responderla, cómo decirle que el cabrón que le está haciendo la vida imposible a Julio y por lo tanto a mí, es a quien ella considera su amigo. Me niego a causarle ese dolor, porque estoy seguro de que sufrirá cuando descubra la verdad y espero estar cerca para poder paliar el sufrimiento.

Me acerco a ella y no puedo evitar acariciarla.

—Dana, si puedo hacer algo para ayudarte, no dudes en pedírmelo, te debo mucho más de lo que imaginas.

Espero que capte el doble sentido de la frase ya que no solo le debo mi libertad, también mi vida, porque aunque no lo sepa, mi vida cobró sentido cuando la conocí, hasta entonces no sabía lo perdido y solo que estaba en este mundo. Desgraciadamente lo único que consigo es volver a alejarla de mi lado. Me quedo plantado en la puerta viendo cómo se marcha sin mirar atrás.

La aparto de mis pensamientos y me centro en lo que debo solucionar con urgencia. Al comprobar la hora, decido que es buen momento para hacer una visita.

Circulo adentrándome en la parte baja de la ciudad, solo hay una persona en todo San Juan que pueda prestarme cincuenta mil dólares sin hacer preguntas ni revisar mis cuentas bancarias. Aparco la motocicleta frente a la fachada azul, es la casa de Diego, aunque él esté entre rejas, imagino que su segundo estará al mando hasta que regrese a las calles.

Subo los escalones hasta alcanzar la puerta roja que me cerciora de que estoy en el lugar adecuado. Llamo dos veces, es la señal de que se quiere solicitar un préstamo urgente. El guardaespaldas de Diego me da acceso a la

vivienda, me dejo guiar por él hasta la última habitación de la casa. Sentada detrás del escritorio la mujer de Diego está con su hijo en el regazo. Miro al niño, no tendrá más de seis años y ya tiene las facciones endurecidas al igual que su padre.

Le expongo mi caso a la mujer, también lo que su marido me dijo antes de que me soltaran sin cargos. Le pide al hombre que se marche cosa que me sorprende.

—¿Cuándo los devolverás?

—No lo sé con exactitud.

Junta las manos y se queda pensativa.

—No será necesario que me los devuelvas si a cambio, cuando te lo solicitemos, nos devuelves el favor.

Alzo la ceja, por lo visto la mujer no sabe que ya no pertenezco a ellos.

—Hace años que estoy fuera.

—Lo sé, mi marido me tiene al corriente de todo lo que sucede en la ciudad.

—¿Cuál sería el favor?

Hace un amago de sonrisa.

—Todo a su debido tiempo, por ahora solo te diré parte. —Nota mi incertidumbre porque se apresura a seguir explicándose—. Sabemos que el culpable de la muerte de mi suegro es Sousa, pero ese hijo de puta tiene a toda la ciudad comprada y ha intentado cargarte el muerto a ti.

Me sorprende y molesta ver lo curtida que está en la calle.

—Poco se puede hacer contra eso.

—Hay un modo. —La invito a que me la cuente con la mirada—. Asesinato.

La miro atónito, si piensa que voy a mancharme las manos de sangre es que su marido no le he hablado lo suficiente de mí.

—No pienso matar a nadie.

—No he dicho que seas tú quien dispare.

Explica como llevar a cabo la venganza por la muerte de su suegro, no replico en ningún momento. Salgo de la vivienda con la cabeza embotada. No puedo creer que haya aceptado la oferta, pero si no lo hago no tengo con qué pagar a Sousa y es algo que debo hacer de inmediato. Más adelante pensaré en cómo salir del embrollo en el que acabo de meterme.

A la mañana siguiente me dirijo a la oficina de uno de mis mayores enemigos, entro con la cabeza bien alta. La secretaria de Sousa se incorpora

rauda al ver mis intenciones. Sin llamar abro la puerta del despacho del cabrón que me amarga la vida desde hace muchos años. Sonrío al comprobar que no está solo. Mia, la hija de uno de los que trabaja para él, está sentada en su regazo.

Lanzo el sobre sin dejar de observarlo, me importa una mierda la mirada asesina que me dedica, todavía no ha entendido que puedo llegar a ser peor que él.

—Tus cincuenta mil dólares extra y también los que le diste a Dánae. Con esto cerramos el precio por la libertad de Julio y también la de ella. No vuelvas a acercarte a mi familia ni al orfanato.

Se incorpora sin importarle demasiado que la chica se desequilibre.

—¿Te recuerdo que soy el dueño de la ciudad? Haré lo que me plazca, Rivera.

Lo encaro antes de salir de esta oficina repleta de escoria.

—Sousa, no me busques más las cosquillas que al final me vas a encontrar y puede que te arrepientas.

Ríe escandalosamente. Lo ignoro por completo dándome la vuelta para marcharme, pero la amenaza que lanza me deja paralizado.

—Aléjate de ella si no deseas verla trabajando en cualquiera de mis locales, eso si soy compasivo y la dejo en el país. Si me tocas mucho las pelotas puede que acepte la oferta de algún japonés que tengo sobre la mesa.

Aprieto los puños, no puedo perder el control antes de tiempo, no cuando todo está tan cerca.

—Te considera su amigo. ¿Qué crees que pensará si descubre quién eres en realidad? ¿Piensas que te perdonará y volverá a tu lado? —Veo que le afectan mis palabras y descubro un punto débil que nunca antes he sabido.

Se acerca de manera amenazadora, me mantengo pasivo en el mismo lugar sin mover ni un músculo.

—Recuerda esto, Rivera, a mí nadie me amenaza. Si quieres que el joven Julio no vuelva a ser de mi propiedad deja en paz a mi mujer.

Salgo del edificio maldiciendo interiormente, lo que más me apetece hacer es golpearlo hasta quedarme sin resuello, pero si lo hago lo estropearé todo, cosa que no estoy dispuesto a hacer. Me marchó al bar conduciendo más rápido de lo normal, necesito desfogar la mala hostia que me recorre por cada vena.

A mi llegada me encuentro con Dana en la barra, nuestras miradas dicen todo lo que ninguno se atreve a expresar en voz alta. Me adentro en el

despacho al saber que no estamos solos. Me masajeo las sienes y cierro los ojos. La tranquilidad dura escasos minutos, la puerta se abre y tras ella aparece Max. Toma asiento y carraspea para que le haga caso.

Abro los ojos mirando el reloj.

—Últimamente estás más en mi despacho que en los juzgados —digo apoyando los brazos en la mesa.

—Si no me dices tanto trabajo estaría haciendo el mío y no intentando salvarte el culo cada dos por tres.

—Max —mascullo para que no siga por ahí. Deja caer un *email* impreso en la mesa. Lo miro desconcertado, no sé quien es tal Agustín que lo manda—. ¿Qué es esto?

Amplía los labios hasta convertirlos en una enorme sonrisa.

—Tu excusa para no tener que divorciarte. —Mira los documentos que me entregó ayer—. Aunque veo que no tienes mucha prisa por hacerlo.

Miro el papel con otros ojos, lo leo detenidamente sin poder creer lo que descubro. No sé si abrazar a mi hermano o cruzar el charco a nado para agradecerle al abogado de Dánae la sugerencia que le hace a ella y a mi abogado.

—¿Es real? —pregunto sin creer todavía que la vida pueda sonreírme por una maldita vez.

—Tan real como que el letrado Agustín tuvo la delicadeza de enviarme una copia a la vez que a tu mujer.

Saboreo su última palabra; mi mujer. A los ojos de la Ley es verdad que estamos unidos en matrimonio, en la práctica la cosa es un poco más compleja. Pero la astucia de su abogado me da la oportunidad de hablar con ella del tema y que no parezca que le pido otro favor.

Salgo del despacho, mi hermano me sigue. Espero a que el cliente que está pagando salga del local para interrogar a mi cuñada, es la única que puede decirme su paradero.

Estaciono en la orilla de la carretera. Desciendo el camino de madera adentrándome en la playa. Camino sorteando turistas tumbados que toman el sol, casi al final de la arena encuentro a la persona que vengo a buscar.

Se me acelera el corazón al ver que su cuerpo se estremece y tiembla de miedo. Corro hasta situarme a su lado. El suspiro doloroso que emite me rasga el alma, hincó las rodillas en la arena y comienzo a acariciarle la espalda, solo quiero borrar el dolor que la invade. No me extraña ni me molesta el grito que da para que deje de tocarla. Entiendo que está reviviendo

parte de su pasado y ha de ser doloroso rememorarlo una y otra vez sin poder escapar de él.

Me siento a su lado para mantener las distancias, pero lo suficiente cerca para que sienta mi calor, que estoy aquí para protegerla y cuidarla hasta que la muerte nos separe. Que no hay lugar en el universo donde quiera estar si no es con ella a mi lado. Juego con la arena para evitar levantar las manos y secarle las lágrimas que cubren sus mejillas.

Le digo que no tiene que disculparse por nada cuando lo hace. Todos tenemos nuestros momentos de debilidad y por experiencia propia, en ocasiones es mejor resolverlos solos y hasta que no me cuente su pasado, solo puedo mantenerme a su lado, poco más.

Se recompone del ataque de pánico y siente curiosidad por saber qué hago a su lado en la playa. Le expongo lo que he descubierto gracias a Max. Que nuestros abogados opinan que lo mejor es mantener la farsa de nuestro matrimonio.

Gruño enfadado cuando da por sentado que seguir casado y aceptar mi proposición es privarme de mi libertad. Todavía no ha entendido que era prisionero de esta vida hasta que ella me dio las alas para liberarme de mi soledad. Que sin ella a mi lado seguiría siendo un mero vagabundo que lucha por el bienestar de otro obviando el suyo propio.

—No es tan fácil como quieres hacerlo —dice tras tomar un bocado.

Miro al frente para evitar que note mis ruegos internos para diga que acepta.

—¿Dónde está la complicación? —digo mirándola al fin.

Nos señala a ambos con el dedo, entiendo dónde quiere ir a parar, rezo porque no se atreva a decirlo en voz alta, no surge efecto.

—Nosotros, podemos complicarlo aún más —dice sonrojándose levemente.

Cierro los ojos, necesito pensar con claridad. Los abro de nuevo e intento parecer frío, distante, porque si no, no habrá forma humana de convencerla.

—Tengo otro dormitorio, no es necesario que compartamos cama, solo casa. —Como siempre ocurre cuando la tengo cerca, pierdo el hilo del asunto. Unos nuestras caras hasta que nos separan milímetros, me urge besarla pero más descubrir una cuestión—. ¿Tan malo fue para ti pasar la noche conmigo?

Se ruboriza al instante, para mí es suficiente respuesta, aunque me encanta escucharlo de su dulce boca.

—No he dicho eso.

No desvíó la mirada, quiero perderme en ella eternamente. Agarro un mechón de pelo y me entretengo en jugar con él.

—A mí no me importaría volver a repetirlo cada día —susurro sin poder resistir rozar sus labios con los míos.

Contengo el gemido de placer al sentirlos. Me levanto para marcharme del lugar, quiero que tome la decisión por voluntad propia, no puedo obligarla a mantener nuestro matrimonio y tampoco a que compartamos casa.

El resto de la tarde lo dedico en adecentar el tercer cuarto de mi hogar. No tengo claro que opte por mudarse, pero si lo hace, tendrá una habitación esperando su llegada, aunque yo la esperaré cada noche en nuestra cama.

Cada día que pasa me siento más segura, más libre de pasear por las calles de Puerto Rico como una transeúnte más de la ciudad. En parte se lo debo a Jay, es él quien provoca este estado de seguridad. Estar a su lado me hace parecer persona, no un objeto al que utilizar. Durante tantos años me acompañó ese sentimiento y llegué a pensar que jamás sabría lo que sería sentir, gozar, llorar, reír y gritar por motivos propios y no por los impuestos.

Gracias a su insistencia acepté la oferta de convivir juntos, de ser por mí aún estaría en el orfanato para no causarle problemas. Lo irónico es que durante estas semanas él parece cómodo con la convivencia, hasta el punto que lleva días animándome para que convalide mis estudios de psicología en el país. En cierto modo me vendría bien si lo hiciese, así el orfanato puede ahorrarse los honorarios del profesional que atiende a los nuevos residentes y a los chicos que necesitan terapia por su pasado.

Ha sido tan cortés al no sacar a relucir el incidente ocurrido en la playa, que le agradezco el gesto de darme la libertad de elegir, si deseo o no hablar del tema. Terminó de preparar la cena, estará a punto de llegar y ambos nos hemos acostumbrado a cenar juntos ya que a la hora de la comida es más complicado coincidir durante la semana.

Coloco la ensalada malagueña y la tortilla de patatas con cebolla en el centro de la mesa. Aunque esté en Puerto Rico no he perdido la costumbre de cocinar platos tradicionales de mi país y he descubierto que él se está aficionando a la comida española, no hay plato que cocine que no le guste. Agradezco su buen paladar, el pobre no se ha quejado ni una vez, incluso ni cuando se me quemaron las albóndigas de bacalao por estar hablando por Skype con Fran.

Estoy colocando los cubiertos cuando la puerta se abre y aparece el dueño de la casa.

—Buenas noches. —Saludo con una franca sonrisa—. La cena está lista.
Me devuelve la sonrisa.

—Buenas noches. —Mira la mesa y después a mí, su sonrisa se ensancha al no reconocer los platos—. Tienes que dejar de malcriarme.

Lo miro sin entender a qué se refiere, lo aclara:

—Se supone que nuestra situación no es eterna y es fácil acostumbrarse llegar a casa, tener la cena servida y una bella mujer esperándome. — Nuestras miradas se encuentran.

Decido romper el contacto visual, cada día que pasa se me hace más imposible pensar en una vida sin él. Sé que no debería desvariar con sueños inalcanzables puesto que nuestra situación es temporal, algo que quedó claro antes de trasladarme aquí, pero es con el único que me siento yo; Dánae.

Él hace que olvide el pasado turbio en el que cada noche un hombre distinto poseía mi cuerpo sin mi consentimiento, las eternas horas de mono hasta que alguno de mis padres me daba mi dosis de heroína y la droga conseguía que imaginara una vida de fantasía donde los príncipes azules existían y las niñas no eran violadas con el consentimiento de sus padres.

Me adentro en la cocina para coger la bebida y evaporar los malos recuerdos.

—¿Cenamos primero o prefieres darte una ducha? —pregunto alzando un poco la voz para hacerme oír.

Cojo de la nevera un par de botellines de cerveza, una sin alcohol, desde que vivo con él me he acostumbrado a tomarme una durante la cena. El recuerdo de nuestra primera cena me invade; serví agua, lo que acostumbraba a tomar yo, antes de sentarse se hizo con una cerveza y objetó que la cena sabía mejor con esa bebida. No pude quitarle la razón la siguiente noche cuando subió del bar provisiones sin alcohol para que pudiese acompañarlo.

Al girarme me choco contra su pecho, tiene que sujetarme por la cintura para evitar que caiga.

—Lo siento. —Me disculpo.

Ambos nos miramos intensamente, ninguno puede negar la atracción que nuestros cuerpos sienten al estar tan pegados, es él quien se separa.

—Culpa mía —dice cogiéndome las botellas—. Vamos a cenar antes de que se enfríe.

Sacudo la cabeza antes de abandonar la cocina para eliminar las ganas de avanzarme sobre él y devorarlo. Es tontería que nos compliquemos más la vida, bastante difícil es ya de por sí.

La cena es amena, como las demás veces. Nos relatamos el día. Yo le cuento lo que he hecho con los niños y el progreso de Julio en el instituto, y él su cita con el abogado, dice que es lo más interesante que le ha sucedido.

Me alegra saber que desde que decidimos convivir juntos, su abogado ve

más factible la adopción de Julio. Dice que si las cosas siguen así en unos meses podrá obtenerla. Brindamos por la buena noticia. Antes de ducharse me ayuda a recoger la mesa y fregar la vajilla utilizada.

Nos acomodamos en el sofá dispuestos a ver un rato la televisión, él necesita relajarse del duro día del bar y yo olvidar los sentimientos que día a día florecen respecto a él. Con disimulo lo observo, al verlo tan relajado estirado en el sillón sus facciones duras desaparecen, haciéndolo más bello de lo que es. Con esa pose nadie diría que este hombre perteneció a una banda callejera un día y que pasaba más noches en el calabozo que en el orfanato. A Ricardo le encanta hablar de los hermanos Rivera y a mí escuchar la historia de Jayce, aunque preferiría escucharla de su voz, tiene que ser hipnótica la experiencia.

Se decanta por un programa musical, los concursantes deben convencer al jurado con sus voces para ser los elegidos. Aprovecho para observarlo mejor cuando me percató de que ha cerrado los ojos. Desvió la mirada cuando se incorpora, detecto un amago de sonrisa mientras se dirige a la entrada para coger el paquete de tabaco. Espero un momento antes de levantarme y asomarme a la ventana abierta, no quiero que deje de fumar en su casa, no sería justo para él.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Lo miro de reojo para intentar que no se me note la repugnancia que tengo hacia el tabaco.

—Sí, por supuesto.

—¿Por qué te asomas a la ventana cada vez que fumo?

Me pilla por sorpresa, no sé cómo contestarla sin decir parte de mi pasado.

—Me gusta tomar el aire. —Invento.

—A mí también. Ahora la verdad, por favor.

Me retuerzo las manos, verlo expulsar el humo me trae malos recuerdos, desvió la mirada a la ciudad.

—El tabaco me recuerda una época que algún día deseo borrar de mi memoria.

Se incorpora, me atrevo a mirarlo y para mi sorpresa está apagando el cigarro, se marcha a la cocina y regresa sin el cenicero. Se acomoda de nuevo en el sofá y me invita a tomar asiento, lo hago.

—¿Por qué no me has dicho?

Me encojo de hombros.

—Es tu casa, no puedo prohibirte que fumes.

Se gira para quedar de frente, apoya el brazo en el respaldo del sofá, si estira los dedos puede tocarme el hombro.

—Tú también vives aquí, si te molesta me lo tendrías que haber dicho. Puedo salir a la calle a fumar o directamente dejarlo que no me iría mal.

Nos quedamos en silencio, observándonos, escuchando de fondo las voces de la televisión. Bajo la mirada y juego con la camiseta mientras empiezo a narrar.

—Comencé a fumar a los ocho años. Un día no paraba de temblar, incluso me castañeaban los dientes. «No te preocupes, princesita, pronto llegará papá con la medicación», me dijo mi madre tras ponerme la mano en la frente. «Toma, esto calmará la ansiedad», indicó dándome un cigarro encendido. Recuerdo que tosí mucho tras la primera calada, pero tenía razón, consiguió calmarme la ansiedad aunque no redujo los temblores. El tabaco me recuerda esos años, intento evitar sitios cerrados donde permiten fumar.

Noto las mejillas húmedas, las seca con delicadeza.

—No tienes que hablar de ello si no quieres —dice acariciándome.

No aparto la cara, sus caricias me infunden el valor que necesito para soltar todo.

—Tenemos que conocernos para que lo nuestro parezca real. Solo te pido que no me juzgues.

Me mira fijamente sin apartar la mano.

—Jamás haría eso. ¿Qué medicamento te dieron?

Fuerzo una sonrisa agria.

—Mi chute diario de heroína. —Abre mucho los ojos al escucharme—. Al principio me administraban un poco disuelta en la leche, agua o en cualquier líquido que se les ocurría. Siempre lo hacían pasada la media tarde, con ello conseguían mantenerme atontada, sumisa. Cuando la adicción comenzó a ir a más, empezaron a pincharme una vez al día, con los meses, las dosis aumentaron. Con doce años era yonqui.

Se incorpora y recoge del mueble la caja de pañuelos, me la entrega al sentarse a mi lado.

—¿Cómo te desintoxicaste?

La cara preocupada de Fran me viene a la memoria.

—Llevaba dos días en un centro de menores de Madrid. Fran tuvo que llevarme allí hasta que obtuvo el permiso del Estado para trasladarme a su centro en Málaga. Él se quedó en la ciudad hasta que lo consiguió, decía que no se marchaba sin mí. —Sonrío al recordarlo, esta vez es una sonrisa sincera

y no forzada—. Uno de los cuidadores me encontró hecha un ovillo en la cama temblando, sudando y vomitando. Me trasladaron al hospital, tras las pertinentes pruebas, el médico informó que era drogadicta. Nunca me olvidaré del llanto de Fran al escuchar al doctor. —Me seco la nariz antes de proseguir—. Lo primero que hizo cuando llegamos a Málaga fue incluirme en el programa de desintoxicación. Así fue como me liberé de mi adicción a la heroína, tabaco y alcohol.

El silencio que se apodera de nosotros se convierte en incómodo, si rehúye de esa parte de mi vida no quiero imaginar cuando algún día le cuente la otra.

Decide romper el silencio.

—Todavía tomas alguna medicación para no recaer.

Niego con la cabeza, sé a qué se refiere.

—No. Durante una temporada el médico me suministró metadona, pero antes de darme el alta definitiva, también me desintoxicó de ella. Llevo muchos años sin tomar nada. No puedo olvidar que aunque esté rehabilitada, he sido una adicta y siempre puede haber una recaída.

Recordar el pasado solo conlleva que termine llorando desconsolada. Me dejo abrazar para intentar borrar las pesadillas que me persiguen tantos años. Acurruco el cuerpo junto al suyo, el calor que emana hace que deje de temblar y me sume en un agradable letargo.

El sol brilla en todo su esplendor. Estiro el cuerpo, es la primera noche que duermo del tirón, sin pesadillas. Abro los ojos y descubro que no estoy en mi cama, sino en la suya. Recuerdo quedarme dormida en sus brazos en el sofá tras contarle parte de mi vida, pero nada más. Sin darme cuenta me giro hasta ocupar su lugar en la cama, huele a él, dejo que mis fosas nasales se impregnen antes de levantarme.

Duchada y vestida bajo al bar para desayunar con María y Alejandra, otra costumbre a la que me estoy aficionando desde que estoy en su casa. Con Alejandra no tengo tanta confianza como con María, pero día a día se fragua una bonita amistad.

Nos acomodamos al final de la barra a la espera de que el dueño nos sirva nuestros respectivos cafés. Antes de hacerlo me aparta de ellas para interesarse en cómo estoy, me descubro diciéndole que ha sido la primera noche que he dormido de seguido sin pesadillas, al asegurarse que digo la verdad, asiente y regresa a sus cosas.

Tres cuartos de hora después me despido de ellos preguntándome por qué ninguno ha fumado durante el desayuno, cuando lo habitual es que lo hagan

como carreteros. De Jay lo entiendo, pero de ellas no, no tardo en concluir que él ha tenido algo que ver. Espero de corazón que les halla dicho que tengo alergia o algo por el estilo, todavía no estoy preparada para que conozcan la verdad de mi vida.

—Sabes que no es buena idea, deja de insistir —objeta mi preciosa mujer sin mirarme.

Es el quinto día que intento convencerla de que lo mejor es que se mude a mi casa. Desde nuestra charla en la playa cada día le repito lo mismo nada más aparece por el bar.

—¿Qué no es buena idea?

Me giro para toparme con la risueña mirada de mi cuñada María.

—Dana sigue sin comprender que lo mejor para que nos acepten las adopciones es convivir juntos.

—No metas a tu cuñada en esto —replica saliendo del baño masculino.

Deja el producto de limpieza y las bayetas usadas en una de las baldas del carrito que me hizo comprar, objetó que era más cómodo que transportar cada cosa de un lado para otro del local. No tardé en hacerme con uno para concederle la petición.

—Lo siento, Dana, pero Jay tiene razón —afirma María.

Le agradezco la ayuda con una sonrisa.

—No, no la tiene —rechista.

Resoplo. No sé qué hacer para hacerla entrar en razón. Mi insistencia no se debe solo a que los distintos Estados nos concedan las adopciones, es que deseo con toda mi alma tenerla a diario en casa, de ese modo me será más fácil convencerla de que estamos predestinados.

—Inténtalo. ¿Qué puede pasar? —inquire mi cuñada como si tal cosa.

Me atraganto con la pregunta, sabe de sobra mis intenciones.

—Pufff... Si tú supieras —resopla Dana con un gracioso gesto.

Las mejillas no tardan en teñírsele de un tono rosado cuando nuestras miradas se encuentran. Me quedo embobado mirándola, está preciosa cuando se sonrosa de ese modo. Retengo las ansias por besarla, aunque si pasan más días sin poder hacerlo creo que voy a enloquecer. Esta dulce tortura comienza a pasarme factura.

Decido que es el momento idóneo para marcharme, si no lo hago puedo cometer alguna locura y alejarla más de mi lado, cosa que no deseo.

—Me marcho, tengo que hacer unas gestiones —informo mirando a mi mujer.

—¿A qué hora tienes previsto regresar? —pregunta María—. Recuerda que hoy tengo la ecografía y, como muy tarde, tengo que irme a las tres.

Cierro los ojos, con los últimos acontecimientos lo había olvidado por completo. Miro el reloj, por mucha prisa que me dé no llegaré a tiempo de hacerle el relevo. Busco una solución rápida, no la encuentro. Alejandra no puede venir porque será la encargada de acompañarla y yo no puedo cancelar mi reunión, estoy obligado a asistir.

—Si no he vuelto para cuando tengas que marcharte, cierra el bar.

Es la única salida que me queda.

—¿Qué lo cierre? —cuestiona sorprendida.

—Sí, ya abriré yo cuando regrese.

—Nunca hemos cerrado.

—Lo sé, pero no hay otra alternativa.

—Perderás ingresos y te recuerdo que no estás en posición de hacerlo.

Voy a replicar pero Dana carraspea. Los dos le prestamos atención.

—Puedo quedarme yo hasta que vengas —sugiere mirándome a los ojos.

No me agrada nada la idea, aunque no me ha revelado qué le ocurrió en su niñez me hago una ligera idea y sé que se sentirá incómoda quedándose sola en el bar.

—No me parece buena idea —objeto suave, no quiero que piense que desconfío de ella, es que no quiero hacerla pasar por un mal trago.

—¿Por qué? —replican al unísono las dos.

Relajo la tensión, no deseo que Dana descubra que sé —o creo saber— parte de su pasado y hacerla sentir incómoda, quiero que sea ella quien me lo revele.

—Tienes que volver al orfanato. —Es lo máximo que puedo decir sin llegar a mentirle.

—Ricardo lo entenderá —afirma.

María da una pequeña palmada.

—Solucionado. Se queda Dana mientras tú no vuelves. Ven, te enseñaré cómo funciona la cafetera y la maquina registradora.

Se alejan de mi lado en dirección al interior de la barra. No me agrada que se quede sola, me tranquiliza saber que los clientes que tenemos durante la semana a mediodía es gente honrada que no se sobrepasarán con ella. El problema sería si fuese fin de semana.

Miro la hora y compruebo que si no me marchó ya, llegaré tarde. No puedo permitirme hacerla esperar, no después de salvarme el culo con Sousa.

Llamo la atención de Dana para que se acerque. Quiero asegurarme de que estará bien antes de marcharme.

—¿Estás segura de que no te importa quedarte? —deseo saber.

Sin poder evitarlo, alargo la mano y le acaricio la mejilla, no me basta con esto, pero —por el momento— no quiero obligarla a nada más, esperaré a besarla cuando lo desee tanto como yo.

—Sí. Vete o llegarás tarde —responde con la mirada gacha.

—De acuerdo, cualquier problema no dudes en cerrar, ¿vale?

Asiente.

—Piensa en mi propuesta, por favor.

Vuelve a asentir.

Una vez en el exterior cierro los ojos, cuánto daría porque las cosas fuesen más fáciles, que ella no pusiese tantas barreras entre nosotros cuando se ve a la legua que estamos enamorados mutuamente; pero debo ir de despacio por ella hasta que comprenda que jamás la traicionaré.

Conduzco más rápido de lo establecido hasta llegar al despacho de Max que ya me espera en la puerta.

—Llegas tarde —reclama nada más me llevo a su altura.

—Lo siento.

—Venga, vamos —apremia caminando hacia su coche que está estacionado a pocos metros—. Como María se entere de que no la acompaño para reunirme con la mujer de Diego, me corta las pelotas.

—No sabes cuánto te agradezco que me ayudes en esto —digo cerrando la puerta del coche. Más sincero no puedo ser.

Asiente.

Circula a la velocidad establecida. Lo observo con detenimiento, presiento que está nervioso aunque no lo deja entrever, pero nos conocemos tanto tiempo que no puede ocultármelo.

Estaciona cerca de la residencia de Diego. Al bajar percibo que sus manos tiemblan más de lo establecido, le cuesta sujetar el maletín sin que caiga al suelo.

—Si no quieres hacerlo, lo entenderé —digo para que lo piense mejor. Fui yo quien decidí involucrarme con mi antigua banda para poder liberar a Julio y no condenar de por vida a Dana—. Es mi problema, no el tuyo.

Me mira de reojo, conozco esa mirada; está cabreado. No por estar aquí, si

no por mi última afirmación.

—Es problema de todos, somos una familia.

El sonido de un motor nos hace desviar la cabeza. Agrando los ojos al comprobar quién acaba de llegar.

—¿Qué hace aquí? —pregunto señalando el coche de nuestro hermano Mateo.

—Ya te lo he dicho, somos una familia.

Me emociona saber que después de tantos años seguimos cubriéndonos las espaldas. Son estas ocasiones en las que agradezco haberme quedado huérfano, si no llega a ser por ello jamás los hubiese conocido y ahora estaría solo en la vida.

—Perdón por el retraso, pero Clarisa se ha caído en el recreo y he tenido que llevarla al hospital.

Clarisa es una de las niñas que residen en el centro.

—¿Está bien? —nos interesamos a la vez Max y yo.

—Sí. Un esguince. Reposo durante quince días.

Sonríó al pensar en la adolescente.

—¿Ha saltado mucho de alegría al salir? —cuestiono.

Mateo resopla.

—Todo lo que le ha permitido el tobillo. De ser Idara aún estaría llorando por no poder asistir a clase durante dos semanas.

—No a todo el mundo le gusta estudiar —defiende Max a Clarisa.

Comienzo a caminar, nos separan escasos metros de nuestro destino. Mis hermanos aprovechan los pocos minutos para ponerse al día con los temas del orfanato. Mis pensamientos están centrados en que todo vaya bien durante la reunión.

Golpeo la puerta con los nudillos, el guardaespaldas de Diego no tarda en abrirnos. Se queda asombrado al vernos a los tres, creo que solo nos esperaban a Max y a mí, incluso yo mismo pensaba que solo seríamos los dos.

La mujer de Diego nos invita a sentarnos nada más accedemos al despacho.

—Rivera. —Saluda afable—. No esperaba que vinieses tan acompañado.

—Yo tampoco, créeme, pero ya sabes cómo somos.

—Sí, toda la ciudad sabe que si tocas a un Rivera los tocas a todos.

Sé que en esa afirmación también entran mis cuñadas, los cinco somos uno y espero —de corazón— que en breve seamos seis quienes peleemos por

un mismo fin.

—¿Comenzamos? —propone.

Asentimos.

Le entrega a Max una carpeta abultada. Mi hermano —con permiso de la dueña de la casa— se instala en la otra mesa para estar más cómodo. Mientras él se centra en la contabilidad de los negocios de la familia Vélez, Mateo y yo mantenemos una conversación con la mujer.

Me enervo al enterarme de que el cabrón de Sousa tiene previsto viajar hasta España para comprar adolescentes con la excusa de visitar a su tío. Se me revuelve el estómago solo de pensar que hay gente capaz de comercializar con vidas humanas.

—Perdona, ¿pero estos papeles no pertenecen a la contabilidad? —interrumpe la conversación Max haciéndole entrega de los documentos mezclados a la mujer de Diego.

La mujer niega con un ademán de cabeza.

—Lo sé, esa información será con la que negocies la condena de mi marido llegado el día.

Los tres la miramos sin comprender.

—¿Saben nuestro acuerdo? —inquire fijando la vista en mí. Asiento—. Son las adopciones de niñas españolas que Sousa ha realizado de forma desinteresada. —Se ríe—. Ese cabrón no hace nada desinteresadamente.

—¿Entonces? —pregunta Mateo.

—A su tío le hace creer que son adopciones legales, la realidad es que esas chicas están repartidas por burdeles de todo el mundo. Su socio es quien se encarga de falsear la documentación.

Max se entretiene en leer los papeles que tiene en la mano. De vez en cuando suelta un «hijo de puta» por lo bajo, pero no lo suficiente para que no lo escuchemos.

—¿Dónde has conseguido toda esta información? —Desea saber sin salir de su asombro—. Con esto podemos mandarlos a la cárcel una buena temporada.

La mujer se apresura a negar.

—Nada de cárcel, tienen la justicia la puertorriqueña y española comprada, en menos que canta un gallo estarían en la calle sin cargos. Ya se lo advertí a tu hermano cuando vino a pedirnos ayuda, mi marido los quiere muertos. Si no eres capaz de llevar su defensa, tu hermano tendrá que devolver los cincuenta mil más los intereses en el plazo de dos días.

Los tres tragamos saliva, por mucho que queramos no podremos reunir tal cantidad de dinero en tan poco tiempo, siendo realista, no podría devolvérselo ni un año, no gano tanto.

—¿Max? —Lo llamo al ver que se queda mudo.

Sacude la cabeza un par de veces para salir del trance.

—No puedo asegurarte de que no le caiga la perpetua —dice al fin.

—Mientras nos asegures de que se librará del corredor de la muerte, nos conformamos. El resto ya es cosa nuestra.

Mi hermano asiente.

—Con eso sí puedo negociar.

—Bien —comenta la señora incorporándose—, la documentación la custodiaré yo mientras mi esposo no ejecuta el plan. Tendréis noticias nuestras.

Abandonamos el inmueble en completo silencio, ninguno de los tres se atreve a hablar. La situación nos supera. Es Mateo quien saca el paquete de tabaco, nos dedicamos a fumar.

—Como se entere María me mata. —Rompe el silencio Max.

—Espera que lo sepa Alejandra, creo que no existe lugar en el planeta al que pueda huir sin que ella me encuentre.

Me froto la cara, la culpa es mía, solo mía. Mi determinación por estar con Dana es lo que me ha llevado a involucrar a mis hermanos en esto.

—Yo... —empiezo a decir, pero me callo, no sé qué decirles.

—Tranquilo, no es culpa tuya —comenta Mateo palmeándome la espalda.

Niego, no tiene razón, esta vez no.

—Sí que lo es. Si no me hubiese obcecado en conquistar a Dana, todo esto no estaría pasando. Os he convertido en cómplices de un asesinato —murmuro bajito.

Enciendo otro cigarro, los nervios me superan.

—Escúchame, deja de culparte porque tú no tienes la culpa de enamorarte de ella. Recuerda lo que vivimos cuando yo me obsesioné con que María tenía que ser mi mujer —dice Max sujetándome por los hombros para que le preste atención—. El culpable de todo esto es el cabrón de Sousa.

Los recuerdos me invaden, pero en nada se parecen las situaciones. Aquello fue un simple juego de niños en comparación con esto.

—Max tiene razón. No puedes puedes martirizarte, el amor no entiende de malnacidos. Además, mira el lado bueno de la situación.

Alzo la mirada, yo no veo esa parte buena que él afirma, Max tampoco.

—Por fin nos desharemos de ese cabronazo y no seremos nosotros quienes se manchen las manos.

En parte tiene razón, pero se le olvida que las nuestras también estarán — involuntariamente— manchadas.

Permanezco en la puerta del bar unos minutos, necesito tranquilizarme antes de acceder, no puedo explicarle a Dana lo que sucede sin desvelarle la identidad de su supuesto amigo, no quiero que sufra más, solo deseo protegerla. Me fumo un par de pitillos antes de decidirme a entrar. Lo primero que veo nada más lo hago es su esbelta silueta. Lo que daría por perderme en su cuerpo y olvidar los problemas durante unas horas. Voy directo al despacho aprovechando que está atendiendo al único cliente que hay.

—¿Estás bien?

Al girarme, lo máximo que soy capaz de hacer es estrecharla contra mi cuerpo, necesito sentir su calor para paliar la angustia que me carcome.

—Jay, ¿qué ocurre? —pregunta interponiendo distancia entre los dos.

Acoge mi rostro con sus manos y me obliga a mirarla.

—Acepta mi proposición. Si estás a mi lado todo será más fácil.

—Yo...

Le pongo el dedo en la boca para que no siga, no puedo explicarle el porqué, pero la necesito a mi lado para poder sobrellevar lo que me depara de aquí en adelante.

—Por favor, piensa en Melania. —Me odio a mí mismo por involucrar a la pequeña en esto, pero si con esto no funciona no lograré que se mude a mi casa.

—De acuerdo, pero con una condición.

Alzo la ceja al escucharla.

—¿Cuál? —cuestiono con miedo.

Imagino que la condición será que le conceda el divorcio una vez nos concedan las adopciones.

—Que me cobres un alquiler.

—¿Qué? —pregunto perplejo—. Ni lo pienses.

—Entonces seguimos como hasta ahora.

Cierro los ojos, no puede ser que me lo ponga tan complicado.

—Ya lo negociaremos cuando te mudes —acepto.

Lo que no sabe es que no pienso cobrarle por vivir en mi casa, bajo ningún concepto pienso aceptar tal burrada.

Es domingo, mi día libre y en vez de disfrutar de un día de playa, opto por terminar las tareas del hogar que durante la semana no puedo realizar. Me costó una pequeña disputa con Jay que me dejase encargarme del mantenimiento de la casa, ya que no deja que pague alquiler por la habitación, al final lo convencí de que era lo mínimo que podía hacer para agradecerle el gesto. Como cada domingo, disfrutamos del almuerzo juntos, es el único día de la semana que coincidimos, tras un breve descanso se marcha al bar porque Alejandra no puede trabajar esta tarde.

Sin otra cosa que hacer me acomodo frente al ordenador, todavía faltan unas horas para que cierre el bar y nos marchemos a cenar con Max y María. Debo preparar el viaje a España, cuento los días para volver a ver a los que considero mi familia, falta poco más de un mes para reencontrarnos. La estancia será breve, pero merecerá la pena los días que pase junto a Melania y al resto.

Conecto Skype para ver si tengo la suerte de poder hablar con alguno de ellos antes de marcharme de casa. Navego por las páginas de vuelos, quiero encontrar la mejor oferta, cuanto más me ahorre mejor para mi cuenta bancaria. La cara sonriente de Javier aparece en la pantalla, avisándome de que tengo una llamada suya entrante. Con una amplia sonrisa la acepto sin pensarlo.

—Buenas tardes. —Saludo a mi somnoliento amigo—. ¿Alguien acaba de levantarse de la siesta?

Bosteza antes de responder.

—Hola, Dana. Qué más quisiera.

—¿A qué se debe entonces esa cara de sueño? —indago.

Mira de reojo la puerta cerrada que hay a sus espaldas.

—Esta cara es la de cualquier padre con un bebé. Javi lleva varios días sin dormir bien.

—¿Qué le ocurre?

—Le están saliendo sus primeros dientes. —Sonrío al imaginarlo, debe estar para comérselo—. Espera un segundo.

Desaparece de la pantalla para reaparecer con los auriculares puestos.

Empieza a preocuparme su estado, no es normal que se los coloque para hablar conmigo.

—¿Va todo bien? —cuestiono.

Sacude la cabeza en señal de negación.

—¿Dispones de un rato para hablar con un viejo amigo?

Miro la hora en el ordenador para cerciorarme de que voy bien de tiempo.

—Si son suficientes dos horas, sí, tengo tiempo para hablar contigo. Ahora dime qué pasa.

Se frota el rostro con las manos.

—Hace una semana que no sé nada de Dalia. Desde que Javi comenzó a no dormir bien, estaba intranquila, nerviosa. El domingo cuando me desperté me encontré con que su ropa no estaba en el armario. Mi madre me está ayudando con el pequeño.

—¿Y dónde se ha metido tu mujer?

—Hoy he vuelto a hablar con su hermano, al fin me ha dicho la verdad. Se ha marchado a Alemania.

Me quedo callada, no entiendo como una madre puede abandonar de ese modo a su hijo.

—No sé. Lo mismo la chica estaba agobiada y necesita un descanso.

—Va a mandarle los papeles del divorcio a su hermano para que los firme. No salgo de mi estupor.

—Lo siento.

—Más lo siento yo, y no por el divorcio, si no que por su culpa te perdí.

Me cuenta la historia, parece ser que su santa señora nunca dejó de mantener el contacto con su novio ni después de casarse con Javier hace tres años. No es que hubiese vuelto a los brazos de su latino novio, es que el hombre le exigía que se comportara como cualquier madre. Resulta ser que lo abandonó a los pocos meses de nacer su hijo en común, lo mismo que ha hecho con Javier.

El hermano de ella le ha comentado que su hermana no esta capacitada para ser madre, que solo piensa en ella y un bebé lo único que hace es atarla a una vida que no desea.

Se me revuelven las tripas al escuchar la historia, pero no echo más leña al fuego, bastante tiene el pobre. No comprendo como hay mujeres en el mundo que reniegan de sus hijos cuando miles darían su vida por tener lo que ellas abandonan.

Javier se lamenta de haberme dejado escapar, durante más de media hora prosigue culpándose de no haber sido lo suficiente valiente en su día y plantarle cara a su mujer. Cambio de tema, es tontería pensar en esas cosas ahora, en su día lo hicimos por el bien de él, ahora poco importa.

—Tengo una buena noticia —digo para animarlo un poco.

Por fin me dedica una sonrisa.

—Dime.

—En poco más de un mes regreso a España. Agustín lleva insistiendo mucho en reunirnos, así que aprovecho para pasar unos días con vosotros y ver a Melania.

La alegría le desaparece del rostro.

—¿La reunión no podéis hacerla por Skype?

Me extraña la pregunta.

—Parece que te disgusta la noticia.

—No es eso. Claro que me alegraría verte, pero no es un buen momento para que vengas a España. Habla con Agustín y convéncelo para hacerla por Skype.

—Javi, me estás asustando. ¿Pasa algo que no sepa?

—Ya veo que Fran no te ha dicho nada.

—¿Decirme qué?

—Hace unos días tu padre se presentó en el centro, exigía saber dónde estabas. —Me tiembla todo el cuerpo al escucharlo, sabía que iba a intentar contactar conmigo, pero no que fuese capaz de presentarte en el centro—. No te preocupes, ninguno le hemos dado tu paradero.

Las primeras lágrimas no tardan en aparecer.

—Sabes que eso no lo va a frenar.

—Dana, por favor, no llores —pide mi amigo—. Mañana hablaré con Agustín y lo pondré al día.

—Si no me presento voy a perder definitivamente la custodia de Melania.

—Y si vienes te arriesgas a encontrártelo y recordarlo todo otra vez, no se ha marchado de Málaga, lo veo todos los días en las inmediaciones del centro. Hazme caso, lo mejor es que no regreses por el momento, deja pasar el tiempo y cuando sea seguro te aviso. —El llanto se intensifica, los sentimientos encerrados aparecen otra vez—. Escúchame —miro la pantalla a través de las lágrimas—, Gustavo le ha prometido a Fran ocuparse del tema. Como está en España, está hablando con sus abogados.

No le doy importancia a lo último que dice, estoy centrada en borrar de la

memoria seis años de mi vida, la sensación de suciedad y los temblores junto a los escalofríos por no tener la dosis del día. Sigo llorando sin reparar en que unos fuertes brazos me acunan, no es hasta que no habla que no noto su presencia en la sala.

—Dana, mírame. ¿Qué ocurre? —No lo miro, sigo llorando—. Cariño, me estás asustando. ¿Qué sucede?

Alzo la mirada para encontrarme una cara preocupada. Me seca las lágrimas y mira la pantalla del ordenador, noto su furia al ver a Javier.

—¿Quién es? —pregunta señalando la pantalla.

—Soy Javier, amigo y compañero de trabajo de Dana en España — responde por mí mi amigo—. ¿Quién eres tú?

—Su marido.

Noto la animadversión entre ambos, pero soy incapaz de dejar de llorar. Lo único que deseo es meterme en la ducha y frotarme con la esponja hasta hacer desaparecer la sensación de suciedad. No siento las caricias de Jay y tampoco reparo en qué dice cuando me agarra con suavidad la cara. Solo tengo algo en mente. Salgo corriendo del salón dejándolos sin palabras a los dos.

Pierdo la noción del tiempo bajo el chorro de agua, la piel me escuece cada vez que froto con la esponja, pero no soy capaz de parar hasta que no se evapore esta sensación que me embarga.

Consigo echar al último cliente no sin antes ganarme un gruñido por su parte, el hombre no tiene ganas de llegar a casa y ver a su mujer, pero yo estoy deseando ver a la mía. Estas semanas de convivencia me ofrecen el privilegio de conocerla mejor; descubro la ternura que desprende, la naturalidad de sus actos y lo atenta y organizada que es.

Aún se me pone el bello de punta la revelación de la pasada noche. No entiendo cómo unos padres son capaces de hacer tal salvajada con su hija. Ahora mismo mi cometido es hacerla olvidar esos amargos años, hacerle entender que hay una vida mejor y más feliz para ella, que solo debe aceptarme para lograrlo.

Aunque aún falta una hora para encontrarnos con Max, decido que es hora de cerrar el negocio y disfrutar de su compañía antes de tener que compartirla. La sonrisa aparece al pensar en estos días, su presencia en la casa hace que me sienta completo, pensaba que Julio llenaría el vacío que dejó mi abuela al morir, estaba equivocado.

Hasta que Dana no apareció en mi vida no me sentí otra vez persona. Me encantaría disfrutar también de su compañía en el lecho, pero lo mejor es dejar que el momento fluya por sí solo. Poco a poco nuestro acercamiento está más próximo, no es necesario provocarlo. De este modo la espera hará que sea más mágico.

Subo las escaleras deseando sentarme a su lado para conversar. Es una adicción que estoy descubriendo; hablar durante largas horas y escucharla reír. La persona que busco la hallo en el salón frente al ordenador sentada de espaldas a mí. Me tenso al escuchar los sollozos, sin pensarlo me acerco y descubro que llora de forma desconsolada. La acuno para borrarle la angustia, verla tan decaída me entristece.

—Dana, mírame. ¿Qué ocurre? —No presto atención al hombre que me acribilla con la mirada. Le limpio las lágrimas con delicadeza, solo quiero borrarle la angustia que refleja—. Cariño, me estás asustando. ¿Qué sucede?

No responde, sigue sollozando más fuerte y, con cada suspiro, se encoge más hasta hacerse muy pequeña. La idea de que haya vuelto a tener un ataque

de pánico al recordar su niñez me aterra, si pudiese le borraría esa etapa de su vida para siempre. Prosigo acunándola y acariciándole la espalda cuando, por fin, fijo la vista en el ordenador. La sangre me bulle al reparar en el desconocido que no cesa en mirarnos, intuyo que él es el culpable de su estado.

—¿Quién es? —pregunto sin contener la rabia.

—Soy Javier, amigo y compañero de trabajo de Dana en España. ¿Quién eres tú? —contraataca.

—Su marido. —Es la primera vez que me presento de tal forma, pero los celos que me invaden hacen que actúe de esta forma tan primitiva.

—Jayce, ¿no?

Asiento confuso porque sepa mi nombre, es la primera vez que escucho el suyo. Centro la atención en mi mujer, prosigue llorando y aún no he conseguido averiguar qué le sucede. Le cojo el rostro entre las manos, obligándola a mirarme.

—Cariño, por favor, respóndeme.

Se zafa de mi agarre y sale disparada hasta el baño, voy a seguirla cuando escucho la voz de su amigo por los altavoces del ordenador.

—Necesita estar sola. Lo mejor es dejarle intimidad.

—¿Desde cuándo eres un experto en mi mujer?

La pregunta le pilla desprevenido, pero pronto recompone el semblante.

—¿No te ha hablado de mí? —niego, para que negar lo evidente—. A parte de ser compañeros de trabajo y buenos amigos, durante una temporada intimamos bastante. Hazme caso, necesita estar sola en este momento. La conozco mejor que tú.

—Si de verdad la conocieses, sabrías que dejándola sola no se le pasa el estado de ansiedad al recordar lo vivido, necesita alguien a su lado para ayudarla a olvidar. Sentirse querida y no utilizada.

La cara de él se desencaja.

—¿Te ha contado su pasado?

Me froto la cara, no entiendo por qué pierdo el tiempo en darle explicaciones a un desconocido cuando debería estar consolándola.

—Sí —digo aunque no sea del todo verdad.

Tiene intención de hablar más pero no le concedo el placer, cierro el portátil y me dirijo al baño.

Abro la puerta y me quedo atónito, para nada esperaba encontrarme con esta escena. Bajo el chorro de agua Dana se frota con vehemencia cada

centímetro de piel, como queriendo arrancársela para llevarse así los recuerdos. Tardo un segundo en reaccionar. Accedo a la ducha sin molestarme en quitarme la ropa, no me importa empaparme, solo impedir que siga dañándose.

Consigo arrebatarme la esponja en el segundo intento, la tiene agarrada tan fuerte que si tiro solo la dañaré más de lo que está. Envuelvo su cuerpo con las manos pegándola a mi torso, mantengo la posición durante minutos sin dejar de susurrarle al oído palabras de aliento hasta que noto que los músculos se le relajan.

Pego la espalda a la pared y me dejo arrastrar llevándola conmigo, una vez sentado la acoplo encima de mis muslos y prosigo acariciándola y hablándole. Mezo el cuerpo de adelante hacia atrás con ritmo pausado. Estiro la mano hasta que consigo cortar el agua. No abandono la ducha hasta que no logro que se quede dormida en mis brazos.

No, sin cierto esfuerzo, salgo con ella. La envuelvo en una toalla y seco su cuerpo con delicadeza y le quito la humedad del pelo antes de tumbarla en mi cama. La dejo sola el tiempo justo de quitarme la ropa mojada, secarme y avisar a Max para que no nos esperen, no digo los motivos reales por los que no estaremos presentes en la cena familiar.

Tumbado a su lado la abrazo pegándola a mí. No me importa nuestra desnudez, mi mente y cuerpo, en estos momentos, no procesan eso, solo desean que deje atrás la angustia y el miedo y vuelva a ser la de siempre. Mantengo un duermevela el resto de noche, me desvelo cada vez que se revuelve, logro relajarla a base de caricias y palabras susurradas.

El alba despunta cuando siento sus manos recorrerme el pecho. La estrecho más al suponer que vuelve a tener otra pesadilla, abro los ojos cuando suspira. Nuestras miradas se encuentran y lo único que soy capaz es besarle con ternura los ojos para llevarme la hinchazón provocada por el llanto.

Sonríe con cierta timidez antes de apoyar la mejilla en el hueco del cuello. No me molesta el silencio, estoy donde deseo estar, abrazado a ella prodigándole mil caricias. Pasan unos minutos antes de que comience a hablar, la historia que relata me deja sin aliento.

Primera parte de la historia de Dánae:

Nacer en un seno familiar humilde no es sinónimo de infelicidad o eso pensaba a la corta de edad de seis años. Aquella tarde de invierno me sentía como una princesa, mi madre me había lavado un vestido floreado para celebrar mi sexto cumpleaños rodeada por los amigos del barrio.

Aquella fría tarde tenía que ser especial. Mis padres, aunque humildes, ningún año se olvidaban de celebrar mi cumpleaños y siempre encontraba un regalo —mal envuelto— al lado de la tarta casera que preparaba la señora María —la anciana del poblado— a la cual, los más pequeños llamábamos abuela.

No siempre habíamos residido en el poblado de chabolas a las afueras de Madrid, según narraba cada noche mi padre, antes vivíamos en Carabanchel, pero por problemas de salud ambos perdieron el empleo y no podían mantener el alquiler. No recordaba aquella etapa de mi vida, desde que tuve uso de razón, solo conmemoraba pasear por las calles de barro y sortear montañas de basura. Para mí, al igual que para los centenares de familias, aquel sitio que la gente se empeñaba llamar estercolero, era nuestra ciudad. Un lugar sin leyes ni normas absurdas por las que regirse, solo las reglas del vecindario.

Vivir allí tenía sus inconvenientes pero también sus ventajas. Los niños no sabíamos qué era que nos encerraran durante horas entre cuatro paredes. Los días los dedicábamos a jugar hasta a alcanzar la edad adulta que era cuando nos mandaban a trabajar. Todos, adultos o adolescentes, ayudábamos en el mantenimiento y sostenimiento del poblado. Éramos como una gran familia.

Recuerdo que me levanté del cojín —que hacía las veces de asiento— con las manos en el estómago, me rugía sin cesar, pero hasta la celebración no había nada más que la sopa para tomar. Miré a través de la tela que separaba el cuarto de mis padres, ambos yacían dormidos en la cama con la ropa del día anterior puesta. Los dejé descansar. Los dos parecían de mala salud, para mí era habitual verlos encharcados en sudor o sin parar de temblar hasta que la medicación que se administraban, un par de veces al día, no surgía efecto y los sumía en un estado de tranquilidad.

Recogí las botellas de plástico vacías de encima de la mesa introduciéndolas en el barreño azul que usaba para transportar y lavar. Colocándomelo a la altura de la cadera, para que no se me cayese, salí al exterior recibíndome un frío invernal. Tirité al sentir el aire glacial. Con pasos cortos pero decididos, avancé hasta mitad del campamento donde se hallaba el único grifo con agua potable de la ciudad. Miré la extensa cola

pensado el frío que pasaría, pero si quería beber o darme un baño no me quedaba más remedio que esperar el turno para rellenar las garrafas.

Me topé con la mellada sonrisa de la señora María cuando finalicé de rellenar la última botella.

—¿Dónde están tus padres?

Le devolví la sonrisa antes de contestar.

—Están durmiendo, abuelita. Hoy no se han tomado su medicación y no se encuentran bien.

La anciana negó con la cabeza repetidas veces. Sin mostrar el incipiente dolor que acarreaba desde hacía días, se agachó para ayudarme a transportar las garrafas hasta la puerta de casa.

La tarde transcurrió con la normalidad de cada día, mis padres no recobraron la consciencia para cuando los niños del poblado comenzaron a llegar y también mi abuela con su habitual sonrisa y la gran tarta. Mi inocencia no me permitía saber cuál era la enfermedad que asolaba a los adultos y no tan adultos del barrio. Tampoco estaba preparada para asumir, a mi corta edad, que aquella tarde de invierno que se suponía debía ser la más feliz del año, se convertiría en mi pesadilla habitual.

Era noche casi cerrada cuando salí al exterior sin cesar de llorar, nunca antes había visto a mi padre en tal mal estado y no sabía cómo actuar. Me abracé los pequeños brazos para paliar las bajas temperaturas. Observé con detenimiento todo aquello que alcanzaban a ver mis inocentes ojos. Las calles embadurnadas de charcos debido a las lluvias del día anterior. Las farolas, todas en su inmensa totalidad, apagadas al estar destrozadas. Las mayoría de las chabolas ya se hallaban en penumbra.

Me alejé de casa para no escuchar los gritos de mis padres, cuando estaban tan enfermos eran demasiado violentos y yo era quien pagaba los platos rotos. Todavía recuerdo la primera vez que ocurrió.

Estaba sentada en el salón dibujando princesas, alcé la cabeza cuando escuché el grito de mi padre antes de marcharse furioso de casa, me levanté para cerciorarme de que mi madre se encontraba bien, ojalá no me hubiese movido del sitio. Lo primero que recibí fue un bofetón con tal fuerza que me lanzó al suelo. Antes de poder incorporarme, me agarró con demasiada fuerza por los pies y sin saber cómo ocurrió, terminé colgada en la soga que utilizábamos para tender la ropa. No dejé de llorar mientras me golpeaba sin compasión. Me pasé dos semanas encerrada en el cuarto sin atreverme a molestar.

Seguí caminando por las solitarias calles del poblado para olvidar. Me hallaba en la zona dónde ya no había viviendas, cerca de la carretera de entrada a la ciudad. Tomé asiento en lo alto de una gran piedra y me abracé las piernas desnudas. Me recosté observando el cielo estrellado, dejé la mente divagar e imaginé otra vida; una en la que mis padres no estuviesen tan enfermos y donde yo fuese el centro de sus vidas. Solo deseaba que me prestasen más atención, que me ofreciesen un poco más de cariño del que siempre había estado carente.

Abrí los ojos al escuchar el rugido de un motor, me asusté, a esas horas de la noche nadie vagaba por esa parte de la ciudad y los habitantes del poblado ninguno poseía tal lujo. Bajé de un salto topándome con un desconocido que me miraba con intensidad.

—¿Qué hace una niña tan bonita sola en este lugar? —preguntó humedeciéndose los labios.

Desvié la mirada, no me gustó su forma de observarme, me hizo sentir incómoda. Intenté regresar a casa, pero la mano del hombre se cernió entorno a mi hombro.

—No te haré daño, solo quiero hablar

Temblé de pies a cabeza, sabía que no debía estar sola con ese desconocido que me miraba de un modo extraño. Intenté soltarme, al ver que no podía, comencé a chillar.

—¡Suélteme o llamaré a mi papá! —Forcejeé, no me importaba el dolor, solía quería escapar de allí—. ¡Ayuda! ¡Papá!

Los gritos alertaron a los perros callejeros que convivían con nosotros. Miré asustada hacía el poblado y me encogí al ver que nadie salía en mi defensa. Las primeras lágrimas comenzaron a brotar mojándome las mejillas. El hombre lejos de asustarse, me agarró con más fuerza.

El sonido de unos pasos acercándose fueron suficientes para que aflojase la presión que ejercía sobre el hombro. Alcé la vista en dirección a la procedencia del ruido, no tardé en reconocer la tambaleante figura de mi padre.

—¿Qué le hace a mi hija? —preguntó.

El hombre caminó hasta situarse frente a mi progenitor.

—Nada, hombre. He parado porque me ha preocupado verla sola por esta parte de la ciudad.

Mi padre me miró de soslayo, pero ni se molestó en corroborar la versión que aquel desconocido le ofrecía.

—Las gemelas ya no están en el poblado —comunicó.

El desconocido hizo un gesto de desagrado. Me miró de reojo, yo me hallaba unos pasos por detrás de mi padre agarrándome los brazos sin dejar de sollozar.

—¿Y su hija no está disponible? Por su apariencia diría que lleva días sin consumir. Le ofrezco cincuenta euros por pasar un rato con la niña. Si se porta bien, puede tener clientes a diario y a usted no le faltará su dosis.

Los observé a los dos, no me gustaba nada el modo con el que ambos me miraban, el destello que proyectaban los ojos del desconocido no auguraban nada bueno. Tardé poco en comprobarlo, el tiempo que demoró en sacar la cartera y entregarle a mi padre un billete marrón.

El desconocido volvió a sujetarme, aunque esa vez por la muñeca, y tiró de mí hasta alejarme de la gran piedra unos metros. Por cada grito que emitía, recibía un bofetón. Me arrancó el vestido sin miramientos y me tumbó en la mojada calzada a la fuerza. Antes de que tuviese tiempo para revolverme, él ya se hallaba encima aplastándome contra el suelo. El intenso dolor que me recorrió el cuerpo me dejó momentáneamente sin voz.

—¡Papá! —grité—. ¡Papá, por favor, ayúdame. Me hace mucho daño! —volví a gritar sin dejar de llorar.

Lo único que conseguí fue recibir un fuerte bofetón en la mejilla por parte del hombre que se movía sin compasión sobre mí. Desvié la mirada y pude observar a mi padre vigilándome desde lo alto de la piedra, esa que hasta hacía poco consideraba mi refugio, mi lugar de salvación.

No cesé en gritar mientras el hombre yacía encima, le mordí la palma de la mano cuando intentó taparme la boca para que dejase de chillar. El golpe recibido me sumió en un estado de semiinconsciencia, pero no lo suficiente para no enterarme de que me estaban robando parte de mi ser, que aquel hombre estaba haciendo algo conmigo que estaba mal.

Quedé tumbada sin moverme incluso después de que él terminase, no quería abrir los ojos y descubrir qué era el líquido que me recorría las piernas. Ni cuando noté la patada en el costado me atreví a mirar.

—Levanta y ve a lavarte.

Al ver que no me movía, mi padre volvió a golpearme con más fuerza.

El hombre que estaba aunándose la corbata intervino.

—No la trate así, hombre.

Se acercó hasta mí que ya estaba de pie cubriéndome el cuerpo desnudo con el vestido y me propinó un beso en la coronilla.

—Mañana nos vemos, princesita. —Se giró para hablarle a mi padre—. Mañana a la misma hora, aunque a ser posible me gustaría disponer de más tiempo y estar algo más cómodo.

—No se preocupe, estará esperándolo en su habitación y ya me encargaré yo de que no vuelva a gritar.

—¿Puedo decirle a mis amigos que el servicio sigue activo?

Mi progenitor me miró con desprecio.

—Sí, cuantos más sean mejor. Esta pequeña zorra va a devolverme todo lo que me ha arrebatado.

Esperó hasta que el hombre desapareció para encararme, yo seguía sin dejar de llorar.

—Como le cuentes a alguien lo ocurrido te juro que desearás estar muerta.

Caminé soportando el dolor hasta casa, en el interior de mi habitación vacié una de las garrafas en la tinaja, al adentrarme en ella no miré cómo se teñía de rojo y tampoco sentí la baja temperatura que tenía. Aquella noche no solo me arrebataron mi inocencia, también mi libertad de elección, a los pocos días mi madre comenzó a administrarme la misma medicación que ellos tomaban pocas horas antes de que un desconocido se colara en mi cuarto.

No soy capaz de emitir palabra, intento soltar el aire retenido mientras ella, a media voz, relata la primera vez que abusaron de ella. Conocer con todo detalle su historia hace que la quiera más todavía, otros hombres podrían huir al sentir repugnancia, en mi caso, solo deseo amarla tanto que mis caricias sean capaces de borrarle de una vez por todas el pasado, y que su memoria solo recuerde los buenos momentos vividos desde que llegó al orfanato y nuestra historia en común.

Le beso la coronilla sin dejar de estrecharla, por mucho que intente hablar, ahora mismo no podría ya que lo único que deseo es llorar y no quiero que se sienta más incómoda de lo que está. Así nos quedamos un buen rato, cuando creo que estoy repuesto del *sock* prosigue narrando la otra parte de la historia.

Dánae

No levanto la mirada en ningún momento mientras cuento la parte de mi vida que durante años he intentando mandarla al lugar más recóndito de mi memoria. En este momento no podría soportar una mirada de repugnancia por su parte, tampoco que se aleje de mi lado por conocer tan nefasta infancia.

Tomo una bocanada de aire antes de adentrarme en otra crítica situación de mi juventud, si no se lo cuento hoy, no seré capaz de hacerlo nunca. Es el momento de poner las cartas sobre la mesa y que sepa con exactitud con quién se casó en Las Vegas, y si después de conocer mi historia está dispuesto a continuar con lo que se fragua día a día entre nosotros, haré todo lo posible por derribar las barreras levantadas entre nosotros.

Segunda parte de la historia de Dánae:

Habían transcurrido seis años desde que mi padre vendiese mi cuerpo por primera vez a cambio de dinero. Me hallaba sentada en la gran roca que presidía la entrada del poblado, acompañada de un paquete de tabaco y una botella de ron. Hacía años que me había vuelto adicta, la medicación que me administraban no era suficiente para hacerme olvidar, pero las tres cosas mezcladas eran la combinación perfecta para conseguir paliar la sensación de suciedad que sentía a cada instante.

Miré el cielo estrellado y recordé con añoranza aquellas noches que pasaba observando las estrellas en las que imaginaba una vida feliz, en aquel momento eran cuentos de niña que jamás se cumplirían. ¿Quién en su sano juicio iba a querer estar conmigo cuando se enterase de mi pasado?, pensaba. Evité llorar, mi madre —como cada noche— me custodiaba a escasos metros para impedir que me fugase o matase. No era la primera vez que lo intentaba, el resultado siempre fue el mismo; me pillaban antes de tiempo y las consecuencias eran unas tremendas palizas que me dejaban semanas sin poder mover ni un músculo.

Bajé la cabeza y pensé en las siguientes horas, si conseguía estar lo suficiente borracha, lo mismo podría soportar que otro hombre más se

metiese —sin mi permiso— entre mis piernas. Me hice con la botella y tomé un gran trago, no me quemaba la garganta como las primeras veces, antes de poder tomar un segundo mi madre me arrebató la botella.

—Deja de beber. Los clientes se quejan del tufo a alcohol que desprendes y pagan menos por tus servicios —dijo golpeándome sin piedad el costado con el puño cerrado.

No repliqué, no deseaba recibir otro puñetazo, bastante tenía con soportar lo que se me avecinaba aquella noche. El cliente habitual de los miércoles era un tanto agresivo y no era la primera semana que terminaba con moratones de más repartidos por todo el cuerpo. Temblé solo de pensarlo.

—Quítate la chaqueta —ordenó tirando de la manga.

—Pasaré frío —supliqué mirando a la mujer de rasgos muy similares a los míos que me miraba con odio.

No deseaba quitarme la única prenda que cubría mi delgado y desnudo cuerpo. Bajo ella solo me habían permitido ponerme un sujetador de encaje que las copas me quedaban grandes. Aunque mi cuerpo ya experimentaba el cambio, todavía habían ciertas partes que se mantenían igual de planas que tiempo atrás.

—¿Crees que me importa? Mientras no mueras antes de que llegue tu comprador y me entregue el dinero, todo irá bien —respondió insistiendo en sacarme la chaqueta.

Sin dejar de temblar no opuse más resistencia y dejé que me la arrebatara sin prestar especial atención en su última afirmación. Aunque las frías noches invernales todavía no habían llegado, a mitad de octubre en el poblado hacía frío para ir tan escasa de ropa. Me abracé para entrar en calor.

Levanté la vista al escuchar el sonido de un coche acercarse, temblé al saber que me quedaban escasos minutos de tranquilidad. No saludé al hombre que pasaba la cuarentena cuando descendió del vehículo, no era de mi agrado que me tocara sin mi consentimiento, pero mi libertad de decisión se vio truncada el día que cumplí los seis años. Aquella noche mi padre consistió que decenas de desconocidos me trataran peor que a una muñeca de trapo.

El hombre, trajeado y bien peinado, se acercó a mi madre.

—¿Esta es mi mercancía? —dijo señalándome— Me dijiste que estaba en perfecto estado —recriminó sin dejar de olerme.

—Y lo está, solo que hoy se ha pasado empinando la botella, pero todos los clientes hablan maravillas de ella.

El comprador miró en mi dirección, en ese momento me tapaba el

sujetador con las manos. Estiró su masculina mano para quitar el obstáculo que le impedía ver con claridad mi cuerpo desnudo. Se lamió los labios al ver el blanco sujetador de encaje y no pudo evitar sujetar el pezón entre los dedos y tirar de él.

Ahogué la arcada que me quemaba la garganta, si vomitaba frente a ellos me golpearían ambos sin piedad y todavía me dolían las costillas de la paliza recibida escasas veinticuatro horas atrás.

El señor trajeado sacó la cartera haciéndose con el dinero suficiente para cubrir mis servicios.

—Te descuento diez mil por lo mal que la has mantenido, me llevaré meses que coja algo de peso y pueda ponerla a trabajar con las demás —me agarró de la muñeca instándome a levantarme—. Vamos. Esta noche te probaré en un hotel, si te portas bien te llevaré a mi casa para terminar de instruirte.

Le supliqué a mi madre con la mirada que no hiciese aquello, incluso estaba dispuesta a ser más obediente. Lo único que obtuve fue el empujón por su parte apremiándome para que entrase en el coche.

En el mismo momento que el vehículo se puso en marcha, supe que la noche sería un verdadero infierno. No fallé en las predicciones, al llegar al motel de mala muerte al que me llevó, me tapó los ojos objetando que no deseaba que descubriese la sorpresa antes de tiempo.

El interior de la habitación olía a tabaco y alcohol, pero lo que más me sorprendió fue escuchar risas masculinas cuando me quitó la chaqueta que me había colocado antes de descender del vehículo. Temblé debido al miedo al escuchar cuatro voces distintas.

Con brusquedad me sujetaron del pelo y tiraron de él hacia abajo, el gesto me obligó a bajar la cabeza si no deseaba sentir más dolor. Las lágrimas se abrieron paso y comenzaron a brotar, la consecuencia de mi debilidad fue recibir el primer golpe. De seguido, me tiraron sobre la cama, reboté debido a la fuerza utilizada.

—Quiero verle los ojos —dijo uno de los hombres mientras me quitaba el vendaje—. Preciosos —comentó relamiéndose los labios—. Princesita, si te portas bien te haremos pasar la mejor noche de tu vida —dijo al tiempo que me arrancaba la ropa interior y me sujetaba con fuerza los brazos.

Durante horas los cuatro adultos abusaron de mí en repetidas veces, mientras uno se tumbaba encima mío, los otros me manoseaban y cuando me resistía, me golpeaban sin piedad. Con la última penetración sentí como algo

se rompía en mi interior para siempre, noté como los fluidos empezaban a emanar, era la primera vez que los percibía tan calientes. Reparé en el intenso dolor de cabeza cuando bajé la mirada hasta las piernas, me mareé al ver tal cantidad de sangre sumiéndome en un estado de inconsciencia.

Para cuando la recobré me hallaba tirada junto al contenedor de basura cerca de la entrada del poblado. Intenté levantarme, pero los dolores eran tan intensos que solo conseguí emitir un leve sonido de queja. Sentí la humedad del agua sobre la que estaba y la fría piedra en la que reposaba mi cabeza. No lo pensé, me golpeé sin cesar hasta sumirme en un sueño que, deseé con todas mis fuerzas, fuese sin retorno.

Los temblores de cuerpo, junto a los escalofríos y sudores, fueron suficientes para despertar del letargo. Tuve que cerrar los ojos porque la blanca luz me cegó. Volví a abrirlos, aunque en esa ocasión despacio. Noté algo punzante en la mano. Al levantarla, comprobé que era un tubo de plástico sujetado con esparadrapo, recorrí con la vista el tubo que finalizaba en una bolsa transparente colgada de un gancho.

Alguien se movió hasta que se puso en mi campo de visión. No conocía a aquel hombre que me sonreía afable. Era de mediana estatura, moreno y delgado.

—No te muevas o te harás daño —dijo con delicadeza sin dejar de mirarme con pena—. Voy a avisar al médico.

Parpadeé un par de veces, si había entendido bien me hallaba en el hospital. ¿Quién me había llevado? Sin poder evitarlo las lágrimas surgieron y provocaron el llanto.

Cuando la puerta de la habitación se abrió, no giré la cabeza, pensaba en cómo escapar de allí y huir de todo. Ladeé el cuerpo cuando el hombre de la bata blanca intentó tocarme, hice un gesto de dolor al sentir miles de agujones clavándose en lo más profundo de mi cuerpo.

Al médico no le pasó desapercibido mi gesto de protección, miró a los dos médicos residentes que lo acompañaban y negó con la cabeza.

—¿Qué os dice la reacción que ha tenido la paciente cuando he intentado reconocerla?

Los dos chicos se miraron entre sí, ambos se encogieron de hombros al tiempo que se sonrojaban.

—No os preocupéis, esto no se enseña en la teoría, se aprende con la práctica. —Los calmó—. La paciente —a su llegada a urgencias— presentaba numerosos hematomas repartidos a lo largo del cuerpo, lesiones

en el área genital donde se halló semen. Tras un exhaustivo examen se dictaminó que no era la primera vez que abusaban de ella y por ello, debido a los desgarres, se le tuvo que hacer de urgencia una salpingo-oferectomía bilateral. Asuntos sociales ya está al tanto del caso, por eso, el caballero está aquí.

Escuchaba sin mirar al doctor, mi corta edad no me permitía entender qué estaba diciéndoles a los dos chicos que no dejaban de observarme con lástima. Volví a encogerme cuando el doctor intentó un nuevo acercamiento.

—No te haré daño, solo quiero reconocerte y comprobar que todo está bien —dijo con suavidad acercándose.

Sin hacer movimientos bruscos para no asustarme, bajó la sábana que me cubría el cuerpo. Mientras me reconocía iba explicándole a los residentes cada paso que hacía. Terminó cogiendo la carpeta metálica que colgaba a los pies de la cama y anotó el resultado del reconocimiento. Con un gesto de cabeza invitó a los demás hombres a que abandonasen la habitación y aunque salieron de la habitación, al estar la puerta abierta pude escuchar cuál sería mi destino.

—Si todo marcha bien mañana mismo le daremos el alta, la representante de asuntos sociales me ha comunicado que ha solicitado la custodia para llevársela a su centro de acogida.

—Así es —respondió Francisco Expósito, mi salvador.

—No sabría determinar cuantas veces han abusado sexualmente de ella y mucho menos desde cuando, pero le aseguro que no es la primera vez. Se han hallado marcas de pinchazos repartidos por ambos brazos, eso me da a entender que posiblemente también la drogaban sin su consentimiento, ya se lo comuniqué a asuntos sociales, hay que hacerle un riguroso seguimiento y si manifiesta los síntomas deberéis traerla para comenzar con la desintoxicación. ¿Podría decirme algo más que sea relevante de cuando la encontró?

Según me contó con los años, me encontró moribunda, cubierta de sangre y medio muerta tirada tras el contenedor. Aunque él residía muchos años en Málaga dirigiendo el orfanato Vidas Unidas, viajó hasta Madrid tras la llamada de un íntimo amigo, donde le relataba que en el poblado a las afueras de la capital prostituían a menores, jamás pensó que sería verdad. Estuvo en la ciudad un par de semanas hasta comprobar por él mismo que lo que le habían dicho era cierto. Se acercó al poblado y observó sin ser visto.

—No, ya le dije a usted y a la policía cuando la traje todo lo que sabía.

Lamento de no ser de más de ayuda.

El médico palmeó la espalda de Francisco.

—La chica está viva gracias a usted, no lo olvide.

—¿Cuándo podré llevarla a Málaga?

—No sabría decirle, eso es competencia de asuntos sociales.

A la mañana siguiente me vi obligada a acompañar a una señora mayor que me trataba con cariño, algo que para mí era una novedad —nunca antes, excepto por parte de la abuela— me habían hablado con tanta ternura. Comprobé que Fran se venía con nosotras.

Me recluyeron en un cuarto gris, allí comenzó la pesadilla. Los temblores se intensificaban y con ellos, los sudores hasta que mi cuerpo no los soportaba más y vomitaba sin cesar. Me sentí menos incómoda al ver que en esa ocasión era una mujer quien me manoseaba y me administraba la medicación.

Habían transcurrido cuatro días desde mi llegada a aquel lugar y cada minuto me preguntaba dónde estarían mis padres. Tardé años en saber que aquella misma noche fueron encarcelados, los mismos que demoré en asimilar lo que habían hecho conmigo. Francisco me hizo saber que ese mismo día nos marchábamos a mi nuevo hogar. Durante el trayecto no hablé, tampoco emití palabra alguna los meses siguientes a mi llegada al orfanato de Málaga. Hasta que comprendí que estaba en un lugar seguro donde nadie me pegaba y, mucho menos, hacía esas cosas horribles cada noche.

Lloro a su compás en silencio, no deseo imaginar todo el dolor que tuvo que sufrir durante seis largos años. Evito estallar y comenzar a romper cosas, no es el momento idóneo, ya me desahogaré en el garaje cuando ella no esté en casa. No puedo imaginar que un padre sea capaz de dejar a desconocidos mancillar el cuerpo de su pequeña cuando solo tiene una misión; protegerla con su propia vida si es necesario.

Ahogo el suspiro, no quiero que piense que le tengo compasión o lástima, admiro la fortaleza al saber que supo recomponerse y llevar una vida normal. Le acaricio las mejillas más dulce de lo normal, ahora mismo solo me provoca mimarla y cuidarla como si no hubiese un mañana, como si fuese la cosa más delicada que pisa la faz de la tierra, y en cierto modo lo es.

Me mira entre las húmedas pestañas, sé que desea olvidar todo lo que la aterra ahora mismo y sé que puedo lograrlo. Despacio uno nuestros labios, los dejo reposar sin ir más allá, el proceso debe ser lento, quiero hacerle ver que no soy uno de aquellos hombres que se adueñaban de su inocencia sin su consentimiento, que mis sentimientos son tan reales y auténticos que incluso llegan a ser dolorosos.

Muy despacio ejerzo un poco más presión al tiempo que no dejo de acariciarla y susurrarle cuánto la quiero, es la primera vez que lo digo en voz alta y me siento liberado, más unido a ella.

Abre la boca dándome acceso. Comienzo un beso suave, lento, dulce y cargado de sentimientos, los cuales le transmito con cada roce de nuestras lenguas. No tarda en acoplar su cuerpo al mío alineándolos. Prosigo saboreándola y acariciándola e ignoro que mi entrepierna comienza a latir con fuerza al sentir la calidez de su intimidad.

—Cariño —digo interrumpiendo el beso al ver sus intenciones—, no es necesario llegar más lejos.

Me mira con ojos enrojecidos, al menos ya no llora. Se muerde el labio pensativa, evito que se aparte cuando lo intenta.

—No te estoy rechazando, de hecho, es lo más deseo desde nuestra última noche, pero no quiero que pienses que soy como ellos.

Me desarma la mirada que me dedica, el amor que desprenden sus pupilas

pueden con mi cordura.

—Sé que no eres como ellos y jamás me harías lo mismo.

—Nunca.

No opongo resistencia cuando comienza a besarme.

—Solo tus caricias y tu amor, serán capaces de hacerme olvidar y quiero borrarlo de una vez de mi mente.

Con determinación y delicadeza la tumbo dispuesto a ofrecerle lo que solicita. Me dedicaré en cuerpo y alma el resto de mis días a que no reviva ni una sola vez su pasado. Solo podrá acordarse de mi amor incondicional y de lo feliz que será a mi lado.

Hoy es San Juan. Solo hace tres días que le confesé a Jay mi pasado sin tapujos. A raíz de esa noche algo ha cambiado en mi interior y no quiero ignorar por más tiempo los sentimientos que me unen a él porque supo —con sus caricias— borrar la angustia que me embargaba, pero tengo miedo a que me vuelvan a dañar, no sé si lo soportaría. El encuentro que mantuvimos por la mañana no ha vuelto a repetirse y aunque ambos lo deseamos con fervor, necesito asimilar todo despacio, sobre todo que lo ocurrido no fue por cómo me sentía en aquel momento.

Durante días me explican la tradición del país, no les presto demasiada atención, las palabras de Javier siguen resonándome en la cabeza. Mi padre me busca, eso no augura nada bueno, al menos para mí, lo intuyo.

Junto con Mateo y Clara, soy la encargada de organizarlo todo para que no falte de nada en la gran cita de esta noche en la playa. Intento impregnarme de su alegría, pero no lo consigo. No puedo dejar de pensar que algo malo va a suceder, desde el domingo tengo instalada esa extraña sensación, la misma que sentí el primer día que vendieron mi cuerpo y cuando me abandonaron medio muerta a las puertas del poblado.

—Dana, ¿estás bien? —pregunta Mateo, aprovecha el momento que Clara se marcha de la cocina.

No levanto la cabeza, así puedo esconder la tristeza que siento.

—Sí.

Deja de organizar las neveras y se acerca.

—No lo parece. Llevas toda la semana triste y más callada de lo normal.

—No es nada. Solo que estoy algo cansada. Entre el bar, el orfanato y la preparación del examen estoy estresada —comento mientras termino de empaquetar la comida sin mirarlo.

Agradezco la aparición de Clara y Carina, la acción obliga a Mateo a darse por vencido y no indagar más. No estoy de humor para tratar el tema.

Entre los cuatro trasladamos todo a la furgoneta. Ricardo la conducirá hasta la orilla de la playa, nosotros iremos caminando con los niños.

Ocupamos gran parte de playa y pronto me dejo llevar por las risas de los

pequeños, deseo disfrutar este día tan especial con ellos. Poco a poco la playa se colma de gente alegre que viene a celebrar la noche de San Juan con música, comida, bebida y hogueras. Conforme avanzan las horas me despojo del malestar dejándome llevar por la alegría de las personas que me rodean. Antes de medianoche me sorprendo al ver a Jayce junto a Max, Alejandra y María. Toman asiento frente a mí, al lado de Mateo.

Intento no mirar en su dirección para evitar su intensa mirada, es imposible no hacerlo con lo guapo que está. Lleva vaqueros y camisa blanca, charla animadamente con sus hermanos y cuñadas, solo se aprecian los tatuajes de los brazos y dedos. Su expresión relajada suaviza la dureza de sus facciones haciéndolo parecer casi un ángel, un ángel con pasado oscuro y triste.

Siento envidia de sus cuñadas, desearía estar sentada en su regazo al igual que ellas lo están con sus respectivos maridos. Sin poder evitarlo vuelvo a mirarlo y nuestras miradas se encuentran. Acabo de comprobar el significado del refrán que una mirada dice más que mil palabras, la suya esconde una promesa; que jamás me traicionará. Nuestra relación cambió el domingo por la noche. Me arropó con su cuerpo. Sé que cada una de sus palabras fueron sinceras, no una falsa promesa para hacerme sentir mejor y que dejase de llorar.

La pregunta de Clara me obliga a desviar la mirada de él para centrarla en ella.

—¿En España celebráis San Juan?

Sonrío con melancolía.

—Sí.

—¿Tenéis alguna tradición? —desea saber Ricardo.

—Claro. En Málaga la gente se congrega en la playa con amigos y familiares alrededor de las fogatas, al igual que aquí —digo mirando la gente que nos rodea—. A medianoche se queman muñecos de trapo llamados Júas, los más valientes se bañan y los demás se mojan los ojos. La leyenda cuenta que si lo haces al día siguiente te levantas más guapo. Aunque a mí nunca me ha funcionado —digo sin poder contener la risa—. En otras zonas de España escriben en un papel sus deseos y las cosas que desean olvidar, después lo queman en la hoguera para que se cumplan. Aunque para ello debes saltarla y después bañarte. —Todos escuchan atentamente la explicación que ofrezco—. ¿Aquí tenéis alguna tradición?

Pongo cara de horror al escuchar la costumbre de los puertorriqueños.

—Por supuesto. Las personas se tiran de espaldas siete veces a medianoche para despojarse de la mala suerte. Como una especie de bautismo —explica Ricardo sin dejar de reír al ver el estupor de mi cara.

Me incorporo y todos me observan, esperan a que me lance de espaldas en la arena, pero la realidad es que necesito mi bolso y está en la furgoneta. Le pido las llaves a Mateo y regreso a la playa con una libreta pequeña y un bolígrafo. Tomo asiento de nuevo bajo la atenta mirada de mis compañeros. Compruebo la hora, faltan quince minutos para la medianoche.

—Este año, con vuestro permiso, voy a mezclar culturas —digo escribiendo mis deseos en la hoja y también de lo que quiero desprenderme. Arranco la pequeña hoja haciendo varias dobleces en el papel para que nadie pueda leerlo—. ¿Alguien más quiere probar?

Clara es la primera en tomar la libreta, tras explicarle qué debe hacer y terminar, se la pasa a Ricardo que también se suma a la mezcla de culturas. Al final, todos se unen a escribir sus deseos en una hoja para quemarla en la fogata. Pregunto si hay alguna forma de tirarme en la arena sin dañarme, Jay se adelanta al resto para explicármelo. Me agarra por la cintura y va dándome instrucciones e incluso hace una demostración de cómo hacerlo. Sentir el tacto de su piel sobre la mía consigue erizarme.

A las doce me ceden el honor de ser la primera en quemar mi papel, al no tener muñeco de trapo que lanzar al fuego, decido saltar la hoguera ante la cara de asombro de Ricardo. Después —tal y como me ha ensañado Jay— me lanzo siete veces de espalda y acto seguido me despojo de la ropa quedando en bikini y me zambullo en el agua. Todos ríen debido a los gritos que doy, el agua está helada para mi gusto.

Pronto unos fuertes brazos me rodean la cintura, incluso dentro de las frías aguas desprende calor y consigue que deje de temblar. Sin importarle que todos nos miren, une nuestros labios.

—Una tradición más que añadir a la noche de San Juan.

Han transcurrido tres semanas desde la noche de hogueras y la extraña sensación ha ido desvaneciéndose poco a poco. Creo que es debido a las caricias de Jay. Ambos jadeamos sudorosos sobre la cama. Se recuesta dejando caer medio cuerpo sobre el mío, coloca la pierna sobre las mías y apoya la cabeza a la altura del pecho. Con los dedos se entretiene en dibujar círculos desde el cuello hasta pasado el ombligo, aunque me está haciendo cosquillas no lo detengo, me gusta la conexión que estamos creando, cada día

descubro nuevas cosas con mi recién estrenado marido.

Las horas conociéndonos han sido testigo de nuestro acercamiento, inicialmente momentos fugaces donde dábamos rienda suelta a la pasión que sentíamos el uno por el otro, como el día después de hablar con Leo. Con los días se ha convertido en una costumbre y con las semanas, en una necesidad el estar el máximo tiempo a su lado, absorbiendo su aroma, consumiéndome con su pasión.

—Me crie con mi abuela, mis padres fallecieron en un accidente de tráfico cuando cumplí un año —comienza hablar sin dejar de acariciarme—. Era un día lluvioso, fueron al centro comercial para terminar de comprar los adornos y la tarta de la fiesta de cumpleaños que iban a celebrarme por la tarde. Un camión los sacó de la carretera cobrándose su vida en el acto, el conductor iba borracho. No los recuerdo, aunque lucho por hacerlo. —Le acaricio la espalda para transmitirle serenidad—. Desde ese día mi abuela se esforzó por hacerme un niño feliz, que no me faltara nada y lo que menos, cariño. Pero el cáncer me la arrebató pocas semanas después de cumplir los seis años.

Se calla y pienso que ha terminado de relatarme por hoy una parte de su vida. Me sorprende cuando vuelve a hablar.

Historia de Jayce:

La vida es una mierda, pensé con los ojos anegados en lágrimas sentado en el porche de casa. Hacía apenas unas horas mi vida era feliz, vivía con la mujer que más quería en el mundo; mi abuela. Y ahí estaba, sentado en el exterior llorando la pérdida del único familiar que conocía. «¿Qué mal había hecho para perderlos a todos?», pregunté a la nada una y otra vez. Era un niño educado, cumplía con las normas establecidas por los adultos, no me peleaba con nadie y ayudaba en el recreo a los más necesitados. Las tardes las dedicaba a estudiar para que mi abuela estuviese orgullosa de mí, aunque ya lo estaba. Mantenía ordenado mi cuarto y a mis seis años ya sabía qué correcto y qué no.

Como cualquier adulto que merodeaba esa tarde la casa, me mantuve lo más sereno que pude, me dije a mí mismo que debía ser fuerte por ella, que a mi abuela no le agradaría verme berrear como a un bebé, esos no fueron los valores que me inculcó. Debía ser fuerte, pero el dolor que sentía me consumía. Soporté los abrazos y miradas lastimeras de los vecinos, aunque lo

único que deseaba es que me dejaran a solas con ella. Quería abrazarla y rogarle que despertase, que no me dejase solo porque no sabía qué sería de mí sin su presencia.

Las respuestas a todas mis dudas llegaron de inmediato, cuando vi descender al hombre trajeado del sedan negro supe que estaba en serios problemas. Acababa de quedarme huérfano y el Estado no permitiría que me quedara en mi hogar. Así me lo hizo saber aquel desconocido de mirada apenada que me sonrió con cariño.

—Soy Ricardo Deya, y tú debes de ser el joven Jayce Rivera —dijo tomando asiento a mi lado.

Lo miré a través de las húmedas pestañas.

—Sí, señor.

De forma suave me palmeó la espalda.

—Siento mucho la muerte de tu abuela.

—Gracias, señor —respondí sin que se me notase la congoja.

Ricardo entrelazó las manos apoyándolas en los muslos. Le sorprendió la entereza que mostraba.

—¿Dónde están tus padres?

—No tengo padres, señor, murieron yo cuando era un bebé.

Suspiró, con el tiempo me confesó que deseaba con todo su corazón no llevarme con él, sabía el efecto que surgía en los buenos chicos el orfanato. Tardábamos poco en cambiar, la rabia y la sensación de abandono hacían meya y nos transformaban en lo que no éramos y en decenas de ocasiones, nos llevaban por caminos equivocados.

—¿Algún familiar? —Se aventuró a preguntar, sabía que si asuntos sociales lo había llamado era que porque estaba solo.

Miré cómo el gato de la vecina se me enroscaba en las piernas.

—Mi abuela.

No le quedaban más preguntas ni argumentos, estaba claro mi destino, esa misma tarde me marcharía con él al orfanato. Al igual que con el resto de casos, le preocupaba mi integración, sabía a ciencia cierta que las primeras semanas, incluso meses, eran cruciales y que a las pocas horas de llegar explotaría. Imploraba que una vez pasada esa etapa las aguas volviesen a su cauce y no me extraviase del buen camino.

Sus rezos no sirvieron de nada, fue testigo directo de mi desvío. Como vaticinó, tardé horas en estallar. No me conformé con llorar, rompí todo lo que encontré a mi paso sin dejar de gritar que quería volver a casa con mi

abuela. Al hombre no le quedó más remedio que aislarme del resto, si se descuidaba, estaba enzarzado en alguna pelea sin importarme que me sacasen dos cabezas.

Me encontraba, como cada día, solo en el cuarto. El moratón de la mandíbula había dejado de dolerme a las pocas horas de salir, lo que más me dolía era la sensación de vacío que la partida de mi abuela provocó. No había minuto al día que no me acordase de ella, de su sonrisa, consejos, pero sobre todo de sus abrazos y besos, cómo los añoraba. Desde aquel día no me volví a sentir querido por mucho que Carina, Ricardo y los demás trabajadores lo intentaban, quería recuperar mi vida, aquella que veía tan lejana, esa dónde realmente fui feliz.

Me dejé caer en el suelo y apoyé la espalda en la pared, no me asustaba la oscuridad que envolvía la estancia, si no divisaba los escasos enseres que la adornaban, podía fingir que todavía estaba en mi habitación repleta de juguetes. No levanté la cabeza cuando Carina abrió la puerta y tampoco presté atención cuando me informó que a partir de esa noche tendría compañía, que ya no estaría solo. Lo que ella no sabía era que siempre me encontraría solo en la vida, que nadie sería capaz de rellenar el vacío ocasionado por la marcha de mi abuela.

El nuevo habitante del orfanato me puso de los nervios, llevaba varias horas de pie sin dejar de llorar, cosa que me sacaba de quicio. Si lo dejaba que se presentase así al resto de niños, por la mañana sería un blanco demasiado fácil y aunque desde mi llegada al centro había cambiado, en mi interior aún albergaba aquel niño que un día fui. Para nada esperaba la reacción del desconocido cuando intenté acercarme para consolarlo, lo que recibí fue un puñetazo, su forma de actuar desató una batalla campal en mitad de la habitación.

Ricardo —que se hallaba detrás de la puerta— alertado por los fuertes ruidos, la abrió. Quedó sin palabras al vernos a los dos enardecidos. No le extrañaba mi reacción, pero sí le sorprendió la de Mateo. Esa misma mañana lo había recogido del hospital dónde llevaba ingresado unos días debido a la paliza recibida por parte de su tío.

—Jayce, ¿qué te tengo dicho? —vociferó para que le prestásemos atención.

Bajé el puño antes de golpear de nuevo a mi compañero.

—No he empezado yo. Solo me he acercado a él para dejara de llorar y convencerlo de que se acostara. Lo que he recibido ha sido un golpe por su

parte.

Ricardo contuvo la risa, le agradó saber que por fin Mateo se defendía de sus agresores.

—Mateo, ¿has sido tú el primero en golpear?

El niño de ojos castaños dejó caer los brazos a los costados.

—Pensaba que iba a pegarme al igual que hacía mi tío.

Al ver cómo yo miraba a Mateo, decidió que era el momento idóneo de dejarnos solos, sabía que seríamos capaces de llevarnos bien.

—Siento haberte pegado. —Se disculpó Mateo cuando Ricardo se marchó.

Me limpié la sangre del labio antes de responderle.

—No pasa nada, querías defenderte. Lo entiendo.

Aquella noche fue la primera de muchas sin dormir, pasábamos las horas hablando de nuestras infancias; la mía feliz, la de Mateo repleta de golpes. No tardamos en hacernos inseparables y los dos sonreímos con malicia el día que llegó Max, sabíamos que iba a ser el blanco perfecto de todas las burlas y golpes. Los dos nos proclamamos sus defensores cosa que él agradeció.

Me alegra saber que su infancia hasta los seis años fue feliz. Pienso en las casualidades que nos unen; él a esa edad se quedó huérfano y a mí la vida me tenía preparado el peor de los destinos. Analizo parte de su vida y caigo en la cuenta de algo importante.

—Pensaba que erais hermanos.

Se incorpora un poco para mirarme.

—No de sangre, pero sí de corazón. Siempre nos hemos cuidado entre los tres. A los dieciséis años ellos renunciaron a sus apellidos para tener el mismo, de hay que seamos los hermanos Rivera.

Recorro con los dedos cada línea que adorna su piel, nos quedamos pensativos, sumidos en nuestras propias vivencias que ninguna de las dos dicta de ser feliz. No tarda en seguir con su historia.

—Tenía doce años cuando entré en la banda. Regresaba al orfanato solo, Max no había ido al colegio porque estaba enfermo y a Mateo lo habían castigado después de clase. Era invierno y hacía frío, las zapatillas las había roto jugando al fútbol y no sabía cómo decirle a Ricardo que necesitaba otras, el dinero escaseaba. Cien metros antes de llegar un chico me paró, miró la ropa vieja y gastada y después se fijó en las zapatillas. Me ofreció veinte dólares por cruzar la calle y entregarle un papel a un hombre adulto que había

enfrente. Fui reticente de aceptar la oferta, había aprendido que nadie regalaba nada sin pedir nada a cambio —comienza a repartir besos por toda la barriga—. Ese día no acepté, pero al final terminó por convencerme.

»Al principio eran pequeños encargos, nada fuera de lo común. Con los años las cosas cambiaron, mientras veía a mis hermanos ir a la universidad yo pasaba más tiempo en el calabozo que en libertad. Con dieciocho años me condenaron a dos años de cárcel por tenencia ilícita de armas. Cuando recobré la libertad acepté el castigo que me impusieron para poder salir de la banda, aunque no tenía donde ir porque me habían echado del orfanato. Durante horas, los que habían sido como una familia, me golpearon hasta casi matarme, no dejaron ni un hueso sin romper. Los tatuajes cubren las cicatrices. Me encontró un amigo de Ricardo, durante un año cuidó de mí hasta que puede caminar de nuevo. Para compensarle lo que había hecho sin pedir nada a cambio, comencé ayudarlo en el bar, hace tres años que lo heredé cuando él falleció.

Durante toda la historia intento mantener las lágrimas a raya. Conservo la serenidad y fortaleza que él demostró cuando yo le conté la mía.

—Lo siento.

Me mira con sus almendrados ojos acomodándose entre mis piernas.

—No tienes que sentir nada. Desde pequeño me acostumbré a convivir con la sensación de que mi vida estaba vacía, incompleta. Ni Mateo ni Max, con el cariño que me han dado, han sido capaces de eliminarla, incluso la adopción de Julio iba a cubrir esa imperiosa necesidad. Cambió el día que te conocí, la noche que me echaste del orfanato supe que eras el complemento que llevaba buscando veintiocho años. Ya no me siento incompleto y es gracias a ti.

Lo beso porque entiendo a la perfección a qué se refiere, cuando estoy a su lado me siento libre, completa.

—Me he enamorado de ti —susurra uniendo nuestros cuerpos.

Dejo correr las lágrimas, que vuelen buscando la libertad que tanto ansiaban porque por fin han encontrado su lugar; su hogar, y es junto a este hombre que su pasado es igual de turbador que el mío. Nos fundimos en uno para complementarnos mutuamente.

Después de aquella semana de confesiones, nuestra relación se ha forjado más. Cada día la quiero un poco más y el efecto sigue manteniéndose después de más de dos meses. Con mucho amor le he hecho ver que estamos más que predestinados a estar juntos, que por eso ninguno de los dos ha hallado a otra persona con la que compartir nuestras vidas hasta el momento, porque nos esperábamos mutuamente.

Estos meses la tranquilidad se respira en las calles de San Juan, no sabría decir si porque me he dedicado en cuerpo y alma a amar a la mujer que comparte mi vida o porque nuestros enemigos están fuera del país. Pero agradezco la paz, ello me ha dejado disfrutar de mi familia. A parte de asistir cada semana a las cenas familiares, los fines de semana los he dedicado a viajar con mi mujer y con nuestro hijo por todo el país, deseaba que ambos se impregnasen de la belleza que envuelve a Puerto Rico, pero también quería terminar de unir lazos entre los tres.

A Julio le ha costado asimilar que no seremos nosotros dos, que en la ecuación entra Dana y, con mucha suerte, también la pequeña Melania, a quién estoy ansioso por conocer, aunque por todo lo que he escuchado de ella es como si ya la conociese y la quiero tanto como a Julio.

Según el abogado, las reuniones mantenidas con asuntos sociales surgen el efecto deseado y no tardarán en concedernos la adopción, y asegura que una vez conseguida la de Julio la de Melania será más fácil de lograr. Todavía recuerdo cómo los ojos de mi amor se iluminaron al escuchar la noticia. Dejé que las lágrimas saliesen para después beberlas, sigo sin saciarme de ella.

Termino de meter la última prenda en la maleta, queda una semana para que comiencen de nuevo las clases y deseo pasar este último fin de semana de vacaciones en Isla Negra, mi intención es viajar los tres, como hasta ahora hemos hecho, pero Julio se niega a marcharse de la ciudad.

—¿Estás seguro de que no quieres venir con tu madre y conmigo? —le pregunto cuando accedo a su cuarto. Lleva todas las vacaciones instalado con nosotros.

Desvía la mirada del ordenador.

—Que sí, pesado.

Arqueo las cejas, comienzo a pensar que tantas atenciones lo están malcriando, al ver que enrojece borro la idea.

Carraspea antes de disculparse.

—Siento haberte contestado así, Jay.

Todavía nos llama por nuestros nombres. La última vez que le pregunté me confesó que hasta que no sea real la adopción no quería ilusionarse más de la cuenta por si no salía.

—Pasadlo bien, me quedaré en casa de tío Mateo.

—En tu decisión de no venir, ¿no tendrá nada que ver cierta adolescente morena, verdad? —Enrojece al instante, no puedo evitar sonreír—. Ya veo, prefieres estar con Idara que ir de viaje con tus padres.

Mascullla por lo bajo, algo tan propio mío que me encanta.

—No es eso —dice a media voz—. Bueno sí, pero no.

Tomo asiento en la cama, cuando duda puedo estar más de una hora a la espera de una explicación.

—Explícamelo —solicito.

Se rasca la oreja, las mejillas le cambian de color, mira en todas las direcciones menos a mí. Comienzo a cabrearme, estoy a punto de saltar cuando decide que es el momento.

—Lo he pasado muy bien con vosotros, pero no he podido verla ningún fin de semana —objeta—. Y este se reúnen todos en la playa para hacer la última fogata y me gustaría estar con ella, de ahí que no quiera ir a Isla Negra. Además, vosotros necesitáis unos días de intimidad, que desde que me instalé aquí a primeros de julio habéis estado más pendientes de mí que de vuestra relación.

Evito decirle lo que su madre y yo hacemos cada noche cuando nos aseguramos que está dormido, o antes de que regrese de su salida diaria para ver a Idara.

—Por nosotros no preocupes, somos muy felices cuidando de ti.

—Lo sé, pero ya no soy un niño pequeño que tenga que ir a todos lados con sus padres. —Lo miro sorprendido, es la primera vez que se refiere a nosotros de ese modo—. Así que me quedo con tío Mateo y evito escucharos jadear, bastante tengo ya con oíros cada noche en casa cuando pensáis que estoy dormido.

Para nada me avergüenza lo que confiesa, todo lo contrario, estallo en carcajadas. Aunque guardaré la información bajo llave, si mi preciosa mujer

se entera de que nos escucha me corta el rollo y no estoy dispuesto a no disfrutar de ella y de su cuerpo.

—Lo siento, chaval —digo cuando me recompongo—, pero cuando seas mayor nos comprenderás. —Clavo la mirada en él al ver cómo enrojece—. Ah, no. Mantenla dentro de bragueta unos años, no quiero ser abuelo tan joven —adviento incorporándome.

—¿Jay? —gimotea.

—Ni Jay, ni leches —replico saliendo del cuarto—. Como mucho te permito unos cuantos besos —digo alto desde mi cuarto para que me escuche.

Sonríó al escucharlo lamentarse por ser descubierto.

Opto por viajar en motocicleta, sé que Dana odia este medio de transporte, pero a mí me encanta. Puedo sentirla pegada a mí todo el trayecto, cosa que el coche me priva de ese contacto. Guardo las maletas en los portaequipajes al regresar de casa de Mateo, por mucho que Julio insista en ir él solo no se lo concedo, que las calles estén tranquilas no significa no mantener cierta prudencia. Mi hermano me asegura que pasará la noche en la playa sin ser visto para vigilar a ambos adolescentes.

A nuestra llegada a Fajardo la avioneta nos espera para trasladarnos a la Isla, será la primera vez que Dana visite esa zona y espero que quede igual de asombrada como le ha sucedido con el resto que ha descubierto del país. El trayecto dura unos escasos quince minutos, pero no puede mantener la boca cerrada al observar el espectáculo que ofrece la altura; se puede apreciar la silueta perfecta de la isla junto a las selvas verdes que la envuelven, es un auténtico paraíso.

Al disponer de dos días opto por alojarnos en el balneario que hay en el Parque Nacional Sun Bay, durante el transcurso del día le enseñaré la zona de Vieques, pero para esta noche le tengo una grata sorpresa preparada. A nuestra llegada, recojo el coche de alquiler para movernos con libertad. El día transcurre entre besos, fotos, abrazos y muchas risas.

Tras una agradable cena a luz de la luna en la terraza de la habitación, la animo a colocarse el traje de baño, se le iluminan los ojos al mirar la quietud de las aguas que tenemos como panorámica.

Agarrados de la mano salimos al exterior, arruga el entrecejo al ver que tiro de ella en dirección al vehículo.

—Cariño, la playa está en esa dirección. —Pone el brazo recto y señala con el índice el inicio de la arena.

Sonríó al tiempo que la beso en los labios.

—Lo sé, escucho su melodía cada vez que te hago el amor. —Intensifico el beso pensando en el encuentro antes de la cena, me separo o no llegaremos a nuestro destino—. Pero no es ahí donde quiero llevarte.

El cuarto de hora que dura el trayecto intenta sonsacarme información, me niego a revelarles antes de tiempo la sorpresa. Quiero conservar en las retinas su reacción al ver el espectáculo mágico al que va a asistir.

Estaciono el vehículo alejado de la playa, entrelazo nuestras manos y la guio por el sendero cubierto de árboles. Freno a escasos metros de la playa.

—Cierra los ojos, por favor —solicito colocándome frente a ella—. No quiero que lo veas antes de tiempo.

Guiña un ojo sin estar muy convencida, al final la caricia que le prodigo con los labios es suficiente para que acepte. Con cuidado de que no tropiece la guio hasta llegar a la arena. La sujeto por la cintura antes de descalzarla y hacerlo yo. Pero cuando el agua nos moja los pies. Me agrada ver que al no ser temporada alta estamos solos en la Bahía del Mosquito. Cuando veo el mar la fantasía surge sola.

La abrazo por la espalda.

—Ya puedes abrirlos —digo en un susurro.

Emite un suspiro profundo al ver la azulada agua luminosa.

—Parece una luciérnaga gigante —comenta ilusionada.

Quedo maravillado con la inocencia que desprende cada uno de sus movimientos y miradas que me dedica primero a mí para después desviarla al mar. Hunde los pies y logra que los microorganismos emitan el destello fluorescente. Ríe sin dejar de correr de un lado para otro.

La agarro de la cintura cuando pasa por mi lado, no aguanto un segundo más sin besarla. Jadea al tiempo que nuestras lenguas se saludan. Saboreo cada rincón de su cavidad sin dejar de acariciarle la espalda. Enredo una mano en el pelo y la otra la sitúo a milímetros por encima del inicio del trasero para pegarla más a mi cuerpo que ya la extraña. Me excita escucharla gemir.

Comienzo a acariciarle el muslo subiendo por la parte interna. Siento la humedad a través de la braguita del bañador, gruño al saber que yo provoqué su estado de excitación. Interno un dedo en su interior y arquea la espalda debido al placer, con la otra mano libero los pechos de dónde están confinados para saborearlos. Los succiono con vehemencia, alimentando mi insaciable apetito. Sus manos vuelan a la cinturilla del bañador, gimo contra el pezón endurecido al sentir la primera caricia en el glande. La captura entre

su mano, ejerce la presión justa con cada masaje que me prodiga, solo ella es capaz de provocarme tan intenso placer.

Nos adentramos en el agua y conseguimos que destelle más fuerte con cada movimiento de nuestros cuerpos mientras seguimos acariciándonos bajo el manto de estrellas. La luna se cubre los ojos para no ser testigo de nuestro acto de amor.

Arrodillado —cubriéndome el agua por mitad del pecho— la coloco a horcajadas, necesito sentir el calor que desprende y abrazarla en el proceso. Guio el miembro hasta la abertura y con suma lentitud ella se desliza hasta que solo somos uno. Nos mecemos al compás sin dejar de besarnos hasta que el éxtasis nos arrebatara el último gemido.

Abrazados contemplamos el espectáculo de la naturaleza mientras nuestras respiraciones se rebajan.

—Te quiero —susurro junto a su oído.

Me deleita con un beso lento.

—Yo también te quiero —confiesa.

Contengo las lágrimas, es la primera vez que lo dice, vuelvo a saciarme de su sabor, no sabe lo feliz que me hace escuchar esas palabras. Han pasado muchos meses antes de oírlas. De regreso en el hotel dedico cada minuto a amarla hasta bien entrada la madrugada. Pasan tan rápidos los dos días que cuando queremos darnos cuenta ya estamos de regreso en la ciudad.

A mi llegada al bar aparco la moto en la puerta con una sonrisa en la cara, su coche volvió a estropearse a mitad de semana y disfruto acercándola al orfanato tras finalizar sus tareas de limpieza en el bar, por mucho que insisto en que no es necesario que siga trabajando, se aferra a ganarse el pan. Me encanta la fuerza de voluntad que tiene, escuchar su relato me encogió el corazón, pero ver cómo lucha para mantenerse cuerda y rehacer su vida, es admirable y más sabiendo que pertenezco a esa nueva etapa.

La reunión de ayer con el abogado nos levanta el ánimo, si no hay contratiempos en breve podrá darnos buenas noticias, todo tengo que agradecerse a la mujer que me ha robado la cordura, la que duerme todas las noches entre mis brazos y la que me hace querer ser mejor persona a cada segundo.

Al quitarme el casco se me esfuma la alegría, reconozco el coche negro estacionado en el aparcamiento. Contengo las ganas de matarlo. Me acerco

hasta la ventanilla trasera que baja cuando llego a su altura. La cara de Sousa aparece tras ella. Al verme sonrío con suficiencia.

—Te dije que no quería verte por mi propiedad cuando liquidé la deuda de Julio —digo con toda la rabia que soy capaz, no hay nadie en la faz de la tierra que odie con todas mis fuerzas más que a Sousa.

Me dedica su mirada de superioridad, para él lo único valioso en la vida es amasar grandes cantidades de dinero, dándole igual como conseguirlo.

—Sí, esa ya está liquidada, ahora tienes algo de mi propiedad que quiero recuperar y que el dinero no puede comprar como la libertad de ese perdedor.

Aprieto las manos convirtiéndolas en puños y las pego a los costados, si no me contengo le parto la cara aquí mismo.

—No tengo nada que te pertenezca, así que lárgate por donde has venido si no quieres problemas.

—No hagas que vuelva a enviarte a la cárcel, Rivera. —Se mira las uñas, sabía que era cosa suya, pero al tener comprada toda la ciudad no hay forma de que pague por todo el daño que le está causando a la ciudad—. Tienes una semana para devolverme lo que es mío, si no es así pagarás muy caro tu osadía.

—No tengo nada tuyo —siseo.

Se ríe antes de responderme.

—Hace meses que compré a Dánae. A su querido padre le importa una mierda el futuro de su hija, lo único que le importa es el dinero al igual que a mí. Rivera, la quiero a ella, esta vez no acepto dinero —comienza a subir la ventanilla, no soy capaz de emitir una palabra de la impresión—. Recuerda el plazo, una semana o vendré a por ella y será peor que si se entrega por voluntad propia.

Veo alejarse el vehículo. Es tal la rabia que me controla que la emprendo a golpes con el poste de luz que tengo al lado, la sangre y los nudillos despellejados no son suficientes para que cese en golpearlo. Unos fuertes brazos me sujetan para que no siga dañándome, al intentar soltarme reparo en que se trata de Max, me derrumbo contra él y lloro como un niño. Otra vez se repite la historia de mi vida, cuando consigo tener algo que me importa me lo arrebatan.

Me guía hasta el interior del bar, María se asusta al ver mi estado. Nos internamos en el despacho donde sigo destrozando todo a mi paso, la rabia me consume y me ciega.

—¿Quieres dejar de romperlo todo y decirme qué quiere Sousa? —Lo

miro de reojo—. Te he visto hablar con él —explica.

Me dejo caer en la silla destrozado.

—La ha vendido.

Max me mira sin comprender.

—¿Quién la ha vendido?

Me froto la cara, no soy capaz de pensar cómo un padre puede llegar al extremo de vender a su propia hija otra vez.

—Su padre, se la ha vendido.

—Ni mi padre fue tan cabrón conmigo —musita Max sorprendido por la noticia. Intenta serenarse y pensar con claridad.

—Es mayor de edad —argumenta María como si eso fuese una solución para el problema.

Mi hermano la abraza para tranquilizarla.

—Sabes que eso no lo frenará. —Me mira sin evitar que los ojos se le encharquen—. ¿Qué quiere ese cabrón esta vez?

—A ella.

Nos miramos, sabemos que aunque intentemos impedirlo, antes o después, se saldrá con la suya y la conseguirá. Solo de pensarlo creo morir.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—Una semana.

Se incorpora de la silla para abandonar el despacho.

—No le digas nada o lo revivirá todo otra vez. Intentaré hablar con los inspectores que llevaron tu caso, están hartos de Sousa y quieren pillarlo. También hablaré con la mujer de Diego, puede que la haga entrar en razón. —Mi cuñada lo mira sin entender—. Luego te lo explico, cariño. —Bajo el umbral del puerta me mira—. Te mantendré informado, no cometas ninguna tontería, por favor.

Los meses de verano pasan tan rápidos que si me descuido no los disfruto. Hemos dedicado el tiempo a recorrer el país. No olvidaré El Yunque, un espectacular bosque pluvial semitropical con senderos naturales, impresionantes cascadas y vistas panorámicas que cortan la respiración. El colofón final lo pusimos en Isla Negra. Todavía me excito al pensar en la mágica noche que pasamos Jay y yo entre las aguas de la Bahía del Mosquito.

Septiembre nos trae una alegría, el abogado consigue que nos concedan la custodia provisional de Julio, tardará un tiempo en convertirse en oficial, pero estamos contentos. La vida nos va a cambiar un poco, tendremos que ser más cautos a la hora de amarnos, aunque Julio no es un niño no es cuestión de que nos pille en la cualquier parte de la casa dando rienda suelta a nuestra pasión.

Escucho las risas provenientes del salón, hoy toca reunión familiar. Desde la noche de San Juan —cada miércoles— presencio las reuniones de los Rivera. Los brazos del hombre que me ha cambiado la vida se ciernen alrededor de mi cintura.

—Te estamos esperando —comenta mientras reparte besos por mi cuello.

Me revuelvo sofocada cuando alcanza el lóbulo y se entretiene con él martirizándome.

—Jay —recrimino para cese su andadura.

—Sí —murmura sin soltarlo.

Hago todo lo posible por liberarme de sus caricias, al final lo entiende y me suelta, no sin antes besarme con pasión.

—Si sigues entreteniéndome, tardaré más en reunirme con vosotros.

Acepta sin estar muy convencido.

Miro las cuatro personas sentadas entorno a la mesa, las primeras veces fueron incómodas para todos, no se acostumbraban a verme al lado de su hermano cuando ambos asegurábamos que lo nuestro era temporal. Dos meses después me he convertido en parte de esta extraña pero magnífica familia.

Tengo las ventanas del salón abiertas para que entre la brisa, la noche está siendo mágica, perfecta, nada puede eclipsar la felicidad que sentimos. A lo

lejos se escuchan sirenas, las ignoramos porque es algo normal.

El primero en percatarse de lo que sucede es Max, una humareda negra comienza a cubrir parte de la fachada de la casa. No tardamos en descubrir de dónde procede. Corro hasta el cuarto de Julio para despertarlo, no es seguro estar aquí cuando el bar está en llamas. Bajamos las escaleras seguidos de Alejandra y María, los tres hombres ya están fuera e intentan sofocar el incendio.

Me alejo de la fachada, el cartel donde se leía Shumara se está retorciendo, haciéndolo ilegible. Abrazo a Julio que tiembla de pies a cabeza y no deja de llorar. Los dos leemos la amenaza escrita en negro en la fachada antes de que las llamas la borre; «*quiero recuperar lo que me pertenece*».

El primero en caminar hasta nosotros es Jay, no me gusta nada la ira que destella su mirada. Mateo y Max me miran con lástima. No entiendo qué pasa, hace meses que pagó la liberación de Julio.

—¿Qué quiere ahora? —pregunto cuando está a medio metro. No me responde, solo me mira—. Cariño.

Nos abraza a los dos a la vez que niega con la cabeza sin contener las lágrimas, el miedo regresa de nuevo. Abrazo con más fuerza a Julio, por nada del mundo consentiré que le ocurra nada y menos que regrese a ese oscuro lugar.

Las maldiciones de Max y Mateo no me calman, me ponen más nerviosa. Algo malo pasa y no quieren decírmelo.

—Cariño, ¿qué quiere? —le suplico con la mirada que me diga la verdad.

—A ti. —Se le quiebra la voz al decirlo.

Julio se extraña al igual que yo.

—A mí, ¿por qué? —pregunto a media voz.

Silencio, todos guardan silencio, se dedican a maldecir y abrazarme. Jay no deja de besarme y decirme que todo irá bien, que no me preocupe. Pero sé que no es verdad, que nada marchará bien a partir de ahora.

Las llamas comienzan a remitir cuando María y Alejandra me obligan a subir al coche, me niego a separarme de mi marido, quiero estar con él. Por mi culpa está perdiendo lo único que posee, su única fuente de ingresos.

Los ojos me escuecen de tanto llorar. Las manos de mi amor son las que me introducen en el interior del vehículo, Julio se abraza a mí nada más entrar. Antes de que María ponga en marcha el coche, Jay me promete que se reunirá con nosotros en breve.

Julio pasará la noche con Mateo y Alejandra, nosotros dos con Max y

María. Nuestra primera noche oficial en familia se ha visto interrumpida por un hombre sin escrúpulos que no desea vernos felices. Recostada sobre la cama lloro desconsoladamente, María intenta calmarme mientras regresan los hombres, no lo consigue. Al final se da por vencida y se marcha al salón. El cuerpo de Julio se arroja junto al mío, lo abrazo y nos dejamos llevar por el llanto.

—Todo esto es por mi culpa. —Lo escucho decir.

Lo obligo a mirarme, no quiero que se sienta culpable. Ambos sabemos que se trata del mismo hombre al que Jay tuvo que pagar su liberación, pero no creo que su libertad sea el motivo por el cual me quiere a mí.

—Mi vida, escúchame. Tú no tienes la culpa de nada, no vuelvas a decir eso.

—Pero si Jay no hubiese pagado mi libertad, esto no estaría pasando.

—Tú no tienes la culpa. —Vuelvo a decir con seguridad.

Consigo que se duerma, lo necesita. Cuando me aseguro de que está relajado salgo al salón. María y Alejandra alzan la vista al escucharme, pronto me envuelven en un abrazo. Me dejo guiar hasta el sofá, sentándome junto a ellas. Una hora después los hermanos Rivera se reúnen con nosotras. Antes de marcharnos a casa de Max —la vivienda contigua— nos aseguramos de que Julio sigue dormido, le rogamos a Mateo que nos llame si se despierta.

La habitación de invitados está provista de dos pequeñas camas, optamos por ocupar solo una, no sé por qué, pero no deseo apartarme de mi marido, no ahora que sé que un malvado quiere separarnos. Le suplico que me cuente lo que sucede, sé que lo sabe, se dedica a amarme durante más de media noche, la mitad de ocasiones no puede evitar las lágrimas, eso me asusta.

Es media mañana y ya tengo la cabeza embotada. Los hermanos Rivera se han dignado a contarme la verdad, llevo horas llorando, ni las palabras ni besos de Jay son suficientes para calmarme. Pensar que al que consideré mi amigo lo está chantajeando durante meses me revuelve el estómago. Los recuerdos regresan de golpe, ahora comprendo qué hacía en España cuando mi padre comenzó a buscarme.

Me sorprende cómo comenzó todo, cuando Gustavo llegó al país no fue para trabajar en una empresa cualquiera, sino para formar parte de la mayor red de tráfico de personas que su progenitor, junto a su socio, había

instaurado a lo largo y ancho de Puerto Rico. Descubro también que Gustavo no ejerce solo, que un tal Carlos Ramírez es su asociado. Al escuchar ese apellido retrocedo en los años, a aquella última noche en la que fui vendida.

—¿Cómo se llama el padre del tal Carlos Ramírez?

Los tres hombres me miran sin saber qué responder, no comprenden por qué hago la pregunta.

—Max tú tienes que saberlo. Dímelo, por favor.

—Cariño —Jay me abraza con fuerza—, ¿qué importa como se llama?

—Mucho —digo notando la humedad en las mejillas—, importa mucho.

Max niega con la cabeza, no sé si porque no quiere revelar el nombre, o porque ha llegado a la misma conclusión que yo, sé que esa parte de mi vida está redactada en mi expediente y él tiene acceso.

—Me han comprado dos veces —digo a media voz comenzando a llorar con más intensidad.

—Cariño, ¿qué estás insinuando?

—Jay, no insinúa. Afirma —comenta Max frotándose el cuello con una mano.

Me mira fijamente, asiento dándole permiso para que cuente la historia por mí, no me encuentro con fuerzas suficientes para hacerlo yo.

Toma asiento frente a nosotros antes de relatar una parte de mi pasado.

—Según relata Francisco en su expediente —con un pequeño gesto de mano, me señala—, fue hasta Madrid porque había recibido el aviso por parte de un amigo, poniéndole en antecedentes de lo que ocurría cada noche en el poblado, le aseguraba que las niñas eran prostitutas a cambio de dinero o droga.

Relato de Francisco

Llevaba instalado en la ciudad quince días, cada tarde y cada noche se trasladaba hasta a las afueras de Madrid internándose en el poblado donde le habían dicho que prostituían a menores. Las horas pasaban y lo máximo que se apreciaba era el trasiego de coches que se acercaban a la entrada, cinco minutos después abandonaban el lugar con la sustancia que habían ido a comprar o vender. Llegó a pensar que su amigo se había equivocado y lo que para él era prostitución no era más que un tráfico constante de todo tipo de estupefacientes.

Debía de admitir que cada noche un vehículo de alta gama llamaba su atención, esos usuarios no se conformaban con acercarse a la entrada, se internaban en unas chabolas más adentro y no los veía salir hasta pasadas las horas. La decimoquinta tarde —cuando estaba a punto de tirar la toalla y regresar a Málaga, ya que su presencia allí era más valiosa que estar vagabundeando por aquellas calles de barro— un lujoso coche llamó su atención. No sabría decir qué le impulsó a esconderse, pero lo hizo tras una pequeña arbolada que había cerca de dónde había estacionado su vehículo.

Miró en la misma dirección que el hombre, no tardó en descubrir una delgada figura que se apresuraba a su encuentro. La mujer, que no superaba la treintena, se advertía que era drogodependiente por los temblores que la acompañaban. Apremió al hombre para esconderse tras el vehículo, se la notaba más nerviosa de lo que por sí el mono hacía en su cuerpo, se comportaba como si no deseara que alguien la viese.

—¿Traes el dinero? —preguntó.

—Quiero probar la mercancía primero —objetó el hombre.

—Estuviste hace noches con ella sin pagar nada, ¿qué más pruebas quieres de que es perfecta para ti?

El hombre la observó con detenimiento, llevó la mano al bolsillo interior de la chaqueta y sacó un sobre algo abultado.

—Para estar el tiempo que aseguras que trabaja la calle, no tiene experiencia alguna.

—¿La vas a querer o no? —insistió la mujer sin dejar de mirar al inicio de las chabolas—. Todavía hay clientes que solicitan sus servicios.

—Cincuenta mil pesetas y me la llevo esta misma noche.

La mujer negó repetidas veces con la cabeza.

—Quedamos en cien mil.

—Eso fue cuando me aseguraste de que tenía experiencia y que estaba en perfectas condiciones.

—Y no te mentí.

—Sí que lo has hecho, la chica no tiene experiencia alguna, se queda quieta para que hagan con ella lo que se desee, me tocará adiestrarla durante meses para que esté lista para mis locales. Además, su cuerpo es un moratón al completo y así no puedo exponerla. El precio final es ese, o lo tomas o lo dejas.

La drogodependiente cerró los ojos un instante.

—De acuerdo, de acuerdo —aceptó.

El hombre le hizo entrega del sobre que aún sujetaba.

—Veinticinco mil, la otra mitad te la doy esta noche cuando venga a recogerla. —Sin despedirse de la mujer ni esperar a que contase el dinero, abrió la puerta trasera del coche, una vez dentro bajó la ventanilla y dijo—: A las diez estaré aquí, no me gusta que me hagan esperar.

—¿Fue ella quien me vendió? —musito sin aliento al ver que Max está varios segundos callado.

—Sí —responde mirándome con pena—. En el escrito Francisco también explica que se quedó allí esperando a que viniesen a por ti, que llamó a la policía, pero que ninguna patrulla se personó.

—¿Cómo me encontró después en la entrada del poblado?

—Siguió el coche y esperó fuera pensando que en algún momento saldría el hombre de la habitación, quería aprovechar ese espacio de tiempo para sacarte, lo que no esperaba era verte en los brazos de un desconocido inerte. Lo siguió y cuando se aseguró de que se había marchado, te montó en su coche y te llevó al hospital. El resto de la historia ya la sabes.

Me alerto cuando mi hermano Max se incorpora de la mesa, presiento que algo malo va a suceder, han pasado tres días del plazo establecido por Sousa y mi mujer sigue durmiendo cada noche a mi lado, sé que no se dará por vencido y vendrá a por ella.

Estos días me he mantenido en alerta, sin que Dana lo sepa la he seguido para cerciorarme de que estaba bien, no me fío del español y mucho menos de sus técnicas para hacerse con la mercancía. Comienzo a pensar que fue un error hacerle caso a Max y no hacer nada por liberarla de la prisión a la que quiere someterla, pero insistió en hacerlo —por una vez— por las buenas. Lo que sigue sin entender es que Sousa no entiende el significado de esa palabra.

No necesito ser bombero ni un genio para saber que el humo negro que asciende por la ventana proviene de mi bar. Corro hasta a alcanzar la puerta seguido de mis hermanos. Me llevo las manos a la cabeza al ver la inscripción en la pared: «*quiero recuperar lo que me pertenece*».

—¡Borradla antes de que la vea! —grito acercándome a la pared.

Las manos de Mateo se ciernen en mis hombros empujándome hacia atrás, una llamarada no me alcanza el rostro por escasos milímetros. Lucho por soltarme de la sujeción, necesito eliminarla antes de que Dana la lea, sigo escondiéndole que su supuesto amigo la ha comprado como si se tratara de un nuevo traje o zapatos, cuando no hay ni habrá suficiente dinero en el mundo para adquirirla porque no tiene precio.

—Si lo hubiese hecho a mi manera esto no estaría pasando —le recrimino a mi hermano Max, la ira me consume.

—¿Crees que regresando a la banda no la habrías perdido? —pregunta plantándose frente a mí con pose defensiva.

—Quizás no. Habría hecho lo necesario para que no la separase de mi lado. Por tu culpa ahora tendré que ver cómo se la lleva.

—Jay, por favor, no puedes culpar a Max. —Se entremete Mateo e intenta evitar la disputa que se avecina—. La culpa solo es de Sousa.

—Déjalo Mateo, puede que tenga razón. Pero sabes qué te digo, hermano —responde señalándome con el dedo—, el tiro puedes pegárselo estando

dentro y fuera de la banda. Ahora plantéate esto, ¿qué prefieres, perderla unos meses o de por vida? Porque si lo matas —con suerte— solo te echarán la perpetua.

—No quiero perderla —digo a media voz cayendo derrotado en el suelo.

Son los brazos de Max los que me aprietan fuerte para darme ánimo.

—Levanta, Jay. Tenemos que apagar el fuego antes de que llegue a la casa, ya habrá tiempo de lamentarse.

Con desesperación tomo el cubo que me entrega Max para intentar sofocar el fuego, si soy sincero lo que menos me preocupa en estos instantes es perder mi única fuente de ingresos o la casa, mi cabeza solo piensa en qué será de mí si la pierdo a ella.

Son los suspiros de Dana los que me traen de vuelta a la realidad, escucharla llorar puede con la poca serenidad que me queda. Dejo caer el cubo y me acerco hasta a ellos envolviéndolos en un abrazo, la única contestación que le ofrezco es un movimiento negativo de cabeza, no me veo capaz de decirle la verdad, sé que la destrozará.

Al pensar que los recuerdos de su infancia pueden regresar y volver a sumirla en la mujer insegura y asustadiza del primer día, las lágrimas me invaden, estos meses me he dedicado en cuerpo y alma a borrarle hasta la última amarga imagen que la asaltaba.

—Cariño, ¿qué quiere? —insiste de nuevo.

Acuno sus mejillas en mis manos, intento mantener la voz firme para responderle, no lo logro, se me quiebra nada más lo digo en voz alta.

—A ti.

Uno nuestros labios cuando realiza la siguiente pregunta, la que no sé cómo responder.

—Todo irá bien, te lo prometo —digo entre beso y beso, necesito que me crea, pero más necesito creerlo yo o no sobreviviré un día sin ella.

Tengo que ser yo quien la meta en el coche para que acepte marcharse de aquí, necesito que se vaya antes de que Sousa aparezca, porque sé que lo hará, es su modo de trabajar, primero manda el mensaje y después aparece él para vanagloriarse del poder que posee sobre el resto de la humanidad.

Intento serenarme, necesito hacerlo para no matarlo nada más llegue. Max tiene razón, si hago lo que realmente me apetece la perderé de por vida, porque no habrá abogado en el mundo que pueda librarme de la cárcel.

Mateo se coloca a mi lado, no hace nada, solo permanecer ahí, demostrándome con ello que me apoya en cualquier decisión que tome.

El ronroneo de un coche se comienza a escuchar lejano, me tenso al saber que se trata de él, imagino que viene con la intención de llevársela esta misma noche, se molestará al comprobar que no está aquí.

—Mantén la calma —pide Max al ver cómo me tenso conforme se escucha más nítido el motor.

Asiento con un leve movimiento, aunque no tengo claro que pueda hacerlo. La sangre circula veloz por mis venas, siento el bombeo en ellas más fuerte de lo normal.

El todoterreno negro ralentiza la velocidad al tiempo que se acerca a nosotros. En esta ocasión nada de derrapes, el conductor estaciona a nuestro lado con suavidad. La ventana trasera baja con lentitud, propinando más intriga a la situación. Espero a que hable él primero ya que si lo hago yo, solo seré capaz de hacerlo con los puños.

—¿Dónde está mi mujer? —pregunta el malnacido mirando la fachada carbonizada.

La ira se apodera de mí al escucharlo llamarla su mujer, aprieto los puños para hacer crujir los nudillos.

—No te atrevas... —La mano de Mateo me sujeta, evitando así que lance el puño y lo estampe en la cara del desecho humano que tengo frente a mí.

Respiro un par de veces y cierro los ojos. Las imágenes de mi mujer me invaden; la tengo recostada encima de mi pecho desnudo recuperando la respiración después de hacerle el amor; la intensidad de su mirada la noche de San Juan cuando nos besamos en el agua; nuestros viajes por el país junto a nuestro hijo y así se van solapando unas con otras, recordándome los meses más felices de toda mi vida.

Vuelvo a tomar otra bocanada de aire, no puedo permitirme perderla, no ahora que la he encontrado. Tragándome mi orgullo miró a Sousa.

—Concédele dos últimas noches en familia para que pueda despedirse.

Sopesa la petición, no le agrada, lo sé por cómo arruga el entrecejo, pero es la única vía que veo razonable para no perderla del todo, si me lo concede tendré horas por delante para urdir un plan y recuperarla, pero sobre todo para devolverle la libertad robada a la que va a ser sometida.

—Si en cuarenta y ocho horas no está aquí a la espera de mi llegada, me encargaré de que os metan a todos en la cárcel, a ella la primera.

Cierro los ojos e inspiro profundo para mantener el control, necesito mantenerlo o lo único que haré será complicar más las cosas.

Asiento, no puedo hacer otra cosa. Hay momentos en la vida en los que

debes luchar por lo que quieres, por lo que deseas y este es uno de ellos. Pienso pelear con todas mis fuerzas para lograr traerla de vuelta a casa y hacerla la mujer más feliz del mundo, sé que puedo lograrlo si lo hago a mi manera. Nada ni nadie se interpondrá en mi camino para alcanzar mi objetivo, que no es otro que volver a unir a mi familia sin que el indeseable de Sousa se interponga en nuestro camino.

Le pido perdón mentalmente a Dana por lo que estoy dispuesto a hacer, también a mi abuela, aunque sé que ella estaría de acuerdo con mi decisión con tal de mantener a la familia unida.

Unos suaves golpes en la puerta me desvelan. Miro a Dana, tiene el rostro contraído con gesto doloroso, no quiero pensar que está reviviendo algún suceso de su infancia, deseo imaginar que soy capaz de eliminarlos. Quien sea, vuelve a insistir. Salgo de la cama sumamente despacio, no quiero despertarla porque no sé cómo explicarle quién la ha comprado sin dañarla.

Voy hasta el salón, Max está de pie sin dejar de frotarse la cara con ambas manos. Miro el reloj, son casi las siete de la mañana. Por su apariencia, juraría que no ha pegado ojo en toda la noche.

—¿Qué ocurre?

—Será mejor que hablemos abajo.

Supongo que lo propone para que Dana no nos escuche, no objeto la petición. Me hago con su paquete de tabaco y me encamino a la salida. En el ascensor me extraña verlo con el portátil, no entiendo por qué lo trae con él si se supone que vamos a hablar.

Sin tener que decir nada los dos ponemos rumbo al pequeño jardín que hay en el lateral derecho del inmueble, dispone de mesas y bancos, estaremos más cómodos ahí instalados.

—¿Qué pasa? —vuelvo a preguntar una vez acomodados.

No dice nada, se entretiene en abrir el portátil y trastear con él. Estoy a punto de rechistar, pero me callo cuando lo gira en mi dirección para que pueda ver la pantalla. Se trata de un documento.

—Me lo ha mandado hace una hora.

Por sus palabras entiendo que desea que lo lea. Me pongo manos a la obra. Solo logro leer las dos primeras líneas, es tal la ira que siento que no alcanzo a seguir leyendo.

—¿Qué coño es esto? —inquiero nada más ver el nombre de Sousa junto

al de mi mujer.

—Un certificado de matrimonio.

—¿Qué? —medio tartamudeo. No me salen las palabras.

—Según esto, Dana se casó con Sousa a los quince días de llegar a Puerto Rico.

—Eso no es posible, tiene que haberlo falsificado.

El pánico se apodera de mí en el mismo instante que mi hermano niega rotundo. Empiezo a comprender la magnitud del problema.

—Yo también he pensado eso y para salir de dudas, he llamado a un compañero que trabaja en el juzgado para pedirle el favor. Lo ha comprado y asegura que el certificado es oficial. Jay, ¿sabes lo que significa?

Y tanto que lo sé, nuestro matrimonio es nulo y ella puede ir a la cárcel. Salto del banco como un resorte al comprender la amenaza de anoche, no soy capaz de dejar de gritar hijo de la gran puta y propinar patadas al mobiliario del parque. Me cuesta más de veinte minutos tranquilizarme, no voy a lograr nada descargando mi rabia con los bancos.

—¿Qué podemos hacer? —pregunto algo más calmado.

Mi hermano me mira, esa expresión la conozco demasiado bien, es lo malo de habernos criado juntos.

—Ni lo pienses —advierdo, sé lo que está pensando; que puede que mi mujer me haya engañado durante todo este tiempo —. No sabe que está casada con ese cabrón. Tuvo que drogarla.

La ira vuelve a adueñarse de mí, es la única opción viable, que la drogase para casarse con ella sin que se enterara.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque me ha contado su pasado sin dejarse nada en el tintero. Si en verdad solo me está utilizando para que Sousa acabe conmigo, jamás lo habría hecho.

—¿Te lo ha contado?

—Sí. Se sincero hace meses.

Nos concedemos un receso, el tiempo justo para encender un cigarrillo y dar un par de caladas.

—¿Hay algo que podamos hacer? —repito.

Niega.

—Si no obtenemos una confesión por su parte para demostrar que Dana no estaba en sus cabales y anular el matrimonio, lo único que podemos hacer es rezar. —Lo miro sin entender—. No solo Dana puede ir a la cárcel, tú

también. Si él demuestra que tú estabas al tanto de su enlace, se te considera cómplice y tienes la misma pena que ella. Y te aseguro, hermano, que ese hijo de puta mueve los hilos a su antojo.

Apoyo los codos en la mesa y la frente sobre las palmas de las manos. Necesito pensar, tiene que haber una solución para esto, me niego a pensar que la vida me la ha puesto delante para perderla por culpa de una escoria humana.

—¿Qué sabes de la mujer de Diego? —pregunto sabiendo la respuesta.

—Se niega a entregar la información que posee, y aunque llevo una semana intentando recabarla por mi cuenta, no es tan fácil, me llevará meses probarlo todo.

—No tenemos meses —objeto.

—Esa vía no nos sirve por el momento. Hay que buscar otra.

—¿Cuál?

—Solo se me ocurre una, pero para ejecutarla debemos contarle la verdad a tu mujer.

Escucho atentamente cada palabra que dice, me parece una completa locura y me niego a que Dana sea partícipe en esto, quiero dejarla al margen, quiero protegerla, bastante ha sufrido ya.

—No veo otra salida, Jay.

Yo tampoco, aunque no me gusta nada la idea, asumo que no me queda más remedio que decirle la verdad y que sea ella quien diga la última palabra. Cabizbajos subimos al piso. Nuestras mujeres suspiran aliviadas al vernos aparecer.

35

Dánae

La cabeza me estalla, ni la presencia de Jay a mi lado logra que descanse, he pasado toda la noche reviviendo una y otra vez mi juventud. Estiro el cuerpo para pegarme a mi marido, necesito sentir su calor para convencerme de que todo irá bien, de que esto solo es una mala pasilla de la que me cuesta despertar.

Me aterra no sentir su presencia en la cama. Abro los ojos asustada, puede que todo haya sido producto de mi imaginación y esté dormida en el sofá de casa. No es así, me encuentro en una cama que no es la nuestra. Enfoco la vista hasta que logro descifrar dónde estoy; en la casa de mi cuñado Max.

Su ausencia me alerta, abandono la habitación sin molestarme en quitarme el pijama que me prestó anoche María. La encuentro en el salón con el teléfono en la mano, está nerviosa. Ni rastro de mi marido y el suyo.

—¿Dónde están? —pregunto cuando me aseguro de que ha colgado.

Se gira al escucharme.

—No lo sé. Estoy llamando a Max, pero no me coge el teléfono.

Un miedo atroz se apodera de mí, no quiero pensar que haya sido tan tonto como para regresar a la banda para zanjar el problema que se cierne sobre nosotros. Quiero pensar que ambos hermanos están buscando una solución más diplomática.

—Dana, tengo miedo de que hayan ido a hablar con Lucrecia. —La miro sin entender, no sé a quién se refiere. Lo aclara—: Lucrecia es la mujer de Diego Vélez, el hijo de La Muerte.

No necesito que me diga más. Sé perfectamente quien es; el hijo del jefe de la banda a la que perteneció Jay.

—¿Por qué? Diego está en la cárcel. ¿Qué puede hacer su mujer?

Indica una de las sillas, soy reacia pero me siento una vez lo hace ella.

—¿Recuerdas el dinero que le diste a tu marido para la liberación de Julio? —Asiento—. No lo usó, se lo devolvió a su dueño.

No comprendo nada.

—¿Me estás diciendo que no le pagó a Sousa? —me niego a llamarlo por su nombre. Bastante me cuesta decir su apellido sin provocarme una arcada.

Se apresura a negar.

—Sí lo hizo, pero no con su dinero.

—¿Entonces?

Me quedo estupefacta al escucharla. Jay se negó a usar el dinero de Sousa para pagar la libertad de Julio, sabía que si lo hacía me condenaría a él de por vida. Por lo visto, mi examigo utiliza esa técnica para comprar a las mujeres, entregándoles una tarjeta para que piense que es un regalo cuando no es así. Al no tener otra salida fue a ver a la mujer de Diego para pedirle prestado el dinero.

—¿Crees que han ido a pedirle ayuda? —cuestiono a media voz.

—No lo sé —gimotea.

Nos incorporamos raudas al escuchar pasos acercarse a la puerta. Las dos respiramos con tranquilidad cuando hacen acto de presencia en la casa.

Me lanzo a los brazos de Jay que me acoge con fuerza. Le recrimino que no me haya dicho lo de Lucrecia, asegura que lo hizo pensando en mí y en mi bienestar. Que no estaba dispuesto —ni está— a que Sousa se salga con la suya.

Por mucho que ambas insistimos en que nos digan a dónde han ido, los dos hermanos se hacen los suecos y cambian de conversación.

Es media mañana y no puedo dejar de pensar en la amenaza; si no regreso con Sousa, Julio pagará las consecuencias. No me cuadra, si de verdad mi ex amigo es la persona que aseguran es, no se habría tomado tantas molestias en amenazar a Jay cuando ya ha pagado la cantidad estipulada, los hermanos Rivera me ocultan algo.

—¿Qué no me habéis dicho? —pregunto.

Se miran entre sí, desde mi posición —sentada en el sofá y ellos en la otra punta del salón, junto a la ventana, fumando— noto su incomodidad. El temblor de mi cuerpo es incontrolado, si no me lo han dicho es porque la noticia es devastadora. Quizás sea mucho peor de lo que acabo de descubrir.

Me encojo en el sofá hasta hacerme muy pequeña, el miedo de que vuelvan a abusar de mí sigue latente y, en este momento, es lo único que se me ocurre. Saber que Sousa comercializa con niñas que explotan sexualmente, me da qué pensar. Puede que sea ese el destino que me tiene preparado.

—Quiere venderme —gimoteo.

Jay no tarda en colocarse a mi lado y comenzar a acariciarme. Con sus caricias quiere borrar el dolor que siento y que deje de llorar.

—Cariño, tranquilízate, no te va a vender.

—¿Cómo estás tan seguro? —inquiero sin dejar de llorar.

—Porque nunca se lo permitiré —asegura categórico.

Lo miro a través lágrimas, quiero creerlo —me muero por hacerlo—, pero no puedo; no quiere dinero, me quiere a mí y eso significa algo.

Me acaricia la mejilla sin dejar de mirarme a los ojos. Sus pupilas desprenden amor, pero también verdadero pánico. Eso impide que pueda relajarme.

—Cariño, por favor —suplico—, dime la verdad.

—No quiero hacerte pasar por esto, no quiero que te dañen más.

—El daño ya está hecho —aseguro—. Necesito saberlo.

Mira a su hermano que sigue junto a la ventana y aunque no nos mire, está pendiente de nosotros, sobre todo de mí. María reaparece en el salón con un tazón en las manos. Me lo entrega y pide que me lo tome, objeta que la tisana me vendrá bien para rebajar la ansiedad.

—Decídselo. Tiene derecho a saberlo —comenta colocándose junto a su marido.

Max le da la razón con un asentimiento, en cambio Jay no está muy conforme, lo noto en la tensión de su cuerpo. Es María quien me entrega un papel para que lo lea.

No doy crédito a las palabras que están impresas en el folio, no puede ser verdad, tiene que tratarse de una broma muy pesada. Según esto, llevo meses casada con Sousa.

—Esto es un error. No me he casado con él. —Logro decir, conteniendo a duras penas la arcada.

—No lo es —asegura mi cuñado.

La garganta me quema tanto que salgo disparada al baño, precipitadamente me dejo caer en el suelo de rodillas y dejo que mi estómago se vacíe, deseo con toda mi alma que la vomitera se lleve todo.

Los brazos de Jay se ciernen entorno a mí, tan mal me encuentro que no logro recomponerme con su calor cuando —por lo general— es como un bálsamo; me calma de inmediato.

—Encontraremos una solución. Te lo prometo.

Nos quedamos un buen rato abrazados, si logramos aislarnos en nuestro mundo —ese que también se nos da crear— los problemas desaparecerán. Pero sé que no es así, que por mucho que nos aislemos, cuando decidamos regresar a la realidad seguirá ahí esperándonos. Tenemos que afrontarlos de

inmediato.

No le respondo, no hay nada más que decir. Sabemos que solo hay una solución; regresar a la casa de Sousa. Empiezo a darle la razón a Alejandra, yo le he ocasionado más problemas a Jay que él a mí. Volvemos en silencio al salón. Jay entrelaza nuestras manos.

Pronto una cuestión me invade.

—¿En qué afecta esto en la adopción de Julio?

El rostro de Max me asegura que no es nada bueno.

—Puede ocasionar que anulen la custodia porque está sujeta a vuestro enlace.

Comienzo a llorar otra vez, no me sale la voz. No entiendo por qué Sousa ha ido tan lejos. Jay se acerca a su hermano y se alejan para que no los escuche. Tampoco sé si quiero saber lo que están hablando entre susurros. Trato de incorporarme sin terminar en el suelo.

—Tengo que volver con él —hablo con voz clara para que me entiendan. Ambos me miran.

Jay niega con la cabeza, se acerca para abrazarme.

—No pienso consentirlo. Ahora que te he encontrado no voy a perderte.

Agarro su camisa aferrándome a él, yo tampoco quiero perderlo.

—No nos queda otra salida.

—No.

Le cojo la cara entre las manos para obligarlo a que me mire.

—Jay, por favor. Piensa en Julio, merece ser feliz y tener una familia.

—Tú también —responde con los ojos vidriosos.

—Si es capaz de quemar el bar con toda la familia en la casa, ¿crees que se detendrá hasta que no consiga lo que quiere?

El silencio se adueña de nosotros, sabemos que es la única solución. Pienso en Melania, en que no volveré a verla y me derrumbo más todavía en los brazos de Jay. ¿Cómo decirle que no la abandono por voluntad propia, sino que me están obligando a ello?

Max toma la palabra, piensa que sí podemos hacer algo para salir de esto. Escucho atenta su sugerencia, tengo que hacerlo confesar. Saber cómo hizo para que me casase con él sin enterarme. Ellos tienen su teoría, no disto mucho de ella; tuvo que drogarme para conseguirlo, de otra forma jamás habría aceptado. Jay se niega a llevarla a cabo, pero la última palabra la tengo yo y estoy dispuesta a ejecutarla. De no hacerlo, jamás podré regresar junto a él.

—No quiero que lo hagas —comento escéptico sentado en la cama mirando el suelo.

Estamos en el cuarto, necesito algo de intimidad con mi mujer, tengo que hacerla entrar en razón. Puedo hablar con Lucrecia y rogarle que ejecute su plan antes de tiempo.

Sus caricias logran que le preste atención de nuevo. Alzo la vista y me pierdo en sus ojos, en el amor que desprenden.

—Cariño, no nos dejará tranquilos si no vuelvo. Soy la única que puede sonsacarle la información.

Niego.

—No te lo va a decir. Te quiere para él.

Su pequeño cuerpo se tensa. Le rodeo la cintura con los brazos, apoyo la cabeza en su abdomen y dejo que la paz me invada. Voy a necesitar muchas dosis de esto para sobrellevar el tiempo que nos veremos forzados a estar separados.

—Vayamos a casa —sugiere sin dejar de acariciarme la cabeza—. Quiero estar con vosotros estas últimas horas.

Retengo el llanto. Debo ser fuerte por los dos aunque dudo mucho que tarde en derrumbarme. Para una vez que encuentro la felicidad un malnacido se empeña en arrebátarmela.

Sigue sin convencerme el plan de mi hermano, como Sousa descubra que lo ha drogado para que confiese puede ser capaz de hacer cualquier cosa.

—Si se entera... —Me callo. No quiero decirlo en voz alta, de ese modo no serán tan reales las consecuencias.

—¿Me matará? —termina la frase por mí.

Asiento, es capaz de eso y mucho más.

—Lo prefiero, de igual modo estaría muerta en vida al saber que nunca más podría verte, besarte y abrazarte.

No retengo las lágrimas, es tontería. Me ha costado mucho que se abra, que confíe en mí, y ahora que lo hace el cabrón de Sousa se interpone entre nosotros. Esto no es justo, la vida no es justa.

Pienso en una solución rápida, regrese o no con él me la arrebatará de igual modo. Aunque prefiero que nos internen en la cárcel a que tenga que vivir con ese desgraciado. La lucecita se enciende en el interior de mi cabeza, cómo no lo había pensado antes.

—Puedo hablar con Lucrecia. —Digo. Me mira sin entender—. Juan es su tío, estoy convencido de que si sabe la verdad nos ayudará.

Abre los ojos sorprendida. Le explico el plan. Que sea Celines quien ponga la droga —administrada por Lucrecia— en la comida de Sousa, así él no sospechara. De esa forma ella no estará nerviosa por si la descubre, podrá actuar con más normalidad. No le desagrada la idea, incluso intenta animarme a ir a hablar con la mujer de Diego en este preciso instante. Me niego. No quiero perder nuestras últimas horas hablando con Lucrecia. Quiero amarla durante cada minuto que nos queda. Grabarle mi sello para que le sea más fácil nuestra separación, también lo hago por mí. Necesito grabar el suyo a fuego en mi piel. De otro modo sé que cometeré una tontería que nos alejará de por vida.

Salimos al salón al escuchar a Mateo preguntar por nosotros. Ni percatarnos de que han llegado para realizar nuestra última comida en familia.

—¿Dónde está Julio? —inquire mi amor al no verlo.

—En mi casa jugando con la consola. He pensado que lo mejor será dejarlo al margen, bastante ha sufrido ya.

—Pero quiero estar con él y despedirme —gimotea.

La abrazo.

—Lo harás —prometo.

Sin ánimos nos sentamos dispuestos a disfrutar de los últimos instantes juntos. Media hora después los seis platos siguen intactos, ninguno somos capaces de ingerir nada ni hablar. Lo máximo que se escucha en el sala son los suspiros de todos. Los llantos se acentúan cuando llega la despedida. Es el momento de marcharnos.

Llamo a la puerta de Mateo a la espera de que nuestro hijo nos abra. Cuando lo hace se queda estático al ver a su madre rota por el llanto.

—Mamá, ¿qué pasa? —Dana lo abraza y llora más fuerte—. ¿Papá? —pregunta mirándome sin soltar a su madre.

Cierro los ojos, es la primera vez que nos llama así y tiene que ser en esta situación. Cómo le digo que su madre debe despedirse de él. Lo máximo que soy capaz de decirle es que nos vamos a casa. Nos sigue sin cuestionar nada.

La llegada a casa es silenciosa. Julio no deja de llorar por el camino, yo tampoco. Acomodados en el sofá, entre Jay y yo, le explicamos la situación. No sale de su asombro y —al igual que su padre— piensa que es una locura. Que hablemos con Sousa y lleguemos a un acuerdo económico.

—Puedo trabajar para él para saldar la nueva deuda. —Se ofrece.

Lo abrazo con fuerza sin llegar a dañarlo. No sabe cuánto lo voy a añorar.

—De eso nada, cariño. Tu única misión es sacar adelante los estudios. — Quiere replicar, no lo dejo—. Prométeme que terminarás el instituto e irás a la universidad.

Le cuesta aceptar mi petición, al final asiente.

—Con la condición de que vuelvas con nosotros.

Se me parte el alma, no soy la única que se derrumba, mi marido no contiene por más tiempo las lágrimas. Nos abraza a los dos y dice:

—Te juro, hijo, que traeré a mamá de vuelta a casa.

Nos quedamos abrazados un buen rato, ninguno quiere separarse del otro.

La tarde la dedicamos a estar juntos en familia y hacer las cosas que nos divierten aunque no las disfrutamos como las demás veces, somos conscientes de que es posible que no vuelvan a repetirse.

Me cuesta preparar la cena, mi cuerpo no cesa en temblar. Me obligo a terminarla, también a comer algo. Al finalizar, Julio pide permiso para retirarse, objeta que necesita una ducha. Le concedemos la petición. Jay y yo nos acomodamos en el sofá, me echo encima de él y, aun así, no estoy lo suficientemente pegada. Ninguno de los dos dice nada, las caricias y el amor que transmiten nuestros cuerpos y besos hablan por nosotros.

—No quiero perderte —dice sin dejar de acariciarme el rostro—. Te prometo que te sacaré de allí.

Me trago el nudo que tengo en la garganta.

—Sé que lo harás, cariño. —No quiero que cometa ninguna locura que lo aleje de Julio y de mí—. Pero prométeme que no harás nada que te aleje de nosotros.

La rabia se le instala en la mirada, pronto se evapora gracias a mis caricias.

—Te lo prometo —asegura.

Nos besamos.

—Te quiero —susurro junto a sus labios.

No contiene el llanto.

—Te quiero —susurra antes de volver a besarme.

La puerta del baño nos alerta de que Julio ha terminado. Al escuchar que abre la de su cuarto, dejo a Jay en el sofá y me marcho para hablar con mi hijo. «Mi hijo», pienso con una mezcla de felicidad y desolación al saber que lo más probable es que lo pierda antes de tiempo.

Llamo antes de entrar.

—¿Puedo pasar?

Me mira con los ojos enrojecidos.

—Claro que sí, mamá.

Me emociona que me llame por ese apelativo, tanto tiempo soñando con él y ahora quieren arrebatarme mi felicidad.

Hablo con él durante un buen rato, le hago prometer de nuevo que no abandonará sus estudios y que hará caso a todo lo que diga su padre. No duda ni un segundo en darme su palabra.

—Estoy muy orgullosa de ti, no todo el mundo se resiste a pertenecer a una banda cuando le ofrecen dinero.

El gesto de su rostro me alerta. Oculta algo.

—Llegaste a entrar —afirmo—. ¿Por qué?

Se muerde las uñas nervioso sin dejar de mirarme con indecisión. No quiere revelar la verdad. No tardo en comprender que no lo hizo por voluntad propia, que Sousa lo forzó de algún modo.

—No aceptaste por voluntad propia, ¿me equivoco? —Niega con un leve movimiento de la cabeza sin llegar a levantar la vista del suelo—. Y que no concediesen la adopción tampoco tuvo nada que ver. —Vuelve a negar—. ¿Qué fue lo que te impulsó a trabajar para él?

Deja de morderse las uñas.

—Si te lo cuento, me prometes que mantendrás el secreto.

—Depende de lo que sea, cariño. —No puedo darle mi palabra a algo que desconozco si puede ayudarnos.

Se queda pensativo unos segundos.

—Julio, dime qué pasó, puede que tengamos solución al problema.

Decirle eso es suficiente para hacerlo entrar en razón. No tarda en comenzar a relatar.

—Lo vi un par de veces merodeando por las inmediaciones del colegio y del orfanato. Se centraba más en las chicas, así que no reparó en mi presencia ninguna vez. Una mañana al salir de clase vi cómo retenía a Idara y ella forcejeaba para liberarse. Cuando se marchó quise hablar con ella, pero se negó a decirme qué quería Sousa de ella.

Toma un receso para estirar las piernas y colocar las manos en los muslos.

—Dos días después volví a verla con él en la puerta del orfanato, me escondí detrás de un coche para saber por qué le temía tanto. Le dijo que al utilizar la tarjeta de crédito ya era de su propiedad y que quisiese o no, trabajaría en uno de sus club porque los clientes con los que había estado solicitaban de nuevo sus servicios.

Parpadeo un par de veces para asimilar la información.

—¿Qué clientes? —inquiero.

Se encoge de hombros.

—No lo sé. Hablé con ella para que me lo dijese, pero se negó y me hizo prometerle que jamás lo diría. Así que la única solución que vi, fue ir a buscarlo. Le exigí que la dejara en paz, fue cuando me amenazó y me dijo que si quería que Idara no formara parte de sus chicas tendría que entrar yo para cubrir la pérdida económica; uno por otro, objetó. No lo pensé. Acepté sin pensar en las consecuencias y sabiendo que papá se enfadaría mucho conmigo. Cuando me preguntó, le hice creer que había aceptado por dinero.

Me quedo sin palabras, la maldad de la humanidad no tiene límites y menos en personas sin escrúpulos como Sousa, que lo único que le interesa es su propio beneficio económico.

—Aceptaste trabajar para él para pagar la liberación de Idara —afirmo.

—Sí.

—Tu padre tiene que saberlo.

—Mamá me has prometido...

Lo interrumpo.

—Te he dicho que no podía darte mi palabra. Julio, cariño, ¿no te das cuenta que podemos meterlo en la cárcel y acabar con todos nuestros problemas?

No está convencido.

—Idara dejará de confiar en mí si se entera de que os lo he contado.

—¿Que nos has contado qué? —interrumpe Jay a la vez que accede al cuarto.

Lo pongo al día del nuevo descubrimiento. Recrimina a Julio por no

haberlo dicho antes, salgo en defensa del chico.

—No es momento de recriminaciones.

Mi marido me da la razón.

—Voy a llamar a Max.

Julio y yo salimos al salón donde Jay mantiene una conversación con su hermano. No sé qué le dice mi cuñado porque mi marido solo dice «ajá», la frase más larga es la despedida: «Mantenme informado».

—¿Qué te ha dicho? —me atrevo a preguntar.

—Que va a hablar con el juez.

—¿Y?

—No asegura nada.

La conversación con mi hermano me da ánimos renovados, puede que — por una vez— las cosas salgan bien y no tenga que separarme del amor de mi vida. Aunque estoy seguro de que pronto nos reencontraremos, lo cierto es que no deseo pasar un día alejado de ella.

Entre los dos tranquilizamos a Julio, el chico está nervioso por si Idara deja de hablarle. Le prometo que conversaré con ella para que se marche tranquilo a la cama, necesita descansar y yo estar unas horas con su madre. Esperamos un rato hasta asegurarnos de que se ha dormido antes de adentrarnos en nuestro cuarto.

En silencio, y sin dejar de observarnos, nos quitamos la ropa. La abrazo para pegarla a mí una vez acostados. Mantengo a raya las lágrimas, no quiero que me recuerde así si es verdad que es nuestra última noche, deseo que tenga mejores recuerdos nuestros. Utilizo cada hora en hacerla sentir especial, querida, con mis besos y caricias. Llegados a un momento ninguno de los dos somos capaces de contener las lágrimas y son las únicas testigos de nuestras palabras mudas, del amor que nos profesamos mutuamente.

—No te muevas, por favor —suplica cuando tengo intención de quitarme de encima de ella para no aplastarla con mi peso al finalizar—, quédate así.

Miro la ventana y rezo para que aún sea noche cerrada, mis súplicas no sirven de nada, ya se aprecian los primeros síntomas de un nuevo día.

—Vale —susurro.

Inicio un nuevo beso con la sensación de que será el último. Enredo mi lengua con la suya y comenzamos una danza lenta. Una danza que vuelve a hablar por nosotros.

—¿Por qué no nos vamos del país? —inquiero. Me niego a tener que decirle adiós.

Las yemas de sus dedos se entretienen en acariciarme el rostro, entorno los ojos y me dejo llevar.

—Porque no solucionaría nada, solo empeoraría las cosas —objeta, atrayéndome hacia a ella.

Tiene razón, yo mismo sé el absurdo de la pregunta, pero estoy desesperado. Un desgraciado quiere arrebatarme lo mejor de mi vida.

—Bésame, necesito recordar tu sabor para no enloquecer.

Contengo las ganas de llorar, pensaba que la situación me pondría violento, no ha sido así. Reparto besos por su rostro antes de centrarme en exclusiva en su boca. Con suma parsimonia me adentro para convertirnos en uno. Mezo las caderas con suavidad, con exagerada lentitud, le encanta cuando le hago el amor de esta forma y a mí me embruja las sensaciones que percibo con cada embestida.

—Te quiero —gime contra mi boca poco antes de alcanzar el clímax.

—Te quiero —correspondo, plantando mi semilla en su interior.

Nos mantenemos abrazados mientras recuperamos el aliento. Deseamos con todas nuestras fuerzas alargar el momento, la hora de la despedida se acerca a pasos agigantados.

Tras un baño juntos, comenzamos a preparar el desayuno. Tengo que llamar a Julio para que se reúna con nosotros, quiero hacerlo en familia.

Dana lo abraza cuando lo ve, tiene los ojos hinchados, síntoma de que se ha pasado la noche llorando. Le aprieto el hombro antes de tomar asiento para infundirle valor, un valor que ninguno de los tres tiene en este momento aunque intentamos disimular.

—¿Sabes algo de tu hermano?

Antes de negar, voy a por el móvil, lo he dejado en la habitación. Maldigo al comprobar que no tengo ninguna llamada o mensaje suyo sin ver. Cabizbajo regreso al salón.

—¿Y bien? —pregunta Dana.

Niego con un leve movimiento de cabeza.

Los ojos se le empañan, la despedida es definitiva, nada ni nadie va a impedir que el cabrón de Sousa se lleve a mi mujer si no quiero verla en la cárcel.

Me esfuerzo por probar bocado, mi estómago no digiere nada, ni un mísero trago de agua; pero lo hago por mi mujer, para hacerla sentir bien aunque sé que está destrozada al igual que yo.

A la hora acordada los tres bajamos a la calle. Intentamos que Julio se quede en casa, no queremos que sea testigo de lo que está a punto de suceder, el muchacho se niega a no despedirse de su madre.

Se abraza a ella como si fuese un salvavidas y, en cierto modo, lo es. Gracias a ella los dos estamos completos, felices. Los ojos se me ponen

vidriosos al saber que en minutos esa felicidad se desvanecerá durante una temporada. Me aferro a ellos, sobre todo a mi mujer.

Cierro los ojos al escuchar el motor acercarse, es la hora de la despedida. Dejo que se despida primero de Julio, el chico está roto de dolor. Llegado mi turno acojo su rostro entre mis manos temblorosas. Trago el nudo de emociones, de otro modo no seré capaz de hablar.

—Te voy a añorar mucho.

—Y yo a ti —afirma sin dejar de llorar.

—Recuerda que te quiero con locura y que haré lo posible para liberarte lo antes posible.

—Lo sé, amor.

La puerta trasera del todoterreno se abre nada más estacionar junto a nosotros. No quiero alzar la mirada, si lo hago soy capaz de matarlo.

—Os quiero —dice por última vez antes de alejarse de nosotros.

—¡No me dejes! —grita Julio yendo tras ella.

Debo sujetarlo por la cintura para evitar que corra detrás de ella. No deseo que ese desgraciado lo dañe.

—¡Suéltame, no quiero que se vaya! —exige en un grito.

—Y yo tampoco, pero no puedo impedirlo sin que tu madre acabe en la cárcel —confieso derrotado. Esa parte de la historia acordamos ocultársela, me veo obligado a decirle la verdad para que no me odie.

Se sujeta fuerte a mí sin dejar de llorar. Dana gira la cabeza para vernos parados mientras se aleja de nosotros. Escucho sirenas lejanas, no sabría decir si porque están en la otra parte de la ciudad o porque su marcha logra que no las oiga con claridad.

La euforia me invade al ver aparecer varios coches patrulla cortándole el paso al vehículo de Sousa. Agentes uniformados se apean de los coches con las armas en mano rodeando a mi enemigo, al comprender que van a arrestarlo, corro en dirección a donde se encuentran. Julio me sigue.

—No puede pasar —dice un policía prohibiéndome avanzar más.

Forcejeo con él, nadie me va a impedir alcanzar el coche y ponerla a salvo.

—Mi mujer va en ese coche. Sousa la tiene retenida.

—Lo sabemos, señor Rivera, su hermano nos ha informado de todo.

—Puede... —una voz a mi espalda me interrumpe.

—Jay, déjalos trabajar —pide Max colocándose a mi altura.

Me niego a dejarla en mitad de todo, no sé si Sousa va a armado y si es así, contra quién utilizará el arma. Solo de pensar que la bala pueda ir dirigida

a Dana enfermo.

—Ese cabrón puede hacerle cualquier cosa.

—Dana está a salvo.

Alarga el brazo y señala uno de los laterales del coche. Me relajo al verla custodiada por dos agentes.

—Espera —solicita Max al saber mis intenciones.

—¿A qué?

—A que esposen a Sousa.

Miro al otro lado, está tirado en el suelo mientras un policía le coloca las esposas, dos lo apuntan con sus armas por si decide oponer resistencia.

Una figura alta y delgada pasa corriendo junto a nosotros, pronto descubro que es Julio que ya abraza a su madre. Me deshago del agarre de Max y voy hasta a ellos. Los arropo en mi pecho sin dejar de llorar, me importa una mierda que medio cuerpo de la seguridad nacional me vea en este estado, soy el hombre más feliz del mundo. Mi hermano ha conseguido que atrapen al español y que mi mujer se quede con nosotros. La beso desesperado, como si llevásemos años alejados y han pasado escasos minutos.

—Te quiero. Te quiero. Te quiero —repito una y otra vez sin dejar de besarla.

Obviamos el ajeteo que hay a nuestro alrededor y nos centramos en nosotros. Ninguno de los tres puede dejar de sonreír. Alzo la vista al cielo para dar las gracias, por una vez alguien ha escuchado mis plegarias.

—Esto no ha terminado, Rivera.

Me enervo al escuchar la amenaza procedente de Sousa, ni esposado es capaz de mantener la boca cerrada. Sonrío con malicia al ver al agente que lo guía hasta el coche arremeter contra él.

—Señora Rivera —ambos miramos en dirección a la voz—, su abogado le informará de cuándo debe pasar por comisaría para declarar. —Señala a mi hermano.

—De acuerdo, agente —digo por ella. Está tan conmocionada que dudo que le salga la voz.

Cuando me aseguro de que Sousa está montado en la parte trasera del vehículo oficial, decido que es el momento de regresar a casa y seguir con nuestras vidas.

De pie en la puerta de casa me aferro a ellos, nos quedan escasos minutos juntos. Le prometo a Julio que pronto estaré de vuelta, aunque no sé si podré cumplir mi palabra. Cuando finalizo de despedirme de él, lo hago de mi marido. Saboreo por última vez los labios que tanto amor me han dado; acaricio los brazos que tanto me han protegido y abrazo el cuerpo del único hombre que me ha dado paz y libertad.

—Os quiero.

Con estas últimas palabras me alejo notando el vacío que deja la pérdida. El chófer particular de Sousa abre la puerta trasera. Sin dejar de llorar me dejo caer en el asiento junto a un ramo de rosas negras, el color de las flores va acorde con mi estado de ánimo. Miro una última vez a través del cristal a Jayce y Julio antes de perderlos de vista. Ignoro la presencia que se halla a mi lado, me repugna solo de escucharlo.

—Te echado de menos, preciosa.

Cierro los ojos. No alcanzo a entender por qué lo hace, cómo fue capaz de pagarle al hombre que me destrozó la vida para comprarme. Al hombre que lo único que le importaba era su dosis diaria de heroína, siendo capaz de vender el cuerpo de su hija con tal de conseguirla. El hombre que me quitó la infancia y la inocencia. El hombre que me convirtió en una adicta. El miedo me invade, no creo que logre escapar de la adicción, si no tengo a Jay y Julio cerca, mi recaída será inmediata porque de otro modo no soportaré vivir con Sousa.

Los recuerdos regresan y las ganas de quitarme la vida con ellos; verme ensangrentada pidiendo ayuda a mis padres con tan solo seis años y conseguir una paliza por el llanto. Estar tirada sobre un charco mientras el hombre me pegaba patadas en el estómago por haberle mordido y mi madre animándolo a hacerlo por portarme mal. Llegar medio muerta al hospital y desgarrada interiormente. La vez que con diez años uno de los tantos hombres que me poseían, me obligó a hacerle una felación y no pude evitar vomitar. El castigo; violarme repetidas veces mientras me golpeaba. Me encojo sin dejar de llorar mientras las imágenes van sucediéndose.

—Tranquila, mi vida, solo es una pesadilla.

Las palabras de Jay llegan lejanas, pero es suficiente escuchar su melódica voz para sentirme segura, protegida.

Abro los ojos despacio, asustada, quiero creer que estoy en casa con mi familia, pero puede que sea producto de mi imaginación.

Los ojos almendrados de mi marido no cesan en mirarme preocupados. Alargo las manos y le toco el rostro. Todo parece real. Me besa suave en los labios.

Han pasado seis meses desde que detuviesen a Sousa, pero de vez en cuando tengo la misma pesadilla; que me alejan de mi familia. Se entretiene en eliminar cada arruga de preocupación de mi rostro.

—¿Mejor? —cuestiona sin dejar de acariciarme.

Asiento.

—Te quiero —digo antes de besarlo.

No me canso de decírselo, me da igual que mis cuñadas digan que soy muy empalagosa. Es el efecto secundario por casi perderlo aunque él está encantado con tantas atenciones por mi parte.

—Yo también te quiero, mi vida.

Le sonrío con picardía a la vez que mezo las caderas.

Resopla e interpone distancia entre nuestros cuerpos. Alzo la ceja inquisitiva, es la primera vez que me rechaza.

—Cariño, me apetece mucho, pero para hacerlo mal me estoy quietecito y no tenemos tiempo. Hoy es el gran día.

Se me ilumina el rostro al pensar el día que es.

—Te escapas por eso, que si no... —dejo la frase en el aire.

—Si no fuese por lo que es, ten por seguro que no te dejaría salir de la cama —amenaza.

Sé que no es infundada, no es la primera vez que me castiga a semejante placer.

—¡Levantaos, que vamos a llegar tarde! —vocifera Julio desde el pasillo.

Nos miramos sin poder evitar sonreír y sentirnos muy orgullosos de nuestro hijo.

—Alguien está nervioso —comenta burlón Jay incorporándose.

—¿Solo él? —cuestiono.

Niega.

—Ni cuando te conocí, pasé tantos nervios como hoy. ¿Y si no me acepta?

Le acaricio la mejilla.

—No digas tonterías, cariño. Está deseando conocerte.

Los nervios se palpan en el ambiente. Estamos en el Aeropuerto Internacional Luis Muñoz Marín y el vuelo lleva una hora de retraso. Nadie sabe lo ansiosa que estoy porque aterrice el maldito avión. De reojo observo a los hombres más importantes de mi vida y no puedo sentirme más orgullosa de ellos.

—Deja que te la quite —digo aflojándole el nudo de la corbata a mi hijo.

Tanto padre como hijo han optado por ponerse traje de chaqueta con corbata para recibirla.

Julio me sujeta las manos para que pare.

—Quiero causarle buena impresión.

Le acaricio la mejilla sintiéndome la mujer más afortunada del mundo.

—Se la vas a causar con o sin corbata, está deseando conocerte —aseguro.

Sus expresivos ojos me miran.

—¿Estás segura, mamá?

—Segurísima —afirmo mientras le quito la corbata y la guardo en el bolso.

Entrelazo las manos con el hombre más maravillo del mundo; mi marido. No deja de mirarme nervioso y excitado a la vez. Sabemos que es prácticamente imposible que pueda quedarme embarazada, no por él, sino por mí, pero somos más que felices con la familia que hemos creado y que hoy aumenta con un miembro más.

Me atrae hacia a él y me besa fugazmente.

—Gracias por hacerme el hombre más afortunado del mundo —susurra junto a mis labios. Sé que se refiere a nuestros hijos—. Te quiero, señora Rivera.

—Yo también te quiero, señor Rivera.

Las pantallas anuncian que el vuelo procedente de España ya está en pista. Los tres nos ponemos más nerviosos de lo que ya estamos. En breve una princesa rubia de ojos azules se reunirá —por fin— con su familia. El Estado español cambió de parecer hace un par de meses y hace tres días que es oficial la adopción.

Las puertas se abren para que los pasajeros comiencen a salir. Una carita redonda enmascarada por unos bucles rubios camina desorientada. No tarda en percatarse de mi presencia y correr a mi encuentro con su mellada sonrisa.

—¡Mami! —grita Melania.

La estrecho contra mi pecho sin poder evitar llorar. Tanto tiempo deseando este momento logra que no pueda contener la emoción de tenerla a mi lado para siempre.

Le retiro el pelo de los ojos.

—Hola, princesa. ¡Cuánto te echado de menos, mi vida!

—Y yo a ti —dice abrazada a mi cuello—. Los abuelitos.

Me giro dándole la espalda a Jay y Julio. Sonrío al ver salir a Fran y Carmen con el equipaje. Los abrazos sin soltar a Melania, he estado tantos meses alejada de ella que no sé si seré capaz de soltarla.

—Lo siento mucho, Dana —se disculpa Fran con la mirada gacha debido a la vergüenza.

Sé a qué se refiere.

—No tienes que disculparte por nada. Tú no tienes la culpa de tener un sobrino así. El único mal que vosotros habéis hecho es hacerme inmensamente feliz.

No queda muy convencido, pero lo acepta.

Quise evitarles el dolor, no quería que la noticia llegase a sus oídos, pero no pude impedir que todos los medios de comunicación hablasen de su sobrino y por qué está siendo juzgado.

Melania llama mi atención dándome unos golpecitos en el hombro.

—Mami.

Me pierdo en su mirada azul que destella plena felicidad.

—Sí, mi vida. —Señala a mi espalda. Sonrío al saber que los ha reconocido—. ¿Quieres que te los presente?

Asiente sin dudar.

Camino hasta ellos seguida por Fran y Carmen. La dejo en el suelo cuando estoy frente a Julio.

—Melania, mi vida, te presento a Julio.

Lo mira expectante y antes de dedicarle su sonrisa de pilla me dice:

—¿Mi hermano?

—Sí, mi vida, tu hermano.

Julio se agacha para quedar a su altura, Melania se lanza a su cuello y lo agarra con fuerza. Los cuatro adultos observamos la escena emocionados.

—A partir de ahora tendrás que protegerme de los niños malos que para eso eres el hermano mayor —dice toda resuelta con su acento andaluz.

Julio es incapaz de mantenerse serio.

Vuelvo a tomarla en brazos cuando ambos hermanos finalizan el abrazo. Me coloco frente a mi marido que está ansioso por abrazarla.

—Melania, cariño, ahora quiero presentarte a tu padre, Jayce.

Se lanza a sus brazos. Jay la estrecha contra su pecho sin poder contener por más tiempo la emoción. Reparte besos por su pequeña cara.

—Cuántas ganas tenía de conocerte, mi princesa —le dice sin dejar de besarla.

—Y yo a ti, papá.

Julio y yo nos unimos en el primer abrazo colectivo familiar de los muchos que habrán a partir de ahora.

Tras las debidas presentaciones de Fran y Carmen, abandonamos el aeropuerto para reunirnos con el resto de la familia que también están ansiosos por conocer a Melania.

La estampa es perfecta, Jay lleva en brazos a Melania al tiempo que me agarra a mí por la cintura y yo llevo abrazado a Julio, seguidos por los abuelos. Unidos cruzamos la calle hasta el restaurante donde nos esperan Mateo, Max, Alejandra, María e Idara.

Reunidos en la mesa observamos cómo Julio —junto a Idara— juega con su hermana en los columpios. Miro a los que considero mis padres que no han dejado de llorar, sé que se alegran de que por fin haya encontrado mi lugar; mi hogar. Los hermanos de Jay no dejan de sonreír, atrás quedan los momentos malos.

Mi marido, que no ha dejado de mirarme y besarme durante toda la comida, me atrae hacia a él para besarme con pasión. Su mirada me alerta.

—No me importaría aumentar la familia —comenta como si tal cosa.

Niego rotundamente.

—Si adoptamos a Idara, Julio nos mata.

Su sonrisa torcida hace acto de presencia, nunca me cansaré de verla.

—No me refiero a Idara —desvía la mirada hasta posarla en mi regazo.

—Cariño, ya escuchaste al médico. Aunque hayan podido reconstruir parte, no es seguro que pueda quedarme embarazada.

Se encoge de hombros.

—Por intentarlo no perdemos nada. —Alza las cejas y un intenso calor me recorre todo el cuerpo—. Piénsalo, mi vida. Tendremos que intentarlo todos los días. —Captura el lóbulo de mi oreja entre sus dientes—. Varias veces —

agrega sensualmente.

Tengo que contener gemir al escucharlo.

—Creo que me has convencido.

No es seguro que lo consigamos, pero hemos descubierto que juntos logramos todo lo que nos proponemos.

Tres años después

—¿Se sabe algo de él? —pregunto.

Estoy en el despacho de mi hermano Max, hace dos años que el juez que llevaba el caso de Sousa dictó sentencia, ninguno se sorprendió al saber que archivaba el caso por falta de pruebas. El muy desgraciado solo estuvo en el calabozo dos días, su abogado logró dejarlo en libertad bajo fianza.

El tiempo que duró el juicio no supimos de él, pero tras dictar sentencia, nuestro infierno regresó más cabrón que nunca. No le he dicho nada a mi mujer, no quiero que vuelva a las pesadillas, bastante me llevó evaporarlas como para volver atrás.

—No. Sigue en paradero desconocido.

—¿Y su socio, Ramírez?

—Cumpliendo condena en España.

—¿Entonces? —deseo saber.

En los últimos meses han desaparecido treinta adolescentes, el *modus operandi* es el de los socios españoles, pero con Ramírez en la cárcel y Sousa desaparecido, no sabemos quién está detrás de los secuestros.

—Ni idea, pero los inspectores están convencidos de que no se trata de él.

—No me lo creo, lleva su sello.

—Déjalos trabajar, ¿vale? Lo están haciendo bien.

Asiento poco convencido.

Max mira el móvil que acaba de sonarle.

—Mi mujer, dice que mi sobrina quiere que la lleve a cenar pizza. La tienes muy consentida —agrega resignado.

Sonríó al pensar en mi princesa y en sus tácticas para salirse con la suya. Es cierto que la tengo consentida, pero es la niña de mis ojos y desde el primer día no he sido capaz de negarle una de sus peticiones.

—¿Solo yo? Tú tampoco le niegas nada.

—Es que no puedo resistirme a esa mirada.

Espero en el pasillo hasta que Max cierra el despacho, es hora de marcharnos a casa. Él para cuidar de su familia y de mi niña, y yo para

disfrutar dos días a solas con mi preciosa mujer para celebrar su cumpleaños.

—¿Dónde se queda Julio?

—En casa con Idara —respondo dócil—. Aunque no me agrada nada la idea.

Max me golpea el hombro.

—Ya es mayor de edad, deja a mi sobrino disfrutar.

Resoplo.

—No me refiero a eso, capullo. Yo mismo le compro la protección para que no me haga abuelo ya, es que no me fio dejarlos solos mientras no se sepa dónde está Sousa.

—Vete tranquilo. No va a pasar nada.

Enarco la ceja, no estoy yo tan seguro.

—Los chicos no lo saben, pero Mateo y Alejandra se instalarán en tu casa. Saber que mi hermano estará con ellos me tranquiliza para realizar el viaje.

—¿Sabe Dana dónde vais?

—No, es una sorpresa.

Nos despedimos en la puerta. Antes de marcharme a casa, paso por la de Max para despedirme de mi princesa y prometerle que le traeremos algo a nuestro regreso.

Conduzco la motocicleta, el monovolumen familiar lo tengo en el garaje. No me acostumbro a él, pero tener dos hijos es lo que conlleva. Subo las escaleras raudo, estoy deseando besar a mi mujer. No llevo bien eso de estar tanto tiempo separados.

La encuentro en nuestro cuarto revisando el equipaje que he dejado preparado antes de marcharme. Me acerco despacio para que no me escuche, pego mi pelvis a su trasero y comienzo a repartir besos por su cuello.

—Te he añorado mucho —aseguro.

Su cuerpo tiembla, pero es debido a que se está riendo.

—Exagerado, solo hace dos horas que no nos vemos.

—Muchas para mí.

La giro para besarla.

—¿Lista para nuestro fin de semana? —inquiero.

Asiente.

Opto por ir en la moto hasta el aeropuerto, de ese modo, mis hermanos dispondrán del coche por si lo necesitan.

—¿Dónde vamos? —pregunta mi preciosa mujer cuando le vendo los ojos

para que no vea nuestro destino.

—Es una sorpresa, cariño.

La azafata me sonríe cuando entrego los billetes en el control, me ha oído.

Una vez sentados, le pongo los auriculares con música con un volumen lo suficiente alto para que no escuche al capitán hablar.

Todo el mundo nos mira al aterrizar, me importa una mierda lo que piensen de nosotros. Guio a mi mujer por el aeropuerto hasta la salida donde cogemos un taxi para que nos lleve a nuestro destino.

—Cariño, voy a registrarnos. —Le guío la mano hasta el mostrador para que se apoye.

—Mas te vale que me guste la sorpresa —refunfu a.

Vuelvo a conectarle la música para que no escuche a la recepcionista — que nos mira risueña— decir dónde estamos.

La apoyo contra la pared cuando estamos frente a la puerta de nuestra habitación y le pido que me espere. Tengo que dejar primero el equipaje. Regreso junto a ella, la cojo en brazos y cruzo el umbral. Le quito la venda una vez dentro.

Mira la habitación y después a mí. Vuelve a repetir la acción. Cuando me observa tiene los ojos cristalinos.

—Cariño, es... es el hotel... —se le quiebra la voz.

—S , mi vida, es el hotel donde empezó nuestra relación. Feliz cumpleaños, cariño.

Inicio el beso que marcará el preludio de nuestro fin de semana.

FIN

Agradecimientos

En primer lugar quiero agradecerle a ti, querido lector, la oportunidad que le has dado a esta nueva novela, sin vuestro apoyo nada de esto se haría realidad. Así que muchísimas gracias por concederme tu valioso tiempo para leer la historia de Dánae y Jayce.

A mi familia quiero agradecerle el apoyo incondicional que recibo por parte de cada uno de ellos para no dejar atrás mi ilusión de ver publicadas mis obras y que en los momentos de flaqueza estén ahí animándome para seguir adelante y no tirar la toalla. Os quiero con locura.

A mis amigos, a esos locos que me acompañan día a día aunque estén a kilómetros de distancia, esto no sería posible sin vuestros consejos y las horas que me dedicáis para que las novelas vean la luz. La familia no podemos escogerla, pero a los amigos sí, y he tenido el enorme placer de crear una segunda familia al lado de todos vosotros. Espero de corazón que nuestra amistad perdure de por vida, ya que no imagino mi vida sin teneros a mi lado tanto para lo bueno como para lo malo. Decir que os quiero es quedarme corta.

Biografía

Mía Alcaraz nació en pleno verano en la Costa Cálida. Es comercial desde bien joven aunque siempre se sintió atraída por el mundo de la literatura, por ello —después de devorar decenas de novelas románticas— se lanza de pleno a escribir la suya.

Guiada en todo momento por una gran autora de romántica, se embarcó en esta trepidante aventura de crear su primera novela de la *Saga Sensaciones I; ¿A todo riesgo o a terceros?* (2018). Tras éxito obtenido, se lanza a escribir su próxima obra que será la primera de la *Serie Rivera; Siempre nos quedará el divorcio* (2018).

ÍNDICE

[1](#)
[2](#)
[3](#)
[4](#)
[5](#)
[6](#)
[7](#)
[8](#)
[9](#)
[10](#)
[11](#)
[12](#)
[13](#)
[14](#)
[15](#)
[16](#)
[17](#)
[18](#)
[19](#)
[20](#)
[21](#)
[22](#)
[23](#)
[24](#)
[25](#)
[26](#)
[27](#)
[28](#)
[29](#)
[30](#)
[31](#)
[32](#)
[33](#)
[34](#)
[35](#)

36

37

38

39

40

Agradecimientos

Biografía